
Nunca debí haberte Amado
G.R. OLIVEIRA

NUNCA DEBÍ HABERTE AMADO

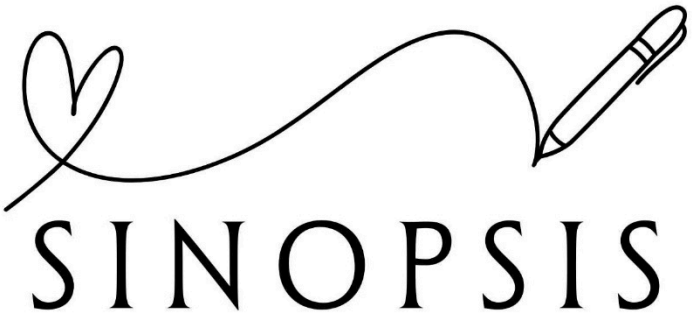
1ª EDICIÓN
(2025)

Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.



DIFERENCIA DE EDAD + VIUDO + PADRE SOLTERO DE GEMELOS ADORABLES Y TRAVIESOS + JEFE Y EMPLEADA + SLOW BURN + HOMBRE PROTECTOR

JULIANA ROCHA

Me enamoré de un hombre que no sabe amar. Él me miró, me deseó, me tuvo, pero jamás me escogió.

Entre madrugadas silenciosas y promesas que nunca llegaron, fui perdiéndome a mí misma intentando encontrar un espacio en su mundo. **Esperé gestos que nunca llegaron.** Aguanté ausencias que me dolían como puñaladas. Fingí estar bien para no tener que suplicar por algo que debería surgir de forma natural: **amor.**

Fui todo lo que podía ser, pero no fue suficiente. **Ahora estoy cansada, herida,** tratando de recoger los pedazos de una mujer que solo quería ser amada de verdad. Y quizá, por primera vez, **necesito elegirme a mí misma...**

VITTORIO DEL CASTILLO

La alejé de mí. No porque no la quisiera, sino porque la deseé demasiado. Después de perder a mi esposa, me prometí a mí mismo que jamás permitiría que nadie volviera a entrar. **Que proteger a mis hijos y mantener el control sería suficiente.**

Juliana apareció con aquella sonrisa torpe, la lengua afilada y una calma que hacía demasiado tiempo que no existía en mi vida. Me devolvió las ganas de sonreír. Me hizo querer estar en casa, no solo por mis hijos, sino por ella. **Y eso me destrozó por dentro, porque sentí que estaba traicionando una promesa, como si abrir de nuevo mi corazón significase borrar el recuerdo de la mujer que un día perdí.**

Hoy, mis hijos me preguntan si volveré a amar a otra persona. Y la única respuesta es que tal vez ya lo haga. Pero quizás me haya dado cuenta demasiado tarde...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

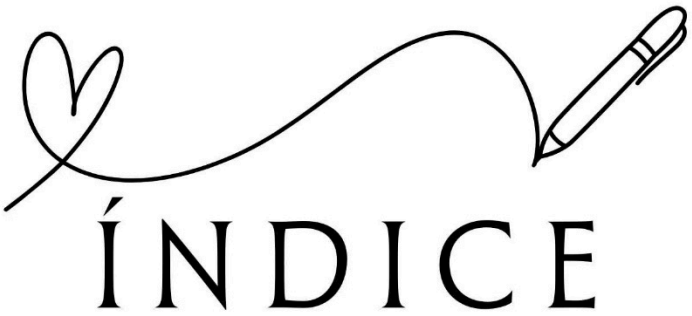
FRAGMENTO:

«— Yo no soy ella, Vittorio. Y tú tampoco eres el mismo de entonces. Quizá haya llegado el momento de dejar de vivir como si todavía estuvieses atrapado en aquel día.

— Simplemente no puedo.

Negué con la cabeza, dejando finalmente escapar las lágrimas, consciente de que todo lo vivido había sido en vano.

— Te amé. Y me arrepiento de cada segundo de ello. Solo... vete, Vittorio. Ya no quiero preocuparme más por ti».



SINOPSIS
ÍNDICE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
EPÍLOGO
EPÍLOGO 2
NOTA DEL AUTOR



PRÓLOGO

«Aquel día, mientras sostenía a sus hijos por primera vez, aún no sabía que estaba a punto de enfrentarse a la mayor pérdida de su vida».

VITTORIO DEL CASTILLO

6 años atrás

Había cumplido mi mayor sueño.

Sentado en aquella sala blanca e impersonal, con el intenso olor a antiséptico impregnando el aire, miraba fascinado las dos pequeñas

vidas que descansaban tranquilamente entre mis brazos.

Enrico a la izquierda, Giulia a la derecha. Mis hijos.

Mis pequeños milagros.

Noté cómo una sonrisa se dibujaba lentamente en mi rostro, mientras una sensación completamente nueva me envolvía el corazón.

Yo, Vittorio Del Castillo, el hombre al que todos consideraban frío e inalcanzable, sostenía ahora a mis hijos recién nacidos y, por primera vez, me sentía completo.

Acariciaba sus delicados rostros con el cuidado de quien tiene en sus manos los tesoros más valiosos del mundo. Ambos dormían plácidamente, ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor, protegidos y seguros en mi abrazo.

Era uno de esos escasos momentos que guardas en la memoria y te prometes jamás olvidar.

Mientras disfrutaba de la calma que aquellos pequeños aportaban a mi corazón habitualmente inquieto, percibí por el rabillo del ojo que alguien se acercaba.

El médico de mi mujer se detuvo frente a mí con expresión incómoda y grave. Algo en su mirada hizo que sintiera una inquietud instantánea que no supe explicar.

—Señor Del Castillo —comenzó, vacilante—, lo siento muchísimo, pero debo informarle de algo.

—¿Qué ocurre? —pregunté, con la voz saliéndome más áspera de lo que pretendía.

De repente, el corazón empezó a latirme acelerado, con un instinto visceral avisándome de que algo iba mal. El médico apartó brevemente la mirada y respiró hondo antes de volver a enfrentarme.

—Ha habido complicaciones durante el parto. Hicimos todo lo que estaba en nuestra mano, pero lamentablemente… —el médico dudó, y sentí cómo el pecho se me oprimía dolorosamente— su esposa, Luciana, no ha logrado superarlas. Lo siento mucho, señor.

Durante un instante fui incapaz de asimilar lo que estaba diciéndome.

Aquellas palabras me resultaban lejanas, confusas, como si vinieran desde muy lejos. Mi cerebro se negaba a procesarlas, a aceptarlas como reales.

—No —gruñí, sintiendo cómo el mundo a mi alrededor perdía rápidamente su color—. Está mintiendo. No puede ser. La he visto hace apenas unos minutos. Debe tratarse de un error.

La voz se me quebró y noté cómo se me cerraba la garganta, mi respiración tornándose superficial y desesperada.

Apreté suavemente a mis bebés contra mí, como si aquel gesto pudiera protegerlos del dolor que comenzaba a crecer en mi pecho. Mis ojos buscaron desesperadamente los del médico, suplicándole que dijera algo distinto.

Cualquier otra cosa.

—Lamentablemente no es un error, señor Del Castillo. Hemos hecho absolutamente todo lo posible, créame. Lo siento de verdad.

Me quedé allí, inmóvil, incapaz de reaccionar o de decir una sola palabra.

El impacto me había dejado paralizado mientras un torbellino de emociones me invadía.

Confusión, dolor, rabia, miedo, soledad… Todo a la vez. Sentí cómo las lágrimas amenazaban con brotar, pero no llegaron a caer,

retenidas por la absoluta incredulidad del momento.

Volví a mirar los rostros inocentes de mis hijos, sintiendo el peso del futuro depositándose sobre mis hombros.

Luciana ya no estaba. Ya no estaría a mi lado para ayudarme a criarlos.

Este era el día más feliz de mi vida, pero también se había convertido en el más oscuro. Jamás imaginé que se pudiera sentir tanta felicidad y tanto dolor al mismo tiempo.

Respiré profundamente, intentando calmar mi corazón desbocado. Mis hijos me necesitarían, y aunque devastado por la pérdida de mi mujer, tenía que ser fuerte por ellos.

Observé una vez más a Enrico y Giulia, reafirmando para mí mismo la promesa de que siempre estaría ahí para ellos. Y así, sosteniendo firmemente a mis dos pequeños entre los brazos, encaré lo desconocido, decidido a enfrentar todo lo que viniera.



CAPÍTULO 1

«Miraba la pantalla del ordenador con expresión de querer estar en cualquier otro sitio, aunque su mente ya se encontraba a kilómetros de allí.»

JULIANA ROCHA

Días actuales

El trabajo dignifica, pero lo que yo realmente quería era haber nacido heredera.

Por desgracia, no tuve tanta suerte, así que aquí estoy, mirando fijamente la pantalla del ordenador con expresión vacía mientras reflexiono sobre mi carrera, o mejor dicho, sobre mi ausencia de carrera.

A mis espléndidos veintinueve años ejercía como asistente administrativa en el departamento de logística de Tesoro Reale. Un título maravilloso que en realidad significaba pasarme todo el día resolviendo problemas ajenos, enviando correos electrónicos, rellenando hojas interminables de Excel y evitando que mis compañeros se mataran entre ellos por culpa de plazos incumplidos.

Mi rutina era un bucle eterno, de esos que Netflix ya habría cancelado hace tiempo por falta de audiencia. Llevaba meses con la sensación de estar estancada en el mismo sitio.

No es que no me gustase trabajar aquí; en realidad, me gustaba. El problema era que esa sensación de no avanzar pesaba más que mi talento innato para hacer chistes malos sobre la vida adulta.

Y eso que mi talento para los chistes malos era prácticamente ilimitado.

Suspiré, apoyando la barbilla en la palma de la mano mientras contemplaba distraídamente el ajetreado pasillo de la empresa. Los empleados iban y venían con prisa, casi todos con cara de querer salir corriendo cuanto antes.

De repente, mis ojos captaron una figura distinta a lo habitual. Alto, elegante, caminando como si el mundo entero le perteneciese, algo que probablemente era cierto, teniendo en cuenta que literalmente era el dueño de la empresa para la que yo trabajaba.

Ah, Vittorio Del Castillo…

Uno de los socios principales y propietario de la compañía, alguien que apenas sabía de mi existencia, aunque yo pensara en él más veces al día de las que me gustaría admitir públicamente.

Con su metro noventa y dos de altura, el cabello castaño siempre impecable, su mirada penetrante y esa postura imponente preparada para dar órdenes en cualquier momento, era el típico hombre capaz de revolucionar la imaginación femenina en kilómetros a la redonda.

Y yo, por supuesto, no era inmune.

Él era un misterio andante, de esos que quieres desesperadamente descifrar aunque sepas que acabarás

arrepintiéndote. Era viudo, padre de unos gemelos adorables y traviesos a los que había visto alguna vez correteando por la empresa y dejando el caos a su paso.

Probablemente habían heredado de su padre la habilidad para volver loca a la gente.

Por supuesto, yo no tenía absolutamente ninguna posibilidad con él. Además de ser solo una empleada invisible entre tantas otras, Vittorio era esa clase de hombre autoritario, adicto al trabajo y con un humor peculiar y provocador.

¿Y yo? Bueno, yo era simplemente yo: una mujer habladora, un poco sin filtro, con el pelo castaño claro más rebelde que ordenado, y una boca que definitivamente no sabía cuándo callarse.

Mientras me perdía en esas divagaciones, mi mejor amiga, Camila Villanova, interrumpió mi ensoñación dándome un codazo poco delicado en las costillas.

—¡Despierta, princesa de la logística! Si sigues mirando así al pasillo, acabarás haciendo un agujero en la pared con esa mirada desesperada —susurró, riéndose por lo bajo.

Me giré hacia ella poniendo los ojos en blanco, aunque no pude evitar una sonrisa. Camila compartía conmigo el mismo don para soltar bromas malas en los peores momentos posibles.

Tenía también veintinueve años y éramos amigas desde que empezamos a trabajar juntas. Ella ya era madre de dos hijos preciosos: Davi, de nueve años, y Jade, una ricura de dos.

—Estaba simplemente reflexionando sobre la tragedia que es mi vida financiera. Ya sabes, casi treinta años y ni siquiera tengo novio. Es oficial: mi reloj biológico está pidiendo auxilio.

Camila intentó contener una carcajada, pero fracasó estrepitosamente, atrayendo las miradas curiosas de nuestros compañeros.

—¡Ay, Ju, deja el drama! Eres maravillosa, divertida, guapa y… —hizo una pausa teatral— tienes un jefe guapísimo que te alegra la vista todos los días.

Abrí los ojos fingiendo sorpresa, aunque sabía perfectamente adónde quería llegar.

—Ni lo menciones, Cami. Podría venir desnuda al trabajo y él pasaría de largo, quejándose únicamente de que no llevo el uniforme

reglamentario.

—Pues que sepas que te pillé mirándolo descaradamente el otro día —acusó, arqueando las cejas con picardía.

Solté una risa incómoda y me cubrí el rostro con las manos para ocultar mi evidente bochorno.

—Está bien, ¡lo confieso! Llevo dos años escribiendo novelas mentales protagonizadas por él. De hecho, la semana pasada casi me pidió matrimonio mientras tomábamos vino en la Toscana.

Camila volvió a reír, negando con la cabeza.

—No tienes remedio, Ju. Necesitas salir más, conocer gente real y superar esa fijación platónica. Si no, acabarás siendo un caso clínico.

Iba a contestarle algo muy ingenioso sobre lo cara que estaba la terapia y cómo prefería seguir viviendo en mi mundo de fantasía, pero una tos discreta justo detrás de nosotras nos hizo tragar las risas en tiempo récord.

Nuestra jefa directa, Sandra —una mujer tan estricta que yo estaba convencida de que solo sonreía por Navidad— nos miraba con severidad, brazos cruzados y cejas en alto.

—Chicas, la empresa os paga para trabajar, no para intercambiar confidencias en horario laboral —dijo con su habitual tono de reproche.

—Perdona, Sandra. Ya mismo nos ponemos a ello —respondí con mi mejor sonrisa profesional.

Cuando Sandra se alejó, Camila y yo intercambiamos miradas cómplices, conteniendo una carcajada que pugnaba por escaparse.

—Nos vemos en la comida —susurró Camila rápidamente, volviendo a su ordenador como si nada hubiese pasado.

Regresé a mi puesto, observando otra vez la pantalla, aunque mis pensamientos no tardaron en volver al terreno prohibido: Vittorio.

Por mucho que bromeara con lo inalcanzable que era, la verdad era que, en el fondo, deseaba que se fijase en mí, aunque fuese solo por un instante.

Un instante nada más.

Pero mientras ese milagro no ocurría, seguía atrapada en una rutina que parecía no avanzar nunca, soñando despierta y gastándome todo mi sueldo en facturas y chocolates, porque eso era todo lo que permitía mi cuenta bancaria.

Sí, definitivamente debería haber nacido heredera. Pero mientras tanto, seguiría aquí, admirando a mi jefe súper atractivo e imposible desde lejos, viviendo mis propias historias secretas dentro de mi inquieta e incorregible cabeza.

Porque, al fin y al cabo, ¿qué sería de la vida sin un poco de imaginación?



CAPÍTULO 2

«Él volvía agotado del trabajo todos los días, pero nada lo preparaba para la energía inagotable de dos niños que esperaban ansiosos su atención.»

VITTORIO DEL CASTILLO

Llegué a casa exhausto, con la corbata aflojada y los ojos ardiendo por el cansancio acumulado tras un día repleto de reuniones y decisiones que no podían esperar.

Mi cuerpo parecía haber sido atropellado por un camión cargado de responsabilidades, y lo único que realmente deseaba era una ducha

caliente seguida de absoluto silencio.

Sin embargo, como siempre, mis planes no salieron exactamente según lo previsto. Nada más poner un pie en casa, el sonido familiar de unos pequeños pies corriendo sobre el suelo resonó en el amplio recibidor de la mansión.

—¡Ha llegado papá! ¡Ha llegado papá! —anunció Giulia sonriente, con sus rizos castaños rebotando sobre los hombros mientras corría hacia mí.

—¡Papáááááá! —Enrico la siguió enseguida, gritando como si regresara de un largo viaje en lugar de un simple día de trabajo.

Al verlos, sentí cómo el cansancio desaparecía casi al instante. La energía contagiosa de mis hijos de cinco años siempre provocaba ese efecto en mí. Eran como mi dosis diaria de cafeína, absolutamente necesaria para soportar el peso de las obligaciones que insistía en acumular.

—¡Eh, vosotros dos! —exclamé, agachándome para recibirlos en mis brazos.

Ambos se colgaron de mí, casi derribándome al suelo.

—Han estado así todo el día, señor Vittorio —comentó Carmem, mi fiel ama de llaves, que se acercaba por detrás con una sonrisa resignada—. Hoy están especialmente eléctricos.

—¿Y cuándo no lo están? —respondí, acomodando mejor a los pequeños en mis brazos—. ¿Todo bien por aquí?

Carmem llevaba con nosotros desde que nacieron los gemelos. Era una señora bajita, con el pelo gris recogido en un moño siempre impecable, cuya paciencia y dedicación hacia mis hijos garantizaba cierta cordura mental al final del día.

—Todo perfecto, señor Vittorio. Excepto por un pequeño incidente con pintura en la pared de la cocina, pero ya está solucionado.

Les lancé una mirada divertida a mis hijos, que me devolvieron una sonrisa traviesa, perfectamente conscientes de su pequeña fechoría.

—¡Papá, papá! ¿Sabías que yo nací primero? —soltó Giulia de repente, alzando la barbilla con orgullo—. Salí antes de la barriga de mamá, así que yo mando sobre Enrico.

—¡Eso no es así! —protestó inmediatamente Enrico, indignado —. Saliste antes porque yo te dejé pasar primero. ¡Soy un caballero!

Giulia arrugó la nariz y cruzó los brazos con molestia:

—¡Mentira! Salí primero porque soy más rápida que tú.

Antes de que aquella discusión alcanzara niveles de conflicto internacional, decidí intervenir usando mi tono más autoritario —algo que, al menos con ellos, solía funcionar—:

—Basta ya, pequeños gladiadores. ¡A la sala, ahora mismo!

Carmem rio suavemente mientras avanzaba con los niños hacia el salón principal, una estancia espaciosa donde solíamos pasar gran parte de nuestro tiempo libre.

Los juguetes estaban repartidos por el suelo, los cojines del sofá de cuero revueltos, pero sinceramente, eso no me importaba en absoluto. Me gustaba ese desorden. Llenaba de vida una casa que en otros tiempos había sido demasiado silenciosa.

—¿A qué jugamos hoy? —pregunté, sentándome en el suelo y fingiendo una energía que realmente no tenía.

En realidad, lo único que deseaba era tumbarme sobre aquella alfombra y dormir tres días seguidos.

—¡Guerra de almohadas! —gritó Giulia entusiasmada, agitando un cojín rojo.

Enrico no tardó en seguirla, cogiendo otro cojín, y en pocos segundos me vi atacado por aquellas dos pequeñas fuentes de energía inagotable. Mi corbata salió volando hacia un lado, mi chaqueta hacia otro, pero era feliz participando en aquella escena caótica.

Mientras jugábamos, observaba atentamente a mis hijos. Enrico tenía mis ojos inquietos y curiosos; Giulia había heredado el brillante cabello castaño de su madre, así como su fuerte temperamento. Los dos eran toda mi vida.

Y a pesar de los errores que cometía a diario, algo debía estar haciendo bien.

Después de un rato entregados a aquella descontrolada guerra de almohadas, finalmente empezaron a dar señales de cansancio. Sus respiraciones agitadas y sus caritas enrojecidas indicaban claramente que era hora de descansar.

Los llevé a sus habitaciones, situadas una junto a la otra, decoradas con detalles que ellos mismos habían elegido. Tras el baño y ya vestidos con sus pijamas, nos tumbamos juntos en la cama de Enrico,

como hacíamos casi todas las noches. La habitación estaba tenuemente iluminada por una lámpara suave.

—¿Cómo te fue hoy, cariño? —pregunté en voz baja, acariciando lentamente el cabello castaño de mi hija.

—Bien, papá. Dibujamos, jugamos en el jardín y Carmem hizo tarta de chocolate.

—¿Y tú, hijo?

—Mi día fue todavía mejor, porque hice todo lo que hizo Giulia, pero mejor —contestó provocador, con una sonrisa traviesa que me recordaba demasiado a mí mismo.

Giulia soltó un gruñido indignado y yo reí, sintiendo una paz indescriptible al verlos tan felices.

Ya estaban casi dormidos cuando una pregunta que siempre rondaba por mi cabeza escapó antes de que pudiera contenerla:

—¿Creéis que soy un buen padre?

Dos pares de ojos somnolientos se abrieron lentamente, fijándose en los míos.

—El mejor del mundo —murmuró Giulia con voz dulce e inocente—. Juegas con nosotros, eres fuerte y muy guapo.

—Es verdad —añadió Enrico, frotando su carita contra la almohada—. Eres genial porque nos dejas hacer trastadas y no te enfadas.

—Bueno, a veces sí que se enfada un poco, ¿verdad, Enrico? —comentó Giulia, casi dormida.

Sonreí, sintiendo una emoción intensa que me apretaba el pecho. Ellos no imaginaban cuánto poder tenían esas simples palabras para renovar mis fuerzas y aliviar mis dudas e inseguridades sobre cómo los estaba criando.

—Buenas noches, pequeños —susurré, cubriéndolos cuidadosamente—. Os quiero mucho.

—Nosotros también te queremos, papá —respondieron al unísono, casi en un susurro.

Esperé unos minutos hasta asegurarme de que estaban profundamente dormidos, disfrutando de aquel raro silencio mientras los contemplaba con ternura.

Ellos eran toda mi vida. Mi razón para levantarme cada día y seguir adelante, incluso cuando parecía imposible.

Una vez dormidos, me levanté con cuidado y salí de la habitación silenciosamente. Caminé lentamente por el pasillo sintiéndome agotado, pero a la vez profundamente tranquilo.

Ser padre soltero no era fácil, especialmente llevando una vida tan caótica como la mía. Pero momentos como aquel compensaban cada segundo perdido en reuniones interminables, cada noche mal dormida por culpa del trabajo acumulado.

Al fin y al cabo, quizás no fuera perfecto en muchas cosas, pero al menos, en opinión de mis pequeños, estaba haciendo algo bien.



CAPÍTULO 3

«Solo era otro viernes más, pero en su cabeza ya empezaba a gestarse una nueva crisis existencial.»

JULIANA ROCHA

Mientras terminaba de maquillarme, contemplé mi reflejo en el espejo por milésima vez aquella noche.

Viernes, por fin.

No es que eso marcase una gran diferencia en mi inexistente vida amorosa, pero al menos el vino y los cotilleos estaban asegurados.

Mi pelo castaño caía en ondas desordenadas sobre mis hombros, y mis ojos expresivos brillaban con cierta ansiedad por el encuentro con Michael. Al fin y al cabo, el viernes era nuestro día oficial para criticar la vida ajena, especialmente la nuestra.

Me puse un pintalabios nude, fruncí los labios frente al espejo y revisé mi ropa por última vez. Un vestido negro básico que, según mi madre, valía para cualquier ocasión. Claro que en su cabeza eso significaba bodas, graduaciones y eventos elegantes.

En mi realidad, era perfecto para comer una hamburguesa con un amigo en la esquina de casa.

—Eso es, Ju. Guapísima para no impresionar a nadie —bromeé conmigo misma—. Bueno, quizás solo al conductor del Uber.

Cogí el bolso y pedí el coche por la aplicación. Minutos después, bajaba las escaleras de mi edificio con esa energía típica de las noches de viernes.

No importaba que mis planes consistieran únicamente en cotillear con Michael sobre nuestra pésima suerte en el amor. Íbamos a estar juntos, y eso era lo importante.

El Uber llegó rápido, y durante el trayecto observé por la ventanilla, pensando en lo digna que era mi vida amorosa de una serie dramática de Netflix. Resultaba increíble cómo solo atraía a hombres complicados o completamente equivocados.

O peor, no atraía a nadie, dependiendo de la temporada.

Cuando llegué al pequeño bar acogedor en el centro de São Paulo, divisé inmediatamente a Michael. Con su pelo rubio perfectamente peinado y una camisa estampada llena de flamencos que solo él podía llevar sin parecer ridículo, mi mejor amigo exhibía su amplia sonrisa mientras agitaba exageradamente las manos para llamar mi atención.

—¡Juju, reina de mi corazón! —exclamó, levantándose para abrazarme con fuerza—. Estás fabulosa como siempre, cariño.

—Y tú sigues siendo el rey de las exageraciones —dije riendo, devolviéndole el abrazo—. ¿Flamencos hoy, Michael?

—Querida, ¡alguien tiene que mantener viva la moda tropical en esta ciudad tan gris! —respondió, dándose una vuelta teatral—. ¿Y tú qué tal, cómo va esa vida? ¡Cuéntamelo todo, no te dejes nada!

Nos sentamos y enseguida pedimos nuestras bebidas habituales. Michael era el tipo de amigo capaz de sacarme hasta las confesiones

más secretas en cuestión de minutos. No había manera de escapar de su lengua afilada y su curiosidad infinita.

—Mira, Mike, voy a ser sincera contigo. Estoy oficialmente preocupada —comencé dramatizando, mientras él me miraba divertido, esperando ya alguna declaración exagerada—. Estoy a punto de cumplir los treinta y mi vida amorosa es un absoluto desastre. No tengo a nadie, solo atraigo idiotas, y la única relación estable que mantengo es con Netflix, que encima ya sabe exactamente qué película triste quiero ver.

Michael soltó una carcajada tan fuerte que algunas personas se giraron hacia nuestra mesa con curiosidad.

—Madre mía, qué exagerada eres. ¡Treinta años son los nuevos veinte! Eres maravillosa, increíble, talentosa y… —hizo una pausa teatral— completamente absurda.

—Gracias por la parte que me toca, borde —repliqué, intentando no reírme.

—¡Hablo en serio, Juliana! No estás soltera por falta de opciones, es que te complicas demasiado. ¿Has probado a conocer a alguien que

no sea tu ex o un personaje de serie? ¿Qué pasó con aquel chico del que me hablaste?

—Ni me lo recuerdes, por favor —murmuré, poniendo los ojos en blanco—. Merezco más que un tío que me invita a salir y luego quiere compartir un cupón de descuento en la primera cita.

Michael volvió a reírse alto, atrayendo nuevamente la atención de otras mesas.

—¡Por Dios, realmente solo atraes desgracias! Pero dime, ¿qué pasa con tu jefe guapísimo? ¿Cómo se llamaba?

—Vittorio Del Castillo —respondí rápidamente, sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas.

—¡Ah, sí! El hombre de tus sueños y de tus fanfics prohibidos —sonrió con malicia—. ¿Todavía sigues pilladísima por él?

Suspiré de manera exagerada y apoyé la cara en las manos como una adolescente soñadora.

—Ay, amigo, no consigo sacármelo de la cabeza. Ya empiezo a preocuparme; creo que necesito terapia. Es demasiado guapo, por favor.

Michael arqueó una ceja con una sonrisa traviesa.

—¿Guapo cómo?

—Guapo nivel telenovela mexicana. Cuando él pasa, hasta el camarero deja de servir el café para admirar semejante monumento. Alto, con ojos intensos que parecen leerte el alma, el pelo castaño siempre impecable y esa pose de CEO autoritario que hace que cualquier mujer quiera recibir órdenes suyas. Tiene esa expresión seria pero sarcástica, ¿sabes? De esas que quieres descifrar, pero también te dan ganas de salir corriendo.

Michael ya casi lloraba de risa con mi descripción exagerada, aplaudiendo con ganas.

—Juliana, ¡ya has superado la fase de necesitar terapia! Por favor, deja de escribir fanfics mentales y haz algo real para que él te note. Eres divertida, tienes carisma, sabes vestir bien. ¿Cuál es el problema?

—¡El problema es que ni siquiera sabe que existo, Mike! Es inaccesible, rico, viudo, padre de gemelos, lleno de misterios. Parece el típico tío de novela romántica al que solo le falta salir de la portada del libro a la vida real —dije gesticulando exageradamente.

—Pues aprovecha que te encantan los clichés y ve a por él de una vez, criatura —me animó Michael, apuntándome con el dedo como si

me estuviera regañando—. Basta de historias mentales. Ve y haz que suceda en serio.

Lo miré pensativa. No era tan sencillo. Vittorio Del Castillo parecía inalcanzable. Yo solo era una empleada graciosa y parlanchina que hacía bromas para huir de la realidad y de mi cuenta bancaria en números rojos.

Pero algo en sus palabras tocó una fibra en mi interior.

—¿De verdad crees que debería intentarlo? Algo así como… «Hola, Vittorio, llevas cinco años ignorándome, pero ya he planeado nuestra boda imaginaria varias veces, ¿quieres salir conmigo?» —pregunté en tono irónico.

—¡Exactamente eso! ¿Crees que te va a decir que no? Con el encanto y la poca vergüenza irresistible que tienes, lo dudo —afirmó Michael, convencido.

Suspiré profundamente, mordiéndome el labio inferior, pensativa de verdad esta vez.

—Lo pensaré, ¿vale? —respondí, notando ya cómo mi corazón se aceleraba al imaginar esa improbable escena.

Michael sacudió la cabeza resignado por mi inseguridad, aunque sonrió con cariño.

—Vale, pero no tardes. O tomas una decisión, o seré yo quien vaya allí a ponerte en evidencia.

—Serías capaz… —murmuré riendo.

La conversación continuó ligera y divertida, pero aquella idea empezaba a crecer dentro de mí.

Quizá realmente era hora de dejarme de dramas internos y poner los pies en la tierra. O mejor aún, despegar los pies del suelo y subir hasta la última planta de ese edificio donde Vittorio parecía demasiado inalcanzable.

Aunque quizá no lo fuera tanto. Quizá era yo quien había estado demasiado lejos todo este tiempo.

Terminé mi bebida sonriendo mientras Michael contaba otra de sus divertidas historias sobre citas desastrosas. Pero mi mente ya estaba lejos, construyendo escenarios disparatados donde por fin sería vista por el hombre que dominaba mis fantasías secretas.

Al fin y al cabo, imaginación no me faltaba. Ahora solo necesitaba valor para actuar. Y con los treinta a punto de llegar, quizá fuese el momento de convertir mis historias mentales en algo real.



CAPÍTULO 4

«El lunes era oficialmente el día de las decisiones impulsivas, de los arrepentimientos tardíos y de las palabras dichas en el peor momento.»

JULIANA ROCHA

Las palabras de Michael resonaron en mi cabeza durante todo el fin de semana.

Era lunes y estaba sentada en mi escritorio, mirando la pantalla del ordenador como si esta pudiera darme alguna respuesta sobre mi inexistente vida amorosa.

La conversación con mi amigo se repetía una y otra vez en mi mente, como una mala canción que insiste en quedarse pegada y que no puedes quitarte de la cabeza, por más que lo intentes.

«¡Tienes que dejar de inventarte historias y lanzarte de una vez!»

Bufé discretamente, moviendo unos informes que, sinceramente, eran bastante menos interesantes que mis dilemas personales.

Michael tenía razón, eso lo sabía de sobra. Pero una cosa era admitirlo, y otra muy distinta reunir el valor suficiente para acercarme a Vittorio Del Castillo.

Respiré profundamente, girando en la silla mientras reflexionaba. El problema no era solo hablar con Vittorio; el verdadero desafío era enfrentar aquella mirada penetrante, aquel hombre demasiado alto, demasiado atractivo y demasiado autoritario.

Un peligro andante para mujeres emocionalmente inestables como yo.

Me levanté, estiré los brazos y decidí que era hora de dar una pausa a mis angustias existenciales.

Recogí algunos documentos que debía entregar al departamento financiero y atravesé los pasillos blancos e iluminados de la empresa, con mis tacones resonando suavemente sobre el suelo brillante. Mi mente seguía dispersa, rezando para no tropezarme con mis propios pies.

Al llegar frente al ascensor, pulsé distraídamente el botón, aún sumergida en mis pensamientos. Entré en cuanto se abrieron las puertas, aprovechando la cabina vacía para liberar mis divagaciones internas. Me miré en el espejo y me arreglé un poco el pelo, que hoy estaba especialmente rebelde.

Suspiré suavemente, hablándole a mi reflejo sin darme cuenta:

—Ay, Vittorio Del Castillo, no tienes ni idea de cómo me complicas la vida. ¿Tanto te cuesta darte cuenta de que existo, aunque sea solo una vez?

Justo al terminar esa frase, el ascensor se detuvo en la planta siguiente y la puerta se deslizó en silencio, revelando a la última persona que esperaba ver en ese momento: él mismo.

El mismísimo Vittorio Del Castillo.

Juro que en aquel instante sentí cómo mi alma abandonaba mi cuerpo para luego volver de golpe, mientras una sensación de pánico absoluto me invadía por completo.

Él entró con su postura recta, el pelo castaño impecablemente peinado y la mirada más intensa que había visto en mi vida, como si estuviera a punto de despedir a alguien solo con la fuerza de sus ojos. Quedó claro, casi inmediatamente, que yo había hablado demasiado alto.

¡Dios mío, ¿me había oído?!

Tragué saliva con dificultad, el corazón latiéndome tan fuerte que estaba segura de que hasta el guardia de seguridad de la recepción podía oírlo.

Respiré lentamente, fingiendo una normalidad que no existía mientras apretaba inútilmente el botón para cerrar la puerta, implorando internamente que el ascensor acelerase y pusiera fin cuanto antes a aquella tortura psicológica.

Sin embargo, parecía que hoy el universo había decidido castigarme, y el ascensor subía con la velocidad de una tortuga anestesiada.

Un silencio perturbador se apoderó del reducido espacio.

Vittorio permanecía impasible, serio, elegante e irritantemente atractivo con su traje perfectamente ajustado y aquel perfume sutil que llenaba el ambiente, confundiendo mis sentidos.

Con el rabillo del ojo observaba discretamente al hombre a mi lado, intentando descubrir si mostraba algún indicio de haberme oído o no. Él no dijo nada, ni hizo ningún comentario; tan solo miraba el panel luminoso de los pisos con esa postura imponente de quien no pierde el tiempo en conversaciones triviales.

Me mordí el labio inferior, incapaz de controlar mi impulsividad habitual. El silencio era demasiado agónico para alguien tan habladora como yo. Cuando quise darme cuenta, mi boca —esa boca que nunca sabía cuándo callarse— actuó por su cuenta:

—Señor Del Castillo… —empecé tímidamente, sintiendo cómo me ardía el rostro—. ¿Por casualidad ha oído lo que he dicho hace un momento?

Él no respondió enseguida, solo apartó lentamente la vista del panel para mirarme, arqueando una ceja con ese gesto enigmático que solo él podía conseguir.

—¿Te refieres a lo de querer que note tu existencia al menos una vez? —replicó con calma, dibujando una leve sonrisa provocadora en la comisura de sus labios—. Sí, lo he oído perfectamente.

Mi rostro debió adoptar todos los tonos posibles de rojo en cuestión de segundos, porque noté cómo me ardían intensamente las mejillas.

Enhorabuena, Juliana. Tu capacidad para hacer el ridículo mejora por momentos.

—Ah, yo no quería decir exactamente… —balbuceé avergonzada, intentando recuperar una dignidad que ya no existía.

—No te preocupes —me interrumpió él, manteniendo el tono serio, pero con un brillo divertido en sus ojos—. No se lo contaré a nadie. Aunque te sugiero que, la próxima vez que quieras llamar mi atención, simplemente me hables directamente. Será más efectivo que desahogarte con tu reflejo en el ascensor.

Me quedé completamente muda. Parpadeé varias veces, incrédula ante su atrevimiento y demasiado sorprendida para reaccionar. Vittorio seguía serio, aunque podría jurar que vi cómo se le curvaba discretamente la comisura de la boca.

El ascensor llegó a su planta y, antes de que las puertas se abrieran del todo, volvió a mirarme, provocando que mi corazón se detuviera por completo.

—Que tengas un buen día.

Salió con paso firme, dejándome totalmente paralizada. Cuando las puertas por fin se cerraron, respiré tan profundamente que parecía haber estado conteniendo el aire desde el momento en que él entró. La cabeza me daba vueltas y la cara aún me ardía por la vergüenza.

Quizá había llegado el momento de dejar de vivir únicamente en mi imaginación, creando historias absurdas y divertidas que nunca llegarían a realizarse.

Tal vez sí necesitaba dar un paso, aunque fuera pequeño, para hacer que Vittorio se diera cuenta de que existía.

Una vocecita interior, no obstante, respondió enseguida con sarcasmo, recordándome que Vittorio era un hombre distante, misterioso y totalmente inalcanzable, mientras que yo solo era aquella empleada que hablaba demasiado alto y vivía con un sueldo demasiado bajo.

Suspiré al salir por fin del ascensor, todavía confusa por todo aquello. Sin embargo, una cosa tenía clara: algo había cambiado, aunque fuera mínimamente. Y, si dependía de mí, quizá aquel cambio podría hacerse aún mayor a partir de ahora.

Preferiblemente, eso sí, sin volver a hablar sola en voz alta en lugares públicos nunca más.



CAPÍTULO 5

«Él estaba acostumbrado a días previsibles, pero algunas personas tenían el don de poner patas arriba incluso su rutina más meticulosa.»

VITTORIO DEL CASTILLO

Tras salir del ascensor, caminé hacia mi despacho con una mezcla de diversión y curiosidad que hacía tiempo que no sentía.

Todavía veía claramente cómo se había sonrojado delante de mí, como si la hubiese sorprendido cometiendo el peor de los crímenes.

Sonreí discretamente al recordar su expresión incrédula y la manera desesperada en que había intentado disimular su vergüenza.

Confieso que no esperaba escuchar algo tan peculiar viniendo de alguien de la empresa. Pero aquel breve encuentro en el ascensor había aportado una inesperada dosis de humor a mi día, habitualmente monótono y agotador; especialmente cuando, nerviosa, intentó ocultar su tarjeta identificativa.

Incluso ahora, mientras recorría el largo pasillo hacia mi despacho, la imagen de aquella asistente administrativa con su cabello castaño cayendo en ondas y sus ojos abiertos como platos permanecía en mi mente, negándose a desaparecer.

Sacudí ligeramente la cabeza intentando disipar aquellos pensamientos.
No tenía tiempo para distracciones absurdas, especialmente al comienzo de una semana tan intensa.

Al entrar en mi despacho, cerré la puerta tras de mí y caminé hacia el escritorio, dejando el maletín sobre él. El amplio y moderno espacio estaba rodeado por ventanales que ofrecían una vista privilegiada de la ciudad de São Paulo, un recordatorio constante de las

responsabilidades que tenía como CEO de Tesoro Reale, una de las varias empresas en las que ocupaba ese cargo además de ser socio.

Empecé a revisar los informes financieros de la semana anterior intentando concentrarme, pero una vez más la imagen de aquella mujer se coló silenciosamente en mis pensamientos.

«¿Tanto te cuesta darte cuenta de que existo, aunque sea solo una vez?»

La puerta del despacho se abrió de repente, revelando la figura familiar de Frederico Villanova con su habitual expresión confiada. Frederico era mi socio y amigo desde hacía más de diez años, desde que nos conocimos en España y decidimos impulsar juntos Tesoro Reale.

Además, gestionaba conmigo otros negocios en Europa, como Montre Royale y Maison Villanova. Era prácticamente como un hermano para mí.

—¿Entonces, Vittorio? ¿Tienes claro lo del viaje a Europa? —preguntó, sentándose frente a mi escritorio y observándome atentamente.

—Sí, ya lo he confirmado todo. Tengo que estar allí; hay asuntos importantes que resolver en Montre Royale y Maison Villanova.

Él cruzó los brazos, manteniendo su mirada fija.

—¿Y tus hijos? ¿Has pensado cómo van a reaccionar Enrico y Giulia ante otra ausencia prolongada?

Respiré profundamente, desviando la vista durante un instante. No me gustaba admitirlo, pero Frederico había tocado el punto más delicado de mi vida: mis hijos. Me preocupaba diariamente por ellos, pero al mismo tiempo necesitaba mantener el control de las empresas que garantizaban nuestro futuro.

—Ya están acostumbrados —respondí, tratando de sonar más seguro de lo que realmente estaba—. Carmem es excelente con ellos. Además, solo serán unos días. No será diferente a las otras veces.

Frederico permaneció callado unos segundos, analizándome detenidamente antes de preguntar con cautela:

—Pero ¿y tú, Vittorio? ¿No te resulta difícil mirarlos a veces, después de todo lo que ocurrió? Me refiero… con Luciana.

Mi cuerpo se tensó automáticamente al escuchar su nombre. Dirigí la mirada hacia la ventana, contemplando el horizonte activo de la ciudad. No respondí, pero internamente aquella pregunta resonaba con fuerza.

Por supuesto que era difícil. Era difícil cada día. Giulia tenía la misma sonrisa que su madre, y Enrico, la mirada curiosa e inquisitiva que Luciana solía dirigirme.

Cada vez que los observaba, sentía una punzada sutil y constante en el pecho. No era fácil aceptar que crecerían sin su madre, y por más que intentara compensarlo, en ocasiones sentía que no era suficiente.

Pero aquella era una carga que debía llevar yo solo, sin necesidad de compartirla con nadie más.

—Cambiemos de tema —dije finalmente, adoptando un tono más firme y objetivo—. Tenemos que definir los últimos detalles del viaje, revisar las fechas de las reuniones y ajustar los asuntos burocráticos pendientes.

Frederico entendió el mensaje, captando que aquella puerta estaba cerrada. Hablamos unos minutos más sobre los detalles del itinerario, y luego se levantó, ajustándose la americana antes de salir.

—Te dejo trabajar. Si necesitas hablar o cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

Asentí con la cabeza mientras él salía y cerraba la puerta detrás de sí, dejándome nuevamente a solas con mis dudas y preocupaciones.

Respiré hondo, recostándome en la silla y frotándome la cara, agotado. Por mucho que intentara centrarme en los negocios, no conseguía apartar la sensación constante de que estaba fallando a mis hijos.

Les daba todo lo que necesitaban en términos económicos, pero ¿era eso suficiente? ¿Bastaba para que fueran felices y equilibrados? Sinceramente, no sabía responder.

Volví al ordenador decidido a terminar mis tareas y a dejar atrás aquellos pensamientos. Pero tan pronto como abrí un nuevo correo electrónico, el rostro de Juliana apareció nuevamente en mi mente sin ninguna explicación.

Resultaba curioso cómo alguien con quien apenas había intercambiado unas palabras podía impactar tanto en mi estado de ánimo.

Probablemente fuese por la inocente autenticidad de la situación, o por la inconsciente audacia que había mostrado al expresar aquellas palabras en voz alta. Sacudí la cabeza, divertido por mis propios pensamientos.

Aquello era ridículo.

No tenía tiempo ni interés para romances, especialmente con alguien que trabajaba en mi empresa y que seguramente no entendía la complejidad de mi vida.

Respiré profundamente, concentrándome finalmente en los informes frente a mí. Mi vida tenía prioridades claramente definidas, y no podía permitirme el lujo de distracciones emocionales.



CAPÍTULO 6

«La culpa tiene la extraña costumbre de infiltrarse allí donde el silencio grita con más fuerza.»

JULIANA ROCHA

—Como te iba diciendo, Juliana, no cualquiera puede correr una maratón completa en menos de tres horas. Yo ya lo he hecho cinco veces y pienso batir mi propio récord la próxima semana —el hombre que tenía delante, Natanael, seguía hablando sin parar, como una radio mal sintonizada que nunca se apaga. Su ego era claramente inversamente proporcional a su sentido común.

Sonreí educadamente, o mejor dicho, forcé una sonrisa.

Ya llevaba más de cuarenta minutos escuchando la épica historia de su vida fitness perfecta, sus objetivos en el gimnasio, cuántos kilos levantaba, cuántas calorías consumía y, en ningún momento, aquel bendito hombre me había preguntado siquiera cuál era mi comida favorita o si respiraba oxígeno.

Intenté intervenir algunas veces, pero siempre me interrumpía, continuando con su monólogo insoportable.

La situación ya rozaba lo absurdo, pero contuve la lengua todo lo posible. Al fin y al cabo, mi madre siempre decía que la paciencia es una virtud. El problema era que, claramente, la paciencia no era mi virtud favorita.

—Tienes que verme entrenar, Ju. Un día te llevaré conmigo; seguro que te sorprende mi rendimiento en la cinta.

En ese instante, lo poco que quedaba de mi sentido común, que ya no era mucho, desapareció por completo. Respiré hondo, reuní todo mi valor y solté de golpe:

—Sinceramente, Natanael, no, no quiero verte entrenar. De hecho, lo que realmente me encantaría sería que alguien me escuchase

durante cinco minutos. ¡Solo cinco minutitos, te prometo que no es mucho! —sonreí con ironía al ver cómo abría los ojos, sorprendido.

—¿Cómo dices? Yo...

—Llevo aquí casi una hora y, si hubieras prestado un mínimo de atención, sabrías que ya no aguanto más escucharte hablar de tus músculos, de tu maratón ni de la bendita dieta cetogénica que sigues religiosamente. Eres guapo, vale, felicidades por eso. Pero sería genial que consiguieras mirar más allá de tu propio ombligo. ¡El mundo no gira en torno a tu batido de proteínas, querido!

Natanael abrió la boca, visiblemente ofendido, pero no logró decir nada inmediatamente. Aproveché aquel raro momento de silencio, cogí mi bolso y empecé a levantarme.

—Espera, Juliana, yo solo quería compartir mi vida contigo.

—¿Compartir tu vida conmigo o simplemente presumir de tu ego descomunal? —repliqué, ya de pie—. Gracias por la cita, Natanael. Al menos me has recordado que escuchar es tan importante como hablar. ¡Suerte con tu próximo maratón!

Salí rápidamente del restaurante, sintiendo una mezcla de frustración y alivio. El aire fresco de la noche golpeó mi rostro,

recordándome que volvía a ser libre.

Pedí un Uber para volver a casa, y al entrar en mi apartamento tiré el bolso sobre el sofá y me desplomé sobre él, mirando al techo como si tuviese la culpa de todas mis citas catastróficas.

—¿Por qué, Dios? —pregunté al techo, como si este pudiera responderme—. ¿Por qué tengo tan mala suerte con los hombres?

Obviamente, el techo permaneció en silencio, confirmando así perfectamente mi teoría.

Cogí el mando de la tele, la encendí y seleccioné la serie que llevaba días viendo en bucle: «Amor, café y desastres». Al menos ahí los problemas eran ficticios y no implicaban citas insoportables con tipos que se creían atletas olímpicos.

Me acomodé en el sofá, agarrando una tableta de chocolate y empecé a ver la serie.

Entre episodio y episodio, tomé mi diario para hacer mis anotaciones poco convencionales sobre la serie, como acostumbraba:

«Querido diario: Hoy, en el episodio cinco, la protagonista decidió declararse al chico con un cartel delante de su cafetería. Algo así jamás funcionaría conmigo. Primero, porque seguro que tropezaría con el cartel. Segundo, porque Vittorio probablemente me ignoraría por completo, entraría directamente a pedirse un espresso doble sin azúcar, mientras yo seguiría allí plantada, sujetando el dichoso cartel con cara de idiota. Por favor, recuérdame nunca intentar algo así».

Me reí de mí misma al terminar el garabato, sacudiendo la cabeza.

El problema no era solo tener mala suerte, sino haberme encaprichado precisamente del hombre más inaccesible del planeta: Vittorio Del Castillo, el CEO intocable que probablemente no sonreía abiertamente desde finales del siglo pasado.

Suspiré profundamente, cerré el diario y miré hacia la pantalla de la tele con una sonrisa resignada.

—¿Quién necesita vida amorosa cuando existen las series y el chocolate? —me pregunté en voz alta, empezando ya el siguiente episodio.

La verdad es que la respuesta a esa pregunta era más dolorosa de lo que quería admitir. Pero, por el momento, mi vida amorosa estaría limitada a personajes ficticios y a un jefe inalcanzable que ni siquiera sabía exactamente cómo me llamaba.

Y sinceramente, eso ya era suficiente drama para una sola noche.

Apagué la tele, fui hasta mi habitación, me tumbé en la cama y, mirando nuevamente al techo, me prometí a mí misma que mañana intentaría no pensar ni en Vittorio ni en citas desastrosas.

Aunque sabía perfectamente que era una promesa difícil de cumplir cuando mi corazón parecía empeñado en llevarme la contraria.

VITTORIO DEL CASTILLO

Ya tenía una idea de lo que me esperaba en casa cuando les contara a mis hijos lo del viaje.

Nada más cruzar la puerta, pude comprobar que Enrico y Giulia tenían energía de sobra. Corrían por toda la mansión como dos pequeños huracanes, dejando a su paso un rastro de juguetes y risas.

Me senté en el sofá del salón principal, intentando disimular el cansancio mientras los observaba jugar. Unos minutos después, al notar mi presencia, vinieron corriendo hacia mí con enormes sonrisas dibujadas en sus caritas idénticas.

—¡Papá! ¡Papá! —gritó Giulia, saltando a mi regazo—. ¡Hoy en el cole hice un dibujo de nuestra familia y me quedó precioso!

—¡Te quedó fatal! —la interrumpió Enrico, cruzándose de brazos y frunciendo el ceño—. Me pintaste el pelo de rosa. ¡No me ha gustado nada!

Me reí suavemente, intentando mantener la seriedad mientras observaba el dibujo que Giulia me entregaba orgullosa.

—A mí me parece muy creativo, hija. ¿Y tú, Enrico, qué has hecho hoy?

Él sonrió entusiasmado, olvidando al instante su anterior protesta.

—¡He jugado al fútbol! ¡He marcado dos goles, papá! ¡Dos! Soy el mejor de mi clase. Giulia ni siquiera ha conseguido darle bien al balón.

—Eso es porque no me gusta el fútbol, ¿vale? —replicó ella poniendo una graciosa mueca—. Además, tampoco tenías que decir eso, Enrico. Papá ya ha dicho que mi dibujo le gusta.

Sacudí la cabeza sonriendo y los abracé contra mi pecho.

Aunque estaba agotado después de un día entero de reuniones y decisiones importantes en Tesoro Reale, aquellos pequeños momentos con mis hijos eran lo único capaz de aportarme una felicidad auténtica.

Sin embargo, debía contarles cuanto antes lo de mi viaje, antes de perder el valor para hacerlo.

Respiré hondo y elegí cuidadosamente mis palabras:

—Niños, necesito hablar con vosotros sobre algo importante.

Ambos me miraron enseguida, atentos y preocupados al mismo tiempo. Odiaba ver esas expresiones ansiosas en rostros tan jóvenes e inocentes.

—Papá tendrá que hacer otro viaje por trabajo. Muy lejos de aquí, en Europa, y tendré que estar fuera unos días.

Giulia inmediatamente puso cara de tristeza, y Enrico se puso serio, apartando la mirada.

—¿Otra vez, papá? Ya viajaste el mes pasado —protestó Enrico con una tristeza que ya conocía demasiado bien.

—Lo sé, hijo. Tampoco es fácil para mí. Pero es necesario para que todo siga funcionando bien, ¿lo entendéis?

—Pero papá, eso siempre lo dices —se quejó Giulia bajito, apretando aún más fuerte su dibujo—. Nosotros queremos que estés aquí, con nosotros.

Sentí cómo el corazón se me encogía, y aquella culpa tan familiar volvió a invadirme el pecho al comprobar cómo afectaban mis ausencias a mis hijos. Estar allí, viendo la frustración en sus miradas, hacía que me sintiera un fracaso en la única tarea que realmente importaba.

—Lo sé —respondí, respirando profundamente y abrazándolos con más fuerza—. Tenéis toda la razón. Os prometo que esto no durará para siempre. Algún día, muy pronto, estaré mucho más tiempo con vosotros, ¿vale?

Enrico alzó la vista, todavía serio, y volvió a cruzar sus pequeños brazos con una expresión autoritaria que me recordaba demasiado a mí mismo.

—¿Lo prometes, papá? ¿Lo prometes de verdad?

Giulia añadió rápidamente:

—Tiene que ser una promesa de verdad, ¿eh, papá? Nada de mentiras.

Sentí un pinchazo en el pecho al darme cuenta de que aquella petición no era algo insignificante para ellos. La inseguridad en sus ojos era tan evidente que casi dolía.

—Lo prometo con todas mis fuerzas —respondí firme, con absoluta sinceridad—. Un día todo esto acabará y estaré mucho más presente en vuestras vidas. Viajaremos juntos, jugaremos más, y hasta acabaréis cansados de tener al papá cerca.

Ambos se miraron y finalmente dibujaron pequeñas sonrisas de alivio, aunque todavía algo desconfiados.

—Te recordaremos esta promesa, papá —avisó Enrico con ese tono serio que había heredado directamente de mí.

—Sí, papá. ¡No se nos va a olvidar! —añadió Giulia, abrazándome aún más fuerte.

Sonreí nuevamente, notando cómo se formaba un nudo en mi garganta. Sabía que tendría que cumplir aquella promesa, sin importar lo que costase.

Mis hijos ya habían perdido demasiado, y jamás permitiría que siguieran sufriendo por culpa de mis ausencias.

En ese instante comprendí que, por muy exitoso que fuera, por mucha riqueza y poder que hubiese acumulado, nada de eso significaría absolutamente nada si no lograba mantener la felicidad en los rostros de mis hijos.

Y por primera vez en mucho tiempo, reconocí que quizá había llegado el momento de reorganizar mis prioridades.

Porque mis hijos merecían mucho más que promesas vacías, y yo estaba decidido a demostrarles que no solo era su padre, sino también el hombre en quien podrían confiar siempre.



CAPÍTULO 7

«A veces, hasta las sonrisas más amplias esconden silencios que nadie es capaz de ver.»

JULIANA ROCHA

Mientras intentaba decidir si me arriesgaba o no con aquella lasaña sospechosa que servían hoy en el comedor de Tesoro Reale, noté que Camila se acercaba y se sentaba a mi lado con esa mirada curiosa que solo las mejores amigas saben poner.

—A ver, criatura, ¿qué tal fue la cita? —preguntó enseguida, abriendo una botellita de zumo y mirándome expectante.

Solté un suspiro profundo, casi dramático, alejando el plato de mí. No estaba dispuesta a poner en riesgo mi salud gastrointestinal por una lasaña de dudosa procedencia y, desde luego, mucho menos a mentir sobre aquella cita desastrosa.

—Horrible. Créeme, Cami, habría tenido más emoción una visita al dentista que esa cita —respondí poniendo una mueca divertida—. El tío estuvo una hora entera hablando solo de sí mismo. Podría haberme quedado dormida en la mesa y ni se habría dado cuenta.

—Ay, Ju, qué mala suerte tienes. Creo que necesitas urgentemente un baño con sal gorda.

—Baño con sal gorda, baño de ruda… quizá una limpieza energética completa, ¿no? Empiezo a pensar que algún antepasado mío hizo algo muy malo y yo estoy pagando su karma —bromeé, apoyando la barbilla en las manos.

Ella sonrió con ternura, los ojos brillando divertidos.

—A lo mejor es solo el universo diciéndote que todavía no has encontrado a la persona adecuada.

—Qué poético, amiga. El problema es que el universo se está tomando demasiado tiempo, y yo me voy haciendo más vieja cada día que pasa.

Camila puso los ojos en blanco, riéndose de mis exageraciones habituales.

—Pues ya basta de dramas, señora Juliana Rocha. Esta noche vienes a cenar a casa. Sin excusas y sin posibilidad de negarte.

Levanté una ceja, fingiendo sorpresa.

—¿Ah, sí? ¿Y quién ha dicho que iba a negarme?

—Te conozco demasiado, Ju —replicó Camila con tono juguetón —. Seguro que ya estabas preparando alguna excusa barata sobre series pendientes o el cansancio acumulado de la vida adulta.

—Ay, amiga, en serio, me conoces mejor que mi madre — comenté riendo divertida, admitiendo que eso era exactamente lo que habría hecho—. Pero reconozco que hoy realmente necesito algo así. Una noche lejos de citas catastróficas y cerca de buena comida y compañía decente es justo lo que me ha recetado el médico.

Camila sonrió satisfecha, dando pequeñas palmaditas discretas.

—¡Perfecto! Avisaré a Frederico para que prepare algo especial. Los niños estarán encantados de verte, especialmente Jade. No para de preguntar por ti.

—¡Ah, mi pequeña admiradora! —exclamé poniéndome la mano en el pecho con dramatismo fingido—. Al menos alguien aprecia mi presencia en este mundo cruel.

Nos echamos a reír las dos, atrayendo algunas miradas curiosas de nuestros compañeros alrededor.

Camila estaba casada con Frederico Villanova, uno de los dueños de la empresa, pero no había perdido su humildad y seguía siendo fiel a su mejor amiga.

Puede sonar algo dramático, pero Camila era una de las pocas personas que entendían plenamente mi manera irreverente y burlona de ver la vida. Y en aquel momento, cenar con ella parecía exactamente el remedio que necesitaba mi autoestima.

—Bueno, pues decidido entonces —dijo Camila, acomodándose en la silla y mirándome con fingida seriedad—. La cita es en mi casa, puntualmente a las nueve de la noche, y tienes prohibido traer problemas amorosos o hombres insoportables en el bolso.

—Prometo dejarlos bien guardados en la basura antes de entrar —afirmé levantando una mano, como si hiciera un juramento solemne.

Volvimos a reírnos, pero el suave sonido del móvil nos recordó que el descanso se estaba acabando. Camila suspiró, acomodándose rápidamente, y yo recogí la bandeja intacta para devolverla.

Mientras salíamos del comedor, me sentí más ligera que antes. Por muy complicado que fuese encontrar a alguien que realmente mereciera la pena, al menos contaba con amistades como Camila, capaces de transformar cualquier drama personal en algo soportable.

Porque, admitámoslo, era mucho mejor una amiga divertida que una cita insufrible que me hiciera querer escapar por la ventana del restaurante.



Mientras me miraba en el espejo por décima vez, intentaba decidir si estaba elegante o si me había pasado un poco con el arreglo.

Llevaba puesto un mono negro ligero y suelto, el equilibrio perfecto entre comodidad y estilo. Lo había combinado con unas sandalias planas doradas y, para rematar, unos pendientes discretos. Mi pelo, rebelde como siempre, caía en ondas sobre mis hombros.

Me encantaba esa sensación de ir arreglada, aunque sabía que mi habitual pereza acabaría ganando en futuras ocasiones.

Respiré hondo, enfrenté mi reflejo y murmuré con decisión:

—Hoy olvidas a los tíos insoportables y te centras en la buena comida en casa de Camila. ¡Concéntrate, Juliana Rocha!

Me reí de mí misma, cogí el bolso y bajé a buscar el Uber que ya me esperaba frente al portal.

Poco después llegué a casa de mi amiga, una preciosa vivienda en una urbanización privada que parecía sacada directamente de un catálogo.

Nada más tocar el timbre, la puerta se abrió, revelando a la madre de Camila, doña Sônia, con esa sonrisa cálida que siempre me

hacía sentir como en casa.

—¡Ju, querida! ¡Pero qué guapa vienes! ¡Entra, entra! —me saludó con un abrazo fuerte y acogedor.

—¡De guapa nada, doña Sônia! —bromeé mientras entraba—. Es solo maquillaje; mañana volveré a ser la de siempre.

Ella rio y cerró la puerta, guiándome hasta el salón, donde encontré a Frederico, el marido de Camila, sentado en el sofá jugando con sus hijos, Davi y Jade.

—¡Juliana, llegas justo a tiempo! —Frederico se levantó y me saludó con una sonrisa amable—. La cena ya está casi lista, y Jade está preparada para hacerte correr toda la noche.

—Nada de correr, Frederico. Hoy estoy jubilada de juegos —respondí mientras cogía a Jade en brazos, quien me abrazó fuerte, tirando suavemente de mis pendientes con sus manitas.

Camila salió de la cocina y abrió los brazos, sonriendo como si llevase años sin verme.

—¡Por fin has llegado! Ya estaba a punto de mandar a buscarte con escolta policial.

—Exagerada —respondí entre risas, feliz de estar allí—. Es el tráfico de São Paulo conspirando contra mí, no mi habitual retraso.

Camila me cogió del brazo llevándome hasta el sofá y señaló a su hijo mayor con una sonrisa divertida.

—¿Sabías que Davi no deja de hablar de ti?

Davi, con sus nueve años y ojos tímidos, se puso rojo de inmediato, bajando la cabeza incómodo.

—Mamá, ¿tenías que decir eso?

—¿Y por qué no? ¿No dijiste que te cae bien? —le provocó Frederico con humor.

—Caerme bien sí que me cae —respondió avergonzado—. ¡Pero no hacía falta decirlo así, papá!

Sonreí con cariño, intentando aliviar la situación.

—Tranquilo, Davi. Tú también me caes genial.

Davi levantó la mirada, serio durante unos segundos, antes de afirmar con firmeza infantil:

—Juliana, si no encuentras novio, yo me caso contigo cuando sea mayor.

Fue imposible no estallar en carcajadas junto a todos en la sala. La sinceridad inocente de Davi calentó mi corazón como ningún encuentro fallido podría haberlo hecho.

—¡Cuidado con lo que dices, Ju! —bromeó Camila—. Ya tienes asegurado tu futuro. Dentro de unos años podrás reclamárselo.

—¡Y pienso hacerlo! —respondí siguiendo la broma—. ¡Guarda bien esa promesa, Davi!

Poco después nos sentamos todos a cenar. El delicioso aroma de la comida casera llenó la estancia, y me sentí reconfortada, agradecida por aquel momento cálido entre personas que me querían tal como era.

Todo iba perfectamente hasta que sonó el móvil de Frederico. Respondió rápido, con expresión preocupada. Al colgar, comentó con Camila mientras se servía comida en el plato:

—Era Vittorio. Vuelve hoy de Europa, y mañana por la tarde tenemos que arreglar algunos asuntos pendientes.

Sentí cómo mi estómago se encogía ligeramente al escuchar el nombre de Vittorio. Intenté disimular, pero me di cuenta, por la mirada de Camila, de que mi reacción no había pasado desapercibida.

—¿Todo bien, Ju? —preguntó suavemente, tocándome el brazo con cariño.

Forcé una leve sonrisa y asentí con la cabeza.

—Todo genial. Solo pensaba en estos viajes de trabajo, que deben de ser muy agotadores —mentí, tratando rápidamente de cambiar el rumbo de la conversación.

—Muy agotadores, sí —asintió Frederico sin notar nada extraño, retomando enseguida la charla con Camila sobre la rutina familiar.

Pero en mi interior había surgido una incomodidad extraña, difícil de explicar. Por mucho que intentase ocultarlo, algo en mí no estaba bien.

Daba igual cuántas bromas hiciese o cuántas risas provocase en los demás; siempre sentía que algo faltaba. Era como si escondiera detrás de mi sonrisa una inseguridad que me perseguía constantemente.

¿Sería la soledad? ¿Serían las expectativas frustradas, o esa sensación recurrente de no ser suficiente?

Quizá todo eso junto.

Al mirar nuevamente a mis amigos, comprendí que incluso allí, en medio de aquella cena divertida y acogedora, mi corazón aún buscaba algo más. Algo que quizá estuviese demasiado lejos de alcanzar.

Una persona que tenía nombre, apellido y unos ojos oscuros e intensos.

Tragué saliva fingiendo interés en la conversación mientras sentía claramente la presencia de aquel vacío que intentaba desesperadamente disimular.

Por más que sonriera, hablara y bromeara, no podía alejar aquella inquietud. No era feliz, al menos no del todo. No de la forma en que intentaba convencer a todos, ni a mí misma.

Y eso, más que cualquier cita fallida o encuentro desafortunado, era lo que realmente me dolía.



CAPÍTULO 8

«Él conquistaba el mundo cada día, pero dejaba escapar esos pequeños instantes que realmente importaban.»

VITTORIO DEL CASTILLO

Mientras observaba el cielo desde la ventanilla del jet, volví a sentir esa presión tan familiar en el pecho.

Las luces de São Paulo brillaban abajo como diminutos puntos de esperanza dispersos en la oscuridad infinita de la noche.

Mi reflejo, serio e impasible, aparecía discretamente en el cristal, recordándome una vez más que, pese a mis innumerables logros materiales, algo esencial seguía escapándose entre mis dedos como arena fina: el tiempo con mis hijos.

Me pasé la mano por el cabello castaño, cuidadosamente peinado, y respiré profundamente.

Enrico y Giulia siempre ocupaban mis pensamientos en momentos así, cuando los viajes de negocios se prolongaban más de lo debido. Ser un CEO exitoso, propietario e inversor de grandes empresas era mi mayor orgullo profesional, pero también mi culpa personal más profunda.

Los negocios prosperaban, sí, pero ¿y mis hijos? ¿Estarían prosperando ellos también sin mí?

Sacudí la cabeza, intentando apartar esos pensamientos. No había lugar para inseguridades en ese momento.

Al aterrizar en São Paulo, me dirigí directamente al edificio de Tesoro Reale. Entré en la empresa, saludando brevemente a algunos empleados mientras avanzaba por el pasillo hasta llegar al despacho de Frederico.

Sin llamar a la puerta, entré directamente.

—Por fin has vuelto —dijo él, levantando los ojos del ordenador y sonriendo con su habitual serenidad.

—Tuvimos algunos imprevistos en Europa —respondí enseguida, adoptando mi tono habitual, autoritario y práctico—. En Montre Royale tuve que despedir al gerente financiero. No estaba satisfecho con su rendimiento; encontré varios informes incoherentes. Ya he dispuesto un sustituto y dejado instrucciones claras al resto del equipo. En cuanto a la Maison Villanova, conseguimos cerrar esa alianza que tanto querías. Ahora solo falta supervisar su implementación.

Frederico asintió con calma, mostrando satisfacción con la información.

—Buen trabajo. Como siempre, lo has resuelto todo con precisión quirúrgica. Déjame lo demás a mí; yo me ocupo de los últimos detalles desde aquí. Ya que has vuelto antes de tiempo, aprovecha y vete a casa a ver a los niños.

—No puedo —respondí rápidamente, apartando la mirada—. Enrico y Giulia aún no han llegado a casa. Además, tengo algunos asuntos pendientes aquí; prefiero solucionarlos ahora.

Me miró en silencio, entrecerrando ligeramente los ojos, hasta que finalmente cedió con un leve asentimiento.

—De acuerdo. Tú mandas.

Ya casi había salido cuando Frederico volvió a llamarme, obligándome a detenerme en la puerta.

—Sabes que necesitas pasar más tiempo con ellos, ¿verdad? —preguntó con calma, pero con firmeza—. El trabajo no lo es todo. Créeme, los momentos que perdemos nunca vuelven, y tú mismo me diste un consejo parecido hace tiempo. Supongo que lo recuerdas.

Por un segundo quise responderle, justificarme, pero fui incapaz. Simplemente seguí adelante, dejando que la puerta se cerrase tras de mí sin decir nada.

Las palabras de mi amigo resonaron en mi cabeza durante las siguientes horas, mientras trabajaba en mi despacho, sumergido en informes, contratos y llamadas interminables.



El reloj marcaba las ocho de la tarde cuando por fin decidí regresar a casa. Nada más entrar en la mansión, apenas tuve tiempo de dejar mis cosas sobre la mesa del vestíbulo antes de que Enrico y Giulia vinieran corriendo hacia mí, gritando emocionados:

—¡Papá!

Me agaché rápidamente para recibirlos, sonriendo involuntariamente ante la felicidad sincera dibujada en sus caritas.

—¿Me habéis echado de menos? —bromeé, sujetándolos con fuerza en un abrazo apretado.

—¡Muchísimo! —exclamó Giulia, agarrándose a mi cuello.

—¡Yo todavía más! —intentó competir Enrico, abrazándome con exagerada fuerza, como siempre hacía.

Aquella pequeña disputa por mi atención me hizo reír, encendiendo algo cálido y reconfortante en mi pecho, aliviando temporalmente el peso de mis constantes ausencias.

Carmem se acercó con una sonrisa tranquila, observando la escena con ternura.

—¿Cómo se han portado hoy? —le pregunté, todavía abrazado a mis hijos.

—Han estado ansiosos esperando su llegada, señor —respondió con cariño—. Me han preguntado varias veces cuándo volvería. Por lo demás, el día ha sido tranquilo. Giulia ha hecho nuevos dibujos y Enrico ha descubierto un nuevo juego de dinosaurios. Prepárese, porque querrá jugar con usted.

Los miré fingiendo seriedad.

—Entonces, ¿hoy toca juego de dinosaurios, Enrico?

—¡Claro! ¡Yo te enseño cómo se juega! —respondió animado, tirando de mi mano hacia el salón.

—¡Eh, papá también tiene que ver mis dibujos! —se quejó Giulia, agarrando mi otra mano, iniciando así una pequeña discusión sobre

quién recibiría primero mi atención.

Pasé las siguientes horas jugando y charlando con ambos, sintiéndome genuinamente feliz. Observé el brillo inocente y alegre en sus ojos, ese tipo de felicidad sencilla que solo los niños son capaces de transmitir.

Sin embargo, pese a ello, con cada risa notaba una punzada de culpa. El tiempo perdido ya no volvería, y era plenamente consciente de mi responsabilidad con aquellos pequeños corazones que aún aprendían a lidiar con mis ausencias.

Cuando finalmente se cansaron, los llevé a su habitación y me senté junto a la cama, observándolos mientras bostezaban y se frotaban los ojitos adormilados.

—Os prometo que intentaré pasar más tiempo en casa con vosotros a partir de ahora —les dije en voz baja, acariciándoles suavemente el cabello.

—¿Lo prometes de verdad, papá? —preguntó Enrico con voz soñolienta, agarrando firmemente mi mano.

—¿De verdad verdadera? —añadió Giulia, con esa sinceridad infantil que siempre conseguía desarmarme.

Sentí el peso de aquella promesa mientras asentía lentamente.

—Os lo prometo. Sois las personas más importantes de mi vida, y merecéis mucho más que solo unas horas.

—Te queremos mucho, papá —susurró Giulia antes de cerrar los ojos, quedándose dormida rápidamente.

—Muchísimo —añadió Enrico en voz baja, también rendido enseguida al sueño.

Me quedé un rato observándolos dormir. En aquel silencio comprendí claramente cuánto había perdido a lo largo de estos años, y lo mucho que necesitaba cambiar mi vida antes de que fuese demasiado tarde. Frederico tenía razón: el trabajo no podía serlo todo, porque si lo era, acabaría perdiéndome lo mejor de la vida.

Con cuidado, ajusté la manta sobre ellos y me alejé lentamente, cerrando la puerta de la habitación con un profundo suspiro y una determinación renovada en el corazón. Algo tenía que cambiar. Ni mañana, ni la semana que viene.

Tenía que ser ahora.



CAPÍTULO 9

«Algunos días empezaban con plazos ajustados y terminaban con la paciencia por los suelos.»

JULIANA ROCHA

El lunes empezó justo como cabía esperar.

Ya había tropezado con tres personas diferentes antes incluso de llegar a mi mesa, y cuando vi la montaña de papeles que tenía que ordenar y entregar antes de acabar el día, sentí unas ganas inmensas de

escaparme a una isla paradisíaca o fingir que me habían abducido unos extraterrestres durante el fin de semana.

Trabajar como asistente administrativa tenía días buenos y días caóticos; por desgracia, hoy se acercaba más al caos absoluto.

Respiré hondo mientras organizaba los documentos, repasando mentalmente la interminable lista de departamentos que debía visitar, anticipando ya las caras de mal humor que me iba a encontrar por delante.

Mi itinerario incluía el departamento financiero, que esperaba informes detallados para su análisis; el comercial, que necesitaba urgentemente documentos sobre nuevos envíos internacionales; y finalmente, el departamento operativo, donde entregaría unas órdenes de servicio que, seguramente, no iban a alegrarle el día a nadie.

—Respira, Ju, respira —me dije en voz baja, cogiendo la pila de documentos y dirigiéndome hacia mi pequeña odisea corporativa.

En el departamento financiero, recibí algunas miradas torcidas mientras repartía los papeles. Lucas, el responsable del área, parecía especialmente irritado.

—¿Otra vez llegas tarde con esto, Juliana? —me dijo sin apenas mirarme—. ¿Es que no entiendes que nosotros también tenemos plazos?

Respiré profundamente y me mordí la lengua. No merecía la pena responder. Sabía perfectamente que no iba con retraso, pero discutir solo empeoraría las cosas. Salí de allí rápidamente, sintiéndome bastante incómoda.

En el departamento comercial, las cosas no mejoraron mucho. Clara, una chica rubia y aparentemente siempre enfadada con el mundo, puso los ojos en blanco con dramatismo al recibir los documentos sobre los envíos.

—Necesitábamos esto desde el viernes pasado. Parece que disfrutáis complicándonos la vida —bufó sin siquiera mirarme.

Sonreí educadamente, aunque en mi interior estuviese elaborando diálogos imaginarios nada amistosos. Decidí una vez más no contestar y salir cuanto antes del departamento, antes de que la Juliana irritada que vivía en mí decidiese asumir el control.

Cuando por fin llegué al operativo, en la décima planta, ya estaba cansada y con la paciencia totalmente agotada. Carlos, uno de los

coordinadores, me vio llegar con una expresión tan amistosa como la de un rinoceronte con dolor de muelas.

—No me puedo creer que estos documentos lleguen ahora. ¿Es que no sabes hacer bien tu trabajo, Juliana? —se quejó, exagerando claramente su grosería.

En ese preciso instante, algo dentro de mí estuvo a punto de estallar. Ya tenía la boca abierta para soltar todo lo que llevaba guardado, preparada para acabar con su carrera allí mismo, cuando una voz firme e inesperada atravesó el ambiente:

—Espero que esta no sea tu manera habitual de dirigirte a tus compañeros, Carlos. Mucho menos a alguien que simplemente está cumpliendo las órdenes recibidas, especialmente cuando el retraso probablemente no sea culpa suya.

Mi corazón se detuvo. Reconocí inmediatamente aquella voz grave, autoritaria y ligeramente irónica.

Al girar la cabeza, me encontré con Vittorio Del Castillo justo detrás de mí, con esa mirada penetrante y expresión imponente que conseguía intimidar a cualquiera en cuestión de segundos.

Alto, con el pelo castaño perfectamente peinado y dueño de una presencia que robaba todo el oxígeno del ambiente, parecía controlarlo todo con apenas una mirada.

Carlos se puso rojo al instante, balbuceando algo casi incomprensible:

—Disculpe, señor Del Castillo, no era mi intención...

—Puede que no haya sido tu intención, pero eso es exactamente lo que ha ocurrido —contestó Vittorio con frialdad, mirándolo fijamente—. Te sugiero que reconsideres tu forma de tratar a las personas que trabajan aquí, o quizá debas buscar otro lugar donde hacerlo.

Carlos asintió rápidamente, totalmente avergonzado, y volvió a su mesa con la cabeza agachada.

Miré a Vittorio, aún paralizada, sin saber qué hacer exactamente. Jamás había imaginado verlo así, defendiéndome directamente.

—Gracias —musité con voz casi inaudible.

Él simplemente asintió con un gesto leve, y en silencio caminamos hacia el ascensor.

Cuando se cerraron las puertas, el silencio absoluto empezó a ahogarme. Mi corazón parecía decidido a poner a prueba sus propios límites mientras fijaba la mirada en la pequeña pantalla que indicaba las plantas, deseando más que nunca llegar pronto a mi destino.

Cuando por fin las puertas se abrieron en la planta baja, noté que él también salía conmigo.

Me resultó extraño, pero preferí no comentarlo. Al fin y al cabo, no estaba teniendo precisamente un buen día para iniciar una conversación casual. Y menos con él.

Sin embargo, cuando caminé en dirección al comedor, observé sorprendida que Vittorio también iba en esa dirección. Mi corazón se aceleró todavía más, si es que eso era posible.

¿Estaba Vittorio Del Castillo yendo al comedor de la empresa? ¿Conmigo?

—A veces yo también necesito tomarme un respiro —dijo de pronto, rompiendo el silencio y mirándome brevemente.

Su voz era firme, segura, como si cada palabra hubiese sido cuidadosamente escogida antes de pronunciarla.

Parpadeé sorprendida al oírlo hablarme directamente. Mi corazón, por otro lado, decidió latir al ritmo de una batería de comparsa en pleno carnaval de Cádiz. Era imposible disimular el impacto que aquel hombre tenía sobre mí, especialmente estando tan cerca.

—Tiene sentido —respondí intentando mantener un tono serio y equilibrado, completamente fuera de mi zona de confort.

Normalmente habría hecho alguna broma o comentario sarcástico, pero Vittorio Del Castillo no parecía del tipo de hombre que apreciase mis ocurrencias inoportunas. Al menos no en ese preciso momento.

—¿Cómo te encuentras ahora? —preguntó él, sorprendiéndome aún más al demostrar interés.

—Cansada, pero sobreviviré —sonreí ligeramente, colocándome un mechón de pelo tras la oreja, nerviosa bajo aquella mirada penetrante—. Hoy el trabajo es una locura.

—Me he dado cuenta. Algunos parecen olvidar que no son los únicos que tienen presión con los plazos —comentó con cierta

desaprobación—. Normalmente eres más expresiva. ¿Te estás conteniendo conmigo?

Lo miré sorprendida y un poco avergonzada por su perspicacia al notarlo. Solté una risa tímida y breve.

—Un poco, sí. A veces hablo demasiado. Demasiadísimo, incluso. Y no siempre lo que sale de mi boca es exactamente… relevante o apropiado. O ambas cosas.

Para mi sorpresa, una leve sonrisa apareció brevemente en su rostro. Mi corazón, ya acelerado, estuvo a punto de entrar en colapso al verlo sonreír, aunque fuese mínimamente.

Era como presenciar un eclipse, una escena que sabes que probablemente nunca volverás a contemplar.

En ese instante, decidí arriesgarlo todo. ¿Qué era lo peor que podía pasar, aparte de que me rechazase y sufrir una humillación eterna en la empresa, verdad? Ya estaba acostumbrada a los desastres amorosos, de todos modos.

Abrí la boca para invitarle a salir conmigo, convencida de que diría que no inmediatamente, y así podría continuar con mi vida y dejar

de inventar escenarios imposibles con el jefe más guapo, alto e inalcanzable de la historia de la humanidad.

Sin embargo, antes de que pudiera siquiera completar mi razonamiento, Vittorio fue más rápido:

—Juliana —dijo con aquella voz profunda que hacía sonar mi nombre mejor que nunca—, sé perfectamente lo que piensas sobre mí.

Tragué saliva con dificultad, abriendo ligeramente los ojos. Mi rostro seguramente estaba revelando todos mis pensamientos absurdos e inapropiados acerca de él.

—¿Lo... lo sabes? —pregunté casi en un susurro, deseando que el suelo se abriese bajo mis pies.

—Sí —afirmó con seriedad, mirándome intensamente, y algo en su mirada hizo que mi corazón se detuviera por un instante—. El hombre que has idealizado en tu mente no es quien realmente soy. No soy ese hombre con el que sueñas despierta.

Respiré profundamente, sin saber qué decir. Estaba preparada para el rechazo, pero no para una conversación tan directa y sincera.

—No sé cómo responder a eso —murmuré perdida, sintiendo mis mejillas arder de vergüenza.

Él dio un paso más, acercándose tanto que pude percibir claramente su perfume amaderado y sofisticado.

—Te demostraré que estás equivocada —dijo lentamente, mirándome como si desafiara todas mis certezas.

—Y... ¿cómo piensas hacerlo? —pregunté, intentando controlar el temblor en mi voz.

Él dio otro paso hacia mí, acortando aún más la distancia, hasta que casi no quedó aire entre nosotros.

—Tú y yo vamos a salir —dijo en voz baja y decidida—. Pero solo una vez.

Parpadear en aquel momento parecía imposible.

Apenas lograba respirar, mucho menos elaborar una respuesta coherente. Mi cerebro se había quedado completamente bloqueado, incapaz de generar cualquier reacción mínimamente inteligente.

—Esto es una broma, ¿verdad? —Intenté sonreír, esperando que dijese que sí y se riera conmigo.

Vittorio arqueó ligeramente una ceja, mirándome con absoluta seriedad.

—¿Crees que estoy bromeando?

Tragué saliva con dificultad, sintiendo que las piernas me fallaban.

—No… Bueno, ahora mismo no lo tengo claro.

Él se alejó lentamente, manteniendo todavía su mirada fija en mí, haciéndome sentir completamente expuesta.

—Saldremos el viernes.

Se giró y comenzó a caminar con calma, dejándome allí plantada como una estatua de mármol en plena hora del almuerzo, intentando asimilar lo que acababa de suceder. Miré a mi alrededor, confundida e incrédula, esperando a que apareciera alguna cámara oculta y alguien gritase: «¡Inocente!», porque aquello simplemente no podía estar ocurriendo de verdad.

Yo, Juliana Rocha, la chica parlanchina incapaz de controlar todas las tonterías que salían de su boca, acababa de ser invitada a salir por Vittorio Del Castillo.

El hombre más inaccesible y misterioso de Tesoro Reale. La persona que dominaba mis pensamientos desde el primer día que pisé aquella empresa.

Sacudí la cabeza, intentando recuperar el control de mi cordura mientras repetía bajito, solo para asegurarme de que no estaba teniendo un brote psicótico:

—¿Qué acaba de pasar aquí? Por el amor de Dios, Juliana Rocha, ¿en qué lío te has metido esta vez?

Ya era oficial: mi vida se había convertido en el guion de una telenovela mexicana y, desde luego, no estaba preparada para gestionar aquello.



CAPÍTULO 10

«Algunas decisiones parecen fáciles hasta el momento en que empiezan a ponerlo todo patas arriba por dentro.»

JULIANA ROCHA

—¿Dónde estabas, mujer? ¡Sandra está como loca buscándote!

—No importa dónde he estado, amiga, sino adónde voy…

—Me estás asustando... —Camila frunció el ceño con curiosidad, mirándome como si hubiese aparecido vestida de unicornio en medio de la oficina.

—Camila, siéntate porque te vas a caer de culo —dije, tirando de su brazo para obligarla a sentarse en la silla junto a mí, completamente eufórica. El corazón aún me latía tan rápido que parecía dispuesto a correr una maratón—. ¡Por fin voy a salir con Vittorio!

Parpadeó dos veces, en silencio, intentando asimilar lo que acababa de decirle.

—¿¡Con Vittorio!?

—Sí, criatura. Vittorio, el dueño de todo esto. Mi jefe, tu jefe, el CEO y socio de Tesoro Reale, guapo, maravilloso, inalcanzable… ¡ese que lleva años ignorándome olímpicamente!

Camila abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca.

—¡No puede ser! ¡Te lo estás inventando!

—¡Claro que no me lo estoy inventando! Jamás bromearía con algo así. Bueno, sí lo haría, pero no ahora. —Solté una carcajada sin poder controlarme—. ¿Te lo puedes creer? Ha dicho que va a salir conmigo este viernes. Se ha acercado muchísimo, casi me mata del susto, y luego me ha soltado que me demostrará que no es el hombre que tengo idealizado. Pero ¿sabes qué? Yo me encargaré de que cambie de opinión sobre sí mismo.

Camila sonrió y negó divertida con la cabeza.

—Estás como una cabra.

—Loca sí, ¡pero una loca con cita oficial con Vittorio! —exclamé levantando exageradamente los brazos, atrayendo algunas miradas curiosas de los compañeros a nuestro alrededor.

Justo cuando me disponía a relatar de nuevo toda la escena con lujo de detalles, Sandra, nuestra jefa, apareció junto a mi mesa con esa expresión tan poco amigable que la caracterizaba.

—Juliana, ¿dónde están los informes? El departamento comercial los necesita hoy mismo y Clara acaba de quejarse de que no has entregado todo lo que pidieron. Y tengo aquí unos diez encargos más esperando por ti.

Sonreí automáticamente, asintiendo mientras hablaba, fingiendo la mayor calma del mundo. Por dentro, sin embargo, solo podía pensar en Vittorio, en su perfume amaderado, en aquella sutil sonrisa que había dejado escapar, y en lo guapísimo que estaba con aquel impecable traje oscuro.

Ni siquiera Sandra lanzando tareas sin parar sobre mi mesa podía arruinar mi humor en aquel instante.

—No te preocupes, ya estoy con ello —respondí con la sonrisa más convincente de toda mi vida.

Sandra me observó con cierta desconfianza, pero finalmente se alejó.

—Estás verdaderamente feliz, ¿eh? —comentó Camila, notando que ni una avalancha de trabajo conseguía acabar con mi ánimo.

—Amiga, estoy radiante —afirmé con una sinceridad descomunal —. Si Sandra me pidiera ahora mismo un informe en jeroglíficos del Antiguo Egipto, te juro que ni así me quejaría.

Camila soltó una carcajada y volvió a su mesa. Yo respiré profundamente, sujetando un informe mientras pensaba en el hombre que llevaba años dominando mis pensamientos.

Vittorio podía decir lo que quisiera, podía insistir en que no era el hombre que yo imaginaba, pero estaba decidida a demostrarle que, tal vez, era muchísimo más de lo que jamás había soñado.

Y estaba preparada para descubrirlo, costase lo que costase.

VITTORIO DEL CASTILLO

No tenía claro si aquella decisión que acababa de tomar era precisamente la más inteligente o la más adecuada.

Caminé hacia mi despacho, cerré la puerta tras de mí y respiré profundamente, intentando comprender qué me había llevado a decir tan impulsivamente que saldría con Juliana.

Justamente con ella.

Una mujer totalmente opuesta a todo lo que conocía; parlanchina, desenfadada, y que evidentemente no tenía ni idea de qué clase de hombre era yo.

O quizá sí lo supiera, y simplemente no le importara.

Me quité la americana y la dejé sobre la silla que había detrás del escritorio. Me senté, abrí algunos correos electrónicos e intenté centrarme en las hojas de cálculo y en los informes pendientes. Leonardo, mi asistente encargado de organizar la agenda, llamó discretamente a la puerta antes de entrar.

—Señor Del Castillo, desde el departamento jurídico solicitan que firme inmediatamente los contratos con la empresa alemana. ¿Me ocupo de eso ahora mismo?

—Sí, Leonardo, por favor. —Hice una breve pausa, masajeándome las sienes—. Ah, y dile a Marina, de finanzas, que tendrá que encargarse ella de las negociaciones con el grupo Nueva Alianza esta semana. No estaré disponible para eso.

Leonardo me observó intrigado, quizá percibiendo mi breve vacilación, pero salió sin hacer preguntas. Era un empleado eficiente y sabía perfectamente hasta dónde podía llegar con sus dudas. Preferí no darle margen para que notase lo inquieto que estaba.

Intenté concentrarme de nuevo en el trabajo, pero parecía imposible. Mi mente regresaba una y otra vez al mismo tema, a la misma persona.

¿Por qué había tomado aquella decisión?

Las mujeres no eran ninguna novedad para mí, especialmente desde la muerte de Luciana, pero ninguna había conseguido despertar algo realmente profundo en mi corazón.

No eran más que distracciones pasajeras que siempre terminaban dejándome un regusto amargo y un vacío aún mayor que antes.

Me puse de pie y caminé hasta el enorme ventanal desde donde se divisaba la ciudad de São Paulo. Los edificios imponentes y las luces que comenzaban a encenderse al atardecer me recordaban lo mucho que había trabajado para tener el control absoluto sobre mi vida.

Y ahora, precisamente ahora, parecía haber perdido por completo el control sobre mis propias acciones.

Respiré hondo y metí la mano en el bolsillo interior de la americana, sacando la cartera. La abrí lentamente y retiré la fotografía que siempre me acompañaba. Luciana sonreía en aquella imagen, con una sonrisa genuina y radiante, capturada en una tarde soleada, antes de que todo se torciera.

Mis dedos se deslizaron suavemente sobre su rostro, mientras el amargo recuerdo de aquel día volvía con fuerza a mi mente.

Ni siquiera tuvimos tiempo para despedirnos.

Luciana se fue abruptamente, llevándose consigo una parte del hombre que yo era. Nunca logré superar del todo aquella pérdida y,

quizá por eso, me había convertido en el hombre frío, cerrado y distante que era ahora.

Los únicos capaces de despertar en mí alguna emoción auténtica eran Enrico y Giulia, mis hijos, mi razón para seguir existiendo.

—¿Qué querrías que hiciera ahora? —pregunté en voz baja, notando cómo se me cerraba la garganta por las emociones reprimidas durante tantos años—. ¿Qué dirías si supieras que estoy pensando en otra mujer?

El silencio fue mi única respuesta, como siempre.

Volví a guardar la fotografía, frustrado conmigo mismo por permitir que recuerdos tan dolorosos siguiesen dominándome de aquella manera.

Pero también sentía rabia, una rabia antigua que siempre surgía cuando me sentía vulnerable, cuando recordaba lo injusto que era no tenerla a mi lado, compartiendo la vida con nuestros hijos, viéndolos crecer.

Me pasé las manos por el pelo y respiré profundamente otra vez, intentando controlar las emociones que bullían en mi interior.

Probablemente estaba siendo un completo idiota; quizá estuviese cometiendo un grave error al involucrar a Juliana en todo esto. Sin embargo, algo en mí necesitaba saber.

Necesitaba descubrir por qué era capaz de afectarme tanto, por qué parecía tener la habilidad de derribar las barreras que yo había levantado con tanto esfuerzo.

Volví al escritorio y me senté de nuevo. Los informes y los correos ya no parecían tan importantes como antes. Mi mente estaba ahora llena de dudas, preguntas y una extraña ansiedad por lo que estaba a punto de suceder.

¿Qué era lo que buscaba exactamente? ¿Una segunda oportunidad? ¿Redención? ¿O simplemente demostrarme a mí mismo que todavía era capaz de sentir algo?



CAPÍTULO 11

«A veces, la expectativa es tan intensa que el corazón vive el momento antes incluso de que suceda.»

JULIANA ROCHA

Me gustaba salir a correr antes de ir al trabajo.

Era como una terapia en la que podía soltar toda la ansiedad y la energía acumulada, sin necesidad de pagar por una sesión real.

Además, tenía el añadido de poder fingir que era una de esas influencers fitness supermotivadas, aunque en realidad mi estilo

recordara más a un pingüino torpe corriendo por la playa.

Hoy, en concreto, me había despertado especialmente animada.

La playlist sonaba a todo volumen en mi móvil mientras corría por el parque, con el sol de la mañana iluminando mi pelo castaño y la brisa fresca acariciando mi rostro sudoroso. El corazón me latía deprisa, no solo por el ejercicio, sino especialmente por la expectativa del día siguiente.

Mañana.

El día de la cita con Vittorio Del Castillo. Esa frase aún parecía demasiado surrealista como para ser real.

Aceleré el ritmo y sonreí para mí misma, imaginando diferentes escenarios para nuestro encuentro. Por supuesto, en todos ellos Vittorio estaba espectacular, con aquella mirada penetrante y su traje impecable. Aunque, para ser sincera, prefería imaginármelo también sin el traje.

Me sonrojé con mis propios pensamientos y casi tropecé con una rama en medio del camino.

—Contrólate, Juliana —murmuré en voz baja, sonriendo mientras seguía corriendo—. Ni siquiera sabes si tú le gustas tanto.

Me reí sola de mi propia inseguridad y negué con la cabeza, apartando los pensamientos pesimistas.

Mañana sería perfecto. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces en la vida tendría la oportunidad de cenar con un hombre tan increíble como él?

Tenía que aprovechar esta oportunidad como quien se lanza desesperadamente al último trozo de pizza en el bufé.

Terminé la carrera lo más rápido posible, impulsada por la ansiedad del encuentro y la agradable sensación del ejercicio cumplido.

Al llegar a casa, fui directamente a la ducha. Mientras el agua caliente caía sobre mí, continué soñando despierta con la noche siguiente. Sin duda, la Juliana que saliera de aquella cita no sería la misma que la que había entrado.

Me vestí rápidamente con unos vaqueros claros, una blusa blanca y unas bailarinas negras cómodas, ya que el día prometía ser intenso en Tesoro Reale.

Llevé el pelo suelto, con las ondas cayendo libremente sobre mis hombros. Un maquillaje suave, solo para disimular mi cara de haber madrugado demasiado, y listo: estaba oficialmente preparada para un día más de trabajo y, sobre todo, para sobrevivir hasta la cita de mañana.

Al llegar a la empresa, mi mejor amiga ya estaba esperándome junto a mi mesa, con una sonrisa gigante en la cara.

—¡Buenos días, futura señora Del Castillo! ¿Cómo está ese corazoncito enamorado?

Puse los ojos en blanco, pero no logré ocultar la sonrisa enorme que apareció inmediatamente en mi rostro.

—Está genial, preparado para ser destruido por completo mañana —bromeé, dejando el bolso sobre la silla.

Camila soltó una carcajada, cruzándose de brazos mientras me observaba.

—Ju, pareces una adolescente enamorada del instituto. Esto es demasiado serio.

—No soy una adolescente enamorada, amiga. Soy una mujer adulta que por fin va a salir con el amor platónico más imposible de su vida. En serio, si sobrevivo a esto será un auténtico milagro —expliqué, riéndome mientras empezaba a organizar los documentos esparcidos por mi mesa.

Camila se acercó con una expresión divertida.

—¿Y ya tienes elegido el modelito o vas a improvisar y dejarlo todo para última hora, como siempre?

—Ah, por supuesto que ya lo tengo decidido —respondí, fingiendo seguridad—. Me pondré un vestido precioso y unos tacones asesinos que garantizarán que me tuerza el tobillo en plena cita. Nada como hacer el ridículo para tener luego una historia divertida.

Mi amiga soltó una carcajada que resonó por todo el departamento, haciendo que algunos compañeros nos mirasen con curiosidad.

—¡Eres imposible! Pero hablando en serio, creo que él no va a resistirse a ti. Al fin y al cabo, nadie es inmune a tu encanto de cómica torpe.

—Vaya, ¿eso ha sido un piropo o un insulto disimulado? —pregunté fingiendo indignación, antes de que ambas volviéramos a reír.

Durante el resto de la mañana continué trabajando con entusiasmo, a pesar de que Sandra me bombardeara con tareas y plazos imposibles. Cada pocos minutos mi mente volaba hacia Vittorio, y no podía evitar imaginar cómo sería tener cerca a aquel hombre que había protagonizado siempre mis sueños más descabellados.

De repente, fui consciente de algo con absoluta claridad: estaba completamente involucrada. Y aunque él insistiese en que no era el hombre que yo creía, estaba más que dispuesta a descubrir exactamente quién era en realidad.

Sí, quizá me estuviera metiendo en un buen lío. Pero a estas alturas del partido, el riesgo ya no me importaba en absoluto.



Mientras terminaba otra pila interminable de documentos que parecían brotar en mi mesa cada jueves, mi mente decidió escaparse descaradamente hacia otro lugar.

O mejor dicho, hacia otra persona.

Miré discretamente a mi alrededor, pero ni rastro de Vittorio. Era curioso cómo un hombre tan alto e imponente conseguía desaparecer sin dejar pistas precisamente el día antes de nuestra cita.

Casi parecía que me estuviese evitando a propósito, lo cual no sería exactamente una buena señal. Suspiré, sacudí la cabeza y decidí alejar esos pensamientos negativos.

—Tranquila, Juliana —me dije a mí misma en voz baja mientras guardaba las últimas carpetas—. Seguro que solo está demasiado ocupado conquistando el mundo o eligiendo qué maravillosa corbata ponerse mañana por la noche.

Me levanté de la silla, cogí el bolso y caminé hacia el ascensor.

Aunque no había visto a Vittorio en todo el día, solo el hecho de saber que mañana estaría finalmente frente a frente con él, fuera del entorno profesional, hacía que mi corazón latiese como si estuviese a

punto de cometer algo sumamente ilegal o extremadamente emocionante.

Quizás ambas cosas.

El trayecto a casa fue rápido, y en cuanto crucé la puerta sentí cómo mis músculos se relajaban automáticamente.

Dejé el bolso sobre el sofá y fui directamente al dormitorio para cambiar la ropa del trabajo por un pijama de algodón suave y unos calcetines peludos que me hacían parecer el Yeti, pero que jamás abandonaría.

Ya acomodada en el sofá con un generoso cuenco de palomitas recién hechas, cogí el mando de la televisión y busqué algo que me distrajese lo suficiente como para olvidar por un rato la ansiedad que sentía por el día siguiente.

Encontré una serie nueva llamada *«Cupido en paro»*, una comedia romántica sobre un ángel que pierde su trabajo en el cielo y decide ayudar a personas normales a encontrar el amor para recuperar su estatus celestial.

Cinco minutos después, ya estaba riéndome a carcajadas con las situaciones absurdas del pobre ángel, especialmente cuando intentaba

convencer desesperadamente a una pareja testaruda de que aceptase el inevitable destino amoroso que les esperaba.

Cada escena surrealista me hacía reír aún más fuerte, hasta casi derramar el cuenco de palomitas sobre la alfombra del salón.

—Madre mía, si hasta el ángel del amor está en paro, imagínate yo intentando conquistar al jefe guapo e inalcanzable —comenté en voz alta, apuntando con el mando a la televisión como si esperase una respuesta.

Tras cuatro episodios y muchas carcajadas escandalosas que probablemente irritaron a mi vecina gruñona, empecé a notar cómo mis párpados pesaban.

Decidí que era el momento perfecto para registrar este pequeño placer cotidiano en mi diario, donde solía anotar todos mis comentarios absurdos sobre series y películas, como si fuese una crítica profesional completamente irrelevante.

Abrí el diario, cogí el bolígrafo y empecé a escribir:

«Querido diario: hoy he visto 'Cupido en paro'*, que básicamente cuenta la historia de mi vida, pero con alas, aureola y mucho más*

glamour. Me he enterado de que hasta los ángeles pueden ser despedidos, así que quizás debería dar gracias por no haber sido todavía expulsada de Tesoro Reale. Aunque pensándolo mejor, creo que mi propio cupido también está en paro, porque mi historial amoroso es tan desastroso como intentar tomar sopa con un tenedor. En serio, ¿en qué momento la he liado tanto para acabar así?».

Me reí sola mientras escribía, añadiendo un último comentario gracioso sobre el ángel protagonista antes de cerrar el diario con una sonrisa en la cara.

Me fui al dormitorio, apagué las luces y me acomodé en la cama, cubriéndome con la manta y dejando que mi mente vagase libremente hasta encontrar el rostro que realmente quería ver: el de Vittorio.

Cerré los ojos imaginando cómo sería su sonrisa lejos de las formalidades del trabajo, el tono de su voz en una conversación relajada y, sobre todo, su mirada fija en mí, como si finalmente yo hubiese dejado de ser invisible.

Me quedé dormida con ese pensamiento, sintiendo una cálida y agradable sensación en el pecho, anticipando que mañana, por fin, todo

eso dejaría de ser simple imaginación.

Y si todo salía mal, bueno, al menos mi diario tendría unas historias buenísimas que contar.



CAPÍTULO 12

«A veces, lo que más asusta no es lo desconocido, sino aquello que, en el fondo, siempre hemos deseado que sucediera.»

VITTORIO DEL CASTILLO

Viernes.

Además del trabajo interminable, los viernes parecían traerme una ansiedad extraña, algo que hacía mucho tiempo no sentía.

Apoyado sobre mi mesa, con las manos sobre la superficie de madera oscura y pulida, observé la agenda repleta que tenía delante: conferencias, firmas, reuniones interminables y la inevitable burocracia que nunca me daba tregua.

Frederico estaba sentado en el sillón frente a mí, hojeando distraídamente un informe financiero que habíamos recibido de la filial española. Su mirada atenta y crítica no conseguía ocultar que había algo más que quería preguntarme.

Conocía demasiado bien a mi amigo y socio como para no darme cuenta de cuándo quería tratar algún asunto personal.

—Vittorio, ¿seguro que estás bien? —preguntó finalmente, cerrando el informe y cruzándose de brazos mientras me miraba fijamente.

Arqueé una ceja, desconfiado.

—Ya te he dicho que sí. ¿Por qué insistes tanto?

—Porque te conozco desde hace años, amigo mío —respondió con calma—. Sé cuándo algo te pasa. ¿Están bien los niños?

—Perfectamente. Enrico y Giulia no paran quietos, pero eso no es ninguna novedad. Están sanos y felices, eso es lo importante —contesté brevemente, mirándolo con curiosidad—. Ahora dime claramente adónde quieres llegar con esto, Frederico.

Él soltó una breve risa, negando con la cabeza.

—Quiero saber si estás saliendo con alguien o, al menos, intentándolo. No finjas sorpresa; sabes perfectamente que iba a preguntártelo. Trabajas demasiado, Vittorio. El trabajo no lo es todo en la vida.

Respiré profundamente y dirigí la mirada hacia el gran ventanal de mi despacho, contemplando durante unos segundos el cielo azul que contrastaba con los edificios grises y altos de São Paulo.

Por un instante pensé en la cita que había concertado con Juliana para esta noche, aunque no me sentía preparado aún para compartirlo con Frederico. Era demasiado extraño admitir en voz alta que había tomado aquella decisión impulsivamente.

—Estoy bien, Villanova —afirmé con determinación—. No tienes de qué preocuparte.

Él me analizó en silencio unos segundos, claramente escéptico, pero respetó mi decisión de no seguir hablando.

—Está bien, pero piensa en lo que te he dicho. El trabajo no llena todos los vacíos de la vida.

Frederico se levantó y salió de mi despacho lanzándome una última mirada preocupada. No tenía tiempo para cuestionamientos personales, mucho menos ahora.

Unos minutos después, salí decidido a resolver personalmente algunas tareas pendientes por el edificio. Me gustaba caminar de vez en cuando por la empresa, observar el movimiento, supervisar a los equipos. Era una forma práctica de asegurarme de que todo funcionaba correctamente.

Fue en ese instante cuando, al pasar por el departamento de marketing, me detuve en seco. Mis ojos se fijaron en ella: Juliana. Estaba charlando animadamente con un chico del área comercial.

Su sonrisa era contagiosa, iluminando su rostro de una forma casi hipnótica. Mi mirada, involuntariamente, siguió el movimiento suave de su cabello castaño, que caía en ondas sobre sus hombros.

Por primera vez, reparé en la forma expresiva en que brillaban sus ojos al hablar, la naturalidad con la que gesticulaba con las manos sin percatarse siquiera de que estaba siendo observada.

Juliana llevaba puesta una blusa azul claro que resaltaba su piel morena, combinada con unos pantalones negros que delineaban discretamente su silueta.

Me sorprendí observando detalles que antes habrían pasado desapercibidos. Sus labios se curvaban en una sonrisa fácil, como si vivir fuese la cosa más sencilla del mundo, como si el peso de la rutina diaria no pudiera afectarle.

Durante casi un minuto permanecí inmóvil, perdido en aquella escena inesperada. Juliana poseía una tranquilidad distinta a todo lo que había conocido antes, y admití en silencio que eso me atraía de una manera peligrosamente inesperada.

Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, aparté rápidamente la mirada, tratando de recuperar mi habitual expresión impasible. Pero la imagen de su sonrisa permanecía claramente grabada en mi mente, y me pregunté por qué aquello tenía tanta importancia.

Negué ligeramente con la cabeza, molesto conmigo mismo por permitirme esa clase de pensamientos en medio de la jornada laboral. Respiré hondo, corregí mi postura y retomé mi camino, recordándome con firmeza que aquello era solo una cena, una simple forma de demostrarle a Juliana que yo no era el hombre que ella imaginaba. Nada más.

El problema era que, de repente, ya no estaba seguro de si intentaba convencerla a ella o desesperadamente convencerme a mí mismo.

Sería mejor aclarar esto cuanto antes; después de todo, fui yo quien tomó la decisión sin pensarlo demasiado.

En cuanto ella terminó la conversación y regresó a su mesa, decidí actuar inmediatamente. Cuanto antes resolviésemos aquello, mejor para todos. Sobre todo para mí, que no acostumbraba a dejar margen para las dudas.

Atravesé el pasillo con pasos firmes y decididos, con una expresión cuidadosamente neutra, aunque por dentro sentía una inquietud inexplicable. Cuando me acerqué, Juliana notó mi presencia y se tensó al instante.

Observé cómo abría ligeramente los ojos y apretaba nerviosamente el bolígrafo entre sus dedos, como insegura sobre qué decir o hacer.

—¿Vittorio...? —comenzó ella, claramente sorprendida por mi repentina proximidad. Su voz era baja, insegura, muy diferente al tono desenfadado que solía escuchar desde la distancia.

—Solo he venido a confirmar nuestra cita de esta noche —dije directamente, sin rodeos, sosteniendo su mirada curiosa con una intensidad que hizo que ella contuviera la respiración por un instante —. A las nueve en punto estaré en la puerta de tu casa. Sé puntual.

Un breve silencio se instaló entre nosotros mientras ella intentaba procesar mis palabras. Por un segundo, noté cómo sus mejillas adquirían un leve tono rosado, que intentó disimular con una sonrisa nerviosa.

—Espera… ¿Sabes dónde vivo? —preguntó, arqueando las cejas y esbozando aquella sonrisa tan característica suya.

—Tengo acceso a los datos de todos los empleados, incluidos los tuyos —respondí arqueando una ceja con tono ligeramente provocador

—. Pero no te preocupes, suelo utilizar esta información solo con fines pacíficos.

Ella soltó una ligera risa, relajándose un poco, y el sonido breve de su risa hizo que algo extraño se removiera dentro de mi pecho. Era una sensación nueva e incómoda, y no estaba seguro de si me agradaba o si debía huir inmediatamente.

Nuestros ojos se encontraron en silencio unos segundos, analizando cada reacción, cada detalle que el otro revelaba. Nunca había visto a Juliana desde tan cerca. Descubrí entonces lo mucho que esos ojos expresivos podían contar sin decir palabra, algo que me perturbaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Cuando me di cuenta de que el silencio se prolongaba demasiado, carraspeé discretamente para romper aquel extraño momento:

—Bueno, aún tengo asuntos pendientes que atender.

—¡Ah, claro, claro! —respondió ella rápidamente, sacudiendo la cabeza de forma torpe—. Yo también tengo que terminar unos informes antes de irme.

Asentí brevemente y me alejé, dejándola sentada con una expresión ligeramente perdida y, de cierta manera, adorablemente

confundida.

Mientras regresaba a mi despacho, la imagen de Juliana y su forma espontánea y divertida no abandonaba mi mente.

Me pregunté por enésima vez qué pretendía demostrar exactamente con esa cita. Sabía que caminaba sobre una delgada línea, peligrosamente fina, pero ya no podía echarme atrás.

Probablemente estaba cometiendo un gran error. O quizás fuera precisamente ese tipo de error el que, en el fondo, necesitaba cometer.



CAPÍTULO 13

«Algunas noches tienen un brillo especial, no por las estrellas, sino por la posibilidad de que algo nuevo suceda.»

JULIANA ROCHA

—¡¿Qué me pongo, por Dios?! ¡Ayúdame con esta ocasión tan especial, amiga! —exclamé casi gritando, sujetando el móvil con una mano y un vestido rojo exageradamente brillante con la otra.

Al otro lado de la pantalla, Camila se reía sin ninguna compasión.

Ella estaba cómodamente sentada en su cama, con una taza enorme de té en la mano, contemplando mi desesperación como si fuera un episodio de algún reality show.

—¡Ju, tranquila! Vas a una cita, no a un baile de gala en palacio. ¡Relájate un poco! —respondió, todavía riéndose de mi expresión confusa mientras yo sostenía aquel vestido extravagante.

—Claro, qué fácil es hablar desde tu posición, ¿verdad, señora Camila, casada y sin ninguna preocupación en la vida? No tengo ni idea de a dónde piensa llevarme Vittorio. ¿Te imaginas que decide ir a ese restaurante tan exclusivo del centro? ¡Voy a aparecer allí con cara de cenar solo pizza recalentada frente a la tele!

Camila casi se atragantó con el té y empezó a reírse aún más fuerte.

—¡Estás exagerando muchísimo! No es un príncipe europeo que te vaya a llevar a cenar en un castillo. Tranquila, es solo Vittorio. Solo es tu jefe millonario, poderoso y guapísimo... Vale, quizá sí tengas motivos para estar nerviosa.

Puse los ojos en blanco, solté el vestido rojo y saqué del armario un vestido negro clásico.

—Entonces, ¿mejor un vestido negro básico?

—Amiga, con el negro nunca se falla. Un vestido negro es como ese chico al que llamas cuando estás desesperada: ¡nunca decepciona! —bromeó Camila, sonriendo con malicia.

—Madre mía, qué profundo. Lo apuntaré para publicarlo luego en Instagram —contesté entre risas, tratando de espantar los nervios.

Mientras me ponía el vestido negro, di una vuelta frente al espejo, analizando críticamente mi reflejo. Camila ponía caras de aprobación y desaprobación, divirtiéndose con mis poses exageradas.

—¡Eso es, Ju! Ese vestido está perfecto. Vas a dejar a Vittorio sin respiración. Pero, en serio, deja ya de agobiarte tanto. Es solo una cita.

—¿Solo una cita? —exclamé dramatizando un susto profundo—. ¡Es «la» cita, Camila! Esa que llevo esperando toda mi vida. Si hoy meto la pata, te juro que entro en un convento y me olvido de los hombres para siempre.

Camila soltó otra carcajada exagerada, conteniéndose para no despertar a sus hijos en la habitación de al lado.

—Ay, Juliana, ¡qué dramática eres! Relájate y disfruta esta noche, todo irá bien. Sé tú misma: divertida, loca y parlanchina. Es imposible que no se enamore.

Respiré profundamente, ya algo más calmada, y sonreí a mi mejor amiga a través de la pantalla.

—Gracias, amiga. De verdad, no sé qué haría sin ti para calmarme en mis crisis existenciales.

—Estarías vestida como un árbol de Navidad y al borde de un ataque de nervios, probablemente. Ahora venga, termina de arreglarte. ¡El lunes quiero detalles completos!

—Descuida, tomaré nota mentalmente para contarte hasta la última coma —prometí, lanzándole un beso a la pantalla antes de colgar.

Respiré profundamente y me senté frente al tocador para empezar cuidadosamente con el maquillaje. Un pintalabios nude, una sombra suave en los ojos y un delineado sutil que aportaba un aire elegante y ligero a mi rostro. Sonreí satisfecha con el resultado, intentando controlar la ansiedad.

Mientras terminaba de arreglarme, dejé que mi mente divagara en pensamientos positivos. Imaginaba una noche perfecta, la mirada penetrante de Vittorio sobre mí, la conversación fluyendo fácilmente, como lo más natural del mundo.

Sería mi noche, repetía mentalmente, tratando de creerlo con todas mis fuerzas.

Cuando terminé, me levanté y me planté frente al espejo, analizando el resultado final: el vestido negro ajustado a mi cuerpo, el cabello castaño cayendo en ondas suaves sobre mis hombros y el maquillaje discreto que realzaba perfectamente mis facciones.

Di una vuelta completa, sonriendo satisfecha.

—Sí, Juliana Rocha… hoy estás preciosa. ¡Más vale disfrutarlo mientras dure! —le dije a mi reflejo, riéndome sola y tratando de disimular los nervios.

Entonces tomé aire, lista para enfrentar aquella noche que, con suerte, sería incluso mejor que cualquier fantasía que hubiese creado sobre Vittorio Del Castillo.

VITTORIO DEL CASTILLO

Hoy debería haber sido un día más; simplemente otro compromiso en mi agenda saturada, aunque quizás con un toque especial debido a mi decisión de demostrarle a Juliana Rocha que yo no era el hombre que ella había idealizado.

Sin embargo, mientras conducía hacia su casa con música clásica sonando suavemente dentro del coche, noté cómo aquella extraña sensación en el pecho comenzaba a intensificarse, haciendo imposible cualquier intento de aparentar tranquilidad.

Aparqué frente a la dirección anotada, y para mi sorpresa, Juliana ya me esperaba fuera, como si también estuviese ansiosa.

Y entonces, mientras la veía caminar hacia mí con una sonrisa tímida pero radiante, sentí que algo se removía en mi interior.

No pude ocultar el impacto que me causó su imagen en aquel momento. Juliana estaba sencillamente deslumbrante, con un vestido negro ajustado que destacaba delicadamente sus curvas. Su pelo castaño, iluminado por las farolas de la calle, caía en ondas suaves

sobre sus hombros, y sus ojos expresivos parecían aún más profundos, reflejando una mezcla intrigante de entusiasmo e inseguridad.

Sin pensarlo demasiado, salí rápidamente del coche y rodeé el vehículo para abrirle la puerta, algo que hice casi por instinto.

—Buenas noches, Juliana —murmuré suavemente, manteniendo el tono controlado—. Estás preciosa.

Ella sonrió tímidamente, mordiéndose ligeramente el labio inferior y desviando la mirada con cierta vergüenza.

—Gracias, Vittorio. Tú también estás muy guapo. Quiero decir, siempre lo estás, pero… hoy pareces especialmente elegante —se corrigió, ruborizándose de manera encantadora.

Sonreí con discreción mientras cerraba la puerta tras ella. Ese breve cumplido resonó en mi mente mientras regresaba al asiento del conductor: «especialmente elegante».

Ya dentro del coche, ella respiró hondo y preguntó finalmente, con una ligera ansiedad en la voz:

—¿Y exactamente adónde vamos?

Arranqué el vehículo y respondí, sin apartar los ojos de la carretera:

—He reservado una mesa en el Terraço Itália.

Juliana abrió mucho los ojos, visiblemente sorprendida.

—¿¡Al Terraço Itália!? Vaya… ¿no te da miedo que alguien te vea allí conmigo? Imagínate que algún conocido tuyo nos ve y empieza a sacar conclusiones raras… —bromeó, mitad riéndose, mitad preocupada.

La miré brevemente, sonriendo ante la sinceridad de su preocupación.

—No tengo ningún problema en que me vean contigo. No existe ningún motivo por el que deba sentir vergüenza por estar a tu lado.

Ella volvió a sonreír, esta vez con una expresión más dulce y relajada, haciendo que mi corazón latiera algo más rápido. Y en ese instante supe que mi plan inicial de convencerla de que desistiera de mí comenzaba a fracasar estrepitosamente.

Tragué saliva y me concentré en el tráfico, tratando de no pensar demasiado en ello.

Cuando llegamos al Terraço Itália, el ambiente sofisticado y elegante pareció entusiasmarla aún más. Juliana observaba cada detalle con fascinación, desde el salón iluminado hasta las personas a nuestro alrededor, como si quisiera memorizar cada instante de aquella noche.

Nos sentamos en una mesa estratégicamente situada junto a la ventana, con vistas espectaculares a las luces de la ciudad. Tras un breve silencio, Juliana lo rompió finalmente con los ojos brillando de emoción:

—Dios mío, esto es aún más bonito de lo que imaginaba. ¿Vienes aquí a menudo?

—De vez en cuando, sí —respondí con sinceridad, observándola mientras examinaba el menú con una atención casi infantil.

Tras hacer nuestro pedido, Juliana volvió a mirarme directamente, mordiéndose el labio inferior con cierta duda:

—¿Puedo preguntarte algo, Vittorio?

—Claro.

—Sinceramente, no esperaba que realmente fuéramos a salir juntos, ¿sabes?

Su sinceridad me pilló desprevenido, pero decidí ser honesto:

—Mi intención inicial era solo cambiar la impresión equivocada que tienes sobre mí. Quería demostrarte que no soy el hombre que crees que soy.

Ella frunció ligeramente el ceño, pensativa, y luego sonrió con dulzura.

—Bueno, quizá no esté tan equivocada, ¿sabes? Intentas proyectar esa imagen dura, inalcanzable, incluso algo arrogante a veces. Pero ya he notado pequeños detalles tuyos que dicen precisamente lo contrario.

Intrigado, alcé una ceja y me incliné ligeramente hacia adelante.

—¿Y cuáles serían exactamente esos detalles?

Juliana soltó una risa suave, algo avergonzada, pero decidió continuar:

—La forma en que tratas a la gente cuando crees que nadie te observa. La consideración con la que hablas con Frederico, cómo miras a tus hijos cuando vienen a la empresa, y especialmente cómo me defendiste en el trabajo aquel día. No eres tan frío como quieres

aparentar, Vittorio. De hecho, creo que eres mucho mejor de lo que tú mismo piensas.

¿Cómo podía saber tanto de mí? ¿Cómo lograba ver cosas que yo mismo intentaba ocultarme?

—Te equivocas. No soy todo eso que ves —respondí con firmeza, aún intentando resistirme a aceptar lo que ella decía.

Sin embargo, mientras hablaba, mi atención se posó inevitablemente en sus labios, en la forma delicada en que sonreía mientras me observaba. Sus ojos profundos parecían descifrarme lentamente, derribando las barreras que tanto esfuerzo me había costado levantar.

Me di cuenta entonces de que aquella lucha interna era cada vez más difícil de ganar.

Intenté buscar una salida, algo que pusiera un límite claro, pero no logré pensar en absolutamente nada en ese momento. En cambio, simplemente me permití disfrutar de aquella noche, disfrutar de su compañía, que era más agradable de lo que estaba dispuesto a admitir.

En el fondo sabía con certeza que aquello era demasiado peligroso, pero por alguna razón inexplicable, ya no lograba

preocuparme por el riesgo que estaba asumiendo.

No mientras Juliana siguiera sonriendo de aquella manera; no mientras aquella noche continuara pareciendo demasiado perfecta como para desaprovecharla.



CAPÍTULO 14

«Algunas noches empiezan con una sonrisa tímida... y acaban poniéndolo todo patas arriba.»

JULIANA ROCHA

Parecía un sueño… pero no uno cualquiera de esos que se olvidan nada más despertar.

Era más bien uno de esos sueños que me esforzaba por recordar con todo detalle para poder contárselo después a mis amigas,

especialmente a Camila, que siempre escuchaba mis historias absurdas con una paciencia envidiable.

Mientras estaba allí sentada, frente a Vittorio, observando cada pequeño detalle suyo que lograba captar, mi mente creativa intentaba registrarlo todo cuidadosamente para revivirlo más tarde una y otra vez.

Él estaba delante de mí, concentrado mientras cortaba un trozo de la carne que había pedido. Su mandíbula bien definida se marcaba discretamente bajo su barba incipiente, y su habitual expresión seria parecía suavizada por la luz tenue del restaurante.

Yo, por supuesto, estaba tan parlanchina como siempre, contándole anécdotas divertidas de mi día a día en la empresa, intentando arrancarle alguna sonrisa que, cuando aparecía, hacía que mi corazón latiera descontroladamente.

En un momento dado, hice una breve pausa en la conversación, arriesgándome a mirarlo con más detenimiento. Observé cómo Vittorio sujetaba los cubiertos, el modo seguro y elegante con que movía las manos, la postura impecable que mantenía con absoluta naturalidad.

Era casi como si lo hubiese esculpido un artista renacentista italiano especialmente exigente.

—No ha funcionado, ¿sabes? —dije de repente, sacudiendo la cabeza con una leve sonrisa.

Él levantó una ceja, confundido, deteniendo un instante el movimiento de los cubiertos.

—¿Qué no ha funcionado? —preguntó, mirándome con curiosidad.

—Tu brillante idea de demostrarme que no eres quien yo pensaba —respondí, inclinándome hacia delante con una sonrisa divertida—. Al contrario, Vittorio. Solo estás confirmando todo lo que ya pensaba de ti.

Él sonrió discretamente, dejando ver un pequeño hoyuelo que casi me hizo suspirar.

—Todavía tenemos tiempo, Juliana. ¿Quién ha dicho que he terminado con mi plan?

Sentí cómo se calentaba ligeramente mi rostro ante aquella sutil provocación, pero mantuve la mirada con seguridad.

—Ya lo veremos. Pero te advierto que soy bastante difícil de convencer cuando estoy segura de algo.

—No lo dudo —respondió, finalmente cediendo y dejando escapar una breve risa.

Seguimos cenando y charlando sobre temas triviales, hasta que noté un leve cambio en su expresión, como si por fin estuviese preparado para decir algo más personal. Vittorio tomó aire y abrió la boca, pero antes de que pudiera hablar, su móvil empezó a vibrar insistentemente sobre la mesa.

Miró rápidamente la pantalla, y su expresión cambió por completo. Aquel rostro relajado, que tanto me había costado descubrir, se tensó inmediatamente. Pidió disculpas con rapidez y se levantó para contestar, alejándose ligeramente de la mesa mientras yo intentaba, sin éxito, entender qué estaba pasando.

Unos segundos después volvió, llamó de inmediato al camarero y pidió urgentemente la cuenta.

—Vittorio, ¿todo está bien? ¿Qué ha pasado? —pregunté, tratando de ocultar la preocupación que ya me invadía.

—Tengo que irme ahora mismo —dijo con rapidez, en un tono serio y casi frío—. Carmem, mi ama de llaves, acaba de llamarme. Mi hijo se ha hecho un corte profundo en el pie. Parece que es grave.

Mi preocupación cambió inmediatamente de foco. Sentí cómo se me encogía el corazón al ver la expresión angustiada que él no consiguió disimular.

—Dios mío, espero que no sea nada grave. Por favor, vete ya; no te preocupes por mí. Pediré un taxi desde aquí mismo.

—Ni hablar —replicó con firmeza, poniéndose en pie mientras ya sacaba la cartera del bolsillo—. Me pilla de camino, te llevaré yo a casa.

—Vittorio, de verdad, no hace falta. Ve a cuidar de tu hijo —insistí, preocupada por la situación.

—Juliana, no discutas conmigo ahora. Te llevo yo y punto.

Asentí rápidamente, sabiendo que no merecía la pena discutir en ese momento, sobre todo porque conocía muy bien aquella expresión autoritaria en su rostro.

Cogí mi bolso, me levanté deprisa y lo seguí fuera del restaurante.

El trayecto hasta el coche transcurrió en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Lo miré discretamente: parecía ausente, completamente preocupado, probablemente culpándose a sí mismo por no estar en casa cuando aquello había sucedido.

—Eh… —murmuré suavemente mientras él conducía rápidamente por la ciudad—. No te culpes tanto. Estas cosas pasan. Los niños son imprevisibles.

—Debería haber estado allí. Trabajo demasiado, viajo demasiado. Ellos necesitan que esté más presente, y fallo constantemente en eso.

La sinceridad vulnerable de sus palabras me llegó profundamente. Sin pensarlo demasiado, posé suavemente mi mano sobre la suya, que estaba apoyada sobre la consola del coche.

—Vittorio, no eres un mal padre. Todo lo contrario. Estoy segura de que tus hijos están muy orgullosos de ti. No seas tan duro contigo mismo.

Él permaneció en silencio durante un momento, respirando profundamente y dejando que mi mano descansara sobre la suya durante unos segundos, antes de retirarla con suavidad.

—Gracias —dijo finalmente, con voz baja, manteniendo los ojos fijos en la carretera.

Me quedé en silencio, observándolo. El Vittorio que había idealizado era perfecto e intocable, pero el hombre que estaba descubriendo en aquel instante, con sus dudas y vulnerabilidades, parecía mucho más real, más humano y, precisamente por eso, mucho más encantador.

Y mientras el coche avanzaba por las calles iluminadas de la ciudad, no podía dejar de pensar en lo mucho que deseaba poder ayudar a Vittorio con aquel dolor que guardaba tan profundamente.

Quizás, en el fondo, esa vulnerabilidad era exactamente lo que más me estaba acercando a él.

VITTORIO DEL CASTILLO

No era así como quería que terminase esta noche.

El trayecto hasta la casa de Juliana transcurrió en un silencio casi absoluto, roto únicamente por sus breves indicaciones para llegar más rápido a su dirección.

El ambiente relajado con el que había comenzado la velada se había esfumado por completo tras la preocupante llamada de Carmem. Sentía una presión incómoda en el pecho por tener que poner fin de aquella forma a algo que, inesperadamente, estaba resultando tan agradable.

Aparqué frente a su edificio y respiré hondo antes de romper finalmente el silencio.

—Siento mucho que la noche haya acabado así. No era mi intención.

Ella mostró una sonrisa comprensiva y me miró con una expresión tan dulce que parecía capaz de iluminar incluso la noche más oscura.

—No pasa nada, Vittorio. Lo entiendo perfectamente. Y si necesitas cualquier cosa, lo que sea, dímelo, ¿vale?

Asentí brevemente, dándome cuenta de que aquella preocupación tan genuina me conmovía más de lo que debería.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

Juliana abrió lentamente la puerta del coche y salió, lanzándome una última mirada cariñosa antes de cerrarla.

La observé durante unos segundos mientras caminaba hacia la entrada del edificio, con la sensación de que había muchas cosas que me habría gustado decirle, pero que era incapaz de expresar en ese momento.

Respiré profundamente y arranqué el coche, conduciendo lo más rápido posible hacia mi casa.

El trayecto, que habitualmente duraba casi treinta minutos, lo hice en menos de veinte. Al entrar en casa, encontré una escena que me encogió inmediatamente el corazón: Enrico lloraba desconsolado en el sofá del salón, mientras Carmem sostenía una toalla sobre su pie derecho, intentando contener la hemorragia.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté, corriendo hacia él y agachándome rápidamente para evaluar la herida.

—Señor Vittorio, discúlpeme, no he podido evitarlo. Estaban jugando en la cocina mientras yo preparaba la merienda, y en un descuido, Enrico ha tirado una copa que estaba sobre la encimera y ha pisado sin querer los cristales rotos. El corte parece bastante profundo… —explicó Carmem, angustiada y visiblemente nerviosa por la situación.

Respiré profundamente y sujeté el rostro de mi hijo entre mis manos, limpiando con delicadeza sus lágrimas.

—Eh, campeón, todo va a estar bien, ¿vale? Papá ya está aquí y vamos a curar eso enseguida.

Enrico asintió, todavía sollozando ligeramente, mientras yo lo cogía con cuidado en brazos.

—Giulia, tú quédate con Carmem. Volveremos enseguida, ¿de acuerdo? —le dije a mi hija, que permanecía sentada en silencio en un rincón del sofá, observándolo todo con los ojos muy abiertos y preocupados.

—Vale, papá. Cuida mucho de Enrico —pidió bajito, mostrando una madurez que me partió el alma.

Rápidamente, coloqué a Enrico en el asiento trasero y conduje apresuradamente hacia el hospital más cercano. Afortunadamente, nos atendieron enseguida. Mientras los médicos curaban la herida, me quedé en la sala de espera, agotado física y mentalmente, repasando todos los acontecimientos de aquella noche.

Inesperadamente, mi mente volvió hacia Juliana. Su sonrisa, la forma en que brillaban sus ojos cuando hablábamos, las observaciones certeras que hacía sobre mí, como si pudiera ver a través de todas mis barreras.

Todo en ella parecía naturalmente encantador, desde la manera desenfadada en que reía hasta ese estilo tímido, pero al mismo tiempo atrevido con el que lograba provocarme.

El cansancio acumulado, sumado a la preocupación por mi hijo, no fue suficiente para apartarla de mis pensamientos.

—¿Señor Del Castillo? —me llamó el médico, interrumpiendo mis reflexiones.

Me puse en pie al instante y me acerqué a él.

—Su hijo ya está bien. Ha sido necesario darle algunos puntos, pero no ha sido nada demasiado grave, afortunadamente. En pocos días estará recuperado —explicó con tranquilidad.

—Gracias, doctor —respondí, sintiendo un profundo alivio.

Poco después, Enrico apareció acompañado de una enfermera, con un pequeño vendaje en el pie y un aspecto mucho mejor. Me dedicó una sonrisa débil que hizo que olvidase momentáneamente todos los problemas y frustraciones.

—Perdona, papá —susurró bajito, algo avergonzado.

—No tienes por qué disculparte, hijo. Estas cosas ocurren —murmuré con suavidad, estrechándolo en un abrazo cariñoso—. Vamos a casa, todo está bien ahora.

Mientras conducía de regreso, con Enrico quedándose dormido en el asiento trasero, volví a pensar en Juliana, en la manera en que había comprendido y aceptado tan fácilmente aquella situación.

Sacudí la cabeza, tratando de alejar esos pensamientos complicados. No debía permitir que sentimientos confusos ocupasen espacio en mi mente en aquel momento.

Mi vida ya era bastante complicada, había demasiadas heridas abiertas como para permitir que alguien se acercara tanto.

Sin embargo, al mirar por el retrovisor y ver el rostro tranquilo de mi hijo dormido, tuve la certeza absoluta de que aquella noche había sido distinta a todas las demás. De algún modo, Juliana había logrado dejar huella en mí.



CAPÍTULO 15

«Algunas promesas se hacen en silencio, pero gritan en el pecho como si hubiesen sido pronunciadas en voz alta.»

JULIANA ROCHA

Ya era sábado, y reconozco que anoche me costó bastante conciliar el sueño. Mi mente parecía atrapada en un bucle infinito, reviviendo cada detalle de la velada anterior con Vittorio, escena por escena.

Estaba en casa ordenando un poco, vestida con unos pantalones de chándal grises y una camiseta vieja, aunque mis pensamientos estaban muy lejos de allí, recreando momentos que probablemente jamás volverían a suceder.

Suspiré profundamente, sonriendo sola al recordar aquella forma tan sutil que tenía él de sonreír, cómo su mirada penetrante parecía analizarme y cómo, por un breve instante, se había permitido mostrar un lado vulnerable que nunca habría esperado ver.

Negué con la cabeza, intentando regresar a la realidad. Al fin y al cabo, ya había creado innumerables películas mentales sobre nosotros, pero quizás aquello no había sido más que una sola cita. Victoria alcanzada, bandera plantada, pero sin derecho a revancha.

Estaba colocando bien un cojín en el sofá cuando mi móvil empezó a vibrar frenéticamente sobre la mesa.

Era una videollamada de mi madre. Su rostro apareció sonriente en la pantalla e inmediatamente sentí una oleada de alegría invadirme.

—¡Hola, mamá! —exclamé casi emocionada, sentándome rápidamente en el sofá con las piernas cruzadas y arreglándome el pelo para intentar parecer mínimamente presentable.

—¡Hola, hija de mi vida! ¿Cómo estás? —mi madre, Alessandra, sonrió ampliamente, con sus ojos tan expresivos como los míos brillando al otro lado de la pantalla.

Ella era una versión más madura de mí, con el mismo pelo castaño claro, pero más corto, elegante y ligeramente ondulado. Su carácter espontáneo y divertido también lo había heredado de ella, al igual que mi habilidad para hablar sin parar.

—Estoy genial, mamá, ¿y tú? ¡Te echo mucho de menos!

—También estoy muy bien, hija. Echando muchísimo de menos a mi parlanchina favorita. Pero cuéntame, ¿cómo va todo?

Antes de que pudiera responder, giró la cabeza y gritó a alguien fuera de cámara:

—¡Wanderley! ¡Ven rápido, que tu hija está aquí! ¡Siempre tan lento, hijo mío!

Me reí fuerte, imaginando a mi padre protestando mientras se acercaba. Enseguida su rostro divertido apareció en la pantalla, ajustándose las gafas en la nariz.

—¡Hola, peque! ¿Todavía no te has olvidado de estos viejos?

—Papá, no dramatices. Sabes perfectamente que olvidaros es imposible, sobre todo porque no me dejáis. Llamáis cada cinco minutos.

Ellos se rieron juntos, y escuchar sus carcajadas alegres hizo que mi corazón se llenase inmediatamente de calidez.

—¿Y tú qué tal, papá?

—Estoy genial, hija. Aguantando a tu madre, que habla más que tú y no me da tregua.

Mi madre le dio un leve codazo, fingiendo molestia.

—¡Venga, hombre! Ahora la culpa es mía. Pero bien que te gusta, admítelo: no sabes vivir sin mí.

Él la miró con cariño, sacudiendo la cabeza con ternura.

—Pues no, no puedo negarlo. Me das mucho trabajo, pero me gusta.

Sonreí al verlos juntos. Ellos eran mi ejemplo de relación perfecta, esa mezcla equilibrada de amor, amistad y risas. La nostalgia apretaba fuerte, pero verlos felices era suficiente para que yo también lo estuviera.

—Ahora cuenta, hija —comenzó mi madre, acomodándose el pelo—. ¿Ya tienes novio o sigue complicada la cosa?

Puse los ojos en blanco dramáticamente.

—¡Madre mía, mamá! ¡Qué manía con preguntar eso cada vez que hablamos!

—Es el deber de una madre, hija. Si no pregunto yo, ¿quién lo hará? —replicó riendo.

—Llevas años prometiéndonos ese novio, Juliana. ¡Te vas a quedar para vestir santos! —bromeó mi padre, riéndose junto a mi madre.

—Pues preparaos, porque os vais a sorprender —repliqué, fingiendo indignación—. Anoche casi salí con un hombre increíble.

—¿Casi? —mi madre abrió mucho los ojos, curiosa.

—Sí, mamá, casi. Fue genial, pero surgió un imprevisto y él tuvo que marcharse pronto —suspiré, recordando el desenlace inesperado —. Creo que la vida me tiene reservadas estas cosas.

Mi madre sonrió con comprensión.

—Si tiene que ser, hija mía, acabará siendo. Eres preciosa, divertida y tienes el corazón más grande del mundo. Si él no se ha dado cuenta de eso todavía, es que no te merece.

Mi padre asintió inmediatamente:

—Tu madre tiene razón, Ju. No pierdas tiempo con quien no sepa valorarte.

Sentí el corazón más ligero, reconfortado por el cariño y el apoyo de ambos.

—Gracias, de verdad. Siempre sabéis cómo alegrarme el día.

Seguimos charlando un rato más; me contaron sobre su vida en Santos, sobre los vecinos ruidosos y cómo la playa se llenaba hasta arriba los fines de semana. Nos reímos juntos hasta que llegó la hora de despedirnos.

—Si necesitas algo, ya sabes que puedes llamar, ¿vale, hija? Y no olvides que tienes que venir pronto a visitarnos —pidió mi madre cariñosamente.

—Te lo prometo, mamá. ¡Os quiero muchísimo!

—También te queremos, Ju —añadió mi padre, despidiéndose junto con mi madre antes de colgar.

Dejé el móvil en el sofá, sintiendo una felicidad auténtica y reconfortante por tenerlos tan cerca, incluso con la distancia física que nos separaba. A pesar de mis desastres amorosos, tenía mucha suerte de contar con personas así, que siempre me recordaban que al final todo estaría bien, pasara lo que pasara.

Suspiré hondo y retomé la tarea de ordenar la casa, con mis pensamientos aún flotando entre la nostalgia por mis padres y el recuerdo de la sonrisa rara y perturbadoramente bonita de Vittorio. Quizá mi madre tuviese razón: si tenía que suceder, sucedería.

Y, por algún motivo inexplicable, realmente deseaba que así fuera.

VITTORIO DEL CASTILLO

Observaba a Enrico sentado en el sofá, con el pie derecho cuidadosamente vendado tras los puntos que tuvieron que darle anoche en el hospital.

El pequeño aún mantenía una expresión algo enfadada, sujetando un juguete entre las manos, mientras Giulia permanecía sentada junto a él, balanceando sus pies descalzos y lanzándole miradas preocupadas a su hermano.

—Papá, ¿cuándo se pondrá bien Enrico? —preguntó Giulia con su habitual curiosidad, inclinándose hacia delante para examinar el pie herido de su hermano.

—Pronto, cariño. Ya está mucho mejor; solo tenemos que tener un poquito de paciencia —respondí intentando tranquilizarla.

Enrico hizo una mueca, murmurando por lo bajo:

—No me gusta esto. Quiero correr otra vez.

Sonreí, sintiéndome feliz por estar allí con ellos y, al mismo tiempo, profundamente culpable por no haber estado presente cuando ocurrió todo.

La idea de que el trabajo ocupaba casi todo mi tiempo me incomodaba enormemente, especialmente en momentos así, cuando resultaba evidente lo mucho que mis hijos me necesitaban.

—En pocos días estarás corriendo otra vez, Enrico. Pero ahora debemos cuidarlo para que cure bien —le expliqué con calma.

Giulia se puso de pie, con las manos en la cintura, adoptando esa postura mandona que seguramente había heredado de mí.

—Te avisé de que no corrieras por la cocina, Enrico. ¡Nunca me haces caso!

Él puso los ojos en blanco y cruzó los brazos.

—Tú no mandas en mí solo porque naciste antes, Giulia.

—¡Claro que mando! Tienes que obedecerme siempre —replicó ella con una sonrisa traviesa que me recordó inevitablemente a alguien que conocía demasiado bien.

Negué con la cabeza, divertido, acercándome a ellos y sentándome en el suelo frente al sofá para intentar aliviar la tensión.

—Vale, ya basta los dos. ¿Qué os parece si hacemos algo divertido para olvidar ese pequeño accidente?

Enrico levantó la cabeza, interesado, y Giulia inmediatamente mostró una sonrisa ilusionada.

—¿Qué vamos a hacer, papá? —preguntó expectante.

Miré alrededor buscando rápidamente una idea, hasta que mis ojos se detuvieron en una enorme caja de juguetes junto a la pared del salón.

—¿Qué os parece una búsqueda del tesoro aquí mismo? Esconderé un premio y tendréis que encontrarlo.

Los dos se animaron enseguida. Incluso Enrico olvidó temporalmente su dolor y sonrió ampliamente.

—¡Vale! Pero tienes que esconderlo muy bien, ¡soy muy bueno encontrando cosas! —dijo Enrico entusiasmado.

Sonreí satisfecho y me puse en pie. Cogí rápidamente una tableta de chocolate de la cocina y la escondí detrás de unos cojines

decorativos.

—Listo. ¡Quien lo encuentre primero se queda con todo el chocolate! —anuncié cruzándome de brazos, viendo cómo ambos empezaban inmediatamente a rebuscar por el salón; Enrico se apoyaba cuidadosamente en el sofá mientras Giulia buscaba rápidamente entre risas.

Mientras observaba a mis hijos divirtiéndose y riendo, sentí que la presión en mi pecho se aliviaba un poco. Esos momentos con ellos siempre me reconfortaban, llenando un inmenso vacío que ni mi trabajo ni mis obligaciones conseguían llenar.

Aun así, seguía sintiendo una punzada de culpa por no estar siempre presente, por no haber estado allí cuando Enrico se hizo daño, por fallar quizás en la tarea más importante de mi vida: ser padre.

Poco después, Giulia encontró el chocolate, levantándolo por encima de su cabeza como si fuera un trofeo, mientras Enrico protestaba diciendo que había tenido suerte y exigía una revancha inmediata.

—¡Enhorabuena, Giulia! —la felicité, acariciándole suavemente el pelo—. Pero lo compartirás con tu hermano, ¿verdad?

Ella suspiró profundamente, como si esa fuera la decisión más difícil de su corta vida, pero enseguida sonrió, aceptando con un decidido asentimiento.

—Está bien, papá. Pero solo porque se ha hecho daño en el pie.

Ambos se echaron a reír y empezaron a comer juntos el chocolate, olvidando cualquier discusión previa.

Me quedé mirándolos, absorbiendo la alegría auténtica que irradiaban, dándome cuenta una vez más de que, por mucho que lo intentara, mi vida estaba lejos de ser perfecta. Sin embargo, esos dos pequeños milagros eran la razón que tenía para querer ser mejor cada día.

—¿Papá? —me llamó Giulia bajito después de un rato, mirándome con sus enormes ojos curiosos.

—¿Qué pasa, princesa?

—¿Prometes que vas a pasar más tiempo con nosotros? Me gusta mucho cuando estás aquí.

Enrico asintió silenciosamente, apoyando las palabras de su hermana, mientras una sensación de urgencia apretaba mi corazón. Esa

sencilla petición resonó en mí como una promesa que necesitaba cumplir desesperadamente.

—Lo prometo —respondí con convicción, abrazándolos fuerte—. Prometo que pasaré mucho más tiempo con vosotros.

Mientras sus pequeños brazos rodeaban mi cuello, cerré los ojos, sintiéndome completamente vulnerable frente a aquel amor tan puro. Y en ese instante comprendí que quizás mi trabajo fuese importante, pero nunca sería tan esencial como ellos.



CAPÍTULO 16

«A veces, hasta los momentos más breves logran dejar huellas profundas en el corazón de quienes sienten demasiado.»

VITTORIO DEL CASTILLO

Después de toda una mañana sumergido en informes interminables, la voz de Frederico entrando en mi despacho me devolvió abruptamente a la realidad.

Mi socio y amigo estaba apoyado en la puerta, con los brazos cruzados, mirándome con esa expresión que dejaba claro que tenía algo

importante que decir.

—Me he enterado de lo de Enrico. ¿Cómo está? —preguntó Frederico con genuina preocupación mientras se acercaba y tomaba asiento frente a mi escritorio.

—Ya está mejor. Ha tenido que recibir algunos puntos, pero pronto estará corriendo otra vez por toda la casa, agotando mi paciencia —respondí con una leve sonrisa, sintiendo aún cierta culpa por no haber estado allí cuando sucedió todo.

Frederico asintió lentamente, pero su mirada seguía siendo intrigada, claramente desconfiada.

—¿Y tú dónde estabas cuando ocurrió? Pensaba que a esa hora estarías en casa.

Tragué saliva, percibiendo inmediatamente el tono inquisitivo en su pregunta. Frederico y yo nos conocíamos desde hacía demasiado tiempo como para que no notara cuándo intentaba ocultar algo.

—Salí un rato… —respondí con vaguedad, desviando la mirada hacia los documentos que tenía delante, fingiendo concentrarme en ellos.

Frederico soltó una breve risa burlona y se reclinó en la silla, como si acabara de descubrir un gran misterio.

—Así que por fin has decidido darte una oportunidad, ¿eh? —me provocó, arqueando una ceja.

Levanté inmediatamente la cabeza, mirándolo con seriedad.

—No es lo que estás pensando.

Él levantó las manos en un claro gesto de rendición, aunque una sonrisa seguía dibujada en su rostro.

—¡Eh, yo no estoy pensando nada! Pero no está de más que sepas que no tiene nada de malo seguir adelante. Ha pasado mucho tiempo, amigo mío.

Me sentí incómodo con la dirección que estaba tomando aquella conversación.

Nunca me resultaba fácil hablar sobre sentimientos, y menos aún cuando se trataba de Juliana. Todavía estaba intentando comprender qué había ocurrido aquella noche, tratando de entender por qué desde entonces no lograba sacármela de la cabeza.

—¿Podemos volver a lo que realmente importa? —pregunté con firmeza, cambiando rápidamente el rumbo de la conversación—. Tenemos una reunión con el departamento financiero para analizar los nuevos ingresos, y quiero repasar esas cifras antes.

Frederico respiró hondo, dándose cuenta de que aquella conversación había llegado a su fin.

—De acuerdo, hablemos de los ingresos —dijo mientras acercaba la silla a la mesa y abría la carpeta que llevaba encima, mirándome directamente con una expresión que indicaba claramente que nuestra charla anterior no había terminado, tan solo había quedado aplazada.

Comenzamos a revisar las cifras, pero yo apenas conseguía concentrarme. Mi mente insistía en regresar a la imagen de Juliana sonriendo tímidamente, con el cabello castaño cayendo suavemente sobre sus hombros y esa forma única y alegre que tenía de afrontar la vida.

Nada de aquello tenía el más mínimo sentido para mí. Al fin y al cabo, yo era el hombre racional, el empresario pragmático que nunca se permitía distracciones.

JULIANA ROCHA

—Y entonces, amiga… ¿cómo fue?

—Digamos que no fue precisamente la cita de mis sueños —respondí soltando un suspiro profundo mientras apoyaba la cara en las manos.

Camila se inclinó sobre la mesa con esa mirada curiosa con la que me analizaba siempre, esperando impaciente el resto de la historia.

—¿Sabes cuando crees que vas a vivir un momento digno de una película, algo así como Ryan Gosling esperándote bajo la lluvia, y de repente la escena cambia bruscamente a la vida real y él tiene que salir corriendo porque uno de sus hijos se ha hecho daño en el pie? —Hice un gesto teatral—. Pues eso, así fue.

Camila arqueó una ceja intentando contener la risa.

—Madre mía, Juliana, qué específico todo. —Se rio brevemente, pero enseguida puso una expresión más seria—. Pero, ¿el niño está bien?

Asentí lentamente, sintiendo cómo una preocupación auténtica volvía a apoderarse de mí.

—No lo sé con certeza. Era un corte bastante profundo; parece que tuvieron que ponerle puntos y todo eso. Me quedé preocupada, ¿sabes? No debe de ser fácil cuidar solo de dos niños pequeños. —Respiré hondo, enrollando un mechón de mi cabello castaño entre los dedos—. Sé que siempre estoy diciendo en broma que la suerte no está de mi lado, pero esta vez realmente me sentí triste. Ni siquiera fui capaz de bromear después.

—Me di cuenta. Y mira que eso es raro en ti, ¿eh? Tú haces bromas hasta cuando tropiezas contigo misma. —Camila sonrió con cariño, intentando reconfortarme—. ¿Y Vittorio dijo algo después?

Negué despacio, mordiéndome el labio inferior mientras observaba el teclado del ordenador sin verlo realmente.

—Nada. Silencio total. Ni un mensaje, ni un «gracias por la noche», ni siquiera un «siento lo que pasó». —Levanté los ojos de nuevo, haciendo una mueca dramática—. Absolutamente nada. Empiezo a pensar que lo soñé despierta.

Camila suspiró y puso una mano sobre la mía.

—Ay, amiga, quizá solo esté preocupado por su hijo. Dale tiempo al pobre hombre. No parece del tipo que lleva bien lo de los sentimientos. —Me dedicó una sonrisa suave y me guiñó un ojo divertida—. Menos aún con alguien tan parlanchina como tú, que ya tiene planeada hasta vuestra jubilación juntos.

Solté una carcajada sincera, negando exageradamente con la cabeza.

—Ya, creo que le he asustado demasiado —bromeé, intentando aportar algo de ligereza a mi corazón, que insistía en seguir inquieto—. Debería controlar mi ansiedad y dejar de creer que mi vida va a ser como una serie famosa. Por cierto, ¿has visto esa nueva serie de suspense? El protagonista es…

—¡Céntrate, Juliana! —me interrumpió Camila intentando mantener el rostro serio, aunque no tardó en echarse a reír conmigo.

Tras unos minutos más de charla, volví al trabajo, sumergiéndome en los documentos y hojas de cálculo que me esperaban.

Pero a pesar de todas las tareas pendientes, mi mente regresaba una y otra vez a la imagen de Vittorio aquella noche. Su expresión, esa

seriedad intensa y al mismo tiempo fascinante, me provocaba un nudo en el estómago imposible de ignorar.

Sentí una punzada extraña en el pecho al recordar que, a pesar de todo, quizá él no quisiera repetir la experiencia de salir conmigo. Y eso dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Seguramente había exagerado, precipitándome al soñar demasiado con algo que sencillamente no existía.

Respiré hondo, colocándome el cabello tras la oreja, decidida a alejar esos pensamientos. Lo importante era que, por unas horas, había vivido algo que me había hecho realmente feliz, aunque hubiese sido breve.

Quizá solo fuese eso: un pequeño regalo de la vida, una dulce probadita de algo que jamás sería totalmente mío.

Y aunque nunca volviera a repetirse, había merecido la pena vivirlo.



CAPÍTULO 17

«A veces, la vida sorprende cuando menos te lo esperas, y casi siempre, justo en el momento en el que crees que ya nada va a cambiar.»

VITTORIO DEL CASTILLO

Por mucho que mi lunes hubiese comenzado como un auténtico torbellino de reuniones, plazos y exigencias, había algo —o mejor dicho, alguien— que insistía en ocupar el espacio entre una obligación y otra.

El caos reinaba en Tesoro Reale.

Mi teléfono no dejaba de sonar, y los correos electrónicos se multiplicaban como una plaga. Llevaba levantado desde antes de las siete de la mañana, sumergido en hojas de cálculo, contratos y decisiones que aparentemente nadie más podía resolver sin mí.

Aun así, en medio de aquel torbellino de cifras y presiones, respiré hondo y cogí el móvil.

Marqué el número de casa. Necesitaba escuchar la voz de Giulia o Enrico, aunque fuese solo durante dos minutos.

—Mansión Del Castillo, buenas tardes. —La voz firme de Carmem sonó al otro lado, como siempre.

—Carmem, soy Vittorio. ¿Todo bien por allí?

—Todo perfecto, señor. Giulia está haciendo un dibujo con más purpurina que papel, y Enrico... bueno, él está intentando ponerle al perro una capa de superhéroe.

Solté una breve carcajada nasal, sintiendo que el cansancio me daba una pequeña tregua al imaginar aquella escena.

—Ponle al teléfono, por favor.

Escuché un rápido ruido de pasos apresurados, seguido de una carrera infantil y, enseguida:

—¿Papá? —La voz animada y algo agitada de Enrico me hizo sonreír al instante.

—¿Qué tal, campeón? ¿Cómo tienes el pie?

—Me pica mucho. Carmem dice que es porque se está curando, pero soy fuerte, papá. Como un superhéroe.

El nudo que sentí en el pecho fue inevitable. Siempre era así con ellos: mi punto débil más fuerte.

—Eres más fuerte que cualquier superhéroe, hijo mío. Te quiero muchísimo. Más tarde estaré en casa, ¿vale?

—Vale, papá. ¡Yo también te quiero!

Cuando colgué, cerré los ojos durante unos segundos, dejando que el silencio dominase mi despacho. Aquella llamada había sido un recordatorio de que, a pesar de todo, necesitaba encontrar un equilibrio entre el imperio que dirigía y las dos pequeñas vidas que me esperaban en casa.

Terminé de ordenar los últimos papeles, listo para marcharme por fin, cuando, distraído, casi choqué con alguien que se había detenido justo frente a mí.

—¿Juliana?

Parecía algo turbada, sus ojos expresivos más serios de lo habitual. Sujetaba una carpetilla entre las manos, aunque claramente no estaba allí por razones profesionales. Antes de que pudiera decir algo más, habló ella primero.

—¿Cómo está tu hijo? —preguntó con una preocupación sincera en la voz—. Estuve pensando en él todo el fin de semana, pero pensé que sería mejor no molestar.

La honestidad en su mirada me pilló desprevenido. Por un breve instante, sentí algo que hacía mucho tiempo que no me permitía sentir: calidez.

—Está mejor, gracias. El corte fue profundo, pero ya está cicatrizando bien.

Juliana asintió, y pude ver cómo el alivio se extendía lentamente por su delicado rostro.

—Me alegro mucho, de verdad.

Hizo ademán de girarse para irse, y en un impulso que ni siquiera pude controlar, avancé un paso hacia ella.

—Juliana.

Ella se volvió de inmediato, sus ojos atentos y expresivos clavándose en los míos.

—Salgamos otra vez. Al final de esta semana. Quiero compensarte por cómo terminó aquella noche, tan bruscamente.

Sus ojos se abrieron ligeramente, y por un segundo pensé que dudaría de lo que acababa de escuchar. Sin embargo, en lugar de eso, mostró una sonrisa tímida, casi avergonzada, pero absolutamente auténtica.

—Está bien. Me encantaría.

Se alejó por el pasillo con ese andar ligero y desenfadado que tenía, el cabello balanceándose suavemente sobre sus hombros. Permanecí inmóvil unos segundos, observándola hasta que desapareció completamente de mi vista.

Me di cuenta entonces de detalles que nunca antes había percibido: la manera en que se tocaba el cabello cuando estaba nerviosa, el discreto arrugar de la nariz al sonreír, y cómo sus ojos brillaban intensamente cuando hablaba con entusiasmo sobre algo. Y, por primera vez en mucho tiempo, admití ante mí mismo que sentía curiosidad e interés de una manera en la que no debería sentirlo.

JULIANA ROCHA

Iba a tener una segunda oportunidad con Vittorio Del Castillo.
Y esta vez esperaba que la noche no acabase con cortes profundos; al menos, no en sentido literal.

Sentada en el autobús, con los auriculares reproduciendo una playlist de canciones tranquilas a las que apenas prestaba atención, el mundo a mi alrededor parecía moverse más lentamente.

Aún con la mochila sobre las piernas, apoyé la cabeza contra la ventanilla, observando cómo la ciudad aceleraba al otro lado del cristal, mientras mi corazón latía justo al revés: ligero, tranquilo y emocionado.

Sonreí para mí misma al recordar el momento exacto en que me lo había dicho. Cuando pensaba que solo estábamos intercambiando algunas palabras casuales, me soltó la bomba:

«Vamos a salir otra vez. Este fin de semana».

Imposible disimularlo. La forma directa en la que lo dijo, su mirada segura, esa seriedad de quien no dice las cosas por decir… todo aquello había removido algo en mi interior.

Nunca imaginé que tendría una segunda oportunidad.

La primera había sido tan surrealista que me llevó días procesarla. Pero ahí estaba él, ofreciéndome otra posibilidad de… no sé. De conocer al hombre que había detrás del traje impecable y de esa expresión tan seria.

Llegué a casa aún sonriendo. Subí los dos tramos de escaleras del edificio antiguo como si estuviese flotando —lo cual era un milagro, porque normalmente protestaba hasta por la sombra cuando tenía que subir escaleras—.

Tiré la mochila sobre el sofá, me quité los zapatos y fui directa a la ducha, donde pasé largos minutos dejando que el agua caliente resbalara por mi espalda, como si pudiese lavar también mis pensamientos confusos.

Después de la ducha, me puse un pijama cómodo de algodón; de esos que nadie va a ver jamás, a no ser que algún día me case y tenga una rutina doméstica con alguien.

Un sueño algo lejano, pero quién sabe.

Con un cuenco improvisado de palomitas en la mano, me dejé caer en el sofá y encendí la tele. Elegí una serie nueva, de esas que

empiezan lanzándote directamente a un universo extraño y te enganchan desde el primer minuto.

«Amores en Júpiter» se llamaba. Una comedia romántica futurista en la que las parejas se formaban por compatibilidad genética y sus citas tenían lugar en bares espaciales.

Sí, me gustan las cosas raras. Y sí, era maravillosa.

Solté varias carcajadas viendo al pobre protagonista intentando patéticamente impresionar a la chica de la nave vecina. Con cada escena absurda, mi mente alternaba entre risas y flashes de Vittorio: su seriedad, ese olor amaderado que aún parecía pegado a mí horas después, su mirada… Dios, esa mirada.

Cuando terminó el episodio, hice lo que siempre hago: fui hasta mi escritorio, cogí mi diario y anoté todo:

Episodio 1: Nave 5, pareja 2.

Mejor escena: el beso sin gravedad que terminó con un accidental manotazo en el ojo del pretendiente.

Análisis científico: es imposible besar a alguien y no sentir mariposas en el estómago, incluso en el espacio.

Garabateé algunos dibujos ridículos en los márgenes de la página y terminé con la anotación del día:

«Juliana, vas a salir con el hombre de tus sueños. No entres en pánico. No grites. No hables demasiado. Solo inténtalo».

Cerré el diario, apagué las luces y me metí bajo las mantas.

Sin embargo, antes de dormirme, aún con los ojos abiertos, pensé en él una última vez.

Pensé en cómo Vittorio parecía diferente cuando estaba conmigo. En cómo, aunque no demostrase demasiado, tenía una manera de mirarme que hacía que todo lo demás desapareciese por un instante.

Aquella segunda oportunidad no era casualidad.



CAPÍTULO 18

«Algunos silencios dicen más que mil consejos, sobre todo cuando vienen de la persona a quien más quieres.»

VITTORIO DEL CASTILLO

—¿De verdad vamos a casa de los abuelos? —preguntó mi hija emocionada, dando pequeños saltos a mi lado, mientras Enrico se apoyaba en el sofá, aún cojeando ligeramente por la herida del pie, aunque igual de entusiasmado.

—Sí, cariño. Llegaron ayer de viaje y tienen muchas ganas de veros. Pero ten cuidado con el pie de tu hermano, ¿vale?

Giulia asintió frenéticamente, como si le resultase imposible contener toda la emoción que llevaba dentro. Mientras los veía correr hacia Carmem para terminar de arreglarse, me permití esbozar una leve sonrisa. Momentos así, pequeños y aparentemente insignificantes, eran los que realmente me llenaban.

Una vez preparados, salimos hacia casa de mis padres. Giulia no dejó de hablar durante todo el trayecto, preguntando por las historias que su abuelo solía contarle, mientras Enrico miraba por la ventana, probablemente imaginando las aventuras que viviría aquella tarde.

Giovanni y Anna Del Castillo, mis padres, vivían en una casa elegante y acogedora en un barrio tranquilo de la ciudad. Mi padre, a sus 65 años, ya se había jubilado tiempo atrás de su puesto como director en una gran multinacional, aunque todavía disfrutaba siguiendo mis negocios y, por supuesto, opinando sobre absolutamente todo.

Era alto como yo, con el cabello canoso y una presencia que imponía respeto. Mi madre, en cambio, con sus 63 años, era todo lo

contrario: pequeña pero llena de energía, con el cabello castaño comenzando a teñirse de gris y una sonrisa siempre acogedora.

Nada más llegar al portón, mis hijos bajaron corriendo hacia sus abuelos.

—¡Abuelo! ¡Abuela! —gritaron al unísono, abrazándolos con fuerza. Observé aquella escena con cariño, deseando profundamente que Luciana pudiese estar allí para compartir esos momentos con nosotros.

—¡Qué grandes estáis ya! —exclamó Anna, cubriéndolos de besos —. ¿Y a ti qué te pasó en el pie, Enrico?

—¡Ya estoy bien! —respondió orgulloso, mostrando el vendaje improvisado.

—Venid, niños, vamos a preparar algo muy rico en la cocina — propuso mi madre, sonriéndome antes de llevarlos al interior.

Me quedé fuera con mi padre, quien enseguida me lanzó esa mirada tan característica que indicaba que estaba a punto de formular una pregunta incómoda.

—¿Cómo van las cosas en la empresa, hijo? —comenzó, intentando iniciar sutilmente una conversación ligera.

—Todo bajo control. Mucho trabajo, como siempre, pero no puedo quejarme.

Él asintió lentamente y, después de un breve silencio, lanzó lo que realmente llevaba dentro:

—¿Y cómo va el resto? Ya sabes, tu vida más allá de la oficina.

—Papá, sinceramente, no pienso en eso ahora mismo. Tengo a los gemelos y la empresa. No me queda espacio para nada más.

—Vittorio —prosiguió con esa voz paciente y firme que conocía tan bien—, sé cuánto sigues echando de menos a Luciana. Y es normal. Pero ya han pasado varios años… quizás deberías empezar a mirar a tu alrededor. No mereces estar solo.

—Papá, no hay nadie que pueda reemplazarla. Luciana fue la única mujer a la que amé de verdad. Difícilmente otra persona ocupará su lugar.

Él puso una mano sobre mi hombro, firme pero cariñosa.

—No hablo de sustituirla. Luciana siempre será especial, pero sigues vivo, hijo. Tus hijos necesitan una figura femenina, y no me refiero solo a tu madre o a Carmem. Estoy seguro de que la propia Luciana querría eso para ti.

Guardé silencio, asimilando sus palabras mientras miraba por la ventana de la cocina a los niños jugando con mi madre. De repente, el recuerdo de Juliana cruzó fugazmente mi mente. Sacudí ligeramente la cabeza, intentando apartar aquel pensamiento, aunque una parte de mí dudó.

—Las cosas suelen ocurrir cuando menos lo esperas —añadió mi padre, como si leyese mis pensamientos—. Y quizá no tarde tanto como imaginas.

Justo cuando iba a responderle algo, los gemelos regresaron corriendo, cada uno sujetando un enorme trozo de bizcocho con la cara manchada de chocolate.

—¡Papá, mira el bizcocho que ha hecho la abuela! —Giulia exhibió orgullosa su porción. Enrico se limitó a asentir con la boca llena, incapaz de pronunciar palabra alguna.

Mi madre apareció justo detrás, riendo ante aquella escena mientras se secaba las manos en un paño blanco.

—Parece que estos dos estaban muertos de hambre. Vittorio, entra y coge un trozo tú también, ¡antes de que acaben con todo!

Mi mirada recorrió los rostros de mis hijos y mis padres, y una profunda sensación de gratitud y felicidad se apoderó de mí en ese instante. Allí estaba mi familia, la base de todo, y aunque faltaba una pieza fundamental, no podía negar que tenía suficientes razones para sonreír.

—Ya voy, mamá —respondí acercándome a ellos.

Y mientras nos sentábamos en el salón entre risas y conversaciones alegres, tuve la certeza de algo: tal vez mi padre tuviera razón, quizás existía un futuro en el que mi corazón pudiese volver a amar.

Aunque eso, de momento, era algo que no estaba preparado para admitir en voz alta.



CAPÍTULO 19

«Algunas certezas se desmoronan justo en el instante en que el corazón empieza a dudar.»

JULIANA ROCHA

—Entonces, tu cita salió bien, pero... ¿no salió bien? —preguntó Michael con una mirada curiosa y burlona, mientras daba un generoso sorbo a una bebida llena de colores que parecía contener todo el arcoíris.

Me reí, jugando con la pajita de mi caipiriña como si ella fuese la culpable del desastre emocional en que se había convertido mi vida.

—Exactamente así, amigo. Imagínate ese momento increíble en el que crees que todo saldrá perfecto, y justo entonces el universo decide: «No, hoy no, Juliana. Hoy tu vida no va a salir bien» —dramaticé, poniendo mi mejor expresión de telenovela mexicana.

Michael estalló en carcajadas, casi derramando su bebida.

—Ay, amiga, tienes que dejar de ver tantas series románticas, te están afectando al cerebro. Venga, cuéntame bien qué pasó exactamente.

Suspiré profundamente, tratando de controlar mi propia risa, y empecé a explicarme:

—Pues ahí estaba yo, preciosa en el restaurante, hablando con él… Bueno, en realidad hablaba yo, porque él apenas abre la boca, ¿sabes? Pero en fin, todo iba maravillosamente bien. Ya casi podía escuchar la marcha nupcial en mi cabeza cuando recibió una llamada de su ama de llaves diciendo que su hijo se había hecho un corte profundo en el pie.

—¡Ay, no! ¿Justo en plena conquista, amiga? ¡Qué niño más inoportuno! —exclamó Michael teatralmente, llevándose una mano al pecho con fingido horror, haciéndome reír aún más.

—¡No digas eso! —le regañé, aunque sin poder contener la risa —. Fue en serio. Se preocupó muchísimo, le cambió la cara al instante. Me dio hasta pena... pero claro, también me frustré. ¡No soy de piedra, oye!

—¿Y luego no dijo nada más? ¿Ni un «espérame, que volveré» o un «seguimos donde lo dejamos»? —Michael levantó una ceja, ansioso por el desenlace.

Suspiré dramáticamente, apoyando la cara en las manos.

—En ese momento no exactamente, pero luego en el trabajo me dijo que volveríamos a salir esta semana para compensarme por lo que pasó, ¿sabes?

Michael dio unas palmadas entusiasmado, como si hubiese ganado el Óscar al mejor amigo.

—¡Mujer, por lo menos tienes eso! ¡Victoria asegurada! No te habría dicho nada si no tuviese interés. Los hombres como él no pierden el tiempo con lo que no les importa.

Esbocé una media sonrisa, sin poder disimular la ansiedad que me provocaba la situación.

—No lo sé, Michael. No quiero hacerme ilusiones... bueno, en realidad sí quiero, pero estoy intentando no hacerlo. Ya sabes cómo soy, siempre elijo hombres complicados. Y él es el rey de las complicaciones.

—Rey guapo, ¿no, amiga? —me provocó con una sonrisa traviesa, guiñándome un ojo—. Rico, exitoso, alto, y encima huele bien. ¡Socorro, ya me estoy enamorando yo de él!

Solté una carcajada y le di un leve golpe en el brazo.

—¡Basta ya! ¿Y tú qué tal? ¿Cómo va todo? ¿Trabajo, vida amorosa… todo tranquilo?

Michael tomó otro sorbo antes de contestar, poniendo los ojos en blanco dramáticamente.

—Ay, amiga, ¡qué difícil está todo! El trabajo va bien, ya sabes, el diseño gráfico me consume bastante, pero paga las facturas. El problema es mi vida amorosa. No hay nada peor que ser gay y soltero en un mundo donde todos están comprometidos, tienen problemas o aún no han salido del armario.

—¡Vaya pesimismo! Así me desanimas —bromeé, y él puso una mueca exagerada.

—Lo siento, pero es verdad. Ya no sé qué hacer para encontrar a alguien que no sea complicado. Parece que la vida adulta consiste básicamente en trabajar, quejarse y enamorarse de la persona equivocada. Mírate a ti, que no me dejas mentir.

—Es cierto, somos el mejor ejemplo de estabilidad emocional —le piqué, sacándole otra carcajada.

Estuvimos charlando un rato más sobre cosas sin importancia, intercambiando bromas y riéndonos el uno del otro.

Michael tenía el don de convertir cualquier conversación en un espectáculo cómico, y precisamente por eso adoraba pasar tiempo con él. Incluso hablando de mis dramas personales, todo parecía más ligero y divertido a su lado.

Tras una agradable pausa, inevitablemente volvimos al tema de Vittorio.

—Ahora hablando en serio, ¿cómo llevas eso de volver a salir con él? ¿Estás tranquila o estás a punto de colapsar? —preguntó Michael con un tono más calmado y serio.

Me detuve un instante, jugueteando distraídamente con mi copa.

—Estoy ilusionada, ¿sabes? Sé que es un hombre extremadamente ocupado, lleno de responsabilidades, hijos, trabajo… Soy consciente de que no es sencillo para él. Pero deseo muchísimo que salga bien, que volvamos a salir, aunque solo sea para charlar otro rato. Es diferente a todo lo que he conocido antes. Y aunque eso me asusta un poco, también me emociona.

Michael sonrió con cariño, apretando suavemente mi mano sobre la mesa.

—Ay, Juliana, no puedo creer que por fin te estés permitiendo soñar con alguien. ¡Te lo mereces tanto! Disfrútalo, deja que fluya, no te autosabotees. Te conozco bien, y seguro que ya estás imaginando mil escenarios trágicos en tu cabeza.

—Pues sí, me conoces demasiado bien —admití, soltando una pequeña risa—. Pero no sé explicarlo... cuando estoy cerca de él, siento que las cosas pueden funcionar. Es raro, pero bonito.

—¿Ves? Eso ya dice mucho. Confía en ti misma, mujer. Eres increíble, y él lo verá pronto.

Sonreí agradecida, sintiendo cómo una cálida tranquilidad me invadía lentamente. Michael tenía razón: quizá era el momento de dejar de pensar tanto y simplemente sentir. Al fin y al cabo, no costaba nada intentarlo, ¿verdad?

Y aunque fuese aterrador, solo con pensar en Vittorio ya me sentía increíblemente bien. Tal vez, por fin, el universo empezaba a conspirar a mi favor.

C

APÍTULO 20



CAPÍTULO 20

«A veces, bastaba un instante para que todo lo que parecía seguro se convirtiera en incertidumbre.»

JULIANA ROCHA

Sola y distraída en la cafetería, removía lentamente el café con la cucharilla mientras reflexionaba sobre toda mi vida.

Aunque solía ser esa persona divertida y siempre optimista delante de los demás, también tenía mis momentos de fragilidad. Y allí, en ese instante tan cotidiano, sentada en una mesa apartada, me

permití sentir el peso de todas esas incertidumbres que llevaban tiempo rondándome.

Me encantaba trabajar en Tesoro Reale; al fin y al cabo, era un buen empleo, con un ambiente relativamente agradable, a pesar de la jefa medio tirana y de algunos compañeros que parecían sacados directamente del infierno corporativo.

Aun así, no podía negar que en ocasiones me preguntaba sobre el futuro. Estaba a punto de cumplir treinta años, no había llegado exactamente adonde imaginé que estaría, y mi corazón insistía en complicarlo todo aún más, empeñándose en enamorarse del hombre más improbable del planeta: Vittorio Del Castillo.

Suspiré y golpeé la cucharilla contra la taza con más fuerza de la que pretendía, atrayendo algunas miradas curiosas. Sacudí la cabeza, murmurando algo así como «Estoy bien, solo sufriendo una crisis existencial interna», y volví a concentrarme en la nada.

Hasta que una voz conocida resonó a mi espalda, profunda y perfectamente modulada, haciendo que el corazón me saltara directamente a la garganta:

—¿Juliana?

Me giré tan rápido que casi tiré el café, notando cómo mis mejillas se teñían inmediatamente de rojo.

Era él.

Vittorio Del Castillo, con aquel metro noventa y dos que más parecía un monumento italiano perfectamente esculpido, con el cabello impecablemente peinado y esa mirada penetrante capaz de ponerme nerviosa incluso en mis mejores días.

—¡Vittorio! ¡Hola! ¿Necesitas algo? —pregunté intentando disimular la sorpresa y la ansiedad que me generaba tenerlo así de cerca.

Observé rápidamente cada detalle suyo: la camisa azul marino que resaltaba el tono bronceado de su piel, la postura recta y casi rígida que desprendía autoridad, y esa mandíbula que fácilmente podría protagonizar anuncios caros de cuchillas de afeitar.

Dios mío, era demasiado guapo para ser real.

—En realidad, quería hablar contigo brevemente sobre nuestra próxima salida. —Hizo una breve pausa antes de la palabra "salida", y casi me puse a gritar internamente. Era surrealista escuchar a Vittorio

hablar así conmigo, como si realmente hubiese algo entre nosotros—. ¿Prefieres el viernes o el sábado?

Parpadear, respirar, hablar. ¿Así era como funcionaba? Ya no recordaba ni cómo actuar con normalidad.

—Pues… ehm… —carraspeé discretamente—. A mí me da igual, el día que mejor te venga a ti.

Vittorio sostuvo mi mirada unos segundos más, mostrando una leve sonrisa ladeada que casi hizo que olvidara cómo funcionaba el oxígeno.

—Entonces será mañana. Viernes. ¿Te recojo a las nueve?

Asentí como una tonta, intentando controlar la felicidad evidente en mi rostro.

—Perfecto. A las nueve entonces.

Antes de que pudiera decir algo más para prolongar aquel breve instante de felicidad, su móvil vibró ruidosamente en su mano, interrumpiendo nuestra conversación. Vittorio miró el aparato y frunció ligeramente el ceño.

—Tengo que volver ya, una emergencia en finanzas. Nos vemos mañana —se despidió con un gesto breve y decidido, alejándose con pasos firmes.

—Hasta mañana… —murmuré bajito, casi sin poder creerlo.

Mientras veía a Vittorio desaparecer por los pasillos de la empresa, sentí que el corazón me latía acelerado, como si hubiera corrido una maratón. Si antes estaba triste, ahora mi humor había cambiado radicalmente.

Por un instante, no había más espacio para dudas ni inseguridades. Bastaron su presencia, unas pocas palabras y la promesa de una noche juntos para que todo mi pesimismo se disolviera como azúcar en café caliente.

Respiré profundamente, ahora sonriendo como una idiota, resistiendo las ganas de llamar inmediatamente a Camila o a Michael para contarles hasta el mínimo detalle de aquella conversación relámpago.

El hecho de que Vittorio hubiera venido personalmente a confirmar nuestra cita, mostrando interés aunque fuese mínimo, significaba más de lo que él probablemente podía imaginar.

Sí, aún no tenía ni idea de hacia dónde iba mi vida, ni tampoco si aquel sentimiento tan confuso tendría algún futuro. Pero al menos ahora una cosa la tenía clara: mañana por la noche tendría la oportunidad de descubrir un poco más sobre Vittorio Del Castillo. Y eso, por sí solo, bastaba para alejar cualquier sombra de tristeza que intentase acercarse de nuevo.

—Gracias, universo —bromeé conmigo misma, volviendo a remover el café, esta vez con una sonrisa dibujada en la cara—. Por fin has decidido cooperar conmigo. Ahora, por favor, no lo estropees.

VITTORIO DEL CASTILLO

Sabía que la reunión no iba a ser fácil, pero sinceramente, ya estaba acostumbrado. Nunca me han gustado las reuniones inútiles y mucho menos aquellas en las que la gente finge estar de acuerdo conmigo.

Tras resolver la cuestión urgente en el departamento financiero, entré en la gran sala de reuniones con paso firme, como de costumbre, y noté al instante la tensión palpable en el ambiente.

Todos permanecían en silencio, esperando mis primeras palabras. Era el efecto natural de mi presencia, algo que ya anticipaba por la forma en que llevaba las cosas allí.

Me situé en el centro de la mesa, lanzando una mirada seria a cada uno de los directores, ejecutivos y gerentes que aguardaban atentos, y comencé a hablar sin rodeos:

—Bien, vayamos directamente al grano. He recibido los informes sobre el desarrollo del nuevo reloj de lujo, que debería estar prácticamente terminado. ¿Alguien puede explicarme por qué se ha

vuelto a retrasar el plazo y seguimos teniendo tantos problemas técnicos a estas alturas del proyecto?

El silencio dominó la sala durante unos segundos hasta que uno de los responsables técnicos se atrevió finalmente a justificar el retraso:

—Hemos tenido dificultades con el diseño del mecanismo interno, Vittorio. Descubrimos que algunas piezas no encajan correctamente…

—¿Lo habéis descubierto ahora? —interrumpí con ironía, cruzándome de brazos mientras clavaba mi mirada afilada en él—. Llevamos meses trabajando en esto. No acepto excusas de ese tipo, especialmente cuando ya había advertido de que nuestro calendario era demasiado ajustado para permitir errores infantiles como este.

Noté cómo el ambiente se hacía aún más tenso, pero permanecí firme y decidido. No estaba allí para hacer amigos, sino para garantizar el crecimiento y el éxito de la empresa. Si eso incomodaba a alguien, qué remedio.

—Además, el equipo de marketing tampoco ha entregado lo que pedí. —Me giré hacia el director del área, que intentó disimular su incomodidad ajustándose discretamente la corbata—. Necesito una

estrategia más clara, más agresiva y más directa hacia nuestro público objetivo. No podemos permitirnos perder mercado por pereza o por estrategias débiles. Eso es inadmisible.

—Estoy completamente de acuerdo, Vittorio —intervino Frederico con su habitual tono conciliador, tratando de aliviar la tensión en la sala—. Debemos revisar nuestras estrategias y entregar mejores resultados.

Miré rápidamente a mi socio, agradecido por su apoyo, aunque sin demostrarlo demasiado, y proseguí:

—Quiero soluciones concretas para mañana al final del día. No toleraré más excusas ni retrasos. ¿Ha quedado claro?

Un discreto murmullo de confirmación recorrió la sala mientras observaba atentamente cada rostro. Sabía que era exigente e inflexible, pero esa era la única manera de mantener todo bajo control.

Tras dar por finalizada oficialmente la reunión, fui el primero en salir, con Frederico siguiéndome de cerca.

Mientras caminábamos juntos por el pasillo, comentó con una leve sonrisa:

—Hoy estabas especialmente inspirado, amigo mío. Como sigas así, no va a quedar ni un solo empleado en esta empresa.

Yo solo puse los ojos en blanco, esbozando una ligera sonrisa.

—Solo cumplo con mi deber. Si quieren sobrevivir en Tesoro Reale, deben aprender que no tolero la mediocridad.

Frederico soltó una pequeña carcajada, comprendiendo perfectamente lo que quería decir. Nos detuvimos brevemente frente a nuestras oficinas y él me dio un ligero golpe amistoso en el hombro antes de entrar en la suya.

Me dirigí a mi despacho y cerré la puerta tras de mí. Sentado en mi silla, ajusté distraídamente los puños de la camisa mientras reflexionaba sobre las palabras de Frederico.

Sabía que tenía razón. Era demasiado intenso, demasiado exigente, y quizás eso terminaba alejando a la gente de mí. Pero no podía comportarme de otra manera. Simplemente no era capaz.

Extrañamente, en ese instante el rostro de Juliana apareció sin previo aviso en mi mente. Su sonrisa fácil y esa manera espontánea de hablar de cualquier cosa, sin filtros, emergieron en mi memoria como un recuerdo agradable.

No entendía por qué, pero había algo en ella capaz de desarmar mis defensas más férreas.

Me froté la cara con frustración ante el rumbo que habían tomado mis pensamientos. Necesitaba mantener el control, mantener las distancias.

Sin embargo, sentado allí, solo en el silencio de mi despacho, por primera vez en años empecé a cuestionarme si realmente quería mantener esa distancia con alguien como Juliana.



CAPÍTULO 21

«A veces, lo único que el corazón necesita es una razón inesperada para permitirse volver a sentir.»

JULIANA ROCHA

Estaba algo menos nerviosa, o al menos eso era lo que me repetía mentalmente cada dos minutos mientras intentaba terminar de maquillarme.

Me puse un pintalabios de un suave tono rosa y me observé en el espejo, analizando mi rostro. Mi cabello castaño con reflejos caía

delicadamente en ondas sobre mis hombros; mis ojos grandes y expresivos me devolvían la mirada, y mis labios, que lamentablemente nunca habían aprendido cuándo callarse, destacaban ligeramente.

Hoy estaba decidida a controlar mi habitual parloteo.

Bueno, al menos hasta cierto punto.

Abrí el armario por quinta vez aquella noche, mirando las opciones con una mezcla de duda y pánico.

Respiré profundamente y finalmente opté por un vestido sencillo pero bonito: azul claro, holgado, con pequeños detalles florales que caían delicadamente hasta justo por encima de mis rodillas. Lo combiné con unas sandalias planas, cómodas pero elegantes.

Faltaban pocos minutos para la hora acordada cuando terminé y bajé apresuradamente. Apenas puse los pies en la acera, allí estaba Vittorio, apoyado en su coche, esperándome pacientemente con su semblante serio y su habitual postura impecable.

—Hoy has llegado pronto, ¿no? —bromeé mientras me acercaba, con una sonrisa algo tonta en los labios.

—La última vez que vine a buscarte ya estabas esperándome aquí fuera. Pensé que sería prudente no llegar tarde hoy —respondió, mostrando una breve sonrisa, una rareza que hizo que mi corazón latiera algo más rápido.

Abrió amablemente la puerta del coche y entré, notando cómo mis manos temblaban ligeramente. En cuanto se sentó al volante, me giré hacia él con curiosidad:

—¿Puedo saber adónde vamos o es secreto de estado?

Apartó rápidamente la vista de la carretera para mirarme.

—Ya lo verás. Es un lugar sencillo, nada del otro mundo. Pensé que así quizás estarías más cómoda.

Sentí una agradable calidez en el pecho ante su consideración. Jamás habría imaginado a Vittorio Del Castillo, el poderoso CEO de Tesoro Reale, llevándome a un sitio modesto solo para que yo me sintiera cómoda.

Definitivamente, estaba soñando despierta.

Tras unos veinte minutos de trayecto, paramos frente a un pequeño y encantador bistró. Unas suaves luces amarillas adornaban el

local, creando un ambiente acogedor e íntimo.

Sonreí al percibir la atmósfera relajada y agradable del lugar.

—¿Qué te parece? —preguntó, aparentemente ansioso por conocer mi respuesta.

—Me encanta. Es perfecto —contesté, sinceramente feliz.

Nos sentamos en una mesa algo apartada y rápidamente comenzó a fluir una conversación natural entre ambos. Le pregunté por Enrico y por cómo estaba su pie.

—Ya casi está recuperado. Está orgulloso de la cicatriz que le quedará —dijo, con un brillo de cariño en los ojos al mencionar a sus hijos.

—Cuéntame más sobre ellos. ¿Cómo son? —pregunté, animada.

Poco a poco, Vittorio comenzó a abrirse, hablando con naturalidad sobre Giulia y Enrico. Su rostro se relajaba con cada palabra, y notaba en él un brillo especial, como si todo ese cansancio habitual desapareciera al hablar de los pequeños.

Mientras relataba historias divertidas sobre los gemelos, me descubrí observándolo atentamente: la forma en que sus ojos brillaban

con ternura, esa sonrisa rara pero encantadora que aparecía lentamente en sus labios bien definidos, y cómo su voz firme se suavizaba al mencionarlos.

Era imposible fijarme en todo aquello y no enamorarme aún más.

—Eres un padre maravilloso, ¿lo sabías? Tienen mucha suerte contigo —elogie con un tono ligero y bromista.

Vittorio arqueó las cejas, sorprendido por el halago.

—No sé si merezco tanto crédito. A veces pienso que no hago ni la mitad de lo que debería —admitió con una leve sonrisa—. Hoy apenas has hablado de ti.

—Está bien así. Estoy demasiado ocupada disfrutando de lo guapo que estás cuando sonríes —solté sin pensar, llevando inmediatamente la mano a mi boca, arrepentida de mi espontaneidad.

Él levantó ligeramente las cejas, algo divertido ante mi inesperada confesión.

—Justo esto era lo que no quería. Se suponía que no debías gustarme tanto, ¿recuerdas? —bromeó con ese humor tan peculiar suyo que empezaba a gustarme más de lo debido.

Y fue justo en ese instante cuando la boca más parlanchina del planeta decidió actuar más rápido que mi cerebro:

—Ay, Vittorio, lo siento, pero llevo años enamorada de ti.

Las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas, y solo cuando las escuché resonar alrededor de la mesa fui consciente de la magnitud de lo que había dicho. Mis mejillas enrojecieron de inmediato y aparté la mirada rápidamente, deseando que la tierra me tragase.

—¿Qué has dicho? —preguntó él, confundido y sorprendido a la vez.

Dios mío.

¿Y ahora qué, Juliana? ¿Cómo vas a salir de esta?

Mi corazón latía desbocado por la vergüenza, y el silencio que se instaló entre ambos me llevó al borde de la desesperación.

Definitivamente, esto no formaba parte de mi plan.

VITTORIO DEL CASTILLO

Escuchar aquello saliendo de su boca sin ningún tipo de planificación.

Y, siendo sincero, eso fue precisamente lo que me desarmó.

Juliana tenía esa forma de ser espontánea, demasiado impulsiva, pero auténtica. Mientras yo aún asimilaba el hecho de que llevaba años enamorada de mí, ella abrió mucho los ojos, se llevó la mano a la frente y soltó un suspiro agudo, como si hubiera cometido un delito federal.

—Lo he dicho en voz alta, ¿verdad? —murmuró bajito, como queriendo borrar las palabras que acababa de decir—. Genial, Juliana. Felicidades, te acabas de convertir en el mejor ejemplo de «cómo espantar a tu crush en diez segundos». Fantástico. Maravilloso. Pero no pasa nada, has sobrevivido a cosas peores… como aquella vez que te caíste por las escaleras de la recepción con la tartera en la mano…

—Juliana —la interrumpí, reprimiendo una sonrisa—. ¿Puedes respirar?

Levantó la vista hacia mí, esbozando una media sonrisa torpe.

—Perdona. Hablo demasiado cuando me pongo nerviosa. A veces se me olvida que el cerebro tiene filtro.

—Ya me he dado cuenta. —Apoyé los brazos sobre la mesa, mirándola con mayor seriedad—. ¿Pero de verdad llevas años enamorada de mí?

Asintió lentamente, aunque enseguida se apresuró a aclararlo:

—Mira, tampoco es que sepa todo sobre ti ni nada parecido. Lo idealicé, claro. Me imaginé… bueno, me monté historias en la cabeza. Como esas novelas de romance del jefe frío y la secretaria graciosa. —Soltó una risita, tratando de restarle importancia—. Pero al mismo tiempo siempre admiré al hombre que parecías ser: un padre presente, un líder firme, alguien a quien todo el mundo respeta. Y no es solo por lo guapo que eres, aunque reconozcámoslo, parece que te hayan dibujado con escuadra y cartabón…

—Entiendo. Pero eso no es amor, Juliana.

Ella frunció el ceño ligeramente.

—Pues no estoy de acuerdo. El amor empieza así, ¿sabes? Admirando, sintiendo fascinación… queriendo conocer más. Nunca tuve la oportunidad. Siempre fuiste… inalcanzable. Un jefe, viudo, padre de

gemelos. Incluso me parecía mal solo pensarlo. Pero cuando te fijaste en mí, por primera vez, en aquel ascensor… sentí algo diferente.

Guardé silencio un momento.

No estaba acostumbrado a ese tipo de sinceridad tan cruda y directa. En mi vida siempre ocurría lo contrario: relaciones calculadas, conversaciones pragmáticas, nadie dispuesto a mostrar vulnerabilidad.

—¿Crees que si fueras mi empleada, pobre o rica, cambiaría algo? Cuando quiero a alguien de verdad, voy a por ello. Es un hecho.

Ella pareció sorprendida.

—¿Entonces estás diciendo que si yo fuese, no sé… dependienta de una panadería y me conocieras por casualidad…?

—Si fueras exactamente esta misma mujer —dije mirándola a los ojos— con esa personalidad caótica, sincera, graciosa y además leal, inteligente y fuerte… sí. Me habría fijado en ti. Probablemente mucho antes de lo que lo hice ahora.

Nos miramos en silencio unos segundos.

Había tensión, pero era cómoda, agradable, de esas que te hacen contener la respiración sin darte cuenta.

—¿Y te gusta lo que ves ahora? —preguntó en voz baja, con un valor que claramente ni ella misma sabía de dónde había sacado.

—Sí —admití, inclinando la cabeza ligeramente—. Tienes algo que casi nadie tiene: la necesidad de impresionarme.

Ella sonrió ampliamente, iluminándole la cara entera. Sus ojos brillaban y, por un instante, el ruido del restaurante desapareció por completo, como si estuviésemos solos en una especie de burbuja particular que ignoraba al resto del mundo.

Y justo en ese momento supe que estaba en serios problemas. Porque Juliana no era el tipo de mujer que uno conoce y luego olvida. Era de las que se quedan, incluso cuando deseas desesperadamente que no lo haga.

Incluso cuando sabes que no puedes permitirte quererla.

Juliana desvió la vista al plato, fingiendo repentinamente un gran interés por los raviolis de queso con pesto que prácticamente ni había tocado. Observé cómo sus mejillas se habían teñido de un tono más rosado, lo que la hacía aún más bonita.

—Bueno… —carraspeó, intentando recuperar algo de control sobre la situación—. Debería decir que esta es la mejor cita que he

tenido, pero considerando que el último tío con el que salí solo sabía hablar de sus músculos y rutinas de entrenamiento…

—No hace falta que intentes elogiarme por comparación. Te garantizo que soy mejor compañía que alguien que solo habla del gimnasio.

Sonrió, ahora con más confianza, y arqueó una ceja con desafío.

—¿Lo ves? Ese es tu problema. Dices esas cosas así, todo serio, como si no supieras perfectamente el efecto que provocan.

Me incliné hacia adelante, bajando el tono con diversión:

—Pues no lo sé. ¿Por qué no me explicas exactamente ese efecto?

Juliana abrió mucho los ojos, mordiéndose rápidamente el labio inferior.
Parecía estar pensando qué decir, pero enseguida una sonrisa traviesa apareció en sus labios y supe que venía otra de sus respuestas inesperadas.

—Bueno, es una sensación parecida a cuando te encuentras dinero olvidado en el bolsillo de unos pantalones recién lavados.

¿Sabes? Como una sorpresa agradable con sabor a suerte. Pero multiplicado por mil porque… bueno… eres tú.

Esta vez solté una carcajada sincera. No era algo que hiciera a menudo, pero estando con ella parecía inevitable.

—Tienes las analogías más absurdas que he escuchado en mi vida, ¿lo sabías?

—¡Gracias! —respondió orgullosa, asintiendo exageradamente—. Es un talento natural que he ido perfeccionando con los años, ya que mi boca tiene vida propia.

—Y yo estoy empezando a encontrar esa característica fascinante —admití con más seriedad de la que pretendía.

Vi cómo se quedaba inmóvil por un instante, con sus ojos clavados en los míos, casi sin pestañear. Sentí que quizá había ido demasiado lejos, así que intenté suavizarlo con una sonrisa discreta.

—Fascinante, aunque potencialmente peligrosa —añadí, volviendo a un tono ligero.

Ella recuperó su humor, moviendo la cabeza con suavidad y riéndose ligeramente.

—Prometo no morderte. ¿Y tú, Vittorio? —se inclinó hacia mí, casi imitando mi gesto anterior, desafiante—. ¿Cuál es tu gran talento oculto?

Levanté una ceja, devolviéndole la provocación.

—¿Además de gestionar toda una empresa e intentar cuidar solo de dos niños pequeños?

Entrecerró los ojos, siguiendo con el juego.

—Eso no cuenta. Algo más personal. Algo inesperado. Quiero saber un secreto tuyo.

—Toco el piano.

Su expresión cambió, suavemente sorprendida, como si no esperase algo así de mí.

—¿Piano? —repitió, casi encantada.

Asentí, ocultando una sonrisa.

—Sí, pero no se lo digas a nadie. Tengo una imagen que cuidar.

—Vaya, ¿realmente crees que le diría a alguien que mi jefe duro y millonario tiene alma de artista? —sonrió aún más, inclinando la

cabeza con inocencia fingida—. Solo si me lo preguntan.

Negué con la cabeza, fingiendo decepción.

—Ahora que tienes algo contra mí, necesito equilibrar el juego.

—Buena suerte, Del Castillo —dijo, tomando la copa de vino, sin apartar sus ojos de los míos—. Mi secreto más grande ya lo sabes: me encanta mi jefe supuestamente inalcanzable. Aunque eso ahora ya no cuenta, ¿no?

Esa chispa atrevida en su mirada me retaba directamente. Si hubiera tenido algo de sentido común, habría terminado la noche ahí mismo. Pero, por primera vez en años, decidí ignorar a la razón.

—¿Quién dice que aún soy inalcanzable?

Ella se detuvo con la copa en el aire y sonrió maliciosa.

—¿Eso quiere decir que estoy en el juego, Vittorio?

Aquella pregunta encendió algo en mí que llevaba toda la noche intentando ignorar.

—Quién sabe.

Y antes de que pudiera responder, hice una discreta señal al camarero. Tenía que recuperar el control antes de que Juliana me llevara a un lugar del que no pudiera volver atrás.



CAPÍTULO 22

«A veces, los sentimientos más peligrosos nacen de los silencios más inocentes.»

JULIANA ROCHA

Dios mío…

Todo estaba saliendo mejor de lo que había imaginado. Muchísimo mejor.

Tras salir del restaurante, el ambiente entre nosotros era ligero, cómodo, casi palpable. Vittorio conducía por las calles iluminadas de la

ciudad mientras hablábamos de cosas sin importancia, de esas que seguramente él jamás compartiría con nadie más.

O quizás era yo quien deseaba desesperadamente creerlo.

De cualquier forma, era increíble tener esta cercanía con él. Por fin parecía relajado, con esa leve sonrisa que asomaba de vez en cuando en la comisura de sus labios y que hacía latir mi corazón sin control.

—Sabes que no lo has conseguido, ¿verdad? —le provoqué, girándome hacia él con una sonrisa traviesa.

Frunció el ceño fingiendo confusión, aunque su mirada dejaba claro que sabía perfectamente a qué me refería.

—¿Qué se supone que no he conseguido exactamente, Juliana?

Crucé los brazos e incliné la cabeza, desafiándolo.

—Demostrarme que no eres ese hombre increíble que siempre imaginé. De hecho, creo que lo único que has conseguido es confirmarme que eres incluso mejor de lo que pensaba. Así que enhorabuena, jefe. Misión fracasada.

Vittorio soltó una breve carcajada, sin apartar la vista de la carretera. Era impresionante cómo un simple gesto así podía afectarme

tanto. No era una risa cualquiera; había algo en ella que me hacía querer escucharla una y otra vez.

—Quizá es que no me he esforzado lo suficiente para alejarte.

Me miró brevemente, y nuestros ojos se cruzaron por un instante. Sentí que el corazón me latía tan fuerte que podría despertar a todo el barrio.

Cuando paramos frente a mi edificio, se me encogió el pecho. No quería que aquel momento terminara tan pronto. Aun así, respiré profundamente, preparándome para despedirme.

Pero Vittorio, sorprendentemente, salió del coche antes que yo y vino hasta mi lado, abriéndome la puerta como había hecho al principio de la noche.

Qué caballero, Dios mío.

—Gracias —susurré, saliendo del coche y quedándome muy cerca de él, más cerca de lo que había planeado.

Su perfume, suave pero intenso, me envolvió inmediatamente. Sabía que jamás olvidaría aquel aroma.

Vittorio me miraba fijamente, las manos en los bolsillos de su chaqueta. La tenue luz de la calle resaltaba perfectamente las líneas de su rostro. Parecía sacado directamente de un sueño maravilloso. Tragué saliva, intentando controlar mis emociones.

—Esta noche ha sido especial —dijo en voz baja, casi en un susurro.

Su expresión era seria, pero algo en aquellos ojos profundos decía mucho más.

Respiré hondo, invadida por un valor repentino. No sabía si tendría otra oportunidad así; era ahora o nunca.

—Necesito decirte algo. Quizá me consideres completamente loca o imprudente, pero si no lo digo ahora, creo que explotaré.

Él no contestó, solo arqueó una ceja animándome a continuar. Volví a tragar saliva, más nerviosa de lo que me gustaría admitir.

—Llevo mucho tiempo enamorada de ti, Vittorio. Y estar aquí, ahora, de esta manera… solo intensifica todo. Querías demostrarme que no eras tan especial, pero cada minuto a tu lado solo ha confirmado que no me equivocaba. No quiero que esto termine aquí. No quiero que acabe ahora.

Lo solté todo de golpe, las palabras saliendo demasiado rápido, casi atropellándose unas a otras.

Cuando terminé, el silencio que siguió fue insoportable. Vittorio permaneció inmóvil, mirándome fijamente, y temí haber cruzado un límite.

—No deberías decir cosas así, Juliana —respondió finalmente con voz ronca y profunda, dando un paso hacia mí, reduciendo aún más el poco espacio que nos separaba—. Es peligroso decirle algo así a alguien como yo. A veces soy demasiado impulsivo para escuchar palabras tan intensas y quedarme quieto.

Sentí un vuelco en el estómago, pero no retrocedí. Alcé la barbilla con decisión, mirándolo directamente a los ojos.

—No me arrepiento. Prefiero decirlo ahora y correr el riesgo antes que lamentar después haber desperdiciado la única oportunidad que tuve.

Él avanzó otro paso, acercándose aún más, sus ojos ahora completamente oscuros e intensos.

—¿Estás segura de eso?

Su voz era casi una caricia. Asentí lentamente, sintiendo que el corazón se me salía del pecho.

—Completamente.

Entonces, sin añadir una sola palabra más, levantó lentamente una mano y acarició mi rostro, sus dedos rozando mi piel con extrema delicadeza. La otra mano se posó firmemente en mi cintura, acercándome aún más a él.

—Eres una mujer realmente peligrosa —susurró justo antes de cerrar por fin la distancia que quedaba entre nosotros.

Sus labios rozaron los míos con suavidad, como tanteando mi reacción. En ese instante, parecía que solo existíamos nosotros dos en aquella calle tranquila bajo la luz tenue de las farolas.

Mis manos subieron involuntariamente, sujetando con fuerza la tela de su chaqueta, atrayéndolo aún más hacia mí. Cada beso aumentaba mi certeza de que aquello era absolutamente perfecto, tal como lo había imaginado cientos de veces.

Parecía que había esperado aquel instante toda mi vida.

El beso se prolongó durante un largo rato mientras intentaba convencer a mi cerebro de que aquello estaba sucediendo realmente, grabando cada detalle en mi memoria.

Cuando finalmente nos separamos, Vittorio apoyó su frente contra la mía, mirándome profundamente a los ojos mientras yo intentaba recuperarme de aquel tsunami emocional.

—Esto no debería haber pasado —murmuró con una leve sonrisa, contradiciendo completamente sus palabras.

Le devolví la sonrisa, aún recuperando el aliento, con el corazón desbocado.

—Quizá no debería, es cierto. Pero menos mal que ha ocurrido.

Él me observó en silencio unos segundos más, con una expresión seria, casi preocupada.

—Buenas noches, Juliana.

—Buenas noches, Vittorio.

Lo vi regresar al coche y marcharse.

Me quedé allí, de pie en la acera, unos segundos más, tocándome los labios con la punta de los dedos, tratando de grabar en mi memoria

cada instante de aquel beso.

Sabía perfectamente que, a partir de ese momento, nada volvería a ser igual. Y, sinceramente, estaba deseando descubrir qué pasaría a continuación.



CAPÍTULO 23

«El corazón no siempre avisa cuando está a punto de aferrarse a alguien de quien debería mantenerse alejado.»

VITTORIO DEL CASTILLO

Actuar por instinto nunca ha sido mi punto fuerte.

Siempre he sido un hombre guiado por estrategias, números y certezas. Sin embargo, aquella noche, mientras conducía por las calles casi desiertas de São Paulo, era imposible ignorar que acababa de hacer exactamente lo contrario.

Juliana había revolucionado algo dentro de mí, y el beso que acabábamos de compartir era la prueba más clara.

Cuanto más intentaba comprender mis actos, más confuso me sentía. No lograba definir si era arrepentimiento, culpa, o simplemente me desconcertaba aquella sensación nueva, casi desconocida, después de tantos años cerrado a cualquier emoción que no estuviese dirigida hacia mis hijos o hacia mi empresa.

Al detenerme en un semáforo en rojo, respiré profundamente y cerré los ojos por un instante, recordando su rostro: las ondas castañas de su cabello cayendo suavemente sobre los hombros, aquellos ojos tan expresivos que siempre me miraban con admiración, curiosidad y quizás también un poco de temor.

¿Cómo podía alguien transmitir tanta calma, tanta buena energía con una sola mirada?

Sacudí la cabeza, impaciente conmigo mismo, acelerando cuando el semáforo cambió a verde.

No era momento de perderme en reflexiones sobre Juliana Rocha, mi asistente administrativa de logística. Una mujer a la que jamás

debería haber tocado de esa forma, pero ante la cual, por algún motivo inexplicable, no había podido resistirme.

Aparqué en el garaje de la mansión pocos minutos después.

Todo estaba en silencio, como de costumbre a esas horas. Caminé hacia la habitación de mis hijos con pasos lentos, procurando no despertar ni a Carmem ni a los pequeños. Empujé suavemente la puerta y contemplé sus pequeñas siluetas durmiendo plácidamente bajo la tenue luz de una lámpara con forma de estrellas.

Enrico dormía abrazado a un cochecito rojo, mientras Giulia sostenía con cariño un unicornio lila.

Aquella imagen me arrancó una sonrisa fugaz. Era una escena habitual, pero siempre lograba llenarme el corazón, aunque solo fuese durante unos instantes.

Me acerqué despacio, acariciando suavemente el sedoso cabello de mi hija y, después, rozando con cariño el rostro tranquilo de mi hijo.

Ellos eran mi vida, la razón por la que me levantaba cada mañana y enfrentaba batallas constantes. Sin embargo, en ese preciso instante, mientras observaba a mis hijos dormidos, sentí una punzada en el pecho, una inexplicable sensación de vacío.

Como si me faltase algo, como si estuviera dejando escapar entre mis dedos algo que ni siquiera lograba identificar.

Respiré profundamente y me aparté con cuidado, dejando la puerta entreabierta al salir. Al llegar a mi habitación, me senté en el borde de la cama y apoyé los codos sobre las rodillas, cerrando los ojos y dejando que los recuerdos de aquella noche invadiesen de nuevo mis pensamientos.

Por mucho que quisiera negarlo, había algo en aquella mujer que me afectaba profundamente. Algo para lo que no estaba preparado.

Luciana había sido el gran amor de mi vida, y desde su partida me había convencido de que jamás volvería a amar. Quizá fuera mejor seguir creyendo eso, mantenerme distante, protegido detrás de las murallas que yo mismo había levantado.

Pero, por más racional y lógico que fuese, no lograba apartar a Juliana de mi cabeza.

No podía ignorar cómo sus ojos brillaban al sonreír, ni cómo su presencia alegre y ligera tenía la capacidad de iluminar cualquier espacio a su alrededor. Poseía una autenticidad única, y quizá fuese precisamente eso lo que tanto me atraía.

Sin embargo, existían riesgos. Demasiados riesgos. No solo para mí, sino también para ella.

Involucrarme emocionalmente era complicado, peligroso, especialmente teniendo dos niños pequeños que dependían exclusivamente de mí.

Me tumbé lentamente, mirando al techo, intentando controlar los pensamientos que insistían en regresar a aquel beso, a la sensación de calidez y protección que ese breve instante había despertado en mí.

Necesitaba aclarar esto cuanto antes. O mejor dicho, necesitaba entender qué estaba haciendo Juliana conmigo. Porque, si no lo hacía pronto, sabía perfectamente que corría el riesgo de perderme de una manera para la que no estaba preparado.

Y aquella era una sensación demasiado aterradora para alguien acostumbrado a tener siempre todo bajo control.

Pero, a pesar de todos los miedos e incertidumbres que me dominaban en aquel instante, aquella noche me hice una promesa silenciosa…



CAPÍTULO 24

«Algunas preguntas de los niños encierran más verdades que mil respuestas de adultos.»

JULIANA COSTA

Mi fin de semana estaba siendo maravilloso.

Me desperté con esa increíble sensación de quien ha ganado la lotería, aunque mi saldo bancario estuviese más en modo «última semana antes de cobrar». Aun así, nada podía estropearme el buen humor aquel sábado.

Me dirigí a la cocina con mi pijama estampado de jirafas —mi versión más fashion para las mañanas tranquilas— y preparé un café que, sinceramente, tenía fuerza suficiente como para resucitar a cualquier muerto.

Con la taza en la mano, corrí hacia el sofá y cogí el móvil, lista para mi ritual más importante del día: llamar a Camila y contarle con todo lujo de detalles mi cita con Vittorio.

Apenas esperé a que descolgara, y nada más escuchar el primer tono, solté:

—¡Amiga de mi vida, no vas a creer lo que ha pasado!

Al otro lado, Camila soltó una risa, acomodándose claramente para disfrutar de la conversación.

—Con esa emoción que traes, ni hace falta que me digas que todo salió bien, ¿no? Venga, cuéntamelo todo, ¡cada detalle!

Respiré profundamente, pero enseguida las palabras empezaron a salir de mi boca a una velocidad imparable:

—Mira, yo ya estaba preparada para decir que ese hombre era mejor que la pizza con borde relleno, pero después de lo de anoche,

¡creo que es incluso mejor que Netflix lanzando dos temporadas seguidas de mi serie favorita!

Camila soltó una carcajada mientras yo seguía hablando como una ametralladora, emocionada y enamorada.

—¿Te puedes creer que llegó pronto a buscarme? Como la última vez fui yo quien lo esperó en la calle, esta vez decidió adelantarse. Tenías que haberlo visto allí parado, tan guapo junto a su cochazo… ¡Casi tropiezo en la acera de la emoción! ¡Qué vergüenza!

—¡Imagínate si te llegas a caer, Ju!

—¡Ese tipo de pensamientos son los que no puedes lanzar al universo, amiga! —dije riendo—. Pero espera, que lo mejor viene ahora: esta vez me llevó a un sitio más sencillo, supongo que para que me sintiera cómoda. ¿Cómo no enamorarse perdidamente de un hombre así?

Camila suspiró teatralmente:

—Ay, amiga, estás realmente coladita por él, ¿eh? ¡Cuidado, a ver si vas a tropezar con tanto amor!

Rodé los ojos, sonriendo tontamente.

—Tropecé hace rato, querida, ¡ahora mismo estoy rodando cuesta abajo y sin frenos! —bromeé, arrancándole más carcajadas—. Y espera, que eso no es todo. Cuando llegamos aquí a casa, ¡hubo beso! Un beso de película, ¿sabes? De esos que te hacen olvidar hasta cómo te llamas. Madre mía del amor hermoso, ¡creo que estoy oficialmente enamorada!

Al otro lado, Camila celebró con entusiasmo:

—¡Ay, Ju, qué alegría me das! Sabía que tarde o temprano ese hombre se daría cuenta de la pedazo de mujer que tiene delante.

—Ojalá, porque estoy invirtiendo más en este romance que Netflix en series adolescentes —comenté en tono de broma, aunque en el fondo deseaba que realmente saliera bien—. La verdad es que estoy un poco asustada. Todo parece demasiado bueno para ser cierto.

La voz de mi amiga adquirió un tono más serio y reconfortante:

—Juliana, mereces esto y muchísimo más. Disfruta de cada instante. ¡Deja ya de pensar que no mereces ser feliz, mujer!

—Gracias, amiga. Voy a seguir tu consejo. Hoy estoy tan feliz que ni las facturas atrasadas me quitan el sueño.

Tras varios minutos más de conversación y risas, finalmente colgué.

Miré hacia el techo, respirando profundamente, aún sonriendo como una tonta. Qué maravillosa sensación, como si por fin todas las piezas del puzle encajasen en su sitio.

Todavía envuelta en aquella euforia, cogí el mando de la tele y busqué algo que ver. Mi elección del día fue la nueva temporada de aquella serie llena de dramas adolescentes y romances cliché, perfecta para combinar con mi estado de ánimo actual.

—Vittorio Del Castillo, ni te lo imaginas, pero estás consiguiendo que pierda interés hasta en la ficción. Porque ahora mismo, la realidad es mucho más interesante… —murmuré bajito, pulsando el botón de reproducción mientras me acomodaba en el sofá con una sonrisa bobalicona en los labios.

VITTORIO DEL CASTILLO

Mientras observaba a Enrico y a Giulia jugar sobre la alfombra del salón, comprendí hasta qué punto esos dos pequeños tenían el poder de descolocarme en cuestión de segundos.

Ambos estaban tan entretenidos entre muñecos, cochecitos y unos cuantos rotuladores de colores que probablemente dejarían marcas permanentes en aquella carísima alfombra, aunque eso poco me importaba. Aquel era uno de los escasos momentos en los que simplemente podía ser padre y olvidarme del resto del mundo.

Me recosté en el sofá, agotado, intentando relajarme después de otra semana intensa. Todavía sentía el suave perfume de Juliana atrapado en mi memoria, como si se hubiera impregnado en mi piel desde la noche anterior. El recuerdo de aquel beso inesperado, quizá demasiado precipitado, era casi imposible de olvidar.

De repente, Giulia levantó sus grandes ojos curiosos hacia mí y preguntó sin previo aviso:

—Papá, ¿dónde estabas anoche?

Tragué saliva, totalmente desprevenido.

Aquellos dos eran demasiado listos para su edad, y eso empezaba a convertirse en un problema.

—Solo salí un rato ayer, cariño —expliqué manteniendo una voz neutra mientras intentaba pensar rápidamente cómo manejar aquella conversación tan peligrosa.

Enrico dejó momentáneamente su cochecito y me miró frunciendo el ceño con una expresión muy parecida a la mía.

—¿Saliste solo? —preguntó con curiosidad genuina e inocente.

Suspiré, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre cómo responderles en aquel momento.

—No, no salí solo. Salí con alguien.

Giulia se interesó todavía más, dejando de lado su muñeca y acercándose para sentarse junto a mí en el sofá.

—¿Quién era esa persona, papá? ¿Era una mujer?

Sonreí brevemente ante la insistencia de mi pequeña interrogadora, aunque por dentro intentaba ordenar mis pensamientos. Respiré hondo antes de contestar:

—Sí, era una mujer.

Mis hijos intercambiaron miradas como si aquella fuera la noticia del siglo. Sentí crecer la tensión, anticipando lo que vendría después.

—¿Es guapa, papá? —preguntó Enrico con interés.

—¿Es simpática? —añadió Giulia casi al mismo tiempo.

Los observé con atención, sintiendo una presión en el pecho. No sabía exactamente cómo responder a aquello. ¿Juliana era guapa? Sin duda. ¿Simpática? Mucho más de lo que había imaginado. Pero, ¿y qué pasaba con todo lo demás? ¿Qué ocurría con mi corazón cerrado y lleno de cicatrices?

—Sí, es guapa. Y también muy simpática.

—¿Vas a casarte con ella? —preguntó Giulia con una naturalidad inquietante, abriendo mucho esos ojos idénticos a los de su madre.

La palabra «casarte» cayó sobre mí con un peso mucho mayor del que estaba preparado para asumir. Sentí cómo se me cerraba el pecho y tuve que esforzarme para mantener la compostura y no revelar mi inquietud. Me pasé una mano por el pelo, ganando unos segundos para pensar cómo abordar aquel tema sin asustarlos.

—Ahora mismo no pienso en eso. Sabéis que la única mujer a la que he querido de verdad fue vuestra madre, y no he pensado en volver a casarme.

El salón quedó en silencio durante unos instantes. Enrico se encogió de hombros con gesto infantil y despreocupado, volviendo rápidamente a jugar. Giulia, sin embargo, continuaba observándome con mirada pensativa, analizando mi reacción.

—Pero ¿no estás triste cuando estás solo, papá?

Tragué saliva nuevamente. ¿Cómo explicarle a una niña el complejo mundo de las emociones adultas?

—Vosotros nunca me dejáis solo, cariño. Ahora mismo sois todo lo que necesito —sonreí, intentando cerrar aquella conversación antes de que fuera demasiado lejos.

Por suerte, ambos niños volvieron rápidamente a entretenerse con sus juegos, dejándome allí en el sofá, inundado por una avalancha de pensamientos.

Apoyé la cabeza entre las manos, mirando al suelo mientras aquellas palabras resonaban en mi mente.

¿Algún día tendría el valor suficiente para abrirle nuevamente la puerta a alguien? ¿Estaría dispuesto a afrontar el miedo a perderlo todo otra vez?

No tenía la respuesta, y eso me aterraba.

Sin embargo, sin que pudiera evitarlo, el rostro sonriente de Juliana apareció de nuevo en mi memoria. La forma en que hablaba sin parar, el brillo de sus ojos, su sinceridad… Todo en ella parecía tener el poder de hacerme olvidar temporalmente las barreras que había construido a mi alrededor.



CAPÍTULO 25

«El silencio no siempre decía menos; a veces gritaba todo aquello que el corazón no se atrevía a confesar.»

JULIANA ROCHA

En mi cabeza, aquella reunión parecía llevar por lo menos cinco horas, aunque el reloj insistiera en que solo habían pasado veinte minutos.

Todos los empleados estaban atentos, anotando cada palabra que decía Marcos, el gerente de operaciones, pero yo estaba en un universo

paralelo. Mis pensamientos estaban tan descontrolados como mi pelo en un día lluvioso, saltando de un lado a otro sin detenerse ni para respirar.

Y, por supuesto, todo eso tenía nombre y apellidos.

Había pasado exactamente una semana desde aquel beso inesperado e intenso, del que aún no sabía si había sido real o solo otro producto de mi excesivamente fértil imaginación.

El problema era que, después de aquel día, él simplemente se había evaporado.

Desapareció más rápido que mi sueldo el día de cobro. Ni llamadas, ni mensajes, ni siquiera un encuentro casual en la empresa… nada.

—¿Ju? —Camila me dio un suave codazo discretamente y me habló en voz baja—. ¿Estás bien? Estás más lejos de aquí que mi sueldo del ideal.

Suspiré, girándome ligeramente hacia ella, intentando no llamar la atención del resto de los compañeros.

—Es Vittorio —admití con un susurro dramático.

—¿Otra vez? —levantó una ceja—. ¿Qué ha hecho ahora?

—No es lo que ha hecho, es lo que no ha hecho. Desde el beso ha desaparecido por completo. Ni un hola, ni un emoji perdido, ¡nada! ¡Es como si hubiera besado a un fantasma!

Camila contuvo la risa, cubriéndose la boca discretamente.

—Tranquila, amiga. Los hombres son así. Seguro que está hasta arriba de trabajo. Dale tiempo.

—¿Más tiempo? ¡Si espero más, se olvidará de mí antes de recordar que existo!

Ella negó con la cabeza, sonriendo ligeramente.

—Ju, si tiene que ser, será. Intenta concentrarte ahora, porque como Marcos te pille despistada sí que vas a tener problemas.

Asentí con un suspiro pesado y volví a fingir interés en la reunión, aunque mi mente seguía muy lejos de allí, reviviendo cada segundo de aquel beso que parecía haberlo cambiado todo.

Cuando por fin nos liberaron, Camila y yo caminamos juntas por los pasillos de la empresa, comentando brevemente algunos detalles de la reunión, hasta que, de repente, como si el universo estuviera

poniendo a prueba mi paciencia, Vittorio apareció por uno de los pasillos laterales.

Mi corazón dio un salto olímpico dentro de mi pecho y se paró inmediatamente después, porque él parecía completamente ajeno a mi presencia. Estaba serio, absorto en una conversación con uno de los ejecutivos.

Pasé lentamente, casi conteniendo la respiración, esperando que levantase la vista, me viese, dijera algo, lo que fuese. Pero él siguió concentrado, caminando sin mirar alrededor. Un nudo comenzó a formarse en mi garganta, y Camila lo notó enseguida.

—Ju, tranquila —me dijo suavemente, poniendo una mano reconfortante sobre mi hombro—. A lo mejor no te ha visto. No saques conclusiones precipitadas.

—¿Tú crees? —pregunté, notando cómo una tristeza insistente empezaba a aflorar—. ¿O será que me vio y prefirió no verme?

Camila suspiró, abrazándome brevemente por los hombros.

—No sirve de nada montar teorías conspirativas. Créeme, eso solo te va a volver loca.

Intenté aceptar su consejo, pero durante el resto del día no pude quitarme de encima la inquietud que se había apoderado de mí. Trabajé, terminé informes, atendí llamadas, todo en piloto automático. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente había tomado un vuelo sin destino definido.

Cuando por fin llegué a casa, me quité los zapatos y me lancé al sofá, mirando al techo como si este tuviera todas las respuestas a mis dudas existenciales.

¿Qué había salido mal?, me preguntaba, analizando mentalmente cada detalle de nuestra última conversación, cada mirada, cada palabra dicha y no dicha.

¿Es que no le había gustado el beso? ¿Había considerado aquello un terrible error, un fallo colosal por mi parte?

Sacudí la cabeza, intentando alejar esas ideas negativas. Tenía que dejar de sabotearme así. Pero ¿cómo podía entender a Vittorio Del Castillo, el hombre más enigmático e inaccesible que había conocido jamás?

Cuanto más intentaba descifrarlo, más perdida me sentía.

—Ay, Vittorio, ¿por qué tienes que ser tan complicado? —murmuré, suspirando profundamente mientras cerraba los ojos, deseando que mi corazón no hubiese elegido justo a ese hombre para enamorarse.



CAPÍTULO 26

«Él siempre había controlado todo lo que le rodeaba, hasta que comprendió que el sentimiento que crecía hacia ella era lo único que escapaba a su dominio.»

VITTORIO DEL CASTILLO

Había visto a Juliana, y también la expectación en sus ojos.

Eso era exactamente lo que había estado intentando evitar desde el momento en que decidí besarla. La ansiedad que percibí en su mirada me había afectado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Por eso hice lo que consideré más prudente en aquel instante: desvié la atención, fingí no darme cuenta, como si no hubiese ocurrido absolutamente nada.

—Parece que tienes una admiradora —comentó Frederico a mi lado, reprimiendo una sonrisa que ni siquiera intentaba ocultar.

Me detuve un instante en mitad del pasillo y fruncí el ceño, mirándolo con una expresión que habitualmente disuadía cualquier tipo de bromas como aquella.

—¿De qué estás hablando exactamente?

—De Juliana. ¿En serio no te has dado cuenta? —Frederico arqueó una ceja con una mirada escéptica, cruzando teatralmente los brazos—. Prácticamente te estaba devorando con los ojos.

—No seas ridículo, Frederico —respondí con firmeza, controlando cualquier gesto que pudiera delatarme—. Es solo una empleada prestando atención a su jefe. Nada más.

—Ah, claro —contestó él, soltando una risa baja e incrédula—. Como tú digas.

Decidí ignorar aquella provocación barata y rápidamente cambié el rumbo de la conversación.

—Vamos, tenemos la reunión con el departamento creativo en pocos minutos y no quiero retrasos.

Entramos juntos en la gran sala de reuniones, cuyas paredes de cristal dejaban claro a cualquiera que pasara por el pasillo quién estaba allí dentro. Frederico ocupó su lugar habitual y, esta vez, tomó las riendas de la reunión, mientras yo permanecía en silencio, algo poco frecuente dado mi perfil generalmente incisivo.

Intenté concentrarme en los asuntos planteados, en las demandas presentadas, pero por alguna razón mi mente insistía en escapar de allí hacia una mujer concreta que se empeñaba en ocupar el papel protagonista en mis pensamientos.

Era demasiado peligroso pensar en Juliana.

Demasiado peligroso recordar cómo sus labios se habían adaptado perfectamente a los míos; peligrosamente tentador pensar en sus ojos expresivos, siempre atentos a cada palabra que decía.

Sacudí discretamente la cabeza intentando alejar ese recuerdo insistente. Aquel no era el momento ni el lugar adecuado, y mucho

menos la persona correcta.

Tenía responsabilidades mucho mayores que mis deseos impulsivos, y permitir que alguien se acercase era abrir una puerta hacia complicaciones que no estaba dispuesto a afrontar.

—Vittorio, ¿algún comentario? —preguntó Frederico, sacándome abruptamente de mis divagaciones.

Me incorporé en la silla, retomando inmediatamente mi postura imponente y seria.

—No. Continúa.

Frederico me lanzó una mirada intrigada, probablemente extrañado por mi actitud pasiva, pero no insistió. Siguió adelante con la reunión, mientras yo intentaba con todas mis fuerzas recuperar la concentración perdida.

Sin embargo, cuanto más intentaba controlar mis pensamientos, más me llevaban directamente hacia ella. Pensé en el carácter espontáneo de Juliana, en cómo siempre parecía tener preparada una respuesta ingeniosa para cualquier situación, en lo irritante y encantador que resultaba aquello a la vez.

Cuando por fin terminó la reunión, dejé que Frederico saliera primero, ganando unos minutos más a solas en la sala para poner en orden mis ideas. Necesitaba comprender cómo una mujer que apenas había entrado en mi vida podía desestabilizarme tanto.

Y entonces lo comprendí: quizá era precisamente por eso.

Juliana representaba justo el tipo de mujer que realmente podía ponerme en peligro, porque era exactamente aquello que había estado evitando durante tanto tiempo: alguien capaz de hacerme sentir algo más profundo, algo más peligroso.

Respiré profundamente y me levanté decidido.

No había espacio en mi vida para complicaciones emocionales. Y Juliana Rocha era exactamente eso: la complicación más deliciosa y peligrosa que se había cruzado jamás en mi camino.

JULIANA ROCHA

Sentada frente al escritorio, suspiré una vez más mientras miraba fijamente las interminables hojas de cálculo en la pantalla del ordenador.

Definitivamente hoy no estaba siendo mi día. De hecho, ni siquiera era mi semana.
¿Sabes qué? ¡Ni mi mes!

Desde el momento en que había visto a Vittorio aquella mañana, noté cómo se me aceleraba el corazón con esa reacción casi ridícula de adolescente enamorada. Pero él no me había visto. O peor aún: había fingido no verme. Y eso era precisamente lo que me estaba torturando durante todo el día, como una piedrecita minúscula en el zapato, de esas que molestan pero que no consigues sacar.

—¿Juliana? ¡Tierra llamando a Juliana! —escuché la voz divertida y algo preocupada de Camila a mi lado.

—¿Eh? Perdona, amiga, estoy un poco en las nubes hoy. —Sacudí la cabeza intentando apartar aquellos pensamientos. No sirvió de

mucho.

—¿Estás segura de que estás bien? Desde la reunión de esta mañana te noto rara. ¿Quieres hablar?

Respiré hondo, dejando escapar otro suspiro exagerado.

—Ay, amiga, no sé ni por dónde empezar. La verdad es que creo que estoy algo arrepentida. —Bajé la voz, acercándome más a ella como si estuviese confesando el secreto más grande de una telenovela—. Ya no sé si conocer más a fondo a Vittorio fue buena idea. Porque ahora ya no es solo mi típica historia imaginaria, esa que me invento mentalmente mientras trabajo. ¡No! Ahora es la vida real. Y en la vida real, por lo visto, él no siempre se da cuenta de que existo.

Camila esbozó una sonrisa comprensiva y me apretó suavemente la mano.

—Ju, quizá solo esté ocupado. Ya sabes cómo es él, siempre corriendo de una reunión a otra. Dale un poco de tiempo.

—¿Más tiempo? ¡Si espero más, se olvidará de mí antes de recordar que existo! —solté, tratando de disimular mi frustración con una broma, aunque mi sonrisa salió algo forzada.

Camila negó con la cabeza, soltando una leve risa.

—Ju, si tiene que ser, será. Intenta no obsesionarte con eso ahora.

—Lo intento, pero no es fácil. Necesito que se dé cuenta ya de que soy perfecta para él.

—Si no lo hace, será idiota.

—Un idiota guapo, que huele bien, alto, con ese pelo perfectamente peinado y esos ojos tan intensos que me dejan sin respiración… —enumeré, dramatizando aún más, provocando que Camila soltara una carcajada.

—¡Eres imposible, Ju!

—Imposible y enamorada. La peor combinación posible, lo sé. —Puse los ojos en blanco, intentando mantener un tono ligero, aunque sintiendo cómo se me encogía el corazón una vez más.

—Ju, escúchame. —Camila volvió a ponerse seria—. No sirve de nada que sufras por adelantado. No puedes acelerar las cosas solo porque estés impaciente.

—Lo sé, amiga. Pero la impaciencia es mi segundo nombre. —Hice una mueca divertida antes de volver al trabajo—. Venga, vuelve a

lo tuyo. Intentaré concentrarme en estas tablas y fingiré que estoy tranquila, serena y equilibrada.

Camila volvió a reírse mientras regresaba a su mesa. Por mi parte, pasé el resto del día alternando entre mirar fijamente el ordenador y suspirar dramáticamente mientras observaba el techo.

¿Estaba exagerando? Probablemente sí. Pero la sensación de invisibilidad, sumada al agotamiento del trabajo, era suficiente como para desanimar a cualquiera.

Cuando por fin terminó la jornada, cogí mis cosas y caminé despacio hacia la parada del autobús. El sol ya estaba ocultándose, pintando el cielo con tonos anaranjados.

Pensé nuevamente en Vittorio.

¿Había dicho o hecho algo mal en nuestro último encuentro? ¿Se habría arrepentido de aquel beso?

Peor que no saber lo que ocurría era no conseguir dejar de pensar en él. Cada detalle regresaba con más fuerza: la forma en que me miró antes de besarme, esa sensación de estar exactamente donde debía estar.

Llegué a casa aún perdida en mis pensamientos.

Me tomé una ducha larga, como si el agua pudiese arrastrar consigo toda mi ansiedad junto al cansancio acumulado. No funcionó del todo, pero al menos me sentí algo más ligera.

Ya tumbada en la cama, miré hacia el techo y suspiré nuevamente.

—¿Y ahora qué, Juliana? ¿Vas a seguir esperando a que se dé cuenta de que existes o vas a hacer algo al respecto? —le pregunté al vacío, sonriendo ligeramente ante mi propia conversación interna.

La verdad es que no tenía una respuesta clara a esa pregunta. Lo único que sabía era que no podía seguir viviendo así, suspirando por las esquinas mientras esperaba que Vittorio Del Castillo se diese cuenta de lo que ya le había dicho: que estaba completamente enamorada de él y que ya no podía seguir fingiendo lo contrario.



CAPÍTULO 27

«Ella solía correr para olvidar los problemas, pero aquella mañana, ni siquiera sus zapatillas favoritas conseguían seguir el ritmo acelerado de su corazón.»

JULIANA ROCHA

Me desperté más temprano para salir a correr.

Necesitaba liberar la tensión que llevaba acumulada en los hombros desde que Vittorio había entrado en mi vida de aquella manera tan inesperada y absurdamente maravillosa.

Me puse los auriculares, subí el volumen al máximo y dejé que el ritmo de la música electrónica guiara mis pasos mientras mis pies golpeaban el asfalto aún húmedo de la mañana. Correr siempre me despejaba la mente, pero hoy ni siquiera el tímido sol que asomaba entre las nubes era capaz de aclarar la confusión de mis sentimientos.

Me detuve frente a un semáforo, intentando recuperar el aliento mientras observaba a la gente pasar apresurada hacia sus compromisos. En esos breves segundos de pausa, mis pensamientos volaron libres.

Reflexioné sobre los últimos años de mi vida y suspiré al darme cuenta de que mis relaciones siempre parecían tener fecha de caducidad. Era como si algo en mí espantara a los hombres, una especie de alarma invisible que solo ellos podían detectar.

Con Vittorio, sin embargo, había sido diferente.

Desde el primer instante en que posé mis ojos sobre él, supe que corría peligro. No ese tipo de peligro malo, sino el que hace que se acelere el corazón, que los pensamientos se revuelvan y que una sonrisa inesperada te asalte la cara cuando nadie mira.

El problema era que Vittorio Del Castillo no era cualquier hombre. Era mi jefe, inalcanzable, viudo, demasiado complicado. Y yo, la reina de los chistes malos y los monólogos interminables, estaba completamente loca por él.

Reanudé la carrera, respirando profundamente mientras pensaba en todo lo que había dicho y hecho.

¿Había exagerado?

Quizá decirle que llevaba años enamorada de él había sido demasiado, incluso aterrador.

Pero la verdad es que no me arrepentía. Yo había hecho mi parte, había abierto mi corazón y dejado claro lo que quería. Ahora la pelota estaba en su tejado.

Ya en casa, me di una ducha rápida, arreglé mi pelo dejando que mis ondas castañas cayesen suavemente sobre los hombros y elegí un vestido azul claro que combinaba a la perfección con mi buen humor forzado de aquel día. Un poco de rímel, brillo rosado y ahí estaba yo, lista para enfrentar otro día más en Tesoro Reale.

Llegué a la empresa con el corazón relativamente tranquilo, hasta que entré en el ascensor.

Malditos ascensores, siempre trayendo emociones inesperadas a mi día. Cuando la puerta se abrió, me quedé paralizada al ver que la única persona allí dentro era precisamente él.

Vittorio estaba impecable, como siempre: traje gris oscuro, corbata azul marino y esos ojos tan intensos que me dejaban sin aire. Sonreí torpemente y entré, manteniendo una distancia prudente, aunque cada célula de mi cuerpo gritaba para que me acercara.

—Buenos días —murmuré, intentando romper el hielo.

Me lanzó una rápida mirada y asintió, casi con frialdad.

—Buenos días, Juliana.

El silencio volvió a caer entre nosotros y sentí ganas de gritar internamente.

¿En serio era esto? ¿Una noche increíble, un beso arrebatador y ahora ni siquiera me miraba a los ojos? Genial.

Otra relación que yo misma había enterrado antes de que empezase siquiera.

Cuando ya estaba a punto de rendirme completamente, escuché su voz llenando el pequeño espacio entre nosotros:

—Me gustó la noche que pasamos juntos.

Levanté la cabeza sorprendida, casi tirando el bolso al suelo. Mis ojos expresivos debían estar revelando toda la felicidad que intentaba ocultar, porque él esbozó una leve sonrisa ladeada, muy típica en él.

—¿Te… gustó de verdad? —pregunté tímidamente, intentando disimular mi sonrisa de idiota.

—Sí. Mucho. Estaba pensando en repetir, si te apetece.

¿Era posible que un corazón diese volteretas? Porque el mío había hecho una pirueta olímpica en aquel instante.

La puerta del ascensor se abrió en mi planta y tenía que salir, pero antes de que se cerrara de nuevo, me giré hacia él con la sonrisa más sincera que pude:

—¡Claro que sí! Cuando quieras estará perfecto para mí.

Me observó divertido, como si disfrutara viendo mi reacción tan transparente. Salí de allí con la adrenalina corriendo por mis venas y la felicidad inundando cada rincón de mi cuerpo.

Quizá, después de todo, mi vida amorosa no fuese tan desastrosa como pensaba.

VITTORIO DEL CASTILLO

—Ahora lo entiendo todo.

Frederico acababa de entrar en mi despacho sin llamar, con esa sonrisa irritantemente curiosa de siempre.

Lo observé acercarse con una expresión entre divertida y sorprendida, mientras intentaba comprender el motivo de su repentina emoción.

—¿De qué estás hablando, Frederico? —pregunté frunciendo el ceño, mientras cerraba la pantalla del portátil que tenía delante.

Él se dejó caer en la silla frente a mi mesa y cruzó los brazos, analizándome durante unos segundos con una mirada penetrante y desconfiada, como si pudiera leer algún secreto oculto en mi rostro.

—¿De verdad vas a fingir que no lo sabes? —se burló arqueando una ceja.

—Hoy no tengo paciencia para adivinanzas —contesté impaciente—. Así que habla claro, por favor.

Mostró una sonrisa burlona antes de soltarlo sin rodeos:

—Me he enterado de que has salido con Juliana.

Respiré hondo y apoyé el codo sobre la mesa, sosteniendo la cabeza con la mano. No debería sorprenderme; Frederico era de esas personas que sabían absolutamente todo lo que ocurría dentro de la empresa, y además estaba casado con Camila, la mejor amiga de Juliana.

—Es cierto —afirmé con franqueza, sin añadir detalles.

Frederico pareció satisfecho con mi confesión y, durante un breve instante, se quedó en silencio, observándome con una seriedad poco habitual en él. Percibiendo mi aparente indiferencia, se inclinó ligeramente hacia delante y habló en un tono más serio y confidencial:

—Sabes que ella siente algo por ti desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

Sentí una incómoda presión en el pecho al escuchar esas palabras, pero mantuve la expresión firme, sin revelar ninguna emoción.

Era consciente de ello, especialmente después de la última conversación con Juliana, cuando ella misma me había confesado, con

aquella sinceridad inocente, que llevaba años sintiendo algo por mí.

—Lo sé —respondí finalmente—. Ella misma me lo contó.

Mi amigo pareció meditar un instante antes de tomar aire profundamente y mirarme con seriedad.

—¿Y estás preparado para eso, Vittorio? —preguntó con evidente preocupación en la voz—. ¿Para empezar una nueva historia?

Su pregunta me alcanzó de lleno, descolocándome por dentro. Lo cierto era que no tenía ni idea de la respuesta; o quizá sí la tuviera, pero no estaba listo para admitirlo en voz alta. Desvié la mirada hacia la ventana, al horizonte difuso de la ciudad, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—No —respondí finalmente con firmeza—. No lo estoy.

Frederico respiró profundamente y volvió a cruzar los brazos, evaluándome detenidamente, esta vez con una expresión más comprensiva que provocadora.

—Sabes que eso es peligroso, ¿verdad? —advirtió con calma—. Sobre todo para ella. Juliana no parece el tipo de persona que se implique a medias en las cosas.

—Lo sé, Frederico —admití, mirándolo directamente a los ojos—. Pero también quiero conocerla mejor, entender quién es realmente. Hay algo en ella que me atrae. No sé cómo explicarlo exactamente.

Se quedó en silencio, sopesando cada una de mis palabras con una seriedad poco común entre nosotros.

—Entonces será mejor que se lo dejes claro desde el principio —me aconsejó, levantándose lentamente de la silla—. No le des falsas esperanzas. Ella merece saber en qué terreno pisa.

Observé cómo se dirigía a la puerta y salía sin decir nada más, dejándome solo con una avalancha de pensamientos y sentimientos confusos.

Frederico tenía razón, y yo lo sabía perfectamente. Juliana era alguien demasiado especial para ser simplemente una distracción más en mi ya complicada vida. Ella merecía transparencia, honestidad y a alguien dispuesto a entregarse por completo.

Respiré profundamente, girando lentamente la silla mientras las palabras de mi amigo resonaban en mi cabeza. Tenía que dejar las cosas claras con Juliana antes de que fuese demasiado tarde.

Debía saber que el espacio que Luciana ocupaba en mi corazón seguía siendo importante y que aún no sabía cómo gestionar lo que estaba sintiendo ahora.

No tenía muy claro cómo sería aquella conversación, pero sabía que tenía que ocurrir pronto, antes de que la situación escapara completamente de mi control.



CAPÍTULO 28

«En medio del caos de la rutina y los tropiezos de la vida, bastó un solo mensaje para reavivar la esperanza que ella fingía no sentir.»

JULIANA ROCHA

—Eres un poco bipolar, amiga. Ya estás otra vez contentísima...

—Efecto Vittorio.

—¿Y qué ha pasado ahora? —preguntó Camila con curiosidad mientras colocaba unas carpetas en su mesa.

Suspiré profundamente y apoyé la barbilla en las manos, notando cómo se dibujaba en mis labios una sonrisa bobalicona.

—Pues... ¿sabes esa carrera matinal que hago para aliviar mi estrés existencial y convencerme a mí misma de que soy fitness? —pregunté en tono divertido.

Camila asintió riendo, ya acostumbrada a mis dramáticas descripciones de la vida cotidiana.

—Pues hoy llegué aquí tranquila, concentrada en mi trabajo, dispuesta a ser la asistente perfecta, hasta que entro en el ascensor y, ¿a quién me encuentro allí? —hice una pausa teatral—. ¡A Vittorio, completamente solo!

Camila abrió los ojos como platos, claramente atrapada por mi suspense.

—¡Madre mía! ¿Y qué pasó? ¿Os volvisteis a besar en el ascensor? ¿Te pidió matrimonio? ¿Te dijo que eres la mujer de su vida? —bromeó exagerando a propósito.

—¡Calma, no te pases! Apenas intercambiamos cuatro palabras —admití, intentando contener mi entusiasmo—. Pero me dijo que le había gustado la noche que pasamos juntos y que quiere repetir.

Camila sonrió ampliamente, visiblemente satisfecha con la novedad, aunque enseguida su expresión se volvió más seria.

—Me alegro mucho por ti, Ju. Pero debes entender qué significa exactamente para Vittorio esto que tenéis. Puede que para él no sea lo mismo que para ti.

Respiré hondo, comprendiendo perfectamente lo que quería decir. Era evidente que mi amiga tenía toda la razón del mundo, pero aun así algo dentro de mí se negaba a rendirse.

—Estoy totalmente de acuerdo, Cami. Pero creo que si seguimos acercándonos, quizás algunas cosas cambien, ¿no? Por lo menos eso espero.

—Ojalá tengas razón. Te mereces a alguien que realmente valore lo increíble que eres —dijo apretándome la mano con cariño.

Asentí, sonriendo, mientras trataba de convencerme de que todo saldría bien. Camila volvió a centrarse en su escritorio y yo hice lo mismo, sumergiéndome de nuevo en las hojas de cálculo y correos acumulados.

Pero ¿quién podía sacarse ahora a Vittorio de la cabeza?

Después del trabajo, regresé a casa y decidí poner una película cualquiera en Netflix para distraerme. "Si decido quedarme" estaba reproduciéndose en la pantalla, pero yo apenas prestaba atención.

Decidí aprovechar para reorganizar mis libros por orden alfabético, ya que estaban hechos un auténtico caos en la estantería. Una película dramática en la tele, libros amontonándose... un día típico entre semana en la vida de Juliana Rocha.

Estaba completamente distraída, tarareando bajito la canción que sonaba en la película, cuando mi móvil vibró sobre la mesa del salón. Al principio no le di importancia, pero cuando volvió a vibrar sentí curiosidad. Cogí el móvil y casi me caigo de espaldas al ver el nombre en la pantalla: Vittorio Del Castillo.

«Soy Vittorio, Juliana. He cogido tu número de tu ficha de la empresa. Estoy libre el jueves por la noche. ¿Tú también?»

Mi corazón empezó a latir a una velocidad absurda. ¿De verdad Vittorio me estaba enviando un mensaje o finalmente había entrado en colapso por exceso de fantasías?

Leí y releí el mensaje al menos tres veces, tratando de asimilarlo antes de contestar algo completamente ridículo.

Respiré profundamente e intenté aparentar control emocional mientras escribía rápido, rezando por no equivocarme en ninguna palabra con aquellas manos temblorosas.

«¡Hola! El jueves por la noche me viene perfecto.»

A los pocos segundos llegó su respuesta:

«Perfecto. Buenas noches.»

Sonreí para mí misma, sintiendo que me ardían las mejillas por la adrenalina que aquel breve diálogo había provocado.

«Buenas noches, Vittorio.»

Me quedé mirando fijamente la pantalla unos minutos más, todavía incrédula ante esa pequeña interacción que parecía el acontecimiento más épico del año. Terminé rápidamente de ordenar los libros, pero estaba claro que ya no podría concentrarme en nada más.

Decidí entonces darme una ducha caliente, ponerme un pijama cómodo y lanzarme sobre la cama, mirando hacia el techo mientras imaginaba cómo sería nuestro próximo encuentro.

Resultaba extraño pensar en Vittorio como alguien cercano. Durante años solo había sido mi jefe distante, inalcanzable, ese hombre que únicamente existía en mis fantasías más absurdas.

Ahora, de repente, estaba más cerca que nunca.

Tan cerca que podía sentir de nuevo el sabor de su beso, la intensidad con la que me miraba.

Rodé por la cama riéndome sola de mi propia ansiedad. Finalmente me dormí feliz, sintiendo que tal vez, solo tal vez, esta era mi verdadera oportunidad para vivir algo que siempre había parecido imposible.

Y si dependía de mí, iba a hacer que cada segundo mereciera la pena.



CAPÍTULO 29

«Algunas decisiones, por pequeñas que parezcan, tienen el poder de cambiarlo todo.»

VITTORIO DEL CASTILLO

Mis hijos tenían el poder único de hacerme olvidar todo lo que me rodeaba.

Sentado en el suelo del salón, rodeado de cojines y juguetes esparcidos por todas partes, me di cuenta de que estaba sonriendo de verdad por primera vez en todo el día.

Enrico se colgaba de mi espalda como si yo fuese su montaña particular, mientras Giulia me observaba atentamente, abrazando una muñeca que claramente había conocido tiempos mejores.

—Papá, ¿hoy vas a salir otra vez? —preguntó Giulia de repente, con esa inocencia directa que solo puede tener una niña.

Enrico se detuvo al instante y me miró con curiosidad, esperando también mi respuesta.

Respiré profundamente, intentando no revelar demasiado sobre lo que realmente pensaba.

—Sí, voy a salir más tarde. Pero prometo no volver muy tarde, ¿vale?

—¿Vas a ver otra vez a esa amiga tuya? —añadió Enrico, observándome con unos ojos demasiado atentos para mis propios nervios.

—Sí, pero ya está bien de preguntas. Venga, vamos a seguir jugando —cambié rápidamente de tema, haciéndoles cosquillas para distraer su atención al instante.

Pasé un rato más allí con ellos, disfrutando de esos raros momentos de tranquilidad, hasta que me di cuenta de que casi era hora de prepararme para salir. Les di un beso en la frente a cada uno y subí a mi habitación.

Mientras me duchaba, dejé que el agua caliente calmara un poco mi mente inquieta. Por mucho que intentara negarlo, Juliana se había colado en mis pensamientos con una facilidad aterradora.

Tenía algo especial, algo que me intrigaba profundamente. Aun así, sabía que necesitaba ser sincero con ella aquella noche. No sería justo alimentar unas expectativas que quizá no podría cumplir.

Escogí un traje gris oscuro, una camisa blanca y peiné mi pelo como de costumbre.

Al mirarme en el espejo, reflexioné sobre la importancia de la conversación que íbamos a tener, aunque por algún motivo desconocido, sentí una punzada en el pecho solo de pensar en alejarla de mí.

Llegué puntualmente a su casa y, al verla salir, sentí cómo se me cortaba la respiración durante un instante. Juliana estaba deslumbrante con un vestido azul claro que realzaba aún más sus ojos expresivos y

hacía destacar el brillo de su cabello castaño, que caía en ondas perfectas. Me dedicó una sonrisa tan genuina que, por un instante, olvidé incluso el motivo de mi ansiedad.

—Buenas noches, Vittorio. Otra vez llegas pronto —bromeó mientras entraba en el coche.

—No me gusta hacer esperar a nadie.

Durante el trayecto, Juliana habló alegremente sobre pequeñas cosas que le habían ocurrido durante el día, y yo asentía en silencio, prestando atención a cada palabra.

Ella era naturalmente divertida y tenía el don de hacerme reír, algo que no me ocurría con frecuencia.

Esta vez escogí un restaurante más tranquilo, un lugar íntimo, alejado del lujo habitual al que solía acudir. Quería que ella se sintiese cómoda. Apenas nos sentamos, Juliana me miró con curiosidad.

—Me gusta este sitio. Es tranquilo y muy agradable. Sabes cómo sorprenderme, señor Del Castillo.

—Me gusta pensar que aún puedo sorprenderte, Juliana.

Hablamos sobre diversos temas mientras esperábamos la cena, y me di cuenta de lo mucho que disfrutaba escuchándola hablar. Ella era espontánea, alegre, y aunque intentaba no mostrar su nerviosismo, era demasiado transparente como para ocultar sus emociones.

Finalmente, decidí abordar el tema importante.

—Juliana, necesito hablar contigo de algo serio.

Ella me miró inmediatamente, su sonrisa volviéndose algo más cautelosa.

—Puedes decírmelo, te escucho.

Respiré hondo, escogiendo cuidadosamente las palabras.

—Quiero que sepas que estoy disfrutando mucho del tiempo que estamos pasando juntos. Eres una mujer increíble, inteligente, divertida y muy guapa.

Se sonrojó ligeramente ante mis elogios, sonriendo tímidamente. Pero enseguida notó mi vacilación.

—¿Pero...? —me animó a continuar, intuyendo que había algo más.

—Pero también necesito que sepas que ahora mismo no busco una relación seria. No sé si estoy preparado para eso. Desde que perdí a mi esposa, mi vida ha estado dedicada exclusivamente a mi trabajo y a mis hijos. No sé si puedo, o siquiera quiero cambiar eso ahora mismo.

Juliana se quedó observándome en silencio durante un instante, claramente asimilando cada palabra que acababa de decir.

En sus ojos expresivos vi reflejado un torbellino de emociones. Esperé pacientemente su reacción, preguntándome en silencio si realmente estaba convencido de lo que acababa de confesar.



CAPÍTULO 30

«Algunos sentimientos llegan despacio, pero cuando descubren que son bienvenidos, deciden quedarse para siempre.»

JULIANA ROCHA

Me quedé mirando a Vittorio mientras intentaba asimilar lo que acababa de decir.

Por fuera mostraba una sonrisa tranquila y relajada, pero por dentro parecía que una tropa de gimnastas estuviese haciendo piruetas descontroladas en mi estómago.

Sabía que tenía dos opciones: podía decirle todo lo que pensaba, explicarle que no aceptaba ser solo un pasatiempo o una distracción momentánea, o simplemente sonreír, asentir y esperar que, con el tiempo, llegase a significar algo más para él.

La idea de poner las cartas sobre la mesa y ser directa parecía lo más sensato, pero no ahora, no hoy. No mientras aquellos ojos castaños y penetrantes me observaban con una intensidad desconcertante.

—No pasa nada —respondí finalmente, notando cómo las palabras salían de mis labios con una ligereza ensayada, como si no supusieran un esfuerzo enorme—. Quizá sea mejor dejar que las cosas fluyan sin presiones, sin condiciones. Todo a su debido tiempo.

Él arqueó una ceja, mostrando una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—¿Estás segura de eso, Juliana?

Solté una pequeña risa, intentando demostrar toda la seguridad posible.

—Claro que sí. Mírame, Vittorio. ¿Tengo yo cara de ir con prisas? Soy prácticamente la definición andante de paciencia. De hecho, debería añadirlo a mi currículum: Juliana Rocha, licenciada en

administración, asistente administrativa, especialista en logística y extremadamente paciente con CEOs atractivos que creen no querer enamorarse.

Vittorio soltó una carcajada baja y discreta, que alcanzó sus ojos, suavizando la habitual severidad de aquel rostro perfectamente esculpido.

Ese hombre debería haber venido con una advertencia de peligro, como las que llevan los envases de productos inflamables, pero no, ahí estaba yo, corriendo alegremente hacia el incendio.

Continuamos allí, disfrutando de la cena con una naturalidad que minutos antes me había parecido imposible. La conversación se volvió ligera, divertida, y el tema delicado quedó momentáneamente olvidado entre mis bromas tontas y las raras sonrisas que él se permitía mostrar.

Cuando la noche avanzó y llegó la hora de marcharnos, mi corazón volvió a acelerarse. El trayecto hasta mi casa transcurrió tranquilo, acompañado por una suave playlist instrumental que llenaba los silencios entre nuestras frases esporádicas.

El coche se detuvo frente a mi edificio y respiré hondo, intentando controlar la ansiedad que burbujeaba en mi interior. Cuando

hice ademán de abrir la puerta, Vittorio me tocó suavemente el brazo, haciendo que me girase hacia él.

—Espera. Déjame abrirte yo.

Salió rápidamente, dio la vuelta con pasos firmes y elegantes, y abrió la puerta. Su mano extendida era una invitación que acepté sin dudar.

—Gracias por la cena —dije en voz baja, sintiendo cómo el aire nocturno refrescaba mis mejillas calientes—. Ha sido increíble.

—Estoy completamente de acuerdo.

Mis ojos se encontraron con los suyos, y por un instante el silencio entre nosotros dijo todo lo necesario. Deseaba aquello, deseaba a ese hombre más de lo que podía admitir.

Quizá era una completa idiota por aceptar aquella situación, pero el corazón a veces tenía la manía terrible de ignorar a la razón.

—Debo admitir que me cuesta despedirme —dijo con voz ronca, un poco más baja de lo habitual.

—Entonces no lo hagas —respondí, incapaz de contener mi lado impulsivo.

Me estudió durante un segundo, sus ojos intensos brillando bajo la tenue luz de la calle, y dio un paso hacia mí, reduciendo drásticamente la distancia que nos separaba. Mi corazón se aceleró aún más, haciendo que todo mi cuerpo pareciera vibrar.

Sus manos grandes y firmes sujetaron delicadamente mi rostro, y sus dedos rozaron mi piel de una manera que parecía aturdir mis sentidos. Bajó lentamente la cabeza, como si me estuviese dando la oportunidad de escapar, aunque eso era imposible.

Cuando finalmente sus labios encontraron los míos, todo lo demás pareció evaporarse a nuestro alrededor. Mis manos descansaron naturalmente sobre su pecho, sintiendo sus músculos bajo la camisa impecablemente ajustada. Su aroma sofisticado me envolvió, mezclado con la ligera fragancia amaderada de su perfume.

Aquel beso parecía expresar todo lo que él no podía o no quería decir con palabras.

Fue largo, intenso, arrebatador, y solo terminó cuando respirar se volvió indispensable para ambos.

Se apartó lentamente, apoyando su frente contra la mía por un instante.

—Juliana, tú…

—No digas nada —lo interrumpí en voz baja—. Ya me ha quedado bastante claro.

Él sonrió, con una de esas sonrisas genuinas que casi nunca mostraba a nadie.

—Buenas noches, Juliana.

—Buenas noches, Vittorio.

Subí a mi apartamento sintiendo que flotaba en una nube.

Quizá estuviese equivocada, quizá me estuviera metiendo en algo demasiado complicado, pero en aquel momento nada de eso importaba.

Solo quería creer que lo que teníamos podría crecer, cambiar, evolucionar. Quizás fuese capaz de entrar poco a poco en ese corazón blindado.

Y si no lo conseguía, al menos sabría que lo había intentado.

Porque, al fin y al cabo, yo no era de las que se rendían fácilmente. Especialmente cuando se trataba de Vittorio Del Castillo, el hombre que había idealizado durante tantos años…



CAPÍTULO 31

«Por mucho que intentara centrarse en lo verdaderamente importante, ella era esa distracción que insistía en colarse en sus pensamientos sin pedir permiso».

VITTORIO DEL CASTILLO

Sabía que Juliana no me había dicho la verdad.

Ella esperaba algo más de un hombre que claramente no tenía nada que ofrecerle, excepto momentos.

Y aun así, no me puso condiciones. No pidió promesas. No exigió futuro. Simplemente sonrió y permaneció a mi lado.

Y eso era exactamente lo que me inquietaba.

Ella no exigía nada, pero su silencio decía más que cualquier reclamación.

Lo veía en sus ojos. Ella esperaba, aunque dijese lo contrario.

De repente comprendí que quizá estaba haciendo precisamente lo que más despreciaba: alimentar una esperanza que no podía —o no quería— sostener.

Y en el fondo, eso me hacía sentir como un canalla; una sensación con la que no sabía cómo lidiar.

Intenté apartar esos pensamientos y concentrarme en lo que realmente debía importar: informes, objetivos, números. Pero ni siquiera el ruido habitual de mi equipo lograba sacarme de ese ensimismamiento.

Hasta que una voz conocida rompió mi distracción.

—¿Todo bien? —preguntó Frederico desde la puerta de mi despacho, con una carpeta en la mano y una ceja arqueada—. Pasé por

aquí hace un par de minutos y ni te diste cuenta.

Asentí, dejando caer ligeramente los hombros.

—Solo pensaba en algunas cosas. Trabajo.

No me creyó inmediatamente, pero no insistió.

—Pues vamos. Todos te están esperando para la reunión general.

Me puse de pie, ajustándome la chaqueta, tratando de dejar atrás cualquier rastro de la confusión que mi mente se empeñaba en mantener. Caminamos juntos por los pasillos acristalados hasta la sala de conferencias, que ya estaba llena.

El lugar estaba repleto de empleados de diversos departamentos.

Tesoro Reale había crecido mucho en los últimos años, y las reuniones generales eran poco frecuentes, pero necesarias.

Frederico empezó a hablar con seguridad, actualizando los datos de rendimiento y presentando planes para el próximo semestre.

Lo escuchaba atentamente, haciendo comentarios puntuales, hasta que mis ojos recorrieron la sala casi por acto reflejo. Y entonces la vi.

Juliana.

Estaba allí, con su carpeta sobre el regazo y una mirada atenta. Pero no era cualquier mirada. Era esa expresión que parecía captar más allá de las palabras.

No solo prestaba atención; absorbía. Admiraba. Y cuando nuestras miradas se cruzaron, por un instante, el mundo pareció ralentizarse.

Ella sonrió. Una sonrisa leve, sincera.

Sin segundas intenciones. Y eso, en cierto modo, activó una alarma en mí.

Aquella sonrisa no provenía de alguien que estuviera aprovechándose de estar con el jefe. No era la sonrisa de alguien que esperase algún beneficio o que coquetease por interés.

Era simplemente ella. Siendo ella misma.

Y entonces entendí que quizá lo que me ataba a Juliana era precisamente eso: ella no pretendía impresionarme.

Nunca lo había hecho. No se esforzaba por aparentar algo que no era. Y de algún modo, eso me enganchaba más que cualquier otra cosa.

Era admirado por decenas, deseado por muchas, pero era en ella en quien me sorprendía pensando en medio de una reunión llena de gente.

¿Quién es el hombre que ella ve cuando me mira?, pensé, observándola desde lejos.

Porque, fuese quien fuese, quizá yo aún no había conseguido serlo.

La reunión continuó adelante. Hice algunas observaciones, concluí junto a Frederico, y poco a poco la sala se fue vaciando.

Esa mirada que intercambiamos al final, cuando todos comenzaban a levantarse, fue distinta.

Esta vez fui yo quien la observó.

Y, una vez más, ella sonrió. Y, nuevamente, yo me quedé.

Me quedé allí, inmóvil, preguntándome qué demonios tenía ella que me atraía así.

No era solo la belleza. Era el brillo de sus ojos. La dulzura que ni ella misma era consciente que poseía. Era su forma de hablar demasiado y, aun así, decir exactamente lo necesario.

Y por alguna razón que todavía no lograba explicar, yo quería más.

Más de esa sonrisa. Más de esos ojos. Más de ella.

Aun sabiendo que eso podía ser un error. Un error del que no estaba seguro de querer escapar.



CAPÍTULO 32

«El corazón no siempre avisa cuando empieza a encariñarse; a veces, simplemente siente en silencio hasta que ya es demasiado tarde».

JULIANA ROCHA

Me gustaba la forma en que Vittorio me miraba y, por lo visto, no fui la única en darme cuenta.

—¡Vaya, vaya! —susurró mi amiga justo al salir de la reunión—. ¿Has visto cómo te miraba? Eso no es normal, guapa. Es de telenovela

mexicana, de esas que vemos de un tirón mientras lloramos y devoramos palomitas.

Puse los ojos en blanco y solté una risita nerviosa, intentando mantener la compostura mientras sentía cómo se me encendían las mejillas.

—Estás exagerando. No es para tanto. Seguro que mira así a todo el mundo.

—Sí, claro. Una mirada fija, intensa, que dura un segundo más de lo socialmente aceptable… lo más normal del mundo —replicó, cruzándose de brazos y arqueando una ceja con esa expresión que claramente decía: «te conozco perfectamente».

—Anda ya. —Le di un suave empujón con el hombro, tratando de ocultar esa sonrisa tonta que insistía en aparecer—. Y aunque así fuera, no significa nada.

Pero en el fondo sabía que sí significaba algo. O, al menos, deseaba que fuera así. Porque solo con recordar cómo se cruzaron nuestras miradas en medio de aquella sala abarrotada, sentía que el corazón me daba un vuelco.

Mi amiga rio y negó con la cabeza.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero ese brillo en los ojos y cómo hablas de él ya te han delatado. Ten cuidado, ¿eh?... El corazón a veces toma caminos inesperados.

Seguimos charlando un rato más en el pasillo, pero pronto tuvimos que volver al trabajo. Traté de concentrarme en los informes, hojas de cálculo y correos electrónicos, aunque resultaba complicado.

Él seguía ahí, dando vueltas en mi cabeza como un recuerdo persistente.



Cuando llegué a casa más tarde, dejé los zapatos a un lado, me recogí el pelo como pude y me tiré al sofá.

Encendí la tele y puse un episodio nuevo de una serie española que había empezado la semana pasada: *Café con canela y conspiración*.

El título era terrible, pero la trama enganchaba muchísimo y los actores… bueno, eso ni hacía falta mencionarlo.

Entre carcajada y carcajada por las locuras de la protagonista, cogí mi pequeña libreta —ese diario improvisado donde apuntaba todo lo que me hacía sonreír— y escribí:

«La protagonista de hoy decidió echar pimienta al café. Resultado: se quemó la lengua, pero consiguió un beso. ¿Moraleja? A veces hay que arriesgarse».

Cerré la libreta, suspiré y me acurruqué en el sofá.

Estaba a punto de quedarme dormida cuando el móvil vibró sobre la mesita auxiliar. La pantalla se iluminó mostrando un nombre que hizo que el estómago me diera un vuelco poco sutil: Vittorio Del Castillo.

—Madre mía… —susurré, incorporándome con el corazón acelerado—. Nunca antes me había llamado.

Contesté al tercer tono, intentando sonar natural.

—¿Sí?

Su voz era firme, directa y algo más baja de lo habitual.

—Estoy en el portal de tu edificio.

Abrí la boca, pero no logré decir nada inmediatamente. Parpadeé varias veces, como si aquello pudiera ser un error auditivo.

—¿Qué? ¿Aquí abajo?

—Sí.

Me levanté de golpe, tropezando con la alfombra y casi tirando el mando de la tele al suelo.

—Puedes subir. La puerta está abierta.

Colgué, miré alrededor y respiré profundamente.

No había tiempo para ordenar nada, ni siquiera para comprobar si tenía el pelo decente. Pero en ese momento, nada de eso importaba.

Escuché sus pasos por el pasillo. No hubo timbre; simplemente entró.

Antes de que pudiera decir cualquier cosa, Vittorio recorrió la escasa distancia entre nosotros con esa mirada decidida que siempre conseguía desarmarme por dentro y me besó.

Fue un beso cargado de todo lo que aún no nos habíamos dicho. Sus manos se dirigieron directamente a mi cintura, como si quisiera asegurarse de que realmente estuviera allí. Mis dedos se enredaron en el cuello de su camisa y, por un instante, nada más existió aparte de ese momento.

Sin prisas, sin palabras. Solamente nosotros.

Cuando nos separamos ligeramente, nuestras frentes quedaron juntas y nuestras respiraciones, aún agitadas, se mezclaron.

—Necesitaba verte —dijo en voz baja.

Todo lo que pude hacer fue asentir, incapaz todavía de pronunciar palabra, atrapada en un torbellino de emociones.

Entramos, y cerró la puerta tras él. Nos miramos durante unos segundos más, y como siguiendo una danza silenciosa que solo nosotros conocíamos, el beso volvió a comenzar.

Continuamos así, entre sonrisas, besos lentos y abrazos que parecían durar más que el propio tiempo. Dejándonos llevar, llegamos a mi habitación y nos tumbamos en la cama, uno junto al otro, todavía vestidos, aún sumergidos en el silencio cómodo de quienes no tienen ninguna prisa.

Él deslizó los dedos por mi pelo, trazando suavemente un camino desde mi mejilla hasta la barbilla.

—Eres diferente —murmuró.

Sonreí con el corazón a punto de escaparse del pecho.

—Siempre lo he sabido. Solo necesitaba que alguien más se diera cuenta.

Aquella noche no hubo promesas. Tampoco grandes confesiones.

Pero hubo presencia. Y, a veces, eso es justo lo que más necesita el corazón.



CAPÍTULO 33

«Algunas verdades, por muy silenciosas que sean, consiguen gritar dentro de nosotros con una fuerza imposible de ignorar».

JULIANA ROCHA

1 mes después

Mis pensamientos estaban más desordenados que el cajón de los calcetines, y eso que aquel cajón era prácticamente un agujero negro.

La hoja de cálculo parpadeaba frente a mis ojos, pero yo no veía números, fechas ni plazos. Solo podía repasar mentalmente los últimos treinta días… y a él.

El hombre que entró en mi vida con aquella mirada afilada y una voz profunda capaz de desestabilizar hasta mi sentido común.

Desde el primer beso, todo cambió.

Vinieron mensajes, cenas en sitios donde no paraba de reír, encuentros silenciosos en el sofá de mi salón y otros no tan silenciosos. Su tacto se volvió familiar. Su colonia, la risa que soltaba cada vez que yo decía alguna tontería. Y vaya si decía tonterías. Con él, mi parloteo parecía aún más libre.

Cada día estaba más implicada.

Pero, pese a todo aquello, había algo que permanecía inmóvil: él.

Vittorio parecía vivir esos momentos conmigo como si fueran pequeñas islas. Aisladas, protegidas, desconectadas del continente que era su vida real.

Como si, en su mente, aquello fuese solo una aventura, una distracción entre la rigidez de sus días como CEO y la rutina de padre

soltero.

Lo notaba en los pequeños detalles: en la manera en que no hacía planes, en cómo evitaba temas relacionados con el futuro, en las escasas veces en las que era él quien enviaba el primer mensaje.

Y eso dolía más de lo que me gustaría admitir.

Porque yo ya estaba enamorada. Completamente.

—¡Juliana! ¡Tierra llamando a Juliana Rocha! —La voz de Camila me devolvió bruscamente a la sala de Tesoro Reale, con la delicadeza de una alarma de incendios.

Parpadeé confusa, y me di cuenta de que llevaba cinco minutos mirando fijamente la misma celda de la hoja de cálculo.

Genial. Ahora estaba prácticamente saliendo con un código de producto.

—Ay, perdona, amiga. Estaba en las nubes —murmuré avergonzada, ajustándome las gafas.

Se acercó arqueando una ceja con la expresión de quien ya sabe la respuesta.

—¿Vittorio?

Suspiré, expulsando el aire como si llevara en él todo mi dilema emocional.

—Sí… —admití sin rodeos—. Estaba recordando lo que ha pasado este último mes. Los mensajes, las noches que ha venido a casa, las salidas. Es amable conmigo, ¿sabes? Cuando quiere. Y me gusta. Me gusta demasiado. Pero a veces parece que solo yo estoy sintiendo todo esto. Que para él… no es más que otro momento sin importancia.

Camila me miró con esa expresión de amiga que escucha, pero también advierte.

—Tienes que pensar si esto realmente te está haciendo bien, Ju. Tú eres intensa, te entregas al cien por cien. Y si él no está en el mismo punto, te va a acabar haciendo daño.

Asentí lentamente, tragándome la punzada en el pecho que acompañó a sus palabras.

Ella tenía razón. Lo sabía. Pero admitirlo era demasiado difícil.

—Quizá solo necesita tiempo, ¿no crees? —intenté convencerme —. Tal vez con el tiempo se dé cuenta de que esto es real, que no soy solo una distracción.

Camila tomó mi mano sobre la mesa.

—Solo ten cuidado de no esperar tanto que termines olvidando quién eres en el proceso.

Respiré profundamente y forcé una sonrisa.

—Gracias por ser mi terapeuta personal.

—De nada. Aunque no acepto Bizum, porque aún no te he dado la sesión completa.

Reímos, y eso estuvo bien. Durante unos segundos, el peso de mi pecho se aligeró.

Volvimos al trabajo, cada una concentrada en lo que tenía que entregar, aunque yo sabía perfectamente dónde estaba mi mente.

Seguía con él.

Con Vittorio y todos esos sentimientos que crecían dentro de mí como malas hierbas imposibles de arrancar.

Aquella tarde, el tiempo pareció avanzar más despacio. Y aunque seguí rellenando hojas de cálculo, revisando pedidos y contestando correos electrónicos, mi corazón estaba atrapado.

En recuerdos, en deseos, en el miedo a entregarme demasiado a alguien que quizás nunca estaría listo para recibirme por completo.

Pero, a pesar de todo, por muy loco que fuese, seguía esperando.

Esperaba un mensaje, una mirada, un gesto diferente. Algo que dijese claramente, sin necesidad de palabras: «yo también lo siento».

VITTORIO DEL CASTILLO

Frederico y yo llevábamos más de dos horas sumergidos en gráficos, cláusulas y proyecciones, intentando cerrar una colaboración internacional que llevábamos semanas negociando.

La sala de reuniones estaba llena de voces tensas, tabletas que parpadeaban con notificaciones y miradas atentas al más mínimo detalle del contrato.

Era el tipo de situación en la que solía sentirme en control; donde mi mente funcionaba como una máquina perfectamente engrasada, sin margen para distracciones.

Pero hoy, aunque tenía todos los números delante, un pensamiento insistía en resonar al fondo de mi conciencia.

O más bien, un nombre: Juliana.

Sin embargo, en cuanto aquel apretón de manos confirmó que el acuerdo estaba cerrado, volví a la superficie.

Hice lo que tenía que hacer: concluí la reunión con precisión, agradecí a los presentes y salí de la sala con Frederico a mi lado, ambos agotados, pero satisfechos.

—Por fin, ¿no? —comentó, soltando aire como quien se quita de encima días enteros de tensión—. Llegué a pensar que hoy tampoco saldría adelante.

Asentí mientras me ajustaba el reloj en la muñeca.

—Hemos cerrado porque somos buenos. Y porque no aguantaba ni un día más la misma conversación interminable.

—¿Vas directo a casa?

—Sí. Los niños me estarán esperando. Les prometí que cenaríamos juntos esta noche.

—Pues ve a cumplir con tu deber como padre del año —bromeó mientras se alejaba con un gesto de despedida.

Cogí el ascensor hasta el garaje.

El trayecto a casa fue silencioso, pero tranquilo. Necesitaba ese silencio para ordenar todo lo que aún permanecía descolocado dentro de mí.

Nada más aparcar, antes incluso de llegar a la puerta, escuché risas procedentes del salón.

Risas infantiles. Risas capaces de llenarme como ninguna otra cosa en el mundo.

—¡Papá! —gritó Giulia, corriendo hacia mí con los brazos abiertos.

Justo detrás apareció Enrico, algo más comedido, pero con una sonrisa enorme en la cara.

—Llegas justo a tiempo. Giulia dice que me ha ganado al juego de memoria, ¡pero ha hecho trampa!

—¡Yo no he hecho trampa! —protestó ella, con las manos en la cintura.

—¿Ah, no? —pregunté riendo—. Pues tendremos que investigar eso. ¿Dónde están las pruebas del delito?

Los dos empezaron a hablar a la vez, cada uno dando su versión dramática de la partida. Me senté en el sofá y, como de costumbre, me convertí en el mediador oficial del tribunal infantil Del Castillo.

Los escuché atentamente, como si fuera cuestión de vida o muerte, hasta que concluimos que lo mejor sería organizar una revancha después de cenar.

Nos quedamos en la alfombra del salón, rodeados de juguetes, riendo, jugando y charlando. Y durante un instante —un instante raro y precioso— me sentí completo.

Sin embargo, la realidad pronto llamó a la puerta de mi mente.

¿Y si Luciana estuviera aquí? ¿Sería esta sensación de plenitud más intensa? ¿Más ligera? ¿O quizá simplemente distinta?

La nostalgia por ella seguía ahí, discreta pero firme.

Era parte de mi historia, de mi esencia. Y los hijos que habíamos tenido juntos eran un recuerdo vivo de aquello.

Aun así, en algún momento, entre una carcajada de Giulia y una mueca de Enrico, mi mente me traicionó.

Juliana.

Su imagen irrumpió con fuerza. Su forma de mirarme, de hablar sin pensar y reírse después de sus propios comentarios. Los mensajes,

las cenas, aquel beso robado en el ascensor, la manera en que parecía… importarle. Más de lo que yo podía —o quería— corresponder.

Y eso era lo que me incomodaba.

Porque lo sabía.

Sabía que ella estaba realmente implicada. Sabía que sus sentimientos crecían con cada encuentro. Sabía que, por mucho que intentara disimularlo, sus ojos la delataban por completo.

Y el problema no era ella.

El problema era que yo no sentía lo mismo. Me gustaba su compañía. Me gustaba la ligereza, el buen humor, el modo en que hacía que la vida pareciera menos pesada.

Pero no era lo mismo. Y empezar algo con alguien sabiendo que esa persona quiere algo que tú no puedes —o no sabes— ofrecer, es una forma silenciosa de crueldad.

Me sentí mal.

Como si le estuviera quitando algo que yo mismo no sabía entregar por completo.

Pero antes de hundirme más en aquellos pensamientos, Giulia saltó sobre mí, interrumpiéndolo todo con un abrazo fuerte.

—¡Papá! ¿Jugamos ahora la revancha?

—¡Sí, papá! —Enrico apareció justo detrás con las cartas ya preparadas—. Esta vez voy a ganar yo.

Tal vez no tuviera todas las respuestas. Probablemente nunca las tendría. Pero allí, rodeado de mis hijos, sabía exactamente quién era: un hombre intentando ser el mejor padre del mundo, aunque aún no supiera muy bien cómo volver a sentirse completo otra vez.



CAPÍTULO 34

«Algunas miradas dicen más de lo que cualquier palabra podría llegar a expresar jamás».

JULIANA ROCHA

—¡Es este fin de semana, y nada de tontear con Vittorio!

Sonreí, aunque por dentro estaba entrando ligeramente en pánico.

—¡Ni siquiera sabía que era el cumpleaños de Jade! —exclamé en tono de broma, mirando a mi amiga con los ojos como platos—. ¿Y me

avisas así? ¿El día antes?

Camila se encogió de hombros con una sonrisa traviesa en los labios.

—Pensé que te enterarías por las redes, como todo el mundo. Pero he decidido ser buena y decírtelo en persona.

Me crucé de brazos, fingiendo indignación.

—¿Buena, dices? Primero me avisas en el último minuto y encima me sueltas la bomba de que Vittorio va a estar allí.

—¡Y va a estar! —confirmó ella, echándose el pelo hacia atrás con gesto burlón—. Con los gemelos, además. Será la primera vez que veas a los peques de cerca.

Vittorio. Con sus hijos.

En el mismo lugar que yo.

Tragué saliva intentando disimular los nervios que empezaban a recorrerme el cuerpo.

—Bueno… intentaré no ponerme histérica. Ni babear. Ni hacer demasiado el ridículo.

—Eso va a ser complicado, amiga. Porque todo el mundo nota cómo lo miras.

—¿Y qué me dices de cómo él me ignora magistralmente? —bromeé, soltando una carcajada—. No olvides esa parte.

Camila rio conmigo y poco después dejamos el tema, aunque solo en apariencia. Porque durante el resto de la jornada, por más que intentaba concentrarme en hojas de cálculo, listas y pedidos de logística, mi mente insistía en regresar al mismo punto: sábado por la tarde, fiesta infantil, y Vittorio allí.

¿Qué significaba eso? Probablemente nada.

Pero yo quería que significase mucho más.



El fin de semana llegó antes de lo que esperaba, y con él, los nervios.

Elegí un vestido ligero, floral y cómodo, perfecto para una tarde soleada llena de niños correteando por todas partes. Me recogí el pelo de manera práctica y cogí un regalo envuelto en papel de colores con cintas que me hacían cosquillas en las manos.

La casa de Camila estaba llena, como siempre ocurría en los cumpleaños de Jade. Niños riendo y corriendo, música infantil sonando de fondo, adultos charlando animadamente y mesas repletas de comida que parecían competir por ver cuál engordaba más rápido.

Me acerqué enseguida a la cumpleañera, que estaba preciosa con su vestido amarillo de princesa. Abracé a Jade y jugué con ella unos minutos hasta que noté movimiento en la entrada.

Y allí estaba él.

Vittorio entró con sus hijos a cada lado. Giulia llevaba un vestido rosa con un enorme lazo en el pelo, mientras Enrico caminaba más serio, observándolo todo como si analizase detenidamente a cada invitado de la fiesta.

Los niños enseguida se mezclaron con los demás, mientras Vittorio saludaba a algunos adultos. Cuando por fin nuestras miradas se

encontraron, apenas intercambiamos un discreto gesto con una sonrisa leve.

Sentí un pequeño vacío en el estómago, pero lo disimulé.

No era el momento.

Me quedé cerca de la mesa de los dulces, fingiendo interés por unos mini bombones de chocolate, hasta que noté su presencia acercarse. Me giré lentamente y allí estaba Vittorio, de pie, a menos de un metro de distancia, mirándome con aquella intensidad que tanto me descolocaba.

—Juliana —dijo con voz firme y baja—. Quería presentarte oficialmente a mis hijos.

Giulia fue la primera en acercarse, sonriente.

—¡Hola! ¿Tú eres amiga de mi padre?

—Algo así —respondí sonriendo y agachándome para ponerme a su altura—. Me llamo Juliana y trabajo con tu padre.

—Pareces simpática —comentó Enrico desde un lado, algo desconfiado.

—Te prometo que lo soy, a pesar de los rumores que circulan por ahí —bromeé, consiguiendo arrancarle una tímida sonrisa.

Vittorio permaneció inmóvil, con las manos en los bolsillos, observando en silencio la escena. Cuando los niños volvieron a jugar con el resto, él siguió allí sin decir nada durante unos segundos.

—Gracias —le dije finalmente.

—¿Por qué?

—Por presentármelos.

Él se limitó a asentir con la cabeza, dedicándome una leve sonrisa.

—Pensé que era lo mínimo —murmuró, antes de alejarse discretamente.

La manera en la que me había presentado —como amiga y empleada— fue un claro recordatorio de la línea que todavía insistía en mantener entre nosotros.

No sabía si aquello dolía o simplemente me devolvía los pies a la tierra.

A pesar de eso, no permití que me estropeara la tarde.

En poco tiempo me vi rodeada de niños, ayudando a repartir dulces, bailando con las niñas más mayores y riéndome con los chicos mientras se lanzaban globos unos a otros.

La ligereza de aquel día fue envolviéndome poco a poco y, por un momento, logré olvidarme de todas mis inseguridades.

Me encantaban los niños.

Me encantaba verlos reír, correr y ser simplemente ellos mismos. Y estar allí, rodeada de esas pequeñas vidas llenas de energía, me transmitió una paz que hacía mucho tiempo que no sentía.



CAPÍTULO 35

«El corazón no siempre avisa cuando empieza a encariñarse; simplemente cambia de ritmo, y nosotros nos damos cuenta demasiado tarde».

VITTORIO DEL CASTILLO

—¿Los niños saben lo vuestro?

—No —respondí sin rodeos, dirigiendo la mirada hacia el jardín, donde Enrico y Giulia corrían alrededor de las mesas junto a otros niños.

La fiesta de la pequeña Jade estaba animada, llena de risas, globos de colores y dulces por todas partes. Pero en mi interior todo permanecía silencioso. Incómodo.

A mi lado, Frederico suspiró y se cruzó de brazos mientras observaba la escena.

—Y tampoco deberían saberlo aún, ¿no crees?

Me limité a asentir.

No porque estuviera totalmente de acuerdo, sino porque aún no tenía claro qué pensar sobre aquello.

La mirada de mi amigo se desvió entonces hacia Juliana. Ella estaba sentada en el césped con sus hijos y los míos, riéndose mientras les ponía sombreros de colores y fingía ser la «reina de los niños». Giulia estaba fascinada, y Enrico, aunque más reservado, soltaba algunas risas sinceras.

—Se le dan bien los niños —comentó Frederico con la tranquilidad que solo parecía tener un padre mucho más equilibrado que yo.

—Sí —murmuré, sin apartar los ojos de ella.

Pero no era solo eso. No se trataba únicamente de cómo se comportaba con los niños. Era la manera en que se agachaba para escuchar a cada uno, como si sus palabras fueran las más importantes del mundo. Cómo reía con naturalidad, como si no hubiese nada más bonito que aquel instante. Y también era cómo me miraba cuando creía que yo no la veía.

—Vittorio… —Frederico reclamó mi atención, y al girar el rostro me encontré con su mirada firme—. Ella te mira de forma distinta.

Fruncí el ceño.

—¿Distinta cómo?

—Como quien ve más allá. Como quien espera algo más… y trata de disimularlo. —Colocó las manos en la cintura y me observó unos segundos—. Dijiste que habíais quedado en que no era nada serio.

Asentí de nuevo, sintiendo el peso de sus palabras.

—Así es. Desde el principio.

—Pero sabes tan bien como yo que ella solo aceptó esas condiciones para estar cerca de ti. Si esto sigue así, puede volverse peligroso. Para ella, y quizás también para ti.

Me quedé callado.

No porque no tuviera respuesta, sino porque tenía razón.

Yo lo notaba. Cada acercamiento, cada beso, cada noche en la que me marchaba de su lado era un paso más que fingía no ver. Y Juliana era intensa. Era pura emoción, completamente expuesta. Aunque intentara ocultarlo, yo lo veía claramente.

La fiesta seguía a nuestro alrededor, pero dentro de mí crecía un torbellino silencioso.

Apreté la mandíbula y miré de nuevo hacia mis hijos. Estaban jugando a construir una cabaña improvisada con Juliana, que reía fingiendo susto cada vez que Enrico saltaba desde el «tejado» hecho de cojines.

Necesitaba irme. Aquella atmósfera ligera y llena de color contrastaba demasiado con el desorden que llevaba dentro.

—¡Niños! —llamé, intentando sonar más tranquilo de lo que realmente me sentía—. Es hora de irnos.

—¡Jo, papá! ¿Ahora? —protestó Giulia, poniendo morritos.

—¿Ya? —se quejó también Enrico.

—Sí, ya. Vamos a dar las gracias a la tía Camila y a despedirnos de todos.

Obedecieron a regañadientes, y mientras corrían a despedirse, me acerqué a Juliana.

Ella se puso de pie cuando me aproximé, colocándose algunos mechones de pelo que el viento le había despeinado.

—Gracias por tener paciencia con ellos. Se lo han pasado genial —dije con voz firme y neutra, como si necesitara protegerme de mis propias ganas de decir algo más.

—De nada… yo también lo he disfrutado mucho —respondió con una leve sonrisa, aunque el brillo en sus ojos indicaba que esperaba algo más. Quizá una invitación, una promesa… cualquier señal.

Pero no fui capaz. No allí. No con aquel caos dentro de mí.

Solo asentí, dando por cerrada una conversación que ni siquiera le había permitido empezar.

Me alejé sintiendo el peso del silencio entre nosotros. Llamé a mis hijos y, cuando miré por última vez por encima del hombro, vi que ella seguía allí, con aquella sonrisa incompleta en los labios.

Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí el villano de mi propia historia.

JULIANA ROCHA

—Él no siente nada por mí, amiga —solté con la voz entrecortada mientras removía con la pajita el zumo, como si eso pudiera resolver el caos que tenía en la cabeza.

Camila frunció el ceño y se inclinó sobre la mesa del café, con esa expresión típica de quien no iba a permitir que me hundiera en el drama sin presentar batalla.

—Juliana… —dijo con calma—. ¿Estás segura de eso?

Suspiré, apoyando la barbilla sobre las manos.

—Sí. O al menos, creo que sí. Es que… cuando me mira, parece que siente algo. Pero después habla conmigo como si todo fuera una simple amistad conveniente. Me besa como si fuera real, pero luego me presenta como «la empleada». Como si lo demás nunca hubiese ocurrido.

Camila mantuvo su mirada fija en la mía y respiró hondo antes de responder:

—Quizá sea miedo. Tú misma dijiste que es reservado, un viudo con muchos conflictos internos. Y desde el principio sabías que no estaba preparado para algo serio.

—Lo sé, solo que… —hice una pausa, buscando las palabras adecuadas— me dejé llevar. Pensé que, con el tiempo, él vería en mí algo distinto. Pero parece que ya ha decidido que nadie más volverá a entrar en su corazón. Ni siquiera yo.

—¿Y se lo has dicho así?

—¡Claro que no! —solté una risita amarga—. ¿Quieres que le suplique amor también? No soy esa clase de mujer. Ya le dije que me gustaba, ya he aceptado más de lo que debería. Estoy agotada, Camila.

Ella asintió, con cariño evidente en su mirada.

—Te entiendo, de verdad. ¿Sabes qué creo? Que tienes que dejar de intentar ocupar un espacio que quizá nunca sea tuyo. Si él quiere cambiar, que lo haga por sí mismo. Ahora mismo tienes que pensar en ti, en lo que quieres, en lo que mereces.

Me quedé en silencio unos segundos, sintiendo una presión en el pecho, porque en el fondo sabía que tenía razón.

—Me gustaría que me viera como yo lo veo a él… —murmuré, con los ojos ligeramente humedecidos.

Camila se levantó, dio la vuelta a la mesa y me abrazó con fuerza.

—Mereces a alguien que no solo te vea, sino que luche por estar contigo. Que te elija todos los días. Tal como eres, con tu verborrea imparable y ese corazón enorme.

Sonreí ligeramente, tratando de mantener la compostura.

—¿Me estás llamando charlatana?

—Te estoy recordando quién eres —me guiñó un ojo—. Y quien no sepa valorarte no te merece.

Después de despedirnos, regresé a mi apartamento intentando ignorar la melancolía que insistía en acompañarme.

Me quité los zapatos en la entrada, lancé el bolso al sofá y fui directa a mi habitación, donde me dejé caer en la cama mirando al techo.

Los recuerdos de los últimos meses me invadieron de golpe: los besos furtivos, las conversaciones ligeras, las miradas que me hacían

creer que había algo especial entre nosotros. Y quizá lo hubiera. Al menos, para mí.

¿Pero para él?

Vittorio Del Castillo era un hombre imposible. Intenso, reservado y protegido tras muros demasiado altos. Y yo estaba cansada de intentar escalarlos sola.

Cerré los ojos y me pregunté cómo sería mi futuro. Si en él aún habría espacio para él. Porque, si todo seguía así, probablemente la respuesta sería que no.

Y aunque doliese, quizás tendría que aceptarlo.



CAPÍTULO 36

«A veces, el silencio entre dos personas dice más que cualquier declaración».

JULIANA ROCHA

Aquel era uno de esos días en los que parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo para llegar a la vez. El ascensor estaba tan lleno que apenas logré pulsar el botón de mi planta.

Como soy bajita, acabé al fondo, prácticamente aplastada entre un hombre que claramente había abusado del perfume amaderado y

una chica cuya mochila parecía estar llena de piedras.

Suspiré, intentando conservar el buen humor.

Al menos hoy no tenía reunión a primera hora. Menos mal.

Cuando llegamos a la décima planta, las puertas se abrieron y, como si el universo se hubiera empeñado en poner a prueba mi estabilidad emocional, él entró.

Alto, imponente, con esa mirada siempre seria y la americana perfectamente ajustada a su complexión ancha. Su perfume amaderado era sutil, pero inconfundible.

Incluso en silencio, ocupaba espacio como si fuera el dueño del edificio… cosa que, técnicamente, lo era.

No me vio.

Se quedó de espaldas, conversando con uno de los directivos que había a su lado. Y allí, escondida entre tanta gente, me sorprendí observando cada uno de sus gestos: la manera en que se pasaba la mano por el pelo, el movimiento seguro de sus hombros, cómo inclinaba ligeramente la cabeza al escuchar con atención.

El corazón se me encogió un poco.

Por mucho que intentara mantener los pies en el suelo, había algo en él que me arrastraba a territorio peligroso.

No era solo atracción. Era sentimiento. Y eso… complicaba mucho las cosas.

Entonces ocurrió algo.

Con un gesto sutil, sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta. Me fijé solo porque giró ligeramente el cuerpo hacia un lado, lo suficiente como para darme una vista privilegiada.

Vittorio abrió la cartera con cuidado, como si aquel gesto significase algo —y quizá así fuera— y sacó una fotografía.

Mi mirada quedó clavada en lo que sostenía entre los dedos.

Una mujer.

Joven, bonita, con rasgos delicados y una sonrisa serena. Vittorio la contempló durante largos segundos, como si estuviera en otro lugar. Como si, por un breve instante, hubiese abandonado el ascensor para viajar a un recuerdo lejano.

No necesité más pistas para entender quién era.

Su difunta esposa. La única mujer a la que había amado. La madre de sus hijos.

Tragué saliva.

No eran celos. Era dolor.

Dolor al darme cuenta de que quizá me había estado engañando a mí misma. Que, por mucho que él se hubiese acercado, que me hubiese besado, tocado, sonreído en algunos pocos momentos de vulnerabilidad… había alguien que todavía vivía en su interior.

Y esa persona no era yo.

Las puertas se abrieron en mi planta y salí casi tropezando conmigo misma, chocando ligeramente con varias personas y, finalmente, pasando junto a él.

No sé si me vio. No miré atrás. Solo quería respirar.

Fui directa a mi escritorio, intentando parecer ocupada, intentando fingir que aquello no me había afectado. Pero lo había hecho.

¿Cómo no iba a hacerlo?

Me senté, encendí el ordenador y aparenté tener mil correos por responder. Todo para no pensar. Todo para no sentir.

Pero el problema de tener un corazón sensible es que siempre siente. Aunque la cabeza le suplique que pare.

Intenté concentrarme en hojas de cálculo, informes y objetivos del departamento, pero mi mente seguía atrapada en la imagen de él sujetando aquella fotografía en el ascensor.

La manera en que la miraba. El tiempo que permaneció contemplándola, como si todo lo demás hubiese desaparecido.

La mujer que amó. La mujer que perdió. Y, al parecer, la mujer que aún ocupaba su corazón.

De repente, yo era solo… yo. La asistente de logística con un corazón demasiado sensible que había osado creer que podría ser algo más que un romance secreto en la vida de un hombre como él.

Solté un suspiro más fuerte de lo necesario y decidí levantarme. Necesitaba alejarme un momento.

Ya me ardían los ojos. No por cansancio, sino por frustración.

Me dirigí a la cafetería, que a esa hora estaba casi vacía. Cogí una botella de agua, me senté en el rincón más apartado y me quedé allí, mirando la botella como si pudiera darme las respuestas que necesitaba.

No lo hizo. Solo consiguió darme sed.

El tiempo pasó lentamente. Lo suficiente como para que mi pecho se calmara y mis manos dejaran de temblar. Pero no bastó para hacerme olvidar.

Estaba a punto de marcharme cuando la puerta se abrió.

Por supuesto, era él.

Vittorio entró en la cafetería con el mismo aire de quien no necesita permiso para estar donde está. Sus ojos encontraron los míos inmediatamente, y me quedé paralizada.

Por dentro me preparé para fingir normalidad. Por fuera probablemente estaba roja hasta el alma.

—Juliana —llamó con voz baja al acercarse—. ¿Podemos hablar?

Puse los ojos en blanco y me levanté.

—Vittorio, no creo que…

—¿Qué ha pasado? —interrumpió, buscando pistas en mi rostro.

Solté el aire lentamente.

No quería hacer aquello allí. No en el trabajo, no en la cafetería de la empresa, no con aquel dolor latiéndome en el pecho. Pero quizá era necesario. Quizá mi corazón merecía una oportunidad de protegerse.

—Creo que nunca debí involucrarme contigo —dije con voz firme, a pesar del nudo en la garganta—. Ha sido un error. Nunca me ves como algo permanente. Soy solo alguien más a quien puedes apartar cuando te apetezca. Y ya está.

Él frunció el ceño, como si mis palabras lo hubieran golpeado directamente.

—Estás tomándote esto demasiado en serio, Juliana.

Sus palabras fueron como un puñetazo. Directas, frías, sin la menor delicadeza.

Me crucé de brazos, intentando no desmoronarme allí mismo.

—Nadie será jamás suficiente para ocupar el lugar de tu difunta esposa. Puedes decirlo abiertamente —solté, intentando parecer más irónica que dolida. Pero el dolor escapó entre mis defensas—. Quizás

tienes razón. Esto nunca debió ocurrir. Porque Dios te libre de sentir algo, ¿verdad, Vittorio?

Él dio un paso hacia mí, sus ojos más oscuros ahora, clavados en los míos, como si finalmente me viera de verdad. Pero antes de que dijera algo, fui más rápida.

—Juliana…

—Si esto es solo un juego para ti… dímelo ya.

Se detuvo. Respiró hondo. Y respondió con una calma que me pilló desprevenida:

—Si fuera un juego, no tendría miedo de perderte. Y, de alguna manera… lo tengo.

Aquello me desmontó por completo.

Me quedé en silencio.

La cafetería entera pareció contener el aliento, esperando mi próximo movimiento. Pero yo no tenía ninguno.

Había algo en su expresión que me decía que sus palabras eran sinceras. Sin embargo, seguía habiendo un muro invisible entre nosotros.

Estaba a punto de decir algo, o quizá él iba a hacerlo —nunca lo sabré— cuando la puerta volvió a abrirse y entró otro empleado, rompiendo la burbuja que nos envolvía.

Aproveché el momento.

—Tengo que volver al trabajo —murmuré, apartando la mirada.

Y salí. Sin mirar atrás. Aunque cada parte de mí suplicaba hacerlo.



CAPÍTULO 37

«Algunos días empezaban en silencio, pero cargaban con el peso de todas esas palabras que jamás llegaron a pronunciarse».

VITTORIO DEL CASTILLO

Odiaba actuar por impulsos, y aquel día había hecho precisamente eso.

Desde que Juliana había salido de la cafetería dejándome allí de pie, con sus palabras resonando en mi mente como una acusación —o

quizás como una súplica silenciosa para que dijera algo capaz de borrar sus dudas—, lo único que conseguía hacer era recordar.

Volver atrás en el tiempo. Buscar respuestas donde solo existían silencios antiguos.

En mi despacho, con papeles desperdigados por la mesa y la pantalla del ordenador iluminando la madera oscura, me recosté en la silla y cerré los ojos.

Fue suficiente para que la imagen de ella, junto a mí en el ascensor, apareciera con total nitidez.

En aquel momento no la había visto. No realmente. Y aun así, sentía como si su presencia me hubiera atravesado. Como si el silencio entre nosotros hubiera gritado todo aquello que yo intentaba ignorar.

Solo ahora, al recordarlo, comprendía lo que ella debía de haber visto. Yo sostenía la cartera abierta, y dentro estaba la fotografía de Luciana.

Suspiré, llevándome la mano a la frente, intentando apartar la sensación de culpa que subía lentamente, como una ola pesada.

No miraba aquella foto con frecuencia, pero hoy era distinto. Hoy era su cumpleaños.

Luciana habría cumplido treinta y seis años.

Me levanté y me acerqué a la ventana, contemplando cómo el cielo comenzaba a oscurecerse sobre los edificios. Las nubes cargadas parecían reflejar exactamente cómo me sentía por dentro.

Era uno de esos días en los que todo se mezclaba: pasado, presente, futuro. Y en medio de todo eso, Juliana.

Intenté concentrarme en contratos, hojas de cálculo, decisiones importantes, pero no pude. Las palabras de Juliana regresaban con demasiada fuerza:

«Nunca me ves como algo permanente. Solo soy alguien más a quien puedes apartar cuando te apetezca».

Aquello dolió. No porque fuese cruel, sino porque era absolutamente cierto.



Al terminar la jornada laboral, salí directamente de la empresa, ignorando mensajes y llamadas.

No era una noche cualquiera. Cuando llegué a casa, Giulia y Enrico me esperaban ya preparados en el salón, con los abrigos puestos y los zapatitos bien abrochados. Giulia sostenía un pequeño ramo de flores de colores; Enrico llevaba en sus brazos el muñeco que un día le regaló su madre.

—¿Nos vamos ya, papá? —preguntó Giulia, con sus grandes ojos llenos de expectativa.

Asentí, cogiendo las llaves del coche.

—Sí, cariño. Vámonos.

El cementerio estaba vacío cuando llegamos.

El cielo cubierto ocultaba la puesta de sol, haciendo que el ambiente fuera aún más silencioso. Caminamos lentamente hacia la tumba de Luciana.

Giulia iba a mi lado, apretándome la mano. Enrico pateaba piedrecitas del camino, como si fuese más fácil concentrarse en eso que afrontar el verdadero motivo por el que estábamos allí.

Al llegar, dejé que ellos se acercasen primero. Giulia colocó las flores con delicadeza sobre la tumba y se arrodilló frente a ella.

—Feliz cumpleaños, mamá. Te queremos mucho. Hoy te he hecho un dibujo; está en mi mochila. Luego lo dejo aquí.

Enrico no dijo nada. Simplemente se sentó en el suelo, mirando fijamente la lápida.

Me quedé de pie, a unos pasos de ellos. No fui capaz de arrodillarme, tampoco de decir palabra alguna. Solo podía observar su nombre grabado en el mármol: «Luciana B. Del Castillo — esposa, madre, amor eterno».

Ella era todo eso.

Y ahora, no era más que un recuerdo. Un recuerdo que solo yo conservaba realmente, porque nuestros hijos apenas habían podido conocerla.

Cuando los niños se alejaron un poco, paseando por los alrededores, me acerqué lentamente. Mis dedos acariciaron su nombre grabado, como si eso pudiera transmitirme algo más allá del frío de la piedra.

—No sé qué hacer —murmuré, con la voz más ronca de lo que esperaba—. Han pasado seis años. Seis años desde que te fuiste y sigo sin saber cómo avanzar realmente.

Respiré profundamente, tragándome el nudo que sentía en la garganta.

—Hay alguien. Una mujer. Es completamente distinta a ti. Habladora, intensa, imprevisible… Y aun así, cuando me sonríe, siento algo. Algo que me asusta.

Me quedé en silencio unos segundos, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Me pregunto qué harías tú en mi lugar. Si me dirías que huyera o que me quedara. No quiero que nuestros hijos sientan que alguien ha

ocupado tu lugar. Pero tampoco quiero hacer daño a alguien que se está permitiendo quererme… incluso sin promesas.

Cerré los ojos, luchando contra todo lo que sentía.

—Dame una señal. Algo, cualquier cosa. Un camino, una dirección.

No ocurrió nada.

El mundo siguió en silencio, como siempre.

Pero, por alguna razón, sentí que en ese instante el viento sopló más suavemente. Y eso me bastó.

—Papá, ¿podemos jugar un rato más? —preguntó Giulia cuando nos acercamos al coche.

—Solo cinco minutos. Está oscureciendo.

Mientras ellos corrían entre los árboles, pude ver lo mucho que habían crecido. Y pensé en todo lo que Luciana se estaba perdiendo: las etapas, las sonrisas, los miedos.

Pero en ese instante, aunque seguía confuso, tuve clara una cosa: ya no podía seguir viviendo a medias.



CAPÍTULO 38

«Algunas verdades solo duelen porque vienen cargadas de silencio».

JULIANA ROCHA

Cuando ocurrían ciertas cosas, me ponía introspectiva y me encerraba en casa como si así pudiera protegerme del mundo.

En la pantalla del televisor transcurría un episodio de *Amores Aleatorios*, protagonizado por una chica tan torpe como yo, que intentaba sobrevivir al caos de sus propios sentimientos.

Sin embargo, ni siquiera aquel guion ligero, con banda sonora tópica y diálogos graciosillos, lograba distraerme del vacío que parecía extenderse en mi pecho.

Estaba triste. Y, más que eso, insegura.

La imagen de Vittorio sosteniendo la foto de su exmujer en el ascensor aún me dolía como si hubiese recibido un empujón invisible.

No eran celos, era realidad. La certeza de que, por mucho que yo me entregase un poco más en cada encuentro, él seguía atrapado en un lugar al que yo jamás podría acceder.

El móvil vibró sobre la mesita del salón, alejándome por un instante del drama de la serie… y del mío propio.

Michael.

La notificación de llamada apareció junto a una foto suya poniendo morritos con un filtro de gafas en forma de estrella.

Sonreí débilmente.

—Abre la puerta, criatura. Estoy subiendo —fue todo lo que dijo cuando contesté.

Antes de que pudiera responder, colgó. Me levanté con desgana y fui a abrir la puerta.

Unos segundos después entró como un torbellino, con una camiseta estampada con flamencos y unos pantalones que habrían gritado «¡socorro!» si tuviesen voz.

—Tienes cara de haberte visto un maratón de dramas coreanos y haberte comido una tableta entera de chocolate. —Me señaló el rostro y después miró el envoltorio vacío sobre el sofá—. Ah. Justo eso.

—No quiero salir, Mike. En serio —murmuré, dejándome caer de nuevo en el sofá.

—No te he preguntado si quieres. Venga, arréglate esa cara, lávate un poco, ponte algo decente y vámonos. Estoy secuestrándote.

—No estoy de ánimo —respondí, enfurruñada—. Además, conduces como un loco y no tengo el seguro de vida al día.

Él puso los ojos en blanco.

—Exagerada. Conduzco con emoción.

—Aparcas con la delicadeza de un toro borracho en una tienda de porcelana, Michael. Eso no es emoción.

A pesar de mis protestas, me levanté y fui hacia mi habitación, murmurando algunos comentarios más sobre lo peligroso que era al volante.

Cambié el chándal por un vestido ligero azul oscuro y me puse unas bailarinas. Un toque de máscara de pestañas, pintalabios y el mínimo esfuerzo por parecer algo menos… destrozada.

Camino al coche, él siguió charlando y haciendo bromas, como siempre hacía cuando intentaba levantarme el ánimo.

—Me lo agradecerás luego. Te llevo a un sitio especial. Nada de discotecas ni restaurantes caros. Solo tú, yo y unas vistas increíbles.

—Ah, estupendo. ¿Piensas abandonarme en mitad de un sendero en el campo?

—Habrá campo, pero también habrá cielo. ¿Confías en mí o no?

Resoplé, pero sonreí.

Llegamos al lugar unos veinte minutos después.

Era un mirador poco conocido de la ciudad, apartado, con bancos de madera, una vista impresionante de las luces urbanas y el sonido lejano de los coches pasando allá abajo.

Corría una brisa suave y el cielo parecía haberse esforzado especialmente esa noche, salpicado de estrellas como purpurina sobre las cartulinas negras de mi infancia.

Nos sentamos en uno de los bancos y él cruzó los brazos, adoptando un aire serio.

—Ahora, al verdadero motivo de esta visita nocturna: terapia realista con Michael, psicólogo sin licencia. Adelante, empieza.

—Ya lo sabes todo.

—Quiero escuchártelo decir. Venga, abre ese corazoncito.

Respiré hondo, contemplando las luces de la ciudad.

—Me he involucrado con alguien que aún está atrapado en el pasado. Sabía que no sería fácil, pero quise intentarlo. Cada encuentro me hacía creer que quizá él estaba dejándome entrar. Pero entonces, en el ascensor, le vi mirando la foto de su mujer fallecida. Fue como si todo mi esfuerzo se viniera abajo. Entendí que quizás nunca seré suficiente. Nunca seré «ella».

Michael me miró con la expresión más sincera que le había visto jamás.

—Ju… No tienes que ser otra persona. Y desde luego no necesitas competir con un fantasma. Vittorio tiene su historia, y eso está bien. Pero lo importante es lo que haga con el presente.

—¿Y si nunca quiere nada más que esto? —pregunté en voz baja.

—Entonces te vas. Con la cabeza bien alta, sabiendo que te entregaste de verdad y que mereces a alguien que haga lo mismo por ti.

Nos quedamos en silencio unos minutos.

El viento acariciaba mi rostro y sus palabras resonaban en mi interior, cobrando sentido. Dolían, pero tenían sentido.

—Gracias por esto. Por estar aquí.

—Siempre. Pero mira, solo una cosita más… la próxima vez que pienses en pasar el fin de semana viendo series, llorando y comiendo chocolate, recuerda que tienes un amigo gay fabuloso que te va a arrastrar hasta un mirador precioso para darte consejos mucho mejores que los de muchos terapeutas caros por ahí.

—Y con habilidades de conducción bastante cuestionables —añadí riendo.

—Problemáticas, sí.

—De locura.

Reímos juntos, y la noche se volvió más ligera.

Hablamos de todo: de la vida, de amores pasados, de tonterías que solo nosotros dos entendíamos. Por primera vez en días, sentí que mi alma respiraba.

Y aunque todavía tenía dudas sobre Vittorio, comprendí que dentro de mí aún quedaba espacio para la esperanza.



CAPÍTULO 39

«El silencio no siempre significaba ausencia de sentimientos; a veces era solo la forma más dolorosa de intentar proteger a alguien».

JULIANA ROCHA

Trabajar bajo presión era un talento que no sabía que tenía… hasta que empecé en Tesoro Reale.

Era viernes, y el proyecto en el que Camila y yo llevábamos casi dos semanas trabajando empezaba por fin a tomar forma.

Entre hojas de cálculo que parecían desordenarse solas, reuniones exprés con supervisores y documentos que se multiplicaban en pantalla, conseguimos terminarlo todo justo antes de la hora de comer.

—¡Listo! —celebré, levantando los brazos como si hubiese ganado una maratón—. Me siento una campeona. De esas que no reciben trofeo, pero ganan el derecho a comer tranquilas.

—Y sin remordimientos —añadió Camila, sonriendo mientras cerraba la última pestaña del documento—. Vamos, antes de que se llene la cafetería.

Cogimos nuestros bolsos y caminamos hacia el comedor, comentando el caos de la mañana y las absurdidades del mundo corporativo. Yo ya soñaba con un plato calentito y mi postre favorito cuando la figura alta e imponente de Vittorio apareció en el pasillo justo delante de nosotras.

—Juliana —me llamó con voz firme y una mirada aún más intensa—. ¿Podemos hablar? Solo unos minutos.

Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda.

Camila me lanzó una rápida mirada, conteniendo una sonrisa pícara. Me limité a asentir.

—Claro.

Camila no dijo nada más, simplemente me guiñó un ojo de forma cómplice y siguió adelante, dejándome sola con aquel hombre que conseguía desordenarme las emociones con solo mirarme.

—¿Podemos ir a mi despacho? —sugirió él educadamente, aunque con ese discreto aire de autoridad que le caracterizaba.

—Prefiero aquí mismo —respondí, cruzando los brazos y aparentando más seguridad de la que realmente sentía—. Sé breve.

Él asintió, manteniendo la compostura, aunque sus ojos revelaban una cierta vulnerabilidad.

—Aquel día… en el ascensor. Cuando me viste con aquella foto… era el cumpleaños de Luciana —dijo sin rodeos.

Mi corazón se encogió al comprender que él sabía exactamente por qué había salido así del ascensor. Yo conocía bien el peso de la nostalgia. De repente, todos aquellos sentimientos contradictorios que llevaba semanas acumulando se volvieron menos claros.

—No lo sabía —respondí, en un tono más suave del que pretendía—. Lo siento mucho.

—No es algo de lo que hable normalmente. Ni siquiera con mis hijos. Pero aquel día… necesitaba mirarla una vez más. Recordar a la mujer increíble que fue. Lo mucho que me conocía. Lo mucho que me hacía reír, incluso en los días más difíciles.

Parpadeé, intentando contener la emoción. Era extraño ver a aquel hombre tan expuesto.

—Lo entiendo, de verdad. Pero también necesito pensar en mí, Vittorio. Me involucré contigo creyendo que quizás había espacio. Que, con el tiempo, podría haber algo más. Pero no soy un alivio temporal. Tengo sentimientos. Y aunque entienda tu dolor, no puedo hacerme pequeña por él.

Hubo un instante de silencio. Me miró durante varios segundos, como si estuviese digiriendo cada palabra.

—Lo sé —murmuró al fin—. No quiero hacerte daño. Pero tampoco sé cómo avanzar e ignorar lo que estamos construyendo. Porque, aunque esté confuso, aunque necesite tiempo, no quiero perder esto. No quiero perderte a ti.

Esas palabras, pronunciadas con aquella mirada —la misma que parecía verme de verdad—, me desarmaron por completo.

Me quedé sin palabras.

Mis ojos recorrieron su rostro, fijándome en cada línea de tensión, en cada matiz de sinceridad. Por un instante, todo pareció posible, aun sabiendo que el camino no sería fácil.

—No voy a exigirte nada, Vittorio —le dije finalmente, con una voz más firme de lo que esperaba—. Pero este es mi último intento. La última oportunidad que le doy a esto que… siento. Porque si me marcho, será para siempre.

Él asintió suavemente. No hubo promesas, ni besos, ni juramentos eternos.

Sin embargo, había algo nuevo flotando en el aire. Una esperanza diferente. Tal vez no fuese el final feliz típico de mis novelas románticas favoritas, pero podría ser el comienzo de un capítulo mucho más auténtico.

VITTORIO DEL CASTILLO

—Iba a preguntarte sobre qué hablabas con Juliana, pero sé que acabarás contándomelo —comentó Frederico, apareciendo a mi lado con ese gesto suyo que indicaba claramente hacia dónde se dirigía la conversación.

Acababa de salir del ascensor y me dirigía a comer algo, intentando mantener la cabeza fría después de una mañana intensa de trabajo.

Pero por más que intentaba concentrarme en cualquier otra cosa, ella siempre estaba ahí.

Miré a Frederico con la expresión agotada de quien busca respuestas que aún no existen.

—Me siento fatal —confesé sin rodeos—. Por no saber qué hacer, por no tener claro si existe algún tipo de futuro entre ella y yo. Y lo peor es ver que esto le está haciendo daño.

Frederico me observó con seriedad.

Él no era de los que hablaban por hablar; cuando decía algo, era porque realmente le importaba.

Caminamos juntos por el pasillo silencioso hasta la zona común, donde nos sentamos en un rincón apartado, lejos del ruido.

—Vittorio, ¿recuerdas cuando fuiste tú quien me sacó del pozo hace años? ¿Cuando yo creía que jamás podría volver a confiar en alguien?

Asentí.

—Pues bien —continuó—, ahora me toca a mí devolverte el favor. Lo que sientes por Juliana es real, pero estás dejando que el miedo tome el control. Y tú nunca has sido alguien que permita eso.

Me crucé de brazos y apoyé la cabeza contra la pared, reflexionando.

—Con ella es distinto. No quiere nada a cambio y, aun así, lo da todo. Y yo… —hice una pausa y respiré hondo— todavía tengo demasiados fantasmas dentro.

—Eso nos pasa a todos —afirmó él, apoyando los codos en la mesa—. Pero el problema no es lo que has vivido, sino lo que estás

haciendo ahora. Te estás autosaboteando, y lo peor es que la estás arrastrando contigo en eso.

Mis manos se cerraron en puños, con una tensión que me era habitual. Pero esta vez no era por negocios, contratos ni competidores.

Era por mí. Por ella.

—Te lo agradezco, de verdad —dije finalmente—. Por seguir aquí después de todo, escuchándome y tratando de hacerme ver lo obvio. Pero, ¿qué hago ahora? ¿Cómo recupero a alguien que, poco a poco, está dejando de creer?

Frederico me miró fijamente, con ese aire de hermano mayor que no siempre sacaba a relucir, pero que aparecía en los momentos importantes.

—Con la verdad. No con promesas vacías. Con presencia, no con silencios. Y sobre todo, con valentía. Porque amar a alguien, Vittorio, requiere más valor que cualquier negocio millonario que hayas firmado en tu vida.

Se levantó, dándome dos palmadas en el hombro antes de coger su bandeja para servirse.

Me quedé allí unos instantes, inmóvil, mirando hacia la nada.

O quizás no. Quizás estuviera, por primera vez, mirando hacia dentro.

Sabía que tenía un largo camino por delante. Sabía que reparar lo que había dejado escapar, aunque fuera sin querer, exigiría mucho más que palabras bonitas o gestos calculados.

Juliana merecía más que eso. Merecía mi verdad.

Y, si aún estaba a tiempo, encontraría la manera de demostrarle que nunca había sido simplemente una más. Aunque eso significase enfrentarme a todo lo que más temía.

Porque, en el fondo, ya lo sabía: cuando se trataba de ella, huir ya no era una opción.



CAPÍTULO 40

«A veces, bastaba una mirada silenciosa para cambiar todo lo que uno creía saber sobre otra persona».

JULIANA ROCHA

Esta montaña rusa de sentimientos va a acabar conmigo.

Eso fue lo primero que pensé mientras miraba la pantalla del ordenador, con un informe abierto delante y mi cabeza… completamente en otra parte.

Era difícil concentrarme cuando, después de todas las vueltas que había dado mi vida últimamente, el nombre de Vittorio Del Castillo seguía resonando en mí con una intensidad casi insoportable.

Y lo peor: no sabía exactamente qué quería él de mí. Ni siquiera sabía si realmente quería algo.

Suspiré, me crují los dedos e intenté volver a escribir. Pero mi mente, más rápida que mi sentido común, me llevó directamente al momento en que lo vi en el ascensor, a la fotografía que sostenía —aquella que, más tarde supe, era de su difunta esposa—.

Un fragmento de su historia que parecía gritar mucho más fuerte de lo que debería.

—¿Juliana? —La voz de mi jefa casi hizo que saltara de la silla—. ¿Estás lista para presentar lo que Camila y tú habéis preparado?

Tragué saliva. Mi corazón se aceleró antes incluso de escuchar lo que venía después.

—Será ahora, en la sala de reuniones. Habrá varias personas presentes. El señor Del Castillo y el señor Frederico también asistirán.

Genial.

Ataque de pánico activado.

Asentí, probablemente con los ojos más abiertos de lo normal. Camila se dio cuenta y enseguida se acercó, agarrándome del brazo y susurrando:

—Tranquila, todo saldrá bien.

—Claro, fácil decirlo para ti —respondí con dramatismo—. Estás casada con Frederico. Puedes tartamudear y seguirá pareciéndole adorable. Yo tropiezo con las palabras y mi jefe millonario y emocionalmente inaccesible me mira como si fuera una hoja de Excel llena de errores.

Camila soltó una risita, claramente divirtiéndose con mi crisis existencial.

—Le gustas, Ju. Simplemente no sabe cómo gestionar lo que siente. Y en el fondo, tú también lo sabes.

Puse los ojos en blanco, aunque una esquina de mi boca empezó a dibujar una sonrisa. Tenía razón.

Pero eso no significaba que fuese fácil.

Fuimos juntas hacia la sala de reuniones. El ambiente ya estaba bastante lleno, con algunas personas de los departamentos implicados y, por supuesto, los dos gigantes sentados en un extremo de la mesa: Frederico y Vittorio.

Vittorio llevaba aquel traje oscuro que parecía hecho a medida —y, conociendo la fortuna de ese hombre, seguramente lo era—. El pelo impecable, los ojos concentrados en la pantalla del portátil que tenía delante.

En un momento dado, levantó la vista directamente hacia mí.

Sentí cómo se me encogía el estómago.

Tragué la ansiedad y, con Camila a mi lado, empecé la presentación. El proyecto trataba sobre logística integrada, algo en lo que habíamos estado trabajando durante semanas.

Expliqué los puntos principales, detallé procesos, sugerí mejoras e incluso aporté ideas sobre automatización que podrían optimizar el departamento.

Durante toda la presentación, sentí la mirada de Vittorio sobre mí. Me observaba con esa expresión que mezclaba curiosidad y concentración, y en cierto momento incluso cruzó los brazos y se

inclinó ligeramente hacia delante. Frederico tomaba notas y, de vez en cuando, murmuraba un «buen punto» o «interesante».

Cuando terminé de explicar una de las innovaciones, Frederico fue el primero en preguntar:

—Ese sistema de seguimiento en tiempo real… ¿Crees que podría implementarse a corto plazo? ¿En menos de seis meses?

—Si logramos cerrar el acuerdo con la empresa que ofreció soporte técnico en el presupuesto, sí. Ya hemos hecho una comparativa de costes con varios proveedores. Además, la formación interna puede realizarse en ciclos, con apoyo del equipo de Recursos Humanos.

Él asintió, satisfecho.

Entonces habló Vittorio. Su voz llenó toda la sala:

—¿Y los riesgos? ¿Habéis tenido en cuenta el margen de error al cambiar de sistemas?

Respiré hondo, manteniendo la firmeza en mi voz, aunque por dentro me estuviera derritiendo como mantequilla al sol.

—Sí. Hemos calculado un margen de fallo del ocho por ciento durante los dos primeros meses. Pero en ese periodo tendremos

soporte técnico 24 horas por parte de la empresa, además de un canal interno con el equipo de informática para resolver cualquier contratiempo. También mantendremos ambos sistemas funcionando en paralelo durante unas semanas para asegurar una transición segura.

Por un segundo, la comisura de sus labios se curvó ligeramente en algo parecido a una sonrisa.

Fue algo casi imperceptible. Pero suficiente para que mi corazón diese una voltereta.

La reunión continuó sin más contratiempos. Recibimos algunos elogios discretos y varias sugerencias que prometimos considerar.

VITTORIO DEL CASTILLO

Durante la presentación, me di cuenta de que mi atención estaba mucho más centrada en ella de lo que me gustaría admitir.

Juliana hablaba con seguridad, dominaba las cifras y, sorprendentemente, exponía sus ideas con claridad y audacia. No se limitaba a lo básico; iba más allá, exploraba posibilidades, señalaba riesgos y proponía soluciones viables.

Su discurso era ligero, pero afilado. Inteligente. Preciso.

Además, se movía con naturalidad; sus ojos expresivos recorrían los rostros de la sala sin perder ni un instante la concentración. Su cabello castaño, ligeramente iluminado, caía en ondas suaves sobre sus hombros, y aunque intentaba apartar mi atención, era difícil no fijarme en lo diferente que parecía.

No solo por su postura, sino por algo más profundo que aún no lograba definir.

—No sabía que Juliana hablaba tan bien —Frederico se inclinó discretamente hacia mí, susurrando con cierta sorpresa—. Ni que

tuviese ideas tan buenas. Siempre ha estado más bien oculta en el equipo de logística, ¿no?

Asentí ligeramente, sin apartar la vista de ella.

—Quizá hemos subestimado su talento —respondí en voz baja—. Hay algo ahí que podríamos aprovechar mejor.

Y era cierto.

Una intuición comenzó a resonar dentro de mí. Juliana podría llegar más lejos. La manera en que combinaba datos con propuestas estratégicas me hizo pensar inmediatamente en áreas como planificación corporativa o incluso desarrollo de proyectos internos. Algo más amplio, con mayor impacto.

Pero más allá de la profesional eficiente que brillaba en aquella sala, estaba la mujer que durante los últimos meses había ocupado más espacio en mi vida que ninguna otra.

La mujer que besé. Que deseé. Que trastocaba mi lógica y derribaba mis defensas. Y ahora estaba allí, desarmándome de una manera completamente nueva: con inteligencia y competencia.

Cuando terminó la presentación, el silencio en la sala se rompió con algunos murmullos de aprobación. Juliana y Camila concluyeron con seguridad, y varios asistentes ya empezaban a organizar sus papeles para marcharse.

Levanté la mano, indicando que aún quería decir algo.

—Antes de finalizar… —mi voz sonó firme, como siempre— quiero felicitaros a ambas por este proyecto. El análisis ha sido exhaustivo, los datos son sólidos y vuestras sugerencias, muy acertadas. Especialmente las ideas sobre automatización y reestructuración de procesos. Esto podría ayudarnos realmente a ahorrar tiempo y recursos en los próximos trimestres.

Mis ojos se cruzaron con los suyos al terminar la frase. Juliana no sonrió como solía hacer.

No inmediatamente.

Primero pareció sorprendida, como si no esperase un elogio mío. Después, sus labios se curvaron lentamente en una sonrisa discreta pero sincera; el tipo de reacción capaz de descolocarme por completo.

Asintió y agradeció con voz dulce pero controlada. Camila también añadió algo, aunque en ese momento debo confesar que mi

atención ya había vuelto a la idea que no dejaba de martillear en mi mente desde mitad de la presentación:

¿Estaba Juliana en el puesto adecuado dentro de la empresa? ¿O quizá había llegado el momento de ofrecerle una posición más destacada?

Esa idea continuaba resonando en mi cabeza mientras todos salían de la sala. Frederico me lanzó una mirada de reojo con media sonrisa.

—¿Pensando en ascender a alguien, Vittorio?

Lo miré sin responder inmediatamente. Simplemente cerré la carpeta que tenía delante y me levanté.

—Pensando en lo mejor para la empresa —respondí evasivo.

Pero en el fondo… no era solo eso.

Era ella.



CAPÍTULO 41

«El corazón no siempre avisa cuando empieza a encariñarse, pero los ojos… ay, esos nunca consiguen disimularlo».

JULIANA ROCHA

Cuando la adrenalina de la presentación empezó a bajar, mis mejillas aún seguían ardiendo.

—¿Lo hemos hecho bien, verdad? —le pregunté a Camila, girándome todavía a medias en la silla, a punto de explotar de euforia.

Ella se ajustó el moño y sonrió como quien ya conoce la respuesta.

—Lo hemos hecho increíble. ¿Ese gráfico que preparaste? Espectacular. Y tu manera de explicarlo… ¡hasta yo lo entendí todo! —bromeó.

—Idiota. —Le di un leve empujón, aunque no pude contener la sonrisa tonta que asomó en mis labios—. Pero ahora en serio… ¿crees que a los jefazos les habrá gustado?

—He visto a Vittorio apuntando un montón de cosas. Y a Frederico casi le faltó aplaudir. Tú tranquila.

Seguimos charlando, riéndonos de los pequeños errores y celebrando nuestros aciertos.

Durante unos minutos logré olvidarme de toda la tensión acumulada, hasta que vi acercarse a nuestra coordinadora con una expresión indescifrable y una carpeta en las manos.

Un escalofrío me recorrió entera.

—¿Qué pasa? —susurré—. ¿He dicho alguna tontería? ¿He mostrado una diapositiva equivocada? Ay, madre mía…

—Juliana —me llamó con tono serio—, Vittorio quiere hablar contigo. Ahora mismo. Y Frederico quiere verte a ti también, Camila.

Me quedé helada.

—¿Conmigo? ¿Ahora mismo?

Ella asintió y ya se estaba alejando. Me giré hacia Camila con los ojos muy abiertos.

—Todo irá bien —me aseguró, dándome un empujoncito—. Si te fuesen a despedir, habrían mandado directamente al de seguridad.

—Qué tranquilizador, gracias.

Caminé hacia el ascensor con el corazón latiendo más fuerte que los tacones contra el suelo. El pasillo hasta su despacho parecía haberse duplicado en longitud. Al llegar frente a la puerta, respiré profundamente y llamé dos veces.

—Adelante —dijo su voz grave desde el interior.

Abrí la puerta.

Vittorio estaba de pie junto a la mesa, sosteniendo un bolígrafo como si fuese una extensión natural de su cuerpo. Me dirigió una breve mirada y señaló la silla frente a él.

—Puedes sentarte, Juliana.

Obedecí.

Aún estaba intentando entender qué sucedía cuando él fue directo al grano:

—He estado observando tu presentación. Vi cómo manejaste las ideas, cómo respondiste a las preguntas y cómo ofreciste soluciones que no habíamos discutido antes. —Se inclinó ligeramente, apoyando los codos sobre la mesa—. Eso ha captado mi atención.

—Gracias… —respondí, sin saber exactamente qué decir.

—Quiero entender una cosa. —Su mirada se volvió todavía más intensa—. ¿Qué aspiraciones tienes dentro de Tesoro Reale?

Abrí los ojos como platos.

No había preparado una respuesta para esa pregunta. De hecho, ni siquiera imaginaba que pudiese interesarle lo que yo aspiraba a lograr allí. Solté una risita nerviosa mientras me acomodaba un mechón de pelo.

—Bueno… yo… —traté de ordenar mis ideas rápidamente—. Me gusta lo que hago, pero siempre he soñado con crecer. Que se me valore,

tener espacio para crear… Pero nunca pensé que usted —hice una ligera mueca al decir «usted»— se fijaría en eso.

Él esbozó media sonrisa.

—Creo que tu perfil podría encajar perfectamente en una reestructuración que estamos planeando. Vamos a iniciar un proyecto para mejorar la logística interna basado en datos e inteligencia predictiva. Me gustaría que probaras como coordinadora de operaciones internas.

Parpadeé, incrédula.

—¿Coordinadora?

—Exacto. Es un puesto de confianza; requiere buena comunicación, visión estratégica y presencia. Aspectos que has demostrado tener.

Noté cómo mi corazón aceleraba su ritmo.

Era un puesto importante, un desafío y, sin duda alguna, un ascenso notable.

—Yo… acepto. ¡Claro que sí!

Él asintió sin alterar su expresión.

—Recibirás los detalles de la prueba el lunes. Será durante un mes. Después, decidiremos juntos los siguientes pasos.

—Gracias, Vittorio. De verdad. —Me levanté algo torpemente—. Prometo dar lo mejor de mí.

Él solo volvió a asentir, indicándome que podía retirarme.

Salí de su despacho entre flotando y mareada. Cuando la puerta se cerró a mis espaldas, me apoyé contra la pared intentando controlar la oleada de adrenalina que regresaba con fuerza.

—¿Acaba de pasar esto?

Corrí de vuelta hacia mi mesa. Al llegar, Camila abrió los ojos al verme con aquella expresión radiante.

—¿Y bien?

—¡No te lo vas a creer!

—¿Te han despedido?

—¡Me han ascendido, mujer! ¡Ascendido!

Gritó emocionada, tirando de mí para abrazarme con fuerza.

—¡Mentira!

—¡De verdad! ¡Quiere probarme como coordinadora del proyecto de logística inteligente!

—¡Dios mío, eso es enorme, Ju!

—¡Lo sé! ¡Estoy en shock!

Volvimos a abrazarnos.

Todavía no sabía qué ocurriría entre Vittorio y yo fuera de la empresa, pero en aquel instante, descubrir que él me veía más allá de un romance pasajero, más allá de una simple aventura, me hizo creer que tal vez yo podía ser algo más.

Y quizá, aunque solo fuese en lo profesional, finalmente se estaba reconociendo lo que era capaz de lograr.

—Y no solo eso —añadió Camila, sujetándome el brazo con entusiasmo—. Mientras tú estabas con Vittorio, ¿adivina qué? Mi marido ha dicho que le ha encantado mi actitud en la presentación y… ¡me ha ofrecido un puesto en planificación estratégica! Temporal también, claro, pero con posibilidades reales de quedarme.

—¡Camila! —exclamé, tomando sus dos manos—. ¡Eso es increíble! ¡Estamos ascendiendo juntas!

—¡Juntas! —confirmó con los ojos brillantes.

Y así era.

En ese instante, entre el sonido de teclados y la voz distante de alguien al teléfono, ambas estábamos celebrando algo que iba mucho más allá de ascensos o cargos.

Se trataba de ser vistas. Habíamos escuchado demasiados «no» a lo largo de nuestra vida: de jefes, de relaciones, incluso de nosotras mismas. Pero ahora teníamos un inmenso «sí».

Volvimos a nuestros ordenadores con energías renovadas. Todo parecía fluir con más ligereza, como si aquel reconocimiento hubiese renovado nuestras fuerzas.

Incluso los correos más molestos y los plazos más ajustados parecían menos crueles.

Trabajé con entusiasmo durante el resto del día. Mis dedos volaban sobre el teclado, las ideas surgían con facilidad, e incluso mi paciencia con el sistema lento había mejorado considerablemente.

Me reía de las bromas de Camila, organizaba archivos con mayor concentración e incluso respondí educadamente a Marcos, el de

finanzas, algo que, sinceramente, merecía un premio.

Quizá con Vittorio las cosas no salieran bien.

O quizá sí.

Pero una cosa tenía clara: podía ofrecer mucho más de lo que él —o cualquier otra persona— pudiera imaginar. Y aquel día, empecé a creérmelo de verdad.



CAPÍTULO 42

«El corazón no siempre sigue el ritmo de la razón; y cuando eso sucede, el caos es inevitable».

VITTORIO DEL CASTILLO

Me gustaba descubrir potencial en las personas que trabajaban aquí.

Era como encontrar una joya en bruto entre tanto hormigón. Y aquel día, ya había tomado dos decisiones importantes relacionadas precisamente con eso.

Frederico entró en mi despacho como siempre lo hacía: sin llamar, sin pedir permiso, como si la empresa fuera tan suya como mía.

En cierto modo, lo era. Al menos en espíritu.

—¿Has hecho lo que tenías que hacer? —preguntó, apoyándose contra la estantería con los brazos cruzados y esa mirada de quien ya conoce la respuesta.

Asentí, intentando mantener un tono casual.

—Sí. He hablado con Juliana. Le he hecho la propuesta.

Sonrió de lado.

—¿Y ha aceptado?

—Sin dudarlo. Creo que le ha gustado la idea más de lo que esperaba. —Cogí una de las carpetas sobre la mesa y la hojeé sin demasiado interés—. ¿Y tú? ¿Has hecho lo que acordamos?

—He hablado con Camila, sí. Se encargará de la parte de planificación estratégica de los eventos internos. Descubrí que tiene un talento natural para eso. —Se encogió ligeramente de hombros—. Organización, creatividad, soluciones rápidas… fue ella quien resolvió aquel caos en la convención de socios el mes pasado, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo perfectamente. —Hice un gesto afirmativo—. Actuó mejor que muchos gerentes. Buena elección.

Guardamos silencio unos segundos, el tiempo suficiente para que él me lanzase una mirada más penetrante.

—¿Y tú qué? ¿Todo bien? —preguntó Frederico, aunque había más que simple curiosidad en su voz.

Me conocía demasiado bien.

—Todo bajo control —respondí demasiado rápido, devolviendo la atención a la pantalla del ordenador, como si allí hubiese algo urgente.

Pero no lo había.

Él no insistió. Se limitó a asentir y salió del despacho, dejando la puerta entreabierta, como siempre hacía.

El silencio volvió y, por primera vez aquel día, permití que mi mente escapara del trabajo.

Juliana.

Su nombre atravesaba mis pensamientos con una frecuencia que comenzaba a incomodarme. No por su presencia en sí, sino por la fuerza con la que aparecía.

Desde que entró en Tesoro Reale, la consideré simplemente otra empleada competente. Quizá algo más extrovertida de lo que me gustaba, pero eficiente.

Luego llegaron las citas. Los besos. Las conversaciones que se prolongaban más de lo debido.

Esa manera suya de mirar el mundo, como si siempre hubiera espacio para una sonrisa más, incluso en los lunes más insoportables.

Y ahora me encontraba allí. Sentado. Pensando.

Pensando en el brillo de sus ojos cuando le hablé sobre la nueva propuesta. En esa sonrisa involuntaria que intentó ocultar.

En cómo siempre se esforzaba por dar lo mejor, no para impresionarme, sino porque simplemente era así: ella se entregaba.

JULIANA ROCHA

Estaba realmente feliz.

Que mi trabajo fuese reconocido después de más de cinco años en la empresa era algo que me dibujaba una sonrisa cada vez que lo pensaba.

No se trataba solo de cobrar más o ascender. Era la sensación de que por fin se daban cuenta de que existía, de que no era simplemente la chica graciosa que animaba las mañanas en logística.

Que, más allá de mis bromas y mi sarcasmo, también era buena en lo que hacía. Muy buena.

Y, siendo sincera, la idea de un posible ascenso me estaba dando un nuevo impulso.

La sensación de que me viera quien realmente importaba —y con eso me refería específicamente a ese hombre de 1,92 metros que, por alguna extraña razón del universo, parecía cada vez más presente en mi vida—, me hacía sentir como si estuviera flotando.

Aquella noche me tumbé en el sofá con una manta fina sobre las piernas y el mando de la tele en una mano.

Estaba a punto de darle al play al nuevo episodio de la serie que había empezado la semana anterior —*La vida por casualidad*—, y me sentía emocionada por verlo, hasta que…

El móvil vibró. Miré la pantalla y casi se me cayó el mando al suelo.

Vittorio Del Castillo llamando.

—¿Qué…? —murmuré para mí misma, frunciendo el ceño antes de contestar—. ¿Sí?

—Estoy abajo. ¿Puedes abrirme?

Sencillo. Directo. Muy suyo.

Aun así, el corazón se me aceleró como si volviera a tener dieciséis años y mi amor platónico del instituto me estuviese llamando con la excusa de preguntar por los deberes, solo para hablar conmigo.

—¡Claro! —contesté, intentando sonar natural. Colgué y salté del sofá—. Este hombre tiene un pacto con el factor sorpresa, seguro…

Corrí hasta el espejo del pasillo, me coloqué el pelo rápidamente, me puse un poco de gloss y fui a abrir la puerta.

Cuando subió y lo vi en el pasillo, lo primero que llamó mi atención —además de su pelo perfectamente arreglado incluso después de un día largo— fue su aroma.

Ese hombre tenía un perfume que seguramente causaba más estragos emocionales que cualquier serie dramática que pudiera ver esa noche.

¿Y lo más adorable? Venía con una bolsa en la mano.

—He traído la cena —dijo, levantando la bolsa como si fuera un trofeo.

Abrí los ojos como platos, sorprendida y, obviamente, encantada.

—Espera… ¿comida de verdad? ¿O esas cosas fitness que comes a escondidas de tus hijos?

Soltó una pequeña risa.

—Comida de verdad. Pasta. De aquella trattoria cerca de la oficina que siempre dices que te encanta, pero a la que nunca tienes tiempo de ir.

Mi estómago gruñó en solidaridad ante aquella sorpresa. Le hice un gesto para que entrara.

—Pasa, pero no te fijes en el desastre. He tenido una semana muy liada y un inesperado encuentro con la pereza.

—Vivo con gemelos de seis años. Desastre es mi segundo nombre.

Entró con la tranquilidad de quien ya conocía el lugar. Dejó la bolsa en la barra de la cocina americana, la abrió como si estuviera en su casa y comenzó a sacar los cubiertos.

—¿Y qué ibas a ver antes de que invadiera tu noche?

—Una serie nueva, *La vida por casualidad*. Es ligera y divertida. Probablemente te parecerá una tontería —puse los ojos en blanco, bromeando.

—Puedo verla contigo, si quieres —respondió con naturalidad, aunque su voz sonó… diferente.

Como si aquella sugerencia implicase algo más que compartir una pantalla. Como si fuera una invitación a compartir más tiempo, más rutina.

Me quedé en blanco un par de segundos. Aquello era un avance enorme.

Y una parte de mí gritaba internamente: «¡Acepta, mujer!»

—¡Claro que quiero! Pero primero vamos a comer, porque si veo algo con el estómago vacío acabaré prestando más atención a tu plato que a la serie.

Nos sentamos en una mesa improvisada con cojines y platos de pasta que parecían sacados directamente de una película italiana. Charlamos entre bocado y bocado, hasta que en un momento dado no pude contenerme más.

—¿Por qué me ofreciste aquel ascenso? ¿Fue solo porque estábamos juntos?

Me miró con seriedad.

Y con esa intensidad tan propia de él, que hacía que me sintiera como si pudiera leerme igual que un libro abierto.

—No —respondió con firmeza—. Lo hice porque vi potencial en ti. Porque eres inteligente, tienes buenas ideas y sabes pensar de forma

práctica y creativa. Y porque, incluso cuando bromeas, tienes muy claro adónde quieres llegar.

Noté cómo me subía el calor a las mejillas. Sonreí sin poder evitarlo, y respondí rápidamente:

—¿Puedes repetirlo otra vez para grabarlo y usarlo como tono del móvil?

Él rio, negando suavemente con la cabeza.

—Eres imposible.

—Y aun así, me has elegido para ver una serie contigo. Menudo peligro corres.

Después de cenar, recogimos todo rápidamente. Se sentó a mi lado en el sofá —con cierta formalidad al principio, por supuesto— y yo pulsé el play.

Durante los primeros minutos, casi no presté atención, porque lo único en lo que podía pensar era en Vittorio, a mi lado, compartiendo algo sencillo. Algo casi íntimo. Como si simplemente estuviéramos… viviendo.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que quizá vivir a su lado no tuviera por qué ser tan complicado.



CAPÍTULO 43

«Algunos encuentros no cambian solo una noche; cambian la manera en que respiras durante los días siguientes».

VITTORIO DEL CASTILLO

Yo nunca hacía esto.

De hecho, ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que me había sentado simplemente a ver una serie en televisión.

Los dibujos animados eran la excepción —cortesía de Enrico y Giulia—, pero incluso entonces solía mirarlos mientras revisaba hojas de cálculo en el portátil o solucionaba asuntos de la empresa con el móvil en la mano.

Nunca, simplemente… veía la televisión.

Sin embargo, allí estaba yo. En el sofá de Juliana. En calcetines, después de una cena sencilla y, bueno, con una mujer que comentaba cada escena como si fuera la narradora oficial de todo lo que ocurría en pantalla.

—Si quieres parar, no pasa nada, ¿eh? —dijo al darse cuenta de cómo la miraba.

—No —respondí con calma—. Está interesante.

¿La verdad? Ni siquiera recordaba cómo se llamaba la serie. Algo sobre detectives excéntricos y asesinatos extraños. Pero no era la serie lo que realmente me interesaba.

Era ella.

Juliana se reía al ver una escena en la que el protagonista tropezaba mientras perseguía a un sospechoso. Sus ojos brillaban

cuando se implicaba en la historia, y se mordía ligeramente el labio inferior cuando sospechaba de algún personaje.

Yo lo observaba todo.

La manera en que inclinaba el cuerpo hacia delante, como si así pudiera meterse dentro de la televisión. Su pelo desordenado recogido en un moño improvisado. El aroma dulce que impregnaba el aire a su alrededor.

Ella comentaba cada cosa que ocurría en pantalla. Algunas veces con ironía, otras con dramatismo, pero siempre con gracia.

—¡Eso es una trampa, segurísimo! —exclamó señalando al televisor—. Mira qué cara tiene ese tío. Jamás te fíes de un hombre con jersey de rayas moradas.

Me reí. De verdad.

—Me lo apunto —respondí—. Jersey de rayas moradas, señal de problemas.

Terminó el episodio y cogió el mando.

—¿Quieres ver otro? ¿O ya ha sido demasiado para un empresario adicto al trabajo como tú? —preguntó, esbozando una

sonrisa traviesa y arqueando una ceja.

No contesté inmediatamente. Me había quedado mirándola.

No a su ropa sencilla ni a su pelo rebelde, sino a la forma en que conseguía hacerme sentir humano.

—¿Qué pasa? —preguntó al notar mi mirada—. ¿Intentas descubrir si soy una espía de la competencia? Porque si es así, ya te aviso que mi única arma secreta es una olla de brigadeiro.

Volví a reír. Ella tenía ese efecto en mí. Derribaba mis defensas con un par de frases y una sonrisa.

—Ven aquí —le dije, tirando suavemente de su mano.

No se resistió. Se sentó más cerca, sus ojos curiosos clavados en los míos. Bajé la mirada hacia su boca: esa boca que no sabía cuándo callarse y que, curiosamente, tanto deseaba besar.

Me incliné hacia ella y la besé. Con decisión, pero también con cuidado.

Su mano subió hasta mi cuello, sus dedos rozaron mi piel como si intentara memorizar aquel instante.

Cuando nos separamos por falta de aire, sonrió.

—Esto ha sido mejor que el episodio.

—Yo diría que ha sido el clímax de la temporada.

Ella rio. Después de eso, ya no volvimos a darle al play a ningún episodio más.

Nos acomodamos juntos en el sofá, aunque no por mucho tiempo. Al final acabamos en su habitación.

Sin prisas. Sin necesidad de demostrar nada.

La conexión iba más allá de lo físico. Era silenciosa y, de alguna manera, inevitable.

Horas más tarde, con Juliana dormida a mi lado, observé sus rasgos suaves bajo la tenue luz de la lámpara.

Su pecho subía y bajaba con calma, su rostro permanecía sereno y tenía una mano apoyada suavemente sobre mi pecho, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

JULIANA ROCHA

Dormí abrazada a Vittorio, y aquella sensación…

No sé cómo explicarla.

Era como si, durante una noche, el mundo hubiese decidido quedarse en silencio. Como si, durante unas horas, todos mis miedos se hubieran dormido conmigo y el ruido constante de mi mente hubiese decidido darme una tregua.

Desperté poco a poco, notando aún su cuerpo pegado al mío. Tenía la mejilla apoyada sobre su pecho firme, cuyo ritmo calmado me tranquilizaba, y una de mis piernas seguía entrelazada con la suya.

Durante unos segundos no me moví. Quise quedarme así un poco más para asegurarme de que aquello no era un sueño extraño provocado por demasiado chocolate y exceso de series.

Pero cuando finalmente levanté la cabeza, me di cuenta de que Vittorio estaba despierto. Sus ojos intensos me miraban fijamente.

—¿No has dormido? —pregunté con la voz todavía ronca por el sueño—. Vittorio… deberías haberme despertado. Tienes que trabajar, volver a tu vida seria de CEO imponente.

Él sonrió, y su sonrisa ahora era distinta. Menos contenida. Un poco más… mía.

—Ya estoy viviendo, Juliana. Y sí, dormí un rato, pero no quise moverme. Parecías tan tranquila…

Suspiré, recolocándome el pelo totalmente despeinado y el pijama, que ni siquiera era un pijama decente, sino una vieja camiseta de un grupo musical que llevaba usando desde la universidad.

—No debe de ser muy agradable quedarse despierto viendo cómo alguien babea la almohada —bromeé, intentando romper esa atmósfera íntima que amenazaba con hacerme llorar de felicidad—. Admito que quizá haya hablado sola mientras dormía. Si me quejé de la serie, finge que no lo oíste.

Él soltó una pequeña carcajada. Su risa era grave, discreta, pero cálida.

—Murmuras bastante. Y sonríes. Mucho. Me quedé observándote un rato.

Sentí cómo se me encendían las mejillas.

—Vale, eso es ligeramente inquietante, aunque también extrañamente adorable.

—Me gusta verte así. Sin prisas. Sin máscaras.

Respiré hondo, y mi boca habló antes de que mi cerebro pudiese reaccionar.

—Me encanta cuando dices esas cosas, aunque luego no sepa muy bien qué hacer.

Él acarició suavemente mi hombro con los dedos y suspiró.

—Pero ahora tengo que irme.

Asentí ligeramente, intentando no mostrar mi decepción.

Se incorporó en la cama y empezó a vestirse. Yo simplemente me quedé allí, observándole en silencio, con esa sensación absurda en el pecho. Esa clase de sensación que no le confiesas ni a tu mejor amiga, pero que se te escapa en sonrisas tontas cuando estás sola.

Después de ponerse la camisa y ajustarse los botones, Vittorio se acercó otra vez y se inclinó para besarme.

—Gracias —me dijo, apoyando brevemente su frente contra la mía—. Ha sido bonito.

—Lo ha sido. Muy bonito.

Él volvió a sonreír —esa media sonrisa que hacía que mi estómago diera vueltas— y salió, llevándose consigo aquel perfume amaderado que permanecería atrapado en mi almohada durante días.

Cuando la puerta se cerró, me quedé allí inmóvil unos instantes. Sola en la cama, abrazada a la almohada y sonriendo como una idiota.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí algo creciendo en mi interior: esperanza.



CAPÍTULO 44

«Algunos sueños comienzan despacio, en silencio, sin prometer nada; tan solo despertando la esperanza de que, quizás, algún día puedan hacerse realidad».

VITTORIO DEL CASTILLO

Decidí hacer un pícnic con mis hijos aquel soleado domingo, y resultó ser una de las mejores decisiones de la semana.

Después de días agotadores, reuniones interminables y la constante presión que llevaba asociada el apellido Del Castillo, lo único

que necesitaba era un poco de normalidad —o lo más parecido que pudiese conseguir—.

Extendí el mantel de cuadros sobre el césped del parque, coloqué cuidadosamente los zumos, la fruta troceada y los bocadillos que Carmen había preparado con especial cariño, y me senté allí a contemplar cómo Enrico y Giulia corrían entre los árboles, riendo y chinchándose como solo saben hacerlo los hermanos.

—¡Giulia! ¡Me has robado el avión de papel! —gritó Enrico indignado mientras perseguía a su hermana.

—¡No tenía dueño! —respondió ella escapando ágilmente y riendo como si la vida fuera sencilla.

Sonreí ante la escena, con el corazón cálido al verlos tan libres, tan llenos de vida.

Eran momentos así los que me recordaban por qué hacía todo lo que hacía. Por qué soportaba el peso de tantas decisiones y aquella rutina demencial.

Ellos eran el centro de mi mundo, aunque a veces tardara en admitirlo.

Me tumbé por un instante, apoyando un brazo detrás de la cabeza, y observé el cielo.

Era de un azul limpio, sin una sola nube. Y por un breve instante, el silencio dentro de mí contrastó con el bullicio infantil que me rodeaba.

Era uno de esos escasos momentos en los que me sentía realmente tranquilo.

Tranquilo y, de alguna forma, vulnerable.

Miré a mis hijos jugar y me pregunté cómo serían cuando crecieran.

¿Seguirían corriendo así? ¿Recordarían estos días sencillos en los que su padre, ese hombre siempre serio y ocupado, detenía el mundo para estar allí con ellos?

Esperaba que sí.

—¡Papá! —Giulia me llamó jadeando, con el pelo castaño pegado a su frente sudorosa—. ¿Vienes a jugar con nosotros al juego de la estatua?

Enrico apareció enseguida, con la misma ilusión en sus ojos castaños, idénticos a los de su madre.

—¡Sí! ¡Pero no puedes hacer trampas solo porque seas adulto!

Me senté y levanté las manos en un teatral gesto de rendición.

—¿Yo? ¿Hacer trampas? Jamás. —Me puse de pie, sacudiéndome los pantalones del traje como si aquel atuendo encajase en un domingo en el parque—. Pero os aviso: vais a perder.

—¡Eso habrá que verlo! —dijo Giulia, apuntándome desafiante con el dedo.

Y así, entre vueltas, risas y juegos que carecían de cualquier lógica, me entregué por completo a aquel instante.

Me olvidé de la empresa, de los correos electrónicos, de las hojas de cálculo e incluso de todas las incertidumbres que Juliana había despertado en mí durante las últimas semanas.

Allí, con Enrico y Giulia, solo era un hombre. Un padre. Un ser humano intentando que las cosas salieran bien. Y, en ese momento, parecía que lo estaba consiguiendo.

JULIANA ROCHA

—¡Estás demasiado feliz! —comentó Camila con aquella sonrisilla de quien sabe perfectamente qué se esconde detrás del brillo de mis ojos.

Me giré de lado en la tumbona, ajustándome las gafas de sol y mirando a mi mejor amiga como si me acusara de un crimen —del que, sinceramente, me encantaría ser culpable—.

—Quizá un poco —respondí encogiéndome de hombros, intentando aparentar indiferencia, aunque mi sonrisa lo delataba todo —. Solo un poquito, ¿sabes? Como… «contentilla». Nada más.

—Ajá. ¿Y esa «contentilla» incluye ahora a un millonario viudo viendo series en tu casa como si fuera tu novio?

Puse los ojos en blanco, pero no pude contener la carcajada.

—¡Ay, Camila! ¡Deja ya de tomarme el pelo! Tampoco es para tanto. —Hice una pausa y suspiré—. Vale, puede que un poco sí. Vino a casa, trajo comida, y se quedó viendo una serie conmigo. ¿Te lo puedes creer? Vittorio Del Castillo viendo series. Eso sí que es amor.

Camila soltó una carcajada, golpeándose el muslo con la mano.

—¿Y le gustó?

—Dijo que era «interesante». Aunque pasó más tiempo mirándome a mí que a la serie, así que supongo que… ¿sí? —Me mordí el labio inferior al recordar su mirada sobre mí, intensa y silenciosa—. Y lo más increíble es que está empezando a contarme más cosas sobre él, ¿sabes? De su vida, de su pasado… de todo. A veces parece que quiere abrirse, aunque todavía se bloquea un poco. Pero ya es algo.

—Amiga, estás totalmente pillada —dijo ella con dramatismo, apoyando la barbilla sobre la mano—. Y te confieso que estoy deseando que pase algo de verdad. Te mereces a alguien que vea lo increíble que eres.

Sonreí, sintiendo un calor distinto que no venía del sol.

—Gracias. Lo único que me da miedo es estar fantaseando demasiado, ¿sabes? Pero hay momentos en que él me mira como si viera mucho más de lo que dejo ver.

—Te entiendo perfectamente. Pero tienes que ir con el corazón ligero. No puedes controlarlo todo. A veces solo tienes que vivirlo.

—Estoy en ello.

En ese instante, los hijos de Camila —Davi y Jade— aparecieron corriendo por el jardín, riendo a carcajadas, con el pelo al viento y las mejillas coloradas.

Davi llevaba un cubo lleno de juguetes, y Jade corría detrás con una muñeca entre las manos.

—¡Tía Ju! —gritó Jade, corriendo hacia mí y lanzándose sobre mi regazo.

—¡Mirad quién ha llegado! ¡Mi dúo de traviesos favorito! —bromeé, llenando de besos a Jade mientras Davi me ofrecía un castillo de arena improvisado hecho con un cuenco de cocina.

Mientras ambos hablaban sin parar sobre sus «planes secretos» para aquella tarde, dejé que mi mirada se desviara hacia Camila, que sonreía observando a sus hijos, y luego volví a fijarme en los pequeños delante de mí.

Algo dentro de mí se encendió. Una mezcla de ternura, anhelo y nostalgia por todo aquello que aún no había vivido.

¿Será que algún día tendré esto?, pensé, observando aquella escena tan cotidiana para muchos, pero tan especial para mí.

Quería una familia. Siempre la había querido.

Y en ese instante, más que nunca, deseé que aquel sueño dejara de ser solo un anhelo escondido en mi interior, y se convirtiera, por fin, en una realidad posible.



CAPÍTULO 45

«El silencio no siempre significaba indiferencia; a veces era solo la manera más discreta que alguien tenía de intentar entender lo que sentía».

JULIANA ROCHA

2 meses después

Mi rutina era caótica, pero, de alguna manera, me estaba gustando.

De lunes a sábado, el despertador sonaba incluso antes de que el sol decidiera asomarse por el cielo.

El trabajo en Tesoro Reale ya era exigente de por sí, pero ahora, con las pruebas y los entrenamientos para el nuevo puesto que había mencionado Vittorio, sentía que había entrado en un reality de supervivencia corporativa.

Reuniones, análisis, presentaciones, tareas extra y, por supuesto, el fiel café que sostenía mi alma.

Incluso los sábados, que antes significaban series y café en la cama, ahora estaban llenos de hojas de cálculo, sesiones de brainstorming y elaboración de informes.

A pesar del cansancio físico, notaba algo diferente en mi interior: una sensación de pertenencia, como si por fin estuviera dejando de ser simplemente otro nombre en una tarjeta identificativa.

Me sentía importante.

—Aunque, importante o no, alguien aquí necesita unas buenas vacaciones con spa, masajes y absoluto silencio —murmuré por lo bajo mientras tecleaba el décimo correo de la mañana.

Por mucho que mi vida profesional estuviera floreciendo, mi mente insistía en volver a un tema que intentaba relegar al fondo del cajón: Vittorio Del Castillo.

Hacía días que no lo veía.

Quizá semanas, si contaba los encuentros reales, los auténticos, y no los saludos educados en los pasillos de la empresa. Él también estaba hasta arriba de trabajo, claro. Pero… había algo más.

Nuestra relación —si es que podía llamarse así— parecía haberse quedado en modo pausa.

Las citas se habían vuelto escasas, los mensajes menos frecuentes, sus gestos más distantes. Y aunque intentaba no sacar conclusiones precipitadas, mi corazón ya empezaba a garabatear hipótesis incómodas en la pizarra blanca de mi mente.

¿Estaría arrepintiéndose? ¿Quizá nunca fui para él más que una distracción pasajera?

Sacudí la cabeza intentando alejar el peso de las dudas, pero mi amiga Camila no me dio ni tiempo a respirar profundamente.

—¿Juliana? ¡Tierra llamando a Juliana! —me dijo, dándome un ligero empujón en el hombro—. Ya llegamos tarde a la reunión con el comité de promoción. ¿Vamos?

—Sí, voy —respondí intentando sonar animada, aunque mi voz salió más bien como un suspiro.

Mientras caminábamos por los pasillos de la empresa, Camila me miró con curiosidad.

—Estás rara. ¿Has vuelto a ver al fantasma de la ex, o solo es cansancio?

—Quizá una mezcla de ambas cosas —bromeé, forzando una sonrisa—. Pero simplemente tengo la cabeza llena. Estamos trabajando demasiado.

Camila asintió con comprensión, aunque sabía que podía ver perfectamente a través de mi fingimiento. Siempre lo hacía.

Al entrar en la sala de reuniones, vi algunas caras conocidas —directores de departamentos, la responsable de recursos humanos e incluso uno de los socios más antiguos de Tesoro Reale—.

Todos parecían atentos, muy serios. Sentí un cosquilleo nervioso en el estómago. Respiré profundamente, me ajusté la americana y me senté junto a Camila, intentando concentrarme.

Mientras las voces resonaban en la sala, cogí mi libreta y empecé a tomar notas. Algunas ideas que surgían allí podrían ser útiles más adelante, para alguna presentación o una nueva propuesta.

Tomar apuntes me mantenía en el presente. Me alejaba de aquellos pensamientos insistentes sobre cierto hombre de metro noventa y dos y mirada indescifrable.

En ese instante, me prometí a mí misma que, ocurriera lo que ocurriese con Vittorio —o lo que no ocurriese—, aprovecharía cada segundo de esta nueva oportunidad.

Sería la mejor empleada que esta empresa hubiera tenido jamás. Porque quizás, al fin y al cabo, eso era lo único que realmente podía controlar: mi esfuerzo.

Mi camino. Mi propio brillo.

VITTORIO DEL CASTILLO

Mientras revisábamos los informes, Frederico y yo nos dimos cuenta de que la empresa había crecido más de lo previsto aquel semestre.

Las estrategias adoptadas en los últimos meses —especialmente el lanzamiento de las nuevas soluciones en logística y almacenamiento inteligente— comenzaban a dar sus frutos.

—Estos datos no mienten —comentó Frederico, señalando una de las tablas en la pantalla frente a mí—. La curva de crecimiento en el sector de distribución prácticamente se ha duplicado. Si seguimos así, podríamos incluso revisar la previsión del próximo trimestre.

Asentí ligeramente con la cabeza, los ojos aún fijos en las estadísticas.

—El nuevo sistema de seguimiento ha sido uno de nuestros mayores aciertos. También el cambio de enfoque en marketing. Aunque todavía quedan cosas por ajustar.

—Siempre las hay —coincidió él—. El éxito llega, pero la presión se multiplica.

Nos quedamos en silencio unos segundos, asimilando la información. Hasta que, como hacía siempre, Frederico cambió a un tema más ligero:

—¿Y cómo están tus pequeños?

Miré brevemente el reloj.

Aquella era una pregunta que inevitablemente me hacía pensar en ellos, incluso cuando la rutina intentaba mantenerlos apartados de mi mente.

—Están muy bien. Giulia se levanta cada día preguntando si puede pintar las paredes de su habitación con rotuladores. Enrico sigue empeñado en desmontar todo lo que encuentra. La gobernanta ya ha desistido de entender cómo funcionan esos dos.

Frederico soltó una breve carcajada.

—Gemelos con personalidades opuestas. Imagino lo entretenido que es. Los míos también están en esa etapa de hacer preguntas incómodas e imitar cualquier palabra que pronuncias mal.

—Normal —respondí, sonriendo ligeramente—. Es cuando te das cuenta de que te observan continuamente y tienes que medir hasta las respiraciones.

Él cruzó los brazos y me observó atentamente. Entonces llegó lo que ya había previsto:

—¿Y Juliana?

No aparté la mirada, pero tardé en contestar. Deslicé los dedos por el borde de la mesa, pensativo.

—Últimamente no nos vemos mucho —respondí con sinceridad —. Desde que ella empezó los entrenamientos y las pruebas para su nuevo puesto, nuestro tiempo se ha reducido bastante. Y, bueno, el mío también está muy limitado.

—Lo entiendo. Pero ¿cómo están realmente las cosas entre vosotros?

El silencio que siguió fue más largo de lo que debería haber sido.

Era extraño, porque técnicamente todo iba bien. No había discusiones ni desencuentros importantes.

Sin embargo, existía una distancia. Una pausa silenciosa que ninguno parecía querer reconocer.

—Normal —dije con un tono que no convencía ni siquiera a mí mismo.

Frederico levantó una ceja, escéptico.

—Vittorio…

—Lo sé —lo interrumpí antes de que pudiera continuar—. Simplemente creo que ahora lo mejor es dejar las cosas tal como están. Sin forzar nada. Si tiene que evolucionar, evolucionará de forma natural.

Me observó durante unos segundos más, pero no insistió. Se limitó a asentir, aún desconfiado, y volvió a centrarse en la siguiente tabla.

Sin embargo, mientras él seguía hablando sobre previsiones y estrategias, mi mente ya estaba en otro lugar.

Intenté apartar aquellos pensamientos, pero Juliana aparecía constantemente para traerme de vuelta a la realidad.

Su sonrisa fácil, sus bromas inesperadas, la forma en que hablaba mientras gesticulaba con las manos. Su ligereza contrastaba con mi

rigidez, y quizá precisamente por eso me intrigaba tanto.

En el fondo, sabía que debía tomar una decisión.

O, al menos, empezar a ser más claro con ella.

El problema era que, aunque fuese un hombre acostumbrado a tomar decisiones difíciles todos los días, cuando se trataba de sentimientos, aún no tenía todas las respuestas.



CAPÍTULO 46

«El problema de enamorarse de alguien reservado es que nunca sabes hasta dónde puedes llegar».

JULIANA ROCHA

—Entonces… ¿vamos a tener una jefa buenorra?

—¡Tranquilo, Michael! La vida no es tan dulce. Además, aún estoy a prueba; ¡pueden despedirme antes de convertirme en mousse!

Michael soltó una carcajada y se echó hacia atrás en la silla de madera del pequeño bar acogedor situado en la esquina de mi edificio.

El local era íntimo, con luces cálidas que colgaban del techo y una playlist suave de música brasileña sonando de fondo. El típico lugar que lograba que te olvidases por un rato del caos del mundo exterior.

—Pero dime, ¿te sientes poderosa? —preguntó él, arqueando una ceja con esa expresión burlona que solo él dominaba.

—Más o menos. Me siento como Cenicienta, solo que en lugar de zapatitos de cristal, me han regalado una hoja infinita de Excel.

—Eso sí que es magia moderna —rió de nuevo, golpeando ligeramente la mesa con la mano—. ¿Y qué tal la gente? ¿Te están tratando bien?

—Sí, sí. Camila está siempre conmigo, y la jefa ha sido bastante maja, nada de típica villana de Disney. Y Vittorio…

—¡Ajá! ¡Sabía que ese nombre acabaría saliendo! —dijo, apuntándome con el dedo como si hubiese ganado una apuesta.

—Eres imposible —murmuré entre risas, llevándome el vaso de zumo a los labios.

Sí, zumo. Porque hoy no estaba para alcohol. El caos del trabajo ya era suficiente para emborracharme de ansiedad.

—Venga, cuéntame más sobre vosotros. ¡Me lo debes!

—Estamos bien… creo. —Me encogí de hombros, aunque Michael me conocía demasiado bien como para creerse aquello.

—Juliana, mírame. Tú no estás «bien». Tienes esa cara de «quiero, pero no sé si debería». Y esa no eres tú.

Suspiré, dejando el vaso sobre la mesa y mirando al fondo de mi propia alma durante un par de segundos.

—Después de aquella conversación, las cosas mejoraron un poco. Él se abrió algo más, volvimos a estar juntos. Pero luego llegó este caos del nuevo puesto, y él también está saturado. Y ahora… no sé. Ha vuelto a estar distante. Y yo intento no darle vueltas, ¿sabes?

—Pero ya lo has hecho, ¿verdad? —respondió él con cariño, tomando mi mano sobre la mesa—. Ju, estás enamorada. Y no hay nada malo en eso. Pero tienes que saber si él está en el mismo punto que tú. Si no, acabarás entregando el doble.

Asentí lentamente, sintiendo que sus palabras se adherían a mí como esa purpurina que nunca consigues quitarte del todo.

Sabía que tenía razón. Solo que no quería admitirlo en voz alta, porque cuando verbalizas algo, se vuelve demasiado real.

—Sí, creo que lo estoy —confesé finalmente—. Pero tampoco quiero forzar nada. Es un hombre complicado: viudo, padre, y su mundo es muy distinto al mío.

—¿Y tú crees que al amor le importan los mundos diferentes? —Michael sonrió con ternura—. Ju, tú eres luz. Si él no lo ve, quizá no merezca tanto brillo.

Solté una risa suave, conmovida por la sencillez con la que expresaba verdades que yo intentaba evitar.

—Vale, basta de terapia. Hablemos de ti. ¿Cuántos líos llevas acumulados desde el martes?

—Tres: un repartidor, un entrenador personal y un tatuador que cree que es astrólogo en sus ratos libres.

—Madre mía. Tengo que escribir un libro sobre tu vida.

Volvimos a reír y la conversación pasó a nuestros chistes privados, recuerdos de la universidad, memes y tonterías que solo nosotros dos entendíamos. Pero aunque las risas eran sinceras, sus palabras seguían resonando en mi interior.

¿Estaría entregándome demasiado a alguien que quizá nunca estaría dispuesto a zambullirse conmigo?

Y lo peor: ¿me estaba conformando con migajas solo porque me gustaba demasiado lo poco que él me ofrecía?

La respuesta aún no tenía nombre.

Pero en ese instante supe que debía seguir siendo yo misma.

Entera. Ligera. Y, sobre todo, sincera conmigo misma.

VITTORIO DEL CASTILLO

Estaba sentado en el suelo del salón, rodeado de piezas de construcción, un tablero improvisado con reglas inventadas por Enrico y un cronómetro de cocina que pitaba en cada ronda. Giulia anotaba los puntos en una pizarra infantil, con la seriedad de una inspectora de Hacienda.

—¡Papá, si pierdes esta ronda tendrás que bailar! —anunció Enrico, con los ojos brillantes ante la idea de verme pasar vergüenza.

—Eso no estaba en las reglas originales —protesté, arqueando una ceja mientras colocaba estratégicamente una pieza en el tablero.

—Ahora sí lo está —replicó Giulia, cruzándose de brazos con autoridad.

Suspiré teatralmente, fingiendo indignación, aunque, en el fondo, hacía mucho tiempo que no me divertía tanto.

Ver a mis hijos riéndose, dirigiendo su propio mundo, inventando juegos y cambiando las normas cada cinco minutos… aquello era diferente.

Era esa clase de caos bonito, el que te llena por dentro.

Fue en ese preciso instante cuando me di cuenta: aquel era uno de los días que más había disfrutado últimamente.

Ningún informe, ninguna reunión de accionistas ni objetivo alcanzado podía compararse con ver a mis hijos riendo en el suelo del salón. Incluso si eso significaba terminar bailando la canción de «La gallina Turuleca» como castigo.

Después de finalizar el campeonato con múltiples empates, nos sentamos juntos en el sofá.

Enrico se acurrucó a mi lado, apoyando la cabeza en mi brazo. Giulia se subió a mi regazo con un dibujo en la mano, mostrándome algo que había hecho para el colegio: era nuestra «familia», dibujada con lápices de colores —y estábamos solo nosotros tres—.

El silencio duró poco.

—Papá… —comenzó Enrico con voz suave—. ¿Qué es exactamente lo que haces en el trabajo?

Sonreí. Aquella pregunta era recurrente.

—Pues soluciono muchos problemas, tengo reuniones con gente importante, pienso en nuevas ideas y trato de que todo funcione bien.

—¿Como el director del cole? —preguntó Giulia.

—Algo así —respondí, intentando simplificarlo.

—¿Y por qué sales tanto de casa? —preguntó Enrico, ahora con una expresión más seria.

—Porque forma parte de mi trabajo. A veces necesito salir para reunirme con esas personas y hablar con ellas.

—¿Sales para ver también a la chica guapa? —soltó Giulia de repente.

El silencio cayó como una bomba. Parpadeé, sorprendido.

—¿Qué chica guapa? —pregunté, desconcertado.

—La que estaba contigo el otro día en tu empresa y también en el cumple de Jade. Juliana. La vimos una vez cuando fuimos allí, ¿te acuerdas?

Enrico se giró hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿Vas a ser novio suyo, papá?

—¡Sí! —Giulia se unió al coro—. ¿Te vas a casar otra vez?

Abrí la boca y la cerré de inmediato. Luego la abrí de nuevo.

La verdad era que no sabía qué responder.

—Nosotros echamos de menos tener una mamá —dijo Enrico de repente, con un susurro que casi me rompió por dentro—. Pero creo que estaría bien tener a alguien aquí. Alguien que esté con nosotros y nos cuente cuentos, como hacen las mamás de mis amigos.

Giulia asintió con entusiasmo.

—A todo el mundo le gusta alguien, papá. En el cole todos tienen un «mejor amigo» o un «crush». Tú también deberías tener a alguien que te guste.

Fue imposible no pensar en Juliana en ese momento.

En la facilidad con la que reía. En la ligereza con la que vivía, incluso cuando todo parecía difícil.

En la dulzura que ocultaba bajo su humor afilado. En su voz animada cuando hablaba de cualquier cosa; incluso algo tan simple como un café podía convertirse en una epopeya si lo contaba ella.

Me gustaba Juliana. ¿Pero sería suficiente?

¿Sería justo involucrar a mis hijos en esta historia sin saber si lo que teníamos podía realmente durar?

Respiré hondo, intentando sonreír, aunque el corazón se me aceleraba.

—Yo os quiero muchísimo a los dos —les dije, atrayéndolos hacia mí en un abrazo—. Y os prometo que, si algún día de verdad me gusta alguien, vosotros seréis los primeros en saberlo.

Parecieron conformarse con esa respuesta, volviendo a charlar sobre el juego, los próximos castigos y las ideas para el campeonato del día siguiente. Pero yo me quedé allí, en silencio, mirando hacia ninguna parte, escuchando el eco de sus palabras dentro de mí.



CAPÍTULO 47

«Él siempre había creído que lo tenía todo bajo control, hasta que descubrió que ciertos sentimientos no siguen ningún plan».

JULIANA ROCHA

Aquella semana era decisiva para saber si finalmente conseguiría el puesto.

Había pasado días enteros totalmente concentrada, respirando presentaciones, hojas de cálculo y tests de razonamiento lógico como si

fuesen oxígeno. Y ahora estaba en esa fase tan angustiosa en la que lo único que podía hacer era esperar.

Esperar e intentar no devorarme todas las uñas durante el proceso.

Esa mañana terminé la última tarea relacionada con la entrevista. Entregué todo según lo acordado, lo revisé mil veces y, finalmente, respiré aliviada. Volví a mis tareas en logística con la cabeza dando vueltas sin parar: ansiedad, expectativas y una pizca de esperanza mezclada con miedo.

La tarde pasó lentamente, como si el reloj se hubiera declarado en huelga. Al terminar mi jornada, recogí mis cosas, me despedí de Camila y me fui directa a casa.

Necesitaba una ducha. Preferiblemente una de esas que te limpian hasta los pensamientos.

Nada más salir del baño, con la toalla enrollada en el pelo y la bata algo torcida, mi móvil vibró sobre la mesilla.

Una notificación de WhatsApp.

Vittorio Del Castillo. Mi corazón, que ya estaba en la montaña rusa de la espera, se lanzó a una bajada aún más vertiginosa.

«Si estás libre, había pensado que podríamos salir esta noche. ¿Te parece bien?»

Ni lo pensé. Ni dudé. Sí. Mil veces sí.

Respondí con un sencillo «Claro» y un emoji para aparentar tranquilidad, aunque por dentro ya estaba eligiendo mentalmente qué vestido ponerme y rezando para que mi eyeliner cooperase.

Elegí un vestido midi burdeos de tirantes finos que combinaba perfectamente con la noche y con el perfume que solo usaba cuando quería impresionar. Unas horas después, allí estaba él, parado frente a mi edificio con su coche elegante y una mirada aún más elegante.

—Hola. —Sonreí al subir al coche—. Siempre apareces de la nada, ¿lo sabías?

—Y tú siempre estás preciosa —respondió, con una leve sonrisa dibujada en la comisura de sus labios.

Esos cumplidos suyos, tan naturales y espontáneos, me desordenaban completamente por dentro.

Fuimos a un sofisticado restaurante italiano, de esos donde la servilleta parece más cara que mi factura de luz. Un jardín interior con luces cálidas colgando entre los árboles y mesas cubiertas con manteles blancos bordados. Y, por supuesto, un camarero que me llamó «señorita» y me trató como si fuese una duquesa.

Al principio charlamos sobre temas ligeros.

Trabajo, sus hijos, una nueva expansión en Tesoro Reale. Estaba animada, y no solo por el vino rosado que bajaba con tanta facilidad, sino por estar allí. Por haber sido elegida para aquella noche.

Pero entonces, de la nada, como si fuera un pequeño detalle entre el entrante y el plato principal, soltó:

—Enhorabuena.

Fruncí el ceño, sin entender a qué se refería.

—¿Por qué?

Me observó fijamente durante unos segundos antes de responder:

—Por el puesto. Lo has conseguido, Juliana. Empiezas como Supervisora de Proyectos Operativos a principios del mes que viene.

Por un momento creí haber escuchado mal. O quizás estaba delirando. Pero su mirada permanecía fija en la mía, y esta vez no era una provocación.

Era real.

—¿Lo conseguí? ¿De verdad… lo conseguí? —Me incliné hacia delante sobre la mesa, como si eso me ayudara a procesarlo mejor—. ¿Me han ascendido? ¿A mí?

—A ti —confirmó con una sonrisa discreta—. Has pasado todas las pruebas, cumplido los plazos, presentado soluciones brillantes. Esto es mérito tuyo.

Solté un pequeño gritito, lo suficientemente discreto para no ser expulsada del restaurante, pero lo bastante intenso para hacerle reír.

—¡Madre mía, no me lo puedo creer! ¡Gracias, Vittorio! ¡De verdad!

—No me des las gracias. Esto lo has conseguido tú sola.

Y en aquel momento, en aquella mesa rodeada de luces cálidas y platos caros, me sentí reconocida. Valorada. Vista.

No por ser «la Juliana que sale con el jefe». Sino por ser la Juliana que trabaja duro, que aporta ideas, que entrega resultados.

VITTORIO DEL CASTILLO

Estaba feliz por ella.

Más que eso: ver a Juliana sonriendo, con los ojos brillantes de ilusión, me provocaba una sensación que no acostumbraba a experimentar con frecuencia.

Era una mezcla de alivio, orgullo y una extraña punzada en el pecho.
De esas buenas. De esas raras.

Ella hablaba con entusiasmo sobre su nuevo puesto, los proyectos que podría liderar, las ideas que empezaban a surgir en su cabeza como fuegos artificiales.

Yo simplemente la observaba. La observaba y escuchaba. Me fijaba en la manera que tenía de gesticular con las manos, en cómo se le entrecerraban los ojos cuando se emocionaba con alguna posibilidad.

—Estaba pensando en sugerir una mejora en el proceso de integración para los nuevos empleados —decía entre bocado y bocado

—, porque ya he visto a tres compañeros perderse completamente durante la primera semana. ¿Crees que podría hacerlo?

—Creo que debes hacerlo —respondí con media sonrisa—. Tu nueva función exige que veas más allá de tu propia rutina. Justamente eso es lo que quiero ver.

Ella rio, algo avergonzada, pero claramente satisfecha con mi respuesta.

La cena transcurrió tranquila. Sin presiones, sin ese peso que a veces flotaba sobre nosotros.

Simplemente fue una noche agradable. De esas que podrían repetirse sin que me importara lo más mínimo. De hecho, quizá hasta deseaba que se repitieran.

Después de pagar la cuenta, volvimos hasta el coche. La noche estaba fresca, el cielo despejado, y algunas estrellas se asomaban tímidamente a pesar de las luces de la ciudad.

El trayecto hasta su edificio fue silencioso, aunque no incómodo. Era como si estuviésemos aprovechando los últimos minutos de una buena conversación que no necesitaba palabras.

Aparqué frente a su portal y, antes de que dijera cualquier cosa, la miré.

—Esta noche no subiré —anuncié con mi tono habitual, tranquilo y firme—. Mañana temprano tengo una reunión importante y necesito revisar algunas cosas en cuanto llegue a casa.

Ella asintió, siempre comprensiva, aunque sabía que preferiría que me quedara.

—No pasa nada —respondió con una sonrisa dulce—. Gracias por la cena, por la noche… y por todo.

—No tienes que agradecerme nada —contesté—. Esto te lo has ganado tú sola, Juliana. Cada parte de este logro es mérito exclusivamente tuyo.

Ella se mordió suavemente el labio inferior, y supe que eso significaba que estaba conteniendo algún comentario burlón. Pero esta vez no llegó. Tan solo una sonrisa.

—Buena suerte mañana —dijo, abriendo la puerta—. Y gracias otra vez.

Antes de que saliera por completo, añadí:

—Sé que harás un trabajo excelente.



CAPÍTULO 48

«Los días pasaban deprisa, pero los sentimientos que ella intentaba ocultar seguían allí, insistentes».

JULIANA ROCHA

1 mes después

Un caos.

Si tuviese que definir mi nueva rutina en una sola palabra, sería esa: un caos absoluto.

Comenzar en un nuevo puesto en Tesoro Reale parecía emocionante —y en realidad lo era—, pero la realidad aterrizó con fuerza. Apenas había tomado asiento y ya tenía una montaña de correos pendientes, reuniones encadenadas una tras otra, nombres nuevos que memorizar, peticiones que surgían de la nada y un calendario que parecía diseñado por alguien que odiaba las horas de comida.

Y aquello era solo el principio.

—Juliana, mañana a primera hora tenemos que revisar los informes de rendimiento de la última quincena, ¿vale? —me recordó un compañero del nuevo equipo mientras pasaba apresurado a mi lado, con más papeles en la mano.

—Claro, hagamos como si no tuviera planeado dormir esta noche —murmuré para mí misma, sonriendo solo para disimular la desesperación.

Respiré profundamente, me enderecé en la silla y volví a concentrarme en el ordenador.

A pesar del caos, había una parte de mí —una parte pequeña pero muy cabezota— que se sentía ilusionada.

Estaba creciendo.

Había conseguido esto con mi esfuerzo, y sabía que podría lograrlo. Aunque, sinceramente, la tentación de esconderme bajo la mesa durante unos minutos era real.

Entre correo y correo, tuve que bajar a una sala de reuniones en la octava planta. Mientras caminaba por el pasillo abarrotado, intercambiando «buenos días» y sonrisas automáticas con la gente, vi a Vittorio a lo lejos.

Estaba de espaldas, hablando con dos hombres trajeados, probablemente inversores o socios estratégicos. Sus gestos eran seguros, el traje perfectamente ajustado a su cuerpo alto, y, aun desde la distancia, era imposible ignorar su presencia imponente.

Sin embargo, lo que realmente me dolió fue que no me viera.
De hecho, ni siquiera miró en mi dirección.

Y sí, estaba ocupado, eso lo entendía perfectamente. Pero, por mucho que intentara convencerme de ello, la incomodidad crecía dentro de mí.
Mi cerebro sabía que todo estaba bien, que aquello era parte del acuerdo… pero mi corazón aún no lograba acostumbrarse a no ser una prioridad en su vida.

Durante el último mes, desde mi ascenso, nos habíamos visto muy poco.

Ambos saturados de compromisos. Él con reuniones, viajes relámpago, decisiones cruciales. Yo con nuevos informes, responsabilidades, un equipo a mi cargo. Cuando conseguíamos coincidir, era agradable, pero superficial.

Sin muchas preguntas, sin grandes planes.

A veces me preguntaba si él me echaba de menos tanto como yo a él.

¿Pensaría en mí a mitad del día? ¿O simplemente había sido alguien más que había pasado por su vida, una pausa breve entre un dolor aún sin resolver y su siguiente gran proyecto?

Suspiré, apretando la carpeta contra el pecho y obligándome a seguir caminando.

No era el momento de pensar en eso. Tenía que concentrarme. Entregarme a mi trabajo, ese que tanto había soñado conseguir.

De regreso a la sala, me senté y me obligué a sumergirme en el contenido de la reunión. Intenté prestar atención a las proyecciones, a las gráficas, a las opiniones del nuevo equipo. Tomé notas, participé,

aporté ideas. Incluso hice algunas bromas ligeras para aliviar el ambiente, por lo que incluso recibí felicitaciones.

Pero aun así, una parte de mí seguía en otro lugar.

Un lugar donde Vittorio me miraba y me decía que estaba enamorado. Un lugar en el que dejaba claro que me veía como algo más que un romance casual entre cenas y silencios.

Todavía distraída, giré por el pasillo de la empresa en modo automático hasta que una voz conocida me devolvió bruscamente a la realidad.

—¡Llegas tarde, señorita Juliana! —dijo Camila, con una mano en la cintura y una sonrisa en la cara—. Llevo diez minutos esperándote en la cafetería. Eso es traición entre amigas.

—¡Madre mía! ¡He perdido completamente la noción del tiempo! —dije, acelerando el paso para alcanzarla—. Pero mira el lado positivo: he llegado viva, a pesar de estos tacones. Eso ya es una victoria.

Ella rio, y caminamos juntas hasta el comedor de la empresa, donde cogimos nuestras bandejas y nos sentamos en una mesa apartada.

—¿Qué tal tu nuevo departamento? —pregunté, tomando mi zumo.

—Una locura. Me han asignado un proyecto nuevo que parece no tener fin. Pero ¿sabes qué? Me encanta. Por fin siento que alguien me escucha. ¿Y tú? ¿Cómo llevas la adaptación?

—Caótica —respondí resoplando suavemente—. Reuniones, informes, presión, plazos, pero estoy contenta. Me siento importante. Como si finalmente todo lo que he hecho hasta ahora mereciera la pena.

—Estoy muy orgullosa de ti, ¿lo sabes? —dijo ella, con los ojos brillantes—. Sé que lo vas a hacer genial. Pero… —Camila me miró con esa expresión curiosa que yo ya conocía bien— vayamos a lo que importa: ¿y Vittorio?

Puse los ojos en blanco, lanzando la servilleta sobre la mesa como si eso ayudase a dramatizar mi frustración.

—No está. Así de sencillo.

—¿Cómo que no está?

—Casi no nos vemos. Él está ocupado, yo también. Y cuando conseguimos vernos, todo es superficial. Sin aquella conexión que

parecía estar creciendo al principio. Creo que necesito hablar seriamente con él. Poner las cartas sobre la mesa.

Camila guardó silencio unos segundos, masticando lentamente mientras me observaba atentamente.

—¿Y cómo lo llevas tú realmente?

Exhalé lentamente, revolviendo el arroz de mi plato.

—No lo sé. Te juro que no lo sé. Una parte de mí está tan concentrada en el trabajo que parece que sigo adelante, ¿sabes? Pero otra parte… —hice una pausa, mirando la bandeja como si pudiera encontrar respuestas allí— …esa otra parte no deja de pensar en él. En cómo me mira a veces. En las pocas palabras que intercambiamos. En el silencio que siempre viene después.

—Juliana… —dijo ella, extendiendo la mano y tomando la mía—. Todo irá bien. Aunque no sea exactamente como esperabas, irá bien. Eres fuerte. Y mereces a alguien tan dispuesto como tú.

Asentí, intentando que las lágrimas no asomaran a mis ojos.

—Solo espero que, cuando llegue esa conversación, no termine decepcionándome aún más.

Camila sonrió con suavidad.

—O quizás te sorprendas.



CAPÍTULO 49

«El silencio no siempre significaba paz; a veces tan solo ocultaba la confusión de quien aún no sabía lo que sentía».

VITTORIO DEL CASTILLO

—Estás distinto, hijo.

Hoy era el cumpleaños de mi madre.

La mesa estaba llena de flores, dulces caseros y recuerdos colgados por las paredes. En la casa donde crecí todo parecía intacto,

excepto esa parte de mí que siempre se quedaba más expuesta al cruzar aquella puerta.

Sonreí, tratando de aparentar más tranquilidad de la que realmente sentía.

—Solo estoy cansado, mamá. Esta semana he trabajado demasiado. — Desvié la mirada, moviendo el vaso de agua como si hubiera algo muy interesante en su interior.

Pero mi madre nunca se conformaba con respuestas superficiales. Me miró como solo una madre sabe hacerlo: atravesando cualquier coraza, leyendo lo que nadie más lograba ver.

—No me mientas, Vittorio. Hay algo más. Conozco bien a mi hijo.

Suspiré y, por un instante, permití que la rigidez desapareciera. Quizá era el ambiente familiar, tan cálido, que poco a poco me desarmaba. O tal vez el aroma del bizcocho de zanahoria con cobertura de chocolate que inundaba la casa, igual que cuando era niño.

O quizás era, simplemente, la necesidad de desahogarme con alguien que no esperara de mí una versión poderosa e imperturbable.

—Estoy pensando mucho en alguien.

Su mirada se iluminó con curiosidad, como si llevase tiempo sin escuchar algo así de mí.

—¿Una mujer?

Asentí, apoyando los codos en la mesa.

—Se llama Juliana. Trabaja en la empresa. Es inteligente, divertida… habla hasta por los codos. —Sonreí, a pesar del peso en mi pecho—. Tiene un brillo especial en los ojos cuando habla de algo que le apasiona. Últimamente no dejo de pensar en ella, aunque intente evitarlo.

—¿Y qué te detiene? —preguntó con delicadeza, como si ya conociera la respuesta.

—No sé hasta qué punto involucrarme sería bueno, mamá. Me gusta, de verdad. Pero no sé si estoy preparado, si estoy lo suficientemente entero. No quiero engañar a nadie… mucho menos a ella.

Guardó silencio unos segundos y luego tomó mi mano con firmeza.

—No necesitas estar entero, Vittorio. Necesitas ser sincero. No digo que

sea fácil, pero alejarte por miedo es la manera más dolorosa de perder a alguien. Si ella es especial, merece saber lo que sientes.

—¿Y si lo que siento es un auténtico caos? —pregunté, señalando mi pecho con dos dedos.

—Entonces deja que sea ella quien decida si quiere entrar en ese caos contigo.

Las palabras de mi madre resonaron profundamente en mí. Probablemente era el consejo más sencillo —y a la vez más difícil— que podría haberme dado.

Antes de que pudiera responder, escuché pasos apresurados en el pasillo. Primero apareció la risa de Enrico, seguida de Giulia gritando algo que no logré entender.

Mi padre apareció justo detrás, con una sonrisa paciente y esa mirada orgullosa de quien ve repetirse su propia historia en la siguiente generación.

Por un momento, deseé que Juliana también estuviera allí.

—¡Papá! —gritaron los dos al unísono, corriendo hacia mí.

Me levanté y los abracé con fuerza, intentando alejar aquel torbellino de pensamientos. Enrico se aferró a mi cuello como si no me hubiera visto en días, y Giulia llenó mi mejilla de besos sonoros, arrancando risas a mi madre y una mirada cómplice a mi padre.

—¿Estabais haciendo travesuras? —pregunté, fingiendo una expresión severa, aunque la sonrisa me delataba.

—¡El abuelo nos ha dejado comer más de tres brigadeiros! —reveló Enrico orgulloso, mientras mi madre arqueaba una ceja hacia su marido, que fingía inocencia.

—¡Es su cumpleaños, papá! ¡Hoy se puede! —replicó Giulia, con los ojos brillantes y la lógica aplastante de una niña.

—Creo que hoy podemos hacer una excepción —cedí, acariciando el cabello castaño de mi hija, tan parecido al de su madre.

Nos sentamos todos juntos en el jardín, donde las sillas de hierro aún conservaban aquellos dibujos florales que recordaba desde pequeño. El mantel bordado sobre la mesa se agitaba suavemente con la brisa, y el pastel casero decorado con cariño era el centro de atención, al menos para los ojos golosos de mis hijos.

—¿Vas a cortar ya la tarta, mamá? —la animé, intentando recuperar la calma del momento.

Ella rio, acercándose a la mesa con los ojos húmedos, y mi padre la siguió. Ambos intercambiaron una de esas miradas silenciosas que solo los años pueden enseñar. Y en aquel instante, viendo a mis padres juntos, algo se encogió dentro de mí.

Observar a mis hijos corretear alrededor de la mesa, disfrutando de la sencillez del momento, me hizo entender lo insustituible que es la presencia de una familia.

No los regalos, ni los viajes ni los juguetes caros, sino el tiempo. El estar juntos. El consuelo. Las risas compartidas. La certeza de que alguien te espera al final del día.

—Papá, ¿podemos dormir aquí esta noche con Giulia? —preguntó Enrico, con los ojos redondos llenos de esperanza.

—¡Por favor, por favor! ¿Podemos, abuela? —añadió Giulia, haciendo ya pucheros en brazos de mi madre.

—Solo si vuestro padre os deja —respondió ella, lanzándome la pelota con una sonrisa divertida.

Asentí, acariciando sus cabellos.

—Podéis, pero solo si prometéis lavaros los dientes antes de dormir. Y nada de armar jaleo en la cama de la abuela.

—¡Prometido! —gritaron ambos, como si acabaran de cerrar el acuerdo más importante del mundo.

Mientras corrían entusiasmados hacia dentro de la casa, permanecí allí en el jardín, observando. El cielo empezaba a cambiar de color.

Había algo terapéutico en contemplar su felicidad, algo que me hacía respirar de manera diferente, más profunda.

Sentí que mi madre se acercaba y ponía una mano en mi hombro.

—¿Lo ves ahora, Vittorio? —susurró—. Esto es lo que realmente importa. Este es el verdadero tesoro.

Miré hacia el interior de la casa, donde mis hijos corrían riendo, y luego hacia el jardín donde crecí, donde aprendí a montar en bici y tuve mi primera caída.

—Lo sé, mamá —murmuré, con la mirada perdida—. Lo sé.



CAPÍTULO 50

«Había días en los que el silencio decía más que cualquier palabra, y ella empezaba a entenderlo de la manera más difícil».

JULIANA ROCHA

Mientras veía *Sol entre nubes*, una serie romántica británica que mezclaba risas y lágrimas con la precisión de un guionista cruel y brillante, me encogía en el sofá abrazada a un cojín.

La protagonista acababa de dejar al chico por «falta de reciprocidad emocional», y me descubrí mirando la pantalla con una

expresión que seguramente combinaba dolor, cansancio y quizá un ligero enfado con la realidad.

—¿Quién te mandaría elegir esta serie, Juliana? —refunfuñé para mí misma mientras cogía la libreta en la que anotaba las mejores frases y reflexiones.

Era una vieja costumbre, una forma de registrar emociones sin necesidad de hablar sobre ellas.

Garabateé: «Si tienes que preguntarte si te quieren, quizás la respuesta ya esté en la pregunta».

Suspiré.

El nombre «Vittorio» resonaba en mis pensamientos como una notificación insistente que intentaba ignorar. Trabajo, proyectos, responsabilidades… y quizás cierta distancia que él había puesto entre nosotros sin decir ni una sola palabra.

Dolía. Porque, aunque no hubiese etiquetas ni promesas, yo había creado expectativas. Y por más que me molestase conmigo misma por ello, ahí estaban. Silenciosas, pero pesadas.

Cerré la libreta y me levanté, decidiendo que ya me había torturado lo suficiente por una noche. Me dirigí a la habitación, me di una ducha rápida y me tumbé en la cama, observando el techo durante largos minutos antes de girarme hacia un lado y abrazar la almohada.

La decisión ya estaba tomada.

Mañana hablaría con él. De verdad. Aunque doliera.



La alarma sonó a las seis, como siempre. Y, como siempre, me planteé fingir que no existía.

Pero hoy no. Hoy era uno de esos días en los que el valor debía ganarle al miedo.

Me puse las zapatillas, me recogí el pelo y salí a correr como cada mañana. El aire fresco me acariciaba la cara como una promesa silenciosa de que todo podía mejorar.

Mientras mis pasos acompasados resonaban contra el asfalto, mi mente se perdía lejos de allí. Pensé en todo lo que había vivido los últimos meses, en lo mucho que había cambiado. En cuánto deseaba a alguien dispuesto a quedarse, y no solo pasar por mi vida como un visitante educado.

Terminé mi recorrido con el cuerpo ligero y el corazón algo más fuerte.

Me duché rápidamente, me arreglé y fui a Tesoro Reale con la certeza de que aquel día no sería como los demás.

Y esta vez, ni siquiera Vittorio podría evitar la conversación que necesitaba tener con él.

Cumplí con mi trabajo, aunque mi cabeza estaba en cualquier parte menos allí.

Por la mañana, un problema inesperado aterrizó en mi mesa como un piano desafinado: un pedido urgente en logística tenía mal el código en el sistema y estaba a punto de enviarse al otro extremo del país.

Un caos absoluto.

Pasé horas tratando de localizar los datos correctos, contactando con proveedores, ajustando informes y casi arrancándome los pelos porque nadie sabía responderme ni a lo más básico.

—Chicos, si vais a sabotearme el día, al menos avisadme para venir preparada para la guerra —refunfuñé en voz baja, mientras tecleaba con rabia.

Finalmente, conseguí resolverlo. Una victoria parcial, con sabor a alivio y un ligero toque de agotamiento.

Casi al terminar la jornada, cuando el silencio empezaba a apoderarse de los pasillos de Tesoro Reale, reuní el poco valor que me quedaba y subí hasta la planta superior.

Su planta.

El lugar donde se tomaban todas las decisiones importantes, incluidas aquellas capaces de romper corazones.

Me sudaban las manos, pero fingí que no era así.

Cuando me detuve frente a la puerta de cristal esmerilado con el nombre «Vittorio Del Castillo», respiré hondo y llamé dos veces, con

decisión. Una asistente salió, me pidió que esperara un momento y, poco después, él autorizó que entrara.

Nada más pasar, vi que estaba rodeado de montones de papeles, tres pantallas abiertas y la expresión de alguien que intentaba apagar varios incendios a la vez.

No era el mejor momento. Quizá nunca lo sería. Pero ya estaba allí.

—Juliana —dijo al verme. Su voz sonó ligeramente sorprendida, aunque firme—. ¿Va todo bien? ¿Algún problema con el trabajo?

Asentí lentamente, intentando aparentar más seguridad de la que realmente sentía.

—Todo bien. Bueno, más o menos. —Sonreí levemente—. Solo quería hablar contigo. Pero no aquí, ni ahora. —Me mordí el labio—. ¿Podrías pasarte por mi casa esta noche?

Me miró con atención.

Durante un segundo, sus ojos dejaron a un lado cifras y gráficos para enfocarse exclusivamente en mí. Esos segundos parecieron una

eternidad, hasta que finalmente respondió con un leve movimiento de cabeza.

—Claro. Esta noche me paso.

Nos quedamos en silencio unos instantes más.

No sabía si salir corriendo o darle las gracias. Pero sus ojos parecían querer decir algo que él no expresaba con palabras. Y los míos, probablemente, gritaban todo lo que aún no había tenido valor para decirle.

—Gracias —murmuré, dándome la vuelta y saliendo antes de que mi valor desapareciera por completo.

Regresé a mi puesto con el corazón acelerado y la mente revuelta. Sabía que aquella noche no sería una noche cualquiera. No después de todo lo que habíamos vivido. Y por fin tendría la oportunidad de preguntarle si todavía había espacio para mí en aquel corazón tan cerrado.



CAPÍTULO 51

«El silencio entre ellos decía más de lo que cualquier palabra podría expresar».

JULIANA ROCHA

Después del trabajo, me quedé dándole vueltas a todo lo que había ocurrido. Durante todo el camino hasta mi piso sentí que el corazón se me encogía mientras mi mente no paraba de preguntarse qué estaba haciendo exactamente con mi vida.

Llegué a casa y fui directamente a la ducha, dejando que el agua caliente intentase calmar mis nervios.

No funcionó.

La ansiedad seguía intacta, consumiendo cada ápice de valentía mientras pensaba en Vittorio, en nosotros, y en lo que tenía que decirle aquella noche.

Salí de la ducha, me envolví en una toalla y miré mi reflejo en el espejo, como si esperase encontrar allí las respuestas.

—Enhorabuena, Juliana. ¿En qué inviertes tu tiempo libre? ¿En hablar con el espejo y agobiarte por tu jefe? ¡Fantástico! —mascullé, negando con la cabeza mientras me peinaba el pelo mojado que caía sobre mis hombros formando unas ondas suaves que apenas noté.

Me puse ropa cómoda, algo que no revelara desesperación ni tampoco desinterés, aunque sabía perfectamente que Vittorio no se fijaría en esos detalles… o quizás sí lo hiciera. Con él nunca podía estar segura de lo que pasaba por su cabeza.

Me senté en el sofá, mirando la hora en el móvil cada cinco minutos.

Mi corazón parecía querer salirse del pecho y echar a correr por la habitación. Encendí la tele para distraerme, pero mi mente estaba en cualquier lugar menos allí. Vittorio no abandonaba mis pensamientos.

Ensayé en voz baja lo que diría tan pronto como entrase por la puerta:

—Hola, Vittorio, tenemos que hablar seriamente… No, demasiado dramático. Mira, creo que deberíamos alinear expectativas… No, demasiado corporativo.

Era impresionante cómo, incluso estando sola, mi boca no sabía cuándo parar.

Respiré profundamente, intentando frenar mi parloteo mental, y admití lo que realmente quería decirle:

—Me gustas, Vittorio, pero quiero algo más. No puedo seguir así…

Sacudí la cabeza, frustrada conmigo misma. No podía creer que fuera tan buena en logística empresarial y tan desastrosa gestionando mi propio corazón.

A las nueve en punto, mi móvil vibró sobre la mesita. Mi corazón se aceleró al instante, como siempre que él aparecía de repente. El

mensaje era breve y directo, muy del estilo de Vittorio:

«Estoy abajo. ¿Puedo subir?»

«Sí, sube», respondí rápidamente intentando aparentar normalidad.

Caminé hacia la puerta, respiré hondo una vez más y esperé a escuchar el sonido del ascensor al abrirse. Cuando oí sus pasos firmes acercarse, sentí que el aire escapaba de mis pulmones durante unos segundos.

Abrí la puerta antes de que tocara, y allí estaba él, tan alto e imponente como siempre. Vittorio tenía aquella mirada afilada que parecía capaz de ver todo, y ahora me observaba como si ya supiera exactamente lo que quería decirle.

—Hola —saludé suavemente, apartando la mirada un instante.

—Hola, Juliana —respondió con aquella voz profunda, examinando mi rostro—.¿Todo bien?

—Perfectamente —mentí descaradamente, haciéndole espacio para que entrara—.Bueno, quizás "perfectamente" sea exagerar un poco…

—Noté que algo iba mal cuando viniste a verme hoy —me interrumpió Vittorio con calma, cerrando la puerta tras él—. Entonces, ¿de qué se trata exactamente?

Su voz era firme, aunque en sus ojos había una curiosidad cautelosa. Mi corazón se aceleró aún más, consciente de que aquella era mi oportunidad. Quizá después de aquella conversación nada volvería a ser igual entre nosotros.

—No quiero ser simplemente alguien más en tu vida, Vittorio. Si no soy suficiente, es mejor parar aquí.

La voz me temblaba, aunque intenté mantenerla firme. Miré a Vittorio sintiendo cada palabra como un pequeño golpe en el pecho. Estaba cansada de ese baile entre nosotros, de sentir tanto mientras él permanecía distante.

Me observó con expresión rígida, como si librara una batalla interna.

—No entiendes lo que siento, Juliana.

Respiré hondo, reuniendo coraje.

—Entonces haz que lo entienda, porque lo único que haces es huir.

Vittorio apartó la mirada, pasándose la mano por su cabello castaño, perfectamente peinado como siempre hacía cuando estaba nervioso.

—Perdí a la mujer que amaba sin siquiera poder despedirme. Enterré mi vida entera en aquel hospital.

Algo en su voz hizo que se me encogiera aún más el corazón, pero no podía retroceder ahora. Di un paso adelante, acercándome a él.

—Tienes dos hijos y un corazón que aún late en tu pecho. Eso ya es razón suficiente para intentarlo.

Volvió hacia mí sus ojos penetrantes, cuya intensidad casi me hizo retroceder.

—¿Y si no quiero intentarlo? ¿Y si intentarlo es solo una nueva forma de perder?

Pensé en lo triste que debía ser vivir así, atrapado en el pasado, incapaz de ver una vida más allá del dolor.

—Entonces pasarás el resto de tu vida sobreviviendo en vez de viviendo. Y, sinceramente, Vittorio, no te mereces eso. Ni yo tampoco.

El silencio llenó el espacio durante unos segundos. Vittorio parecía vulnerable, algo poco habitual en él, y eso me dio un pequeño atisbo de esperanza.

—Ellos son todo lo que tengo, Juliana. Mis hijos.

—Yo no quiero entrar y salir de tu vida. Quiero quedarme —afirmé con determinación.

Negó lentamente con la cabeza, como si no pudiera creer lo que escuchaba.

—Hablas como si fuera sencillo. Como si amar de nuevo no fuera traicionar lo que perdí.

—No traicionarías a nadie. Solo te darías otra oportunidad de ser feliz.

Frunció el ceño, visiblemente incómodo.

—La felicidad no encaja conmigo. Estoy hecho de rutina, responsabilidad y pérdidas. Esto —señaló el espacio entre nosotros— nunca formó parte del plan.

—Quizás por eso mismo esté ocurriendo. Porque por fin has dejado de planear.

Suspiró frustrado.

—No soy amable. No soy romántico. No soy el hombre de tus fantasías.

—Tal vez nunca quise al hombre ideal. Tal vez solo te quiera a ti.

—Estás confundiendo atracción con sentimientos. Y sentimientos es justo lo único que no puedo ofrecerte.

Sentí un nudo en la garganta ante la frialdad de sus palabras.

—¿Estás huyendo de mí o de ti mismo?

Vittorio sostuvo mi mirada, y noté cómo algo se rompía dentro de él.

—De ambos. Porque si te dejo entrar, Juliana, ya no habrá vuelta atrás. Y al final te arrepentirás de haberme amado.

Sentí mis ojos arder, pero me negué a llorar delante de él. Respiré profundamente, reuniendo fuerzas.

—Curiosamente, lo que más me asusta no es amarte, sino que nunca vuelvas a permitirte ser amado.

Se acercó lentamente y su calor hizo que mi cuerpo temblase.

—Sabes que no deberías estar enamorada de mí. No soy ese hombre que imaginas.

Levanté la cabeza, sosteniendo su mirada, queriendo hacerle ver lo equivocado que estaba.

—Pero eres el hombre que consigue estremecerme con una sola mirada. Que me hace reír cuando no quiero hacerlo. Que me hace creer que quizás no soy invisible.

Su voz bajó, casi a un susurro cargado de tensión:

—Eres demasiado visible. Y eso es lo que me asusta, porque ves más allá de lo que muestro. Y yo no quiero que nadie me vea así.

Sentí cómo se me encogía aún más el corazón.

—¿Por qué?

—Porque cuando alguien te ve de verdad, también puede dejarte.

Retrocedí un paso, sintiendo el peso de sus palabras.

—Yo no soy ella, Vittorio.

Él se alejó y la puerta se cerró, llevándose consigo mi última esperanza.

C

APÍTULO 52



CAPÍTULO 52

«Ella sabía que curar un corazón roto era una tarea ardua, pero no imposible, sobre todo para alguien que ya había aprendido a reinventarse tantas veces».

VITTORIO DEL CASTILLO

No culpaba a Juliana.

En absoluto.

En realidad, solo me culpaba a mí mismo porque sabía perfectamente lo que había hecho.

O, mejor dicho, lo que no había hecho.

Desde que llegué a casa anoche, mis propias palabras resonaban una y otra vez en mi cabeza. Cada frase pronunciada, cada gesto herido en el rostro de Juliana, se había quedado grabado en mí, haciendo imposible que no me sintiese como la peor basura del mundo.

Pasé buena parte de la noche dando vueltas en la cama, mirando al techo y reviviendo nuestra última conversación. La mirada dolida de Juliana me perseguía, implacable, arrebatándome el poco sueño que aún conseguía mantener.

Había hecho exactamente lo que me prometí no volver a hacer jamás: herir a alguien que no merecía ser herido. Y lo irónico era que lo hice precisamente para evitar sufrir de nuevo.

Pero, maldita sea, perderla dolía aún más.

La mañana siguiente llegó demasiado pronto.

En el trabajo me sumergí entre papeles, informes y reuniones, intentando mantener ocupada mi mente en cada segundo para no pensar en ella. Pero fue inútil.

En cada instante mis pensamientos volvían a Juliana, a su sonrisa fácil, a esas bromas espontáneas que conseguían hacerme sonreír incluso contra mi voluntad.

—¿Estás bien? —me preguntó Frederico, interrumpiendo mi distracción en plena reunión aquella tarde.

Me di cuenta de que apenas había prestado atención al debate sobre el lanzamiento de los nuevos productos. Suspiré, irritado, frotándome la cara con ambas manos.

—No, no estoy bien.

Mi tono sonó más brusco de lo que pretendía, y pude ver la sorpresa momentánea en su rostro, rápidamente sustituida por una preocupación sincera.

—¿Qué ha pasado? Te noto irritable y estresado. Y no es solo por el trabajo. Sabes gestionar muy bien el trabajo, Vittorio.

Dudé, desviando la vista hacia la ventana, observando la ciudad en movimiento. Era extraño admitirlo, pero necesitaba decirlo en voz alta.

—Juliana rompió conmigo anoche.

Frederico no pareció sorprendido. De hecho, parecía estar esperando algo así.

—¿Qué hiciste?

—Le dije que no podía darle lo que ella quería, que era mejor dejarlo ahí.

Frederico me miró con seriedad, cruzando los brazos y negando lentamente con la cabeza en señal de desaprobación.

—Te equivocaste. Te equivocaste muchísimo.

—Solo intentaba protegerla de alguna manera.

—Mentira. Solo intentabas protegerte a ti mismo —replicó con firmeza—. Vittorio, no estabas luchando por ella. Nunca lo hiciste. Solo la estabas alejando porque tienes miedo de volver a sentir algo. Ella estuvo ahí contigo, te hizo reír después de mucho tiempo. Llevó ligereza a tu vida, y ni siquiera intentaste daros una oportunidad real.

Aparté la mirada, incómodo, pero sabía que tenía razón. Cada palabra suya era un golpe directo contra todas mis excusas.

—Ya no soy capaz de eso, Frederico. No después de Luciana.

—¿Y crees que ella no lo sabía? Juliana sabía perfectamente quién eras, y aun así se quedó. Aun así lo intentó. ¿Y tú qué hiciste? Nada. Simplemente te encerraste todavía más.

Frederico se levantó y caminó lentamente hacia la ventana, como si eligiera cuidadosamente sus siguientes palabras.

—En el pasado tú hiciste exactamente lo mismo por mí, Vittorio. Me ayudaste a ver lo que yo no quería ver.

Ahora soy yo quien te devuelve el favor. Si de verdad te importa Juliana, todavía estás a tiempo. Pero tienes que actuar ya, porque esta vez el error ha sido tuyo.

Me quedé en silencio, sintiendo cómo cada una de sus palabras caía sobre mis hombros como un peso que yo mismo había colocado allí.

Frederico volvió a mirarme, serio, pero alentador.

—No esperes a que sea demasiado tarde, amigo.

JULIANA ROCHA

Estaba hecha polvo y lo sabía.

Había llorado prácticamente toda la noche, empapando la almohada mientras revivía cada palabra, cada mirada y, sobre todo, cada silencio de Vittorio. Esos silencios cortantes que decían mucho más de lo que él jamás admitiría con palabras.

Cuando sonó el despertador, ni siquiera estaba segura de haber dormido realmente. Todo parecía brumoso, demasiado confuso.

El día empezó lento. Me di una ducha larga intentando lavar algo más que mi piel: quería borrar las huellas de la tristeza y del rechazo. Me puse mi mejor ropa, cuidé mi maquillaje para disimular los ojos hinchados y respiré profundamente antes de entrar en Tesoro Reale.

Si fingía lo suficiente, quizás lograría convencerme a mí misma de que todo estaba bien.

Durante toda la mañana traté de sumergirme en el trabajo, afrontando cada tarea con tanta determinación que, por momentos, lograba olvidar la angustia que tenía instalada en el pecho. Pero

bastaba una pequeña pausa para que Vittorio regresara con toda su fuerza a mis pensamientos.

Amar a alguien que no quiere ser amado era el peor de los dolores.

Cuando por fin llegó la hora del almuerzo, me levanté algo distraída y caminé hasta la cafetería. Camila ya estaba allí, sentada en nuestra mesa de siempre, mirándome con una expresión preocupada desde que me vio llegar.

—Amiga, ¿estás bien? —preguntó, entrecerrando los ojos con auténtica preocupación.

Aquella simple pregunta bastó para derrumbarme. El nudo en la garganta apareció inmediatamente y no conseguí contener las lágrimas que llevaba horas intentando ocultar. Me senté frente a ella, cubriéndome la cara con las manos.

—Ay, Camila… —susurré con la voz rota—. Lo he dejado con Vittorio.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —Camila se inclinó hacia mí y sujetó mis manos entre las suyas, ofreciéndome todo el apoyo que necesitaba.

Respiré hondo, todavía temblando, pero obligándome a hablar:

—Simplemente me cansé de ser la única que lo intentaba, ¿sabes? Él nunca me dejó entrar realmente en su vida. Siempre era un paso adelante y tres atrás. Y ayer… ayer por fin lo solté todo. —Hice una pausa, intentando contener de nuevo las lágrimas—. Le dije que no quería ser alguien más en su vida, que quería algo real, y él dejó muy claro que no podía dármelo.

—Ju, lo siento muchísimo —dijo Camila, apretando aún más mis manos—. Pero has hecho lo correcto. Te mereces a alguien que luche por ti tanto como tú lo haces por él. Vittorio no se da cuenta de lo que está perdiendo. Eres la mejor persona del mundo, y si no abre los ojos, acabará perdiéndote para siempre.

Tragué saliva, sintiendo esas palabras entrar directamente en mi corazón como una dosis necesaria de realidad.

—Lo sé, Camila. Y sé que lo superaré. Ahora duele mucho, y no sé cuándo dejará de doler, pero sé que algún día lo hará. —Respiré profundamente, enderezando mi postura—. No necesito a ningún hombre para vivir, ¿verdad?

Camila sonrió, orgullosa.

—¡Eso es! Claro que no. Eres increíble estando sola. Y cuando llegue el momento adecuado, encontrarás a alguien capaz de verlo sin necesidad de que tengas que gritar para que te escuche.

Asentí, sintiendo que un pequeño hilo de esperanza y fuerza crecía dentro de mí. Necesitaba escuchar aquello, recordar que no dependía de Vittorio ni de nadie más para ser feliz. Quería, sobre todo, aprender a valorar a la persona que ya era.

Porque la verdad era solo una: merecía mucho más que alguien que me hiciera dudar de mí misma.

La conversación con Camila me hizo bien. Poco a poco, sentí que mi corazón recuperaba fuerzas. Seguía triste, pero ya no era la misma Juliana frágil que había llorado sola durante toda la noche.

Algo dentro de mí empezaba a despertar: una determinación por seguir adelante, por encontrar la felicidad en mí misma, sin necesidad de nadie más que mi propia compañía.

No tenía ni idea de lo que me depararía el futuro, pero tenía una cosa clara: Vittorio Del Castillo había sido un capítulo intenso en mi historia, quizá el más doloroso, pero también el más revelador. Y si tenía que seguir sin él, eso era exactamente lo que iba a hacer.

Con fuerza, con valentía y, sobre todo, con amor propio.

Porque, al final, sabía que merecía a alguien que no tuviese miedo de amarme. Y si Vittorio no era esa persona, entonces simplemente no era digno de mi corazón.



CAPÍTULO 53

«Ella ya no esperaba nada de él; y aun así, seguía doliendo cuando él no hacía nada».

JULIANA ROCHA

1 mes después

Decidí dar lo mejor de mí. En todo.

Hoy se celebraba uno de esos eventos corporativos que siempre me provocaban mariposas en el estómago solo con pensarlo. Un taller donde distintas empresas presentarían sus productos más innovadores,

y yo había sido elegida para mostrar una de las nuevas soluciones logísticas que Tesoro Reale estaba implementando.

En las últimas semanas me había refugiado completamente en el trabajo, convirtiendo la oficina en mi nuevo refugio emocional.

Cada tarea terminada era un pequeño paso que me alejaba del pasado y me acercaba más a la mujer en la que quería convertirme: una Juliana decidida, independiente y, sobre todo, libre de cualquier sentimiento que no pudiera ser correspondido con la misma intensidad.

Cuando anunciaron mi nombre, sentí cómo se me aceleraba el corazón, pero subí al escenario con determinación, mostrando una amplia sonrisa ante decenas de miradas atentas.

—¡Buenos días! Soy Juliana Rocha, responsable de gestión logística en Tesoro Reale, y hoy tengo el placer de presentaros nuestro nuevo software de automatización en la distribución —comencé, sujetando firmemente el micrófono y dirigiéndome con confianza al público.

Durante toda la presentación me sentí sorprendentemente segura. Expliqué cada detalle, destaqué los beneficios de nuestro

producto y respondí a las preguntas con claridad y tranquilidad.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí orgullo de mí misma por algo que no tenía absolutamente nada que ver con Vittorio.

Tras mi exposición, asistí a varias más, tomando nota mentalmente de ideas y soluciones interesantes presentadas por las demás empresas. La tarde pasó rápidamente y, cuando quise darme cuenta, el evento estaba llegando a su fin.

Mientras recogía mis cosas para marcharme, escuché una voz conocida detrás de mí:

—Excelente presentación. Sabía que ibas a impresionar.

Mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera controlarlo, el corazón acelerándose al reconocer aquella voz grave y firme. Me giré despacio, manteniendo una expresión neutra mientras mis ojos encontraban los suyos.

Vittorio seguía siendo el mismo: imponente, con su mirada penetrante y su postura segura, como si el mundo entero le perteneciese. Pero hoy había algo distinto en su forma de mirarme, algo que preferí no intentar descifrar.

—Gracias —respondí educadamente, manteniendo las distancias.

Dio un paso hacia mí, vacilante.

—¿Cómo estás?

Respiré hondo, apartando la vista un instante antes de enfrentar de nuevo su mirada.

—Estoy bien.

—¿De verdad?

—Estoy perfectamente, Vittorio —insistí con firmeza, intentando controlar la irritación que comenzaba a bullir en mi pecho.

Él frunció ligeramente el ceño al notar mi resistencia.

—Juliana, solo quería saber…

—Ya no soy aquella mujer que esperaba que tú la mirases con ganas de quedarte —le interrumpí con determinación. Mi voz sonó más fría de lo que pretendía, pero quizá era mejor así—. Creo que eso es lo único que necesitas saber.

Vittorio permaneció en silencio durante unos segundos, y vi cómo lentamente se apagaba el brillo en su mirada.

—Entiendo —murmuró, en un tono más bajo del que estaba acostumbrada a escuchar en él.

Respiré profundamente una vez más, endureciendo mi postura.

—Ahora mi objetivo es el trabajo. Creo que es mejor que no hablemos de nada más. Mi prioridad es crecer profesionalmente, y punto.

Él asintió sin decir nada más y dio un paso atrás, abriéndome espacio para que pudiera pasar.

Me marché sin mirar atrás, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, pero esta vez ya no por esperanza.

Había tomado una decisión: avanzar, aunque eso significase dejar atrás al hombre al que aún amaba, pero que claramente no sabía cómo corresponder a ese amor.

VITTORIO DEL CASTILLO

El último mes había sido uno de los peores que recordaba.

Siempre había creído tener bajo control todos los aspectos de mi vida, pero ahora, mientras miraba a través del ventanal que ofrecía una amplia vista de la empresa en plena actividad, me daba cuenta de lo equivocado que estaba. Aquel control no era más que una ilusión cuidadosamente alimentada por mí mismo.

Mis ojos, inevitablemente, la buscaron entre la multitud, como lo hacían casi cada día desde que todo terminó.

Juliana charlaba animadamente con algunos compañeros cerca del espacio que habían preparado para el evento de hoy. Su amplia sonrisa iluminaba el ambiente, y la manera en que movía las manos, gesticulando con pasión y energía, mostraba claramente la confianza que había adquirido.

Sentí cómo se me encogía el corazón al tomar conciencia del vacío que su ausencia había dejado en mí.

Ella parecía estar bien.

Más que bien: parecía estar completa, como si el dolor de nuestra separación no hubiese existido para ella.

En el fondo sabía que aquello no era cierto, pero verla así, tan independiente y fuerte, me hizo comprender lo mucho que había subestimado lo importante que era en mi vida. Juliana era luz, espontaneidad, la clase de persona que hacía que todo pareciese sencillo y ligero, mientras yo complicaba hasta lo más simple.

Frederico se acercó, interrumpiendo mis pensamientos.

—Vittorio, tenemos que hablar sobre el evento. Hay algunos asuntos importantes que debes decidir.

Asentí, sin prestar verdadera atención. Mi mente seguía atrapada en la visión de ella, riendo en voz alta, echando la cabeza hacia atrás como siempre hacía cuando algo la divertía. Un gesto sencillo que antes había pasado inadvertido y que ahora parecía esencial. Darme cuenta de la profundidad de lo que había perdido fue como un golpe seco.

Frederico suspiró al notar mi falta de concentración.

—Vittorio, sé perfectamente lo que estás haciendo. Entiendo cómo te sientes, pero quedarte aquí mirándola desde lejos no resolverá nada.

—No puedo evitarlo —confesé en voz baja, sin apartar la vista de Juliana—. La echo de menos.

Él dio un paso adelante y apoyó con firmeza una mano en mi hombro.

—Entonces deja de comportarte como si fuese imposible recuperarla. Ha pasado un mes y aún no has hecho nada para cambiar la situación. Si realmente la quieres, lucha por ella. No queda espacio para dudas, amigo.

Sus palabras cayeron sobre mí con un peso abrumador, aportándome una dolorosa claridad. Mi orgullo, mi terquedad, mi miedo a sufrir, me habían hecho perder un tiempo demasiado valioso. Juliana no era simplemente alguien pasajero en mi vida, como me había empeñado en creer.

Ella era una persona capaz de hacer que cada instante mereciera la pena, alguien que llenaba vacíos que ni siquiera sabía que existían.

Volví a mirarla y respiré hondo. Juliana estaba centrada en su trabajo, realizada, quizá convencida de que estaba mejor sin mí. Sin embargo, algo en mi interior, una determinación renovada, me decía que debía intentarlo al menos una vez más.

No podría vivir sabiendo que había dejado escapar a la mujer que había cambiado mi vida sin haber hecho absolutamente nada.

—Tienes razón —respondí con firmeza—. Esta vez voy a luchar por ella de verdad.

Frederico sonrió con satisfacción y me dio una leve palmada en el hombro en señal de apoyo.

—Ya era hora de que te dieses cuenta. No dejes escapar esta oportunidad.

Asentí, finalmente decidido. Sabía que reconquistar a Juliana no sería fácil, especialmente después de cómo había actuado, pero también sabía que ella merecía lo mejor de mí.

Y esta vez, estaba dispuesto a ofrecérselo.



CAPÍTULO 54

«Algunas pérdidas enseñan más que mil promesas, y Vittorio empezaba a entenderlo de la manera más dura».

JULIANA ROCHA

El día había sido agotador, y cuando llegué al portal de mi edificio, lo único que deseaba era subir, darme una ducha caliente, ver algún capítulo de mi serie favorita y olvidarme por completo de todo lo relacionado con el trabajo.

O mejor dicho, olvidarme de todo lo que tuviese que ver con Vittorio Del Castillo.

Sin embargo, parecía que el universo tenía un sentido del humor muy peculiar, casi tan irónico como el mío, porque justo al girar la esquina, allí estaba él, apoyado en su coche con esa pose despreocupada e irritantemente elegante que solo él era capaz de adoptar.

El corazón comenzó a latirme con fuerza, incluso contra mi voluntad.

Respiré hondo, repitiéndome mentalmente que aquello no significaba absolutamente nada. Una mentira descarada, por supuesto.

En cuanto me vio, se incorporó y avanzó hacia mí con pasos firmes, clavando en mí esa mirada afilada que tan bien conocía.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, cruzando los brazos y arqueando una ceja, como si mi indiferencia pudiese resultar convincente.

Pero ¿a quién pretendía engañar?

—Tenemos que hablar —respondió con voz segura, aunque con un tono diferente, más suave de lo habitual.

—No, no tenemos nada de lo que hablar —repliqué de inmediato, endureciendo el gesto.

Sentí cómo se me encogía el corazón al recordar todas las veces que le había dado más oportunidades de las que merecía.

—Sí, tenemos que hacerlo —insistió, acercándose aún más—. Te he echado de menos, Juliana.

Tragué saliva.

Eran palabras que había deseado escuchar, pero que ahora mismo me sonaban insuficientes, vacías.

—Eso no basta, Vittorio. Nunca ha bastado. —Desvié la mirada hacia el suelo, intentando controlar la emoción que amenazaba con traicionarme—. Ya te he dado todas las oportunidades posibles. Todas. Se acabó.

—Escúchame —pidió, y por primera vez noté una cierta vulnerabilidad en su voz—. Este mes sin ti me ha hecho darme cuenta de lo mucho que significas en mi vida. No consigo dejar de pensar en ti.

Mi corazón dio un vuelco traicionero. Maldita sea.

—Vittorio, no quiero sufrir más. Lo nuestro no lleva a ninguna parte. No sabes avanzar, nunca has sabido hacerlo. Y no voy a ser yo quien te cambie.

Él respiró profundamente, clavando sus ojos intensos en los míos, casi suplicándome otra oportunidad.

—Quiero intentarlo. De verdad, Juliana. Por primera vez en años, quiero intentarlo en serio. Y quiero hacerlo contigo.

Negué con la cabeza, sintiendo cómo empezaban a escocerme los ojos por las lágrimas. Y no, no pensaba llorar delante de él.

—Ya no es tu decisión —afirmé, tratando de sonar más firme de lo que realmente me sentía.

Vittorio avanzó un paso más, bajando la voz con determinación:

—Entonces volveré a conquistarte. Aunque tenga que ser poco a poco. No pienso renunciar a nosotros.

Tragué saliva otra vez, incapaz de responder.

Él sostuvo mi mirada unos segundos más antes de darse la vuelta y caminar de regreso hacia su coche. Lo observé mientras se alejaba, con el corazón encogido y miles de dudas martilleándome la cabeza.

Subí lentamente a mi apartamento, cada paso convertido en una batalla contra mi impulso de correr tras él.

Al entrar en casa, cerré la puerta con más fuerza de la que pretendía y respiré profundamente.

«Vas a seguir adelante, Juliana Rocha. Aunque sea difícil, vas a seguir».

Me repetí esas palabras como un mantra mientras me dejaba caer en el sofá con la mirada perdida en el techo.

VITTORIO DEL CASTILLO

—¿Por qué estás tan callado, papi? —preguntó Giulia, mirándome con sus grandes ojos curiosos, tan parecidos a los míos, mientras jugaba distraídamente con una muñeca.

Me incorporé sobre la alfombra del salón, tratando de apartar los pensamientos confusos que rondaban mi mente desde la conversación que había tenido con Juliana.

—Solo estoy un poco pensativo hoy, cariño —respondí, acariciando suavemente el pelo oscuro de mi hija.

Era prácticamente imposible mentirles. Mis hijos siempre notaban cuando algo no iba bien.

Enrico se acercó y se sentó a mi lado con su coche favorito en las manos, ladeando la cabeza con esa expresión seria que ponía cuando intentaba comprenderme.

—¿Estás triste? —preguntó con su vocecita dulce, haciendo que se me encogiese aún más el corazón.

—Un poco —admití, suspirando profundamente—. Papá ha cometido algunos errores, y ahora está intentando averiguar cómo arreglarlos.

Giulia frunció el ceño, sin entender completamente. Para ellos, el mundo era mucho más sencillo. Echaba de menos esa simplicidad.

—¿Es como cuando rompo algo de Giulia y tengo que pedirle perdón? —preguntó Enrico, con inocencia.

Sonreí ligeramente, conmovido por la analogía, tan acertada y a la vez tan ingenua.

—Exactamente, hijo. Papá ha roto algo muy especial y ahora tiene que pedir perdón también.

Mis pensamientos regresaron inevitablemente a Juliana. No lograba olvidar el dolor en su mirada cuando me dijo que no quería saber nada más de mí.

Era como si aquellas palabras se hubieran clavado en mi pecho, dejando un vacío que nunca pensé que volvería a sentir.

—¿La tía Ju está enfadada contigo? —preguntó Giulia inocentemente, refiriéndose a Juliana.

Sonreí con tristeza, recordando lo mucho que adoraban mis hijos a Juliana, aunque la hubiesen visto pocas veces. Reían juntos, jugaban, conversaban, y ella tenía una manera única de hacerlos sentir especiales. Había traído luz y alegría a todos nosotros, y yo, por cobardía, había apagado eso.

—Sí, está un poquito enfadada. Y con razón —admití para ellos, y también para mí mismo—. Pero os prometo que haré todo lo posible para que deje de estar triste.

Enrico sonrió ampliamente, pareciendo satisfecho con mi respuesta.

—Entonces pídele perdón y dale un abrazo muy fuerte. Cuando hago eso con Giulia, ella siempre me perdona.

Me reí en voz baja, sintiendo una inmensa ternura ante el pequeño consejo que acababa de darme mi hijo.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —les aseguré, atrayéndolos hacia un fuerte abrazo.

Mientras mis hijos se acurrucaban en mis brazos, entendí claramente que no podía seguir viviendo bajo la sombra de mis miedos y mis pérdidas. Juliana tenía razón: había llegado el momento de dejar

descansar el pasado y dar una oportunidad al futuro, al amor y a la felicidad que ella había traído a mi vida.

Tenía que luchar por ella.

—Voy a arreglar esto —murmuré, más para mí mismo que para ellos, mientras los abrazaba con más fuerza aún—. Haré lo necesario para reconquistarla, cueste lo que cueste.

En ese momento comprendí que el amor no consistía en evitar las pérdidas o el sufrimiento. Consistía en enfrentarse a todo ello y aun así tener el valor de seguir adelante, convencido de que alguien merecía la pena. Y Juliana, sin ninguna duda, merecía todo el esfuerzo que yo pudiera hacer.



CAPÍTULO 55

«Ella se había prometido a sí misma que seguiría adelante… pero el destino parecía empeñado en poner a prueba cada una de sus certezas».

JULIANA ROCHA

Confieso que sentía un vacío en el pecho, pero estaba avanzando. Me faltaba quererme a mí misma por encima de cualquier otra cosa, y poco a poco comenzaba por fin a comprenderlo.

El almuerzo con Camila fue ligero y distendido, como siempre.

Sentadas en la pequeña mesa junto a la ventana del comedor, aprovechábamos las vistas de la ciudad mientras charlábamos.

Entre bocados de la ensalada que fingía disfrutar solo para presumir de estar comiendo sano, repasé mentalmente los últimos acontecimientos, reflexionando sobre mis decisiones.

—Te juro que pensé que no iba a poder con esto, amiga. Estaba completamente entregada a Vittorio y, sinceramente, creo que me perdí un poco en ese proceso —admití, sacudiendo la cabeza con una sonrisa algo amarga en los labios.

Mi amiga me lanzó una mirada comprensiva y tocó suavemente mi brazo.

—No te culpes, Ju. Has sido valiente, honesta contigo misma y con él. Ahora es el momento de pensar más en ti, ¿sabes? En crecer dentro de la empresa, en conseguir tus objetivos. Te lo mereces.

Sonreí ante sus palabras, sintiendo ese apoyo cálido que solo las verdaderas amistades saben dar.

—Me siento bien con esto, ¿sabes? Por primera vez en mucho tiempo creo que estoy haciendo lo correcto. Finalmente he entendido

que primero necesito quererme a mí misma. —Respiré hondo, intentando demostrarle que estaba bien, aunque aún doliese un poco.

—Así es, Ju. Y aquí estoy yo para recordártelo cada vez que haga falta. Puedes contar conmigo para tirarte de las orejas si vuelves a hacer alguna tontería.

Me eché a reír, lanzándole una mirada divertida.

—¡Ah, de eso no tengo ni la menor duda!

Terminamos nuestro almuerzo entre risas y conversaciones sobre todo y nada, exactamente como nos gustaba. Me sentía bien allí, disfrutando de aquel pequeño momento de tranquilidad.

Después de despedirnos, cogí el móvil y revisé rápidamente las notificaciones antes de volver al trabajo. Caminando por el pasillo iluminado, iba organizando mentalmente todas las tareas que tenía pendientes para la tarde.

Fue entonces cuando escuché una voz masculina, grave y educada, llamando mi atención:

—¿Juliana Rocha?

Me giré rápidamente, sorprendida al reconocer al hombre que tenía delante. Era alto, con el pelo rubio perfectamente peinado y llevaba un traje gris impecable. Me bastaron apenas unos segundos para recordar de dónde lo conocía.

—Sí, soy yo. Usted estuvo en el workshop, ¿verdad? —pregunté, dejando que una sonrisa amable apareciera en mis labios.

Extendió la mano educadamente y estrechó la mía con firmeza, devolviéndome la sonrisa.

—Exactamente. Soy Lucas Monteiro, director de Connect Global —se presentó con naturalidad—. Precisamente quería hablar contigo.

Mi corazón se aceleró ligeramente ante aquel acercamiento, preguntándome hacia dónde iría aquella conversación.

—Espero no estar interrumpiendo tu trabajo. Prometo ser breve —añadió enseguida.

—Claro, no hay problema —respondí, intrigada.

—Vi tu presentación aquel día y quedé impresionado con la claridad y la creatividad que mostraste. No quiero que me malinterpretes, no estoy intentando robar empleados ni nada parecido,

pero en nuestra empresa siempre buscamos perfiles como el tuyo: personas comunicativas, creativas y dinámicas.

Sonrió con amabilidad y me tendió una pequeña tarjeta blanca. Dudé un instante, pero finalmente la acepté, observando rápidamente la información que llevaba impresa.

—Estamos abriendo algunas vacantes en Estados Unidos, concretamente en nuestra filial de Nueva York. Si en algún momento consideras afrontar nuevos desafíos, me encantaría que tuvieses en cuenta esta posibilidad —concluyó, mostrando seguridad y seriedad en sus palabras.

Durante un momento me quedé completamente paralizada. Jamás había imaginado siquiera la posibilidad de algo así, algo tan grande, tan distante de lo que estaba viviendo. Mi mente se aceleró, imaginando una nueva vida en un lugar completamente distinto.

—Yo… no sé ni qué decir. —Solté una risa nerviosa, sujetando la tarjeta entre los dedos como si pudiera desaparecer en cualquier momento.

Lucas mostró una sonrisa comprensiva.

—No hace falta que respondas ahora, ni hoy ni mañana. Pero conserva mi contacto. Independientemente de lo que decidas, quiero que sepas lo mucho que valoramos tu talento.

Sentí cómo se me calentaba el pecho al escuchar aquellas palabras. Era increíble cómo algo tan sencillo podía significar tanto en ese preciso instante. La sensación de reconocimiento y valoración inundó mi corazón, devolviéndome esa confianza que últimamente tenía algo debilitada.

—Gracias, Lucas. De verdad —dije con sinceridad, mirándolo a los ojos—. Guardaré tu contacto con cariño. Me siento muy honrada por la oferta.

—Te lo mereces, Juliana. ¡Mucha suerte! —respondió con cortesía, despidiéndose con un leve gesto antes de seguir su camino.

Me quedé parada unos segundos más en medio del pasillo vacío, volviendo a mirar la tarjeta que tenía en las manos. Respiré profundamente, dejando que aquella agradable sensación se extendiera dentro de mí.

VITTORIO DEL CASTILLO

Siempre había sido un hombre controlado y decidido.

Mi vida era una sucesión de metas claras y objetivos trazados con precisión. Pero en aquel momento, sentado en mi despacho, tamborileando nerviosamente con el bolígrafo sobre la mesa, me daba cuenta de que todo aquello que creía tener bajo control se me escapaba entre los dedos como arena fina.

No lograba sacarme a Juliana de la cabeza.

Era como si hubiese entrado en mí y se hubiese instalado allí, ocupando cada espacio vacío que yo había protegido con tanto empeño. Cada sonrisa, cada palabra suya resonaba constantemente en mi mente, y su ausencia era un dolor físico, real e intenso. La deseaba, y aquella certeza estaba acabando conmigo.

Frustrado, me froté los ojos, consciente de que una vez más no conseguía concentrarme en el trabajo como debía.

Juliana era un tormento delicioso y cruel. Tenía que solucionar aquello, luchar por ella, demostrarle que aún no era demasiado tarde,

que podía cambiar.

Respirando hondo, me levanté decidido a bajar al comedor a almorzar. Necesitaba despejarme un poco. Bajé rápidamente y caminé por el pasillo iluminado hasta que su imagen apareció claramente en mi campo visual.

Juliana estaba frente a un hombre bien vestido, un rostro familiar que había visto en el reciente workshop empresarial. Observé atentamente, sintiendo una extraña incomodidad en el pecho. Mi corazón se aceleró al ver cómo le entregaba una tarjeta mientras ella sonreía cortésmente al recibirla.

Una sensación casi posesiva se apoderó de mí.

No era difícil imaginar qué representaba aquella tarjeta. Juliana era brillante; sus presentaciones habían llamado la atención, y otras empresas no tardarían en darse cuenta. No podía perderla.

No así, no por mi propia cobardía.

Cuando el hombre finalmente se alejó, me acerqué. Juliana levantó la vista y su sonrisa se apagó ligeramente al verme.

—Vittorio… —dijo con cautela, manteniendo una postura firme.

—He visto lo que ha pasado —fui directo al grano, sin rodeos.

—Ha sido solo por educación —se justificó rápidamente, guardando la tarjeta en su mano—. Sabes que le debo lealtad a la empresa. A ti, sobre todo. Después de todo, sé que fuiste el primero en ver potencial en mí.

Una sensación de alivio recorrió mi cuerpo al escuchar aquellas palabras, pero necesitaba decir más. No podía seguir escondiéndome detrás del orgullo o de la seguridad del silencio.

Me acerqué un poco más, reduciendo la distancia entre nosotros.

—Juliana, no consigo dejar de pensar en ti —confesé con sinceridad, sosteniéndole la mirada—. Simplemente no sales de mi cabeza. Me estoy volviendo loco intentando encontrar la manera de que lo entiendas.

Ella abrió la boca para replicar, pero levanté la mano suavemente, pidiéndole que solo me escuchase.

—Por favor, escúchame. Sé que he cometido errores. Muchos errores. El mayor fue intentar negar lo que sentía por ti, tratar de esconderlo detrás del trabajo, detrás del miedo a volver a sufrir.

Pensaba que si jamás volvía a permitirme sentir algo así, no correría el riesgo de sufrir nuevamente.

Vi cómo su mirada se suavizaba brevemente, lo que me dio valor para seguir.

—Pero estaba equivocado. No puedo negar más cuánto me afectas. Tuve que alejarme de ti para comprender lo importante que eres en mi vida. No puedo seguir fingiendo que no siento nada, porque lo siento, y es demasiado fuerte para ignorarlo.

Juliana respiró profundamente, y su expresión era casi vulnerable en aquel momento.

—Vittorio…

—No pienso presionarte —la interrumpí suavemente, dejando claro que respetaría su decisión—. Pero mereces saber la verdad. Me he enamorado de ti, Juliana. Ya no tengo dudas al respecto. Puedo haber cometido mil errores, pero no quiero seguir equivocándome. No quiero perderte, no sin luchar hasta el final.

Un silencio cargado de expectación se instaló entre nosotros. Ella simplemente me observaba, como si estuviera evaluando cada palabra,

cada intención detrás de ellas. Finalmente, una pequeña sonrisa triste apareció en sus labios.

—No sé qué decir ahora mismo —susurró, desviando la mirada un instante antes de volver a enfrentarme.

—No tienes que decir nada —le aseguré, manteniendo la calma pese a mi corazón acelerado—. Solo necesito que sepas cómo me siento.

Ella asintió ligeramente, mordiéndose el labio inferior mientras reflexionaba. Entonces di un paso atrás, permitiendo que respirara, que pudiera pensar con claridad sin que mi presencia la condicionara demasiado.

—Te daré el tiempo que necesites —añadí con voz firme pero amable—. Pero puedes tener algo por seguro: no voy a renunciar a ti. Ni ahora ni nunca.

Me alejé lentamente, regresando por el pasillo con el corazón aún acelerado, pero con una sensación de alivio, como si finalmente me hubiese quitado un peso del pecho.

Mientras hubiese una mínima esperanza, estaría ahí, dispuesto a reconquistarla día tras día, hasta que volviera a mí.



CAPÍTULO 56

«Por mucho que intentara controlar todo lo que le rodeaba, descubrió, demasiado tarde, que el corazón no seguía ni planes ni protocolos».

JULIANA ROCHA

Era difícil enfrentarme a Vittorio, porque conseguía removerlo todo dentro de mí cuando estábamos cara a cara.

Había soñado tantas veces con escucharlo decir que estaba enamorado de mí, que ahora, cuando por fin oí aquellas palabras, me di cuenta de que quizá no fueran suficientes.

Estaba cansada de ser el puerto seguro para alguien que nunca sabía si quedarse o marcharse. Conocía perfectamente el riesgo que corría si le daba otra oportunidad: volver a perderme en él, convertirme otra vez en esa mujer que espera migajas de amor mientras él decide si está preparado o no para querer de nuevo.

Suspiré, me coloqué el pelo castaño detrás de las orejas, me dejé caer en el sofá y pulsé el botón del mando para retomar mi serie favorita: «Las aventuras de Lucy», sobre una joven empresaria decidida que conquistaba el mundo corporativo sin miedo y con una sonrisa segura en los labios.

Últimamente me identificaba tanto con ella que hasta resultaba gracioso. Al fin y al cabo, mi vida profesional iba estupendamente; tenía un trabajo increíble en Tesoro Reale y, por fin, me sentía reconocida por mi esfuerzo. Sin embargo, mi vida amorosa era más confusa que el final de una telenovela mexicana.

Pulsé el play e intenté concentrarme en la historia, pero mi mente se negaba a cooperar. La imagen de Vittorio frente a mí, diciéndome que al fin había comprendido lo que sentía, seguía rondándome la cabeza.

Moví inquieta los pies y, incapaz de prestar atención, cogí mi pequeña libreta para escribir algo sobre el episodio que intentaba ver.

Anotarlo todo siempre me ayudaba a aclarar las ideas; era una especie de terapia gratuita.

«Lucy es fuerte, independiente, y no necesita a ningún hombre para validar su éxito. Ella es la prueba viviente de que podemos avanzar y ser felices por nosotras mismas».

Sonreí, sintiéndome empoderada durante unos instantes antes de cerrar la libreta e irme a la cama.

Apoyé la cabeza en la almohada y me quedé mirando al techo. Por más que intentase ignorarlo, los pensamientos sobre Vittorio regresaban como un bumerán.

¿Realmente habría cambiado? ¿Valía la pena arriesgarlo todo otra vez? Las dudas martillearon mi mente hasta que, finalmente, el sueño me venció.

A la mañana siguiente me desperté temprano, como de costumbre, y me puse mi ropa favorita para correr. Los auriculares reproducían una lista animada mientras avanzaba por las calles tranquilas, sintiendo el viento fresco en el rostro.

Con cada paso me sentía más ligera, más determinada. Estaba preparada para enfrentarme al mundo otra vez.

Sin embargo, de repente, un ruido extraño interrumpió mi concentración. A pesar de la música alta en los auriculares, escuché claramente un frenazo brusco seguido de gritos lejanos.

Giré rápidamente la cabeza en dirección al sonido y, antes de que pudiera entender lo que ocurría, un coche fuera de control apareció en mi campo visual.

Todo sucedió demasiado rápido. Intenté apartarme, pero no tuve tiempo. Un fuerte impacto lanzó mi cuerpo contra el suelo y el dolor explotó en todos mis sentidos. Después, el mundo entero se sumergió en un silencio absoluto, y una oscuridad impenetrable me envolvió por completo.

VITTORIO DEL CASTILLO

Mi día iba a ser intenso.

Debía ser solo una mañana más dedicada a decisiones estratégicas y números prometedores que ayudarían a la empresa a expandirse aún más.
Así tenía que ser. Sin embargo, en lugar de eso, mi mundo se puso del revés en cuestión de segundos.

Sentado en la sala de reuniones, tratando de convencer a los inversores del valor incuestionable de nuestro nuevo proyecto, notaba algo extraño, una incomodidad poco habitual que se apoderaba de mis pensamientos.

Siempre había sido un hombre pragmático, frío y concentrado, especialmente en situaciones críticas. Sin embargo, en aquel momento, mi atención oscilaba peligrosamente entre gráficos, proyecciones y los recuerdos que insistían en atormentarme.

La mujer a quien me había empeñado en alejar de mí. La misma mujer que ahora se negaba a abandonar mis pensamientos.

Me odiaba por la manera cobarde en que la había alejado, por haber dejado que mis propios miedos me dominaran y por ese orgullo estúpido que me impedía admitir lo que sentía.

Juliana, con su sonrisa fácil, su carácter alegre y su humor contagioso, se había convertido en la ausencia más dolorosa de mis días.

De pronto, un movimiento brusco en la puerta principal captó mi atención, arrancándome de aquellos pensamientos. Camila, la esposa de Frederico, irrumpió en la sala con expresión desesperada, buscando con urgencia a su marido. Sus ojos encontraron primero los míos, y supe inmediatamente que algo grave había ocurrido.

—¡Vittorio! —exclamó con voz temblorosa y lo suficientemente alta como para que todos la escuchásemos—. Juliana... ¡ha tenido un accidente!

Mi corazón se detuvo.

Olvidé a los inversores, cifras y reuniones. Nada más importaba en aquel instante, excepto las palabras que acababa de pronunciar Camila.

Me levanté de inmediato, ignorando por completo a las personas que había a mi alrededor, incluido Frederico, que parecía tan atónito como yo.

—¿Cómo está? ¿Qué ha pasado exactamente? —pregunté, caminando hacia ella con pasos firmes, sin importarme ninguna formalidad.

—No tengo muchos detalles. Solo sé que la atropellaron mientras corría. Está en el hospital ahora mismo. Me avisaron hace un rato. Pensé que debías saberlo.

—Tengo que ir inmediatamente. Frederico, encárgate tú aquí.

No miré atrás al abandonar la sala apresuradamente. Mi cuerpo estaba dominado por una mezcla de miedo, culpa y desesperación. Conduje hasta el hospital como si mi vida dependiera de ello.

Llegué en tiempo récord. Corrí impaciente por los pasillos, ignorando cualquier protocolo hasta que una enfermera me detuvo.

—Señor, ahora mismo no puede entrar…

—Escuche bien —la interrumpí con voz baja y autoritaria, sintiendo el corazón latir con fuerza en mi pecho—. Usted no me

conoce, pero debe entender algo: no pienso moverme de aquí hasta ver a Juliana Rocha. Si quiere llamar a seguridad, hágalo, pero mientras tanto, lléveme hasta ella inmediatamente.

La mirada asustada de la enfermera me confirmó que mi amenaza había funcionado, y poco después estaba frente a la puerta de la habitación. Al entrar finalmente, la visión de Juliana me destrozó por completo.

Estaba despierta, aunque abatida, con heridas visibles en el cuerpo y el brazo escayolado. Su pelo castaño se extendía sobre la almohada, apagado, sin vida. Sus ojos expresivos se dirigieron lentamente hacia mí y, al reconocerme, las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—Vittorio… —su voz salió débil y ronca, cargada de emoción.

En dos grandes pasos estuve a su lado, sujetando delicadamente su mano entre las mías.

—Maldita sea, Juliana… —murmuré, sintiendo un nudo en la garganta—. Casi me muero solo de imaginar que podría haberte perdido.

Ella me miró con una mezcla de sorpresa y vulnerabilidad, algo poco habitual en una mujer siempre tan segura de sí misma.

—¿Lo dices en serio? —susurró, desviando la mirada, avergonzada por las lágrimas.

Le acaricié suavemente el rostro, obligándola con delicadeza a mirarme a los ojos.

—Escúchame bien, Juliana: cometí muchos errores, demasiados. No puedo cambiar eso. Pero he comprendido algo. No puedo seguir huyendo. Sé que he tardado, sé que fui un cobarde, pero ya no quiero vivir sin ti.

Juliana apretó mi mano ligeramente y cerró los ojos, dejando que más lágrimas escapasen por su rostro cansado.

—Solo lo dices porque pensaste que ibas a perderme.

Negué lentamente con la cabeza, emocionado.

—No. Lo digo porque por fin me he dado cuenta de que ya te había perdido antes, cuando te alejé por miedo. No puedo cambiar el pasado, pero voy a dedicar mi futuro a demostrarte que eres todo lo que quiero y necesito.

Juliana intentó sonreír, aunque el dolor todavía estaba presente en su rostro.

Sus ojos aún brillaban con incertidumbre, pero había en ellos un atisbo de esperanza.

—No estarás diciendo esto solo porque estoy frágil y lesionada, ¿verdad? Porque si es así, te juro que me levanto de esta cama solo para darte con este brazo escayolado —intentó bromear con su típica testarudez y peculiar sentido del humor, y aquello me hizo sonreír por primera vez en aquel día terrible.

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida. Y sabes que soy un hombre muy serio.

Ella dejó escapar una risa débil, pero llena de significado.

—Lo sé. Siempre lo he sabido.

Me acerqué cuidadosamente y besé con delicadeza su frente, comprendiendo que mi futuro estaba allí, en aquellos ojos castaños, en aquella mujer que había entrado en mi vida y a la que jamás podría dejar marchar otra vez.

—A partir de ahora, me quedo aquí. No volveré a huir. No pienso perderte de nuevo.

—De acuerdo. Pero también quiero que sepas algo.

—Te escucho.

—Aún no te he perdonado del todo. No quiero que me utilices, quiero sentir realmente que te importo y que vas a quedarte a mi lado.

—Está bien. Pienso reconquistarte día a día y cuidaré de ti.

—¿Cuidar de mí?

—Sí. Vas a recuperarte en mi casa, y no aceptaré un no por respuesta.



CAPÍTULO 57

«Ella no sabía con exactitud cuándo el miedo a salir herida empezó a competir con las ganas de quedarse».

JULIANA ROCHA

No estaba segura de haber oído bien lo que Vittorio había dicho, pero su rostro era serio.

Mi corazón, en cambio, latía acelerado, como si acabase de correr una maratón. Seguía siendo difícil mirarlo sin que afloraran todos mis dolores y dudas.

—Espera un momento. ¿Cómo que me voy a quedar en tu casa? Tengo mi propio piso, Vittorio —repliqué confundida, intentando ignorar aquella mezcla de alivio y ansiedad que se apoderaba de mí.

—Vives sola, Juliana. No puedes cuidarte tú misma en este estado. —Su voz sonó decidida, casi autoritaria, y conocía demasiado bien ese tono. Era el que utilizaba cuando tomaba decisiones que consideraba definitivas—. Esto no es una opción, es un hecho.

Puse los ojos en blanco, tratando de ignorar la manera en que mi cuerpo reaccionaba ante la idea de estar bajo el mismo techo que él. Vittorio Del Castillo no era solo una presencia imponente, sino alguien demasiado peligroso para mi corazón, ya bastante herido.

—Puedo apañarme sola. Además, no quiero ser una molestia para ti ni para tus hijos. La rutina de tu casa…

—Juliana, no serás ninguna molestia. Al contrario, Enrico y Giulia te adoran, y yo me encargaré personalmente de que tengas todo lo que necesites. No vas a pasar por esto sola.

Abrí la boca para protestar, pero antes de que pudiera decir algo más, la puerta de la habitación se abrió y entró un médico que nos miró

con curiosidad. Observó primero a Vittorio y luego a mí, claramente sin entender la discusión que manteníamos.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó, frunciendo ligeramente el ceño y sujetando una carpeta en las manos.

—Sí, doctor. Solo hablaba con mi esposa sobre los cuidados necesarios. ¿Podría explicarme exactamente qué ha ocurrido y cómo será el tratamiento?

En ese instante sentí que mi corazón se detenía. Miré a Vittorio, incrédula, mientras notaba que mis mejillas ardían de sorpresa y vergüenza.

—¿Esposa? —murmuré en voz baja, en shock.

Vittorio me lanzó una mirada rápida, casi como una súplica silenciosa para que no desmintiese su historia. Tragué saliva con dificultad, aún incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

El médico asintió sin cuestionar nada más. Mientras explicaba con calma la gravedad de mis lesiones, desvié varias veces la mirada hacia Vittorio, intentando comprender qué pretendía con todo aquello.

Tenía una fractura leve en el tobillo izquierdo, varios raspones en el cuerpo y una fuerte contusión en una costilla, lo que justificaba el dolor al respirar.

—Se quedará aquí esta noche en observación y, si todo va bien, podrá recibir el alta mañana por la mañana —concluyó el médico, mirando directamente a Vittorio, como si yo ni siquiera estuviese presente.

—Perfecto. Me encargaré personalmente de que esté cómoda en casa y reciba los mejores cuidados posibles —respondió Vittorio de inmediato, sin la más mínima vacilación en su voz.

Después de unos minutos, el médico volvió a examinarme, asegurándose de que no hubiese nada más grave, y luego se despidió, dejándonos nuevamente a solas.

La habitación quedó en silencio durante unos segundos hasta que finalmente encontré valor para hablar.

—¿Te has vuelto loco, Vittorio? ¿Esposa? —Intenté sonar indignada, pero mi voz salió casi en un susurro.

Él suspiró, acercándose lentamente a la cama y sentándose junto a mí. Sus profundos ojos marrones se clavaron en los míos con una

intensidad que hizo que mi corazón volviese a acelerarse.

—Hice lo necesario para poder cuidar de ti, Juliana. Y si tuviera que repetirlo, lo haría mil veces más. No voy a dejarte sola.

Tragué saliva, sintiendo que las lágrimas amenazaban con escaparse de mis ojos. No quería que él notase lo mucho que eso significaba para mí. No quería admitir que mi corazón aún se aceleraba cada vez que me miraba con aquel gesto protector y decidido.

—No hacía falta hacer esto. Nosotros… no somos nada de eso.

Él tomó suavemente mi mano, y al contacto de su piel con la mía, casi olvidé cómo respirar.

—Me he equivocado mucho contigo, Juliana, pero eso se acabó. Ahora estoy aquí, y no voy a alejarme de ti aunque intentes echarme.

Respiré profundamente, intentando contener la oleada de emociones que amenazaba con desbordarme. Aquellas palabras eran todo lo que siempre había querido escuchar, pero el miedo a creer era más fuerte que cualquier otra cosa.

—Vittorio, no sé si puedo confiar en esto.

Él sonrió con una expresión llena de cariño y paciencia que me desarmó por completo.

—No tienes que confiar ahora. Solo deja que cuide de ti, Juliana.

Cerré los ojos durante unos segundos, dejando que sus palabras resonaran en mi mente. Cuando los abrí de nuevo, vi sinceridad en sus ojos, algo que no se podía fingir, algo que jamás había visto antes.

—Vale —acepté finalmente, cediendo un poco en mi resistencia —. Pero eso no significa que acepte ser tu esposa imaginaria.

—Una cosa cada vez. Ahora tienes que descansar. Mañana será un nuevo día, y te prometo que todo irá bien.

Suspiré, rindiéndome un poco más ante sus palabras y sintiéndome extrañamente segura por primera vez en mucho tiempo.

Quizá estuviera equivocada. Tal vez fuese posible confiar nuevamente en aquel hombre complicado, autoritario y con tantas cicatrices en el corazón. Pero al que yo, para bien o para mal, amaba profundamente.

VITTORIO DEL CASTILLO

Permanecí en el hospital durante todo el día, sin separarme de Juliana.

Verla en aquella cama, tan frágil y dolorida, me hizo comprender cosas que quizá jamás habría admitido antes, ni siquiera ante mí mismo. Sentía que se me cerraba la garganta cada vez que notaba cómo intentaba disimular el dolor o forzaba una sonrisa para tranquilizarme.

Ya era demasiado tarde para huir de lo que sentía. Ella había entrado en mi vida y, aunque quisiera, ya no podía arrancar su presencia de mi pecho.

Al día siguiente, tras recibir el alta, la llevé a casa. Al cruzar el amplio portón de la mansión, observé cómo Juliana abría lentamente la boca, con los ojos llenos de sorpresa y un toque de incomodidad.

—Vittorio, esto no es una casa, es prácticamente un castillo —dijo, riendo nerviosamente mientras admiraba la elegante fachada.

—No exageres —respondí, sonriendo ligeramente mientras la ayudaba a sentarse con cuidado en la silla de ruedas—. Y aquí es donde

vas a quedarte hasta que te recuperes por completo.

Ella respiró profundamente y desvió la mirada, pero percibí más tranquilidad que resistencia en su reacción.

Poco a poco, le fui mostrando cada habitación de la casa, explicándole cómo funcionaban las cosas y dónde encontraría todo lo que necesitase. Observé cómo sus ojos brillantes recorrían con curiosidad cada espacio, cada detalle, como si estuviese dibujando mentalmente un mapa personal del lugar.

—No puedo creer que vivas aquí solo con los niños. Debe de ser un poco solitario a veces, ¿no? —preguntó, observándome atentamente mientras avanzábamos por el largo pasillo hacia el salón principal.

—A veces sí. Pero creo que, a partir de hoy, esa soledad ya no será tan evidente —respondí con sinceridad, deteniéndome frente a la habitación que había preparado especialmente para ella.

Juliana levantó la cabeza, sorprendida por mis palabras. Nos quedamos en silencio por un instante, nuestras miradas atrapadas una en la otra, hasta que desvié la vista y empujé suavemente la silla hacia el interior del cuarto.

—Este será tu espacio mientras estés aquí. Todo está adaptado para ti. —Señalé la cómoda cama decorada con cojines mullidos, mantas suaves y flores frescas.

Juliana sonrió con los ojos brillantes.

—Gracias, Vittorio —murmuró, visiblemente emocionada.

A primera hora de la tarde, después del colegio, escuché el sonido inconfundible de las risas de mis hijos desde el vestíbulo. Segundos después, Enrico y Giulia entraron corriendo, con sus caritas iluminadas por la alegría al ver a Juliana. Sin embargo, al notar la silla de ruedas, sus expresiones cambiaron inmediatamente a preocupación.

—Tía Ju, ¿qué te ha pasado? —preguntó Enrico acercándose rápidamente, con sus ojos abiertos de par en par, inocentes y preocupados a la vez.

—¿Te has hecho daño? ¿Te duele mucho? —añadió Giulia, tocando con delicadeza el brazo de Juliana.

Vi cómo Juliana hacía un esfuerzo por contener las lágrimas ante la preocupación sincera de mis hijos. Antes de que pudiese responder, me acerqué apoyando suavemente una mano sobre su hombro.

—Hola, niños… Juliana ha sufrido un accidente mientras corría. Pero ya está mejor y se quedará aquí con nosotros hasta que se recupere del todo —les expliqué con calma y seguridad.

—¿De verdad, papá? —Giulia abrió mucho los ojos, entusiasmándose de inmediato.

—¡Claro! Y todos tenemos que cuidarla muy bien, ¿vale?

Ambos asintieron con entusiasmo, y Enrico levantó una manita, sonriendo decidido.

—Prometemos que vamos a cuidarte muy bien, tía Ju. ¡Incluso te dejaré jugar conmigo a los videojuegos si quieres!

Juliana soltó una carcajada y, por primera vez en días, ese sonido volvió a traer auténtica alegría a mi pecho. Se llevó discretamente las manos al rostro para secarse unas lágrimas antes de mirar a mis hijos con una sonrisa llena de ternura.

—Os prometo que voy a devolveros todo este cariño que me estáis dando. No sé qué haría ahora mismo sin vosotros.

Giulia sonrió ampliamente, inclinándose para abrazarla con delicadeza, mientras Enrico daba saltitos emocionado, enumerando

rápidamente todos los juegos que quería enseñarle.

Los observé durante unos instantes, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza por la intensidad de aquel momento. Era exactamente aquello lo que deseaba para mi vida, aunque antes no hubiese tenido el valor de admitirlo. En ese instante comprendí que no se trataba únicamente de cuidarla hasta que se recuperase.

Era mucho más que eso. Se trataba de cuidarla siempre, si ella me lo permitía.

Cuando los niños se calmaron un poco, los llevé a la cocina para merendar, dando tiempo a Juliana para descansar. Pero antes de salir de la habitación, me giré lentamente para mirarla una vez más.

—¿Estás bien de verdad? ¿Necesitas algo?

—Estoy perfectamente. Gracias por todo.

Asentí lentamente, sintiendo unas ganas inmensas de acercarme más, pero me contuve, respetando su espacio.

—Cualquier cosa, estoy aquí al lado.

Ella asintió, y cerré suavemente la puerta tras de mí. Respiré hondo, apoyando la espalda contra la fría madera durante unos

instantes. Mi vida estaba cambiando ante mis ojos y, esta vez, no tenía miedo. No había dudas.

Era Juliana, y lucharía por ella, costase lo que costase.



CAPÍTULO 58

«Él creía que conocía el significado de la palabra "hogar", hasta que la vio riendo con sus hijos en el jardín».

JULIANA ROCHA

Me encantaba ver cómo interactuaban los hijos de Vittorio.

Tenían una energía capaz de hacerme olvidar cualquier dolor, cualquier miedo.

Enrico era el más extrovertido y hablador, de esos niños que inventan mil historias por minuto, siempre con un brillo travieso en los ojos y el pelo castaño algo despeinado. Giulia, en cambio, era observadora, sensible, con una sonrisa más reservada, pero igualmente encantadora. Sus ojos marrones eran tan expresivos como los de su padre y, a veces, cuando me miraba en silencio, parecía capaz de leerme por completo.

Aquella tarde, mientras Vittorio aún no había regresado del trabajo, me vi completamente inmersa en el pequeño universo de los mellizos.

Estábamos sentados en el suelo del salón, rodeados de cojines, juguetes esparcidos por todas partes y risas constantes.

—¡Juliana, ahora tú vas a ser la villana! —Enrico señaló hacia mí con un muñeco de capa roja, con la seriedad de quien está a punto de salvar el mundo.

—¿La villana? —fingí estar ofendida, llevándome una mano al pecho—. ¿Yo? ¿Precisamente yo, con esta cara de buena?

—¡Exacto! ¡Por eso engañas a todo el mundo! —intervino Giulia con una pequeña risa, mirándome con esos ojos que parecían saber

más de lo que debían.

Al final cedí y me sumergí en el juego.

Imité una voz de bruja, fui capturada por superhéroes de poco más de un metro de altura y me lancé entre los cojines, fingiendo escapar de una cárcel hecha con nubes de golosinas.

Cada carcajada de los niños actuaba como una pequeña cura para mí. Durante aquellos minutos sentí que formaba parte de algo que jamás había tenido: una familia.

Cuando finalmente estábamos agotados, tumbados sobre la alfombra como tras una maratón, Enrico giró su rostro sudoroso hacia mí y dijo, con la misma naturalidad con la que hablaba de la merienda del colegio:

—Sé que mi padre sale contigo algunas noches, ¿eh?

Me quedé paralizada por un segundo. Giulia simplemente lo miró con los ojos abiertos de par en par, como diciendo: «No deberías haber dicho eso». Y yo permanecí allí, con la boca entreabierta, sin saber si echarme a reír o cavar un agujero en el suelo para esconderme.

—Eh… ¿cómo dices? —intenté sonar natural, aunque notaba mis mejillas arder.

—Hemos escuchado algunas conversaciones. ¡Y él también nos lo dijo! —se encogió de hombros con total tranquilidad—. Pero yo ya le he dado permiso, ¿vale?

La risa se me escapó antes de poder evitarlo.

—¡Ah, bueno! Si tú lo autorizas, entonces no hay problema, ¿verdad?

—Exacto. Pero solo si sigues jugando con nosotros —añadió Giulia, apoyando la barbilla en la palma de su mano.

—Trato hecho —dije, tocando las puntas de mis dedos con los suyos, como si selláramos un contrato importantísimo.

La conversación siguió ligera y divertida.

Ellos me hablaron sobre sus amigos del colegio, sobre las meriendas que detestaban, sobre cómo Enrico casi se había caído en el parque por empeñarse en subir a un columpio resbaladizo. Yo, a cambio, les conté anécdotas de mi infancia, como aquella vez que me

corté el pelo pensando que estaba haciendo arte... y mi madre casi sufrió un infarto.

Mientras hablábamos, reíamos y compartíamos aquellas pequeñas historias cotidianas, mi corazón se iba calentando poco a poco.

Su presencia llenaba un espacio dentro de mí que, hasta hacía poco tiempo, ni siquiera sabía que existía. Una parte que ansiaba conexiones reales, pertenencia, un amor que iba más allá del romanticismo y tocaba lo más profundo de la convivencia diaria.

En el fondo sabía que estar allí, en aquella casa, era mucho más que una consecuencia del accidente.

Era una oportunidad.

De ver a Vittorio no solo como ese hombre complicado que me descolocaba, sino también como el padre dedicado, el hombre que criaba con tanto esfuerzo y cariño a dos hijos maravillosos.

Y, sobre todo, era la oportunidad de comprender cuánto podían formar aquellos dos pequeños parte de mi mundo, si así lo quisiéramos.

Respiré hondo y miré a los dos jugando con las piezas sobre la alfombra. Sentí una paz extraña, un silencio reconfortante en mi interior.

Por primera vez en mucho tiempo, no pensé en el trabajo, ni en las incertidumbres, ni en las heridas del pasado. Me concentré solamente en ese instante, allí, junto a ellos.

Y con eso bastaba.

Aún no sabía qué me esperaba en el futuro con Vittorio, pero en aquel preciso instante… sabía que la decisión de quedarme había sido acertada.

—Oye, Juliana —me llamó Giulia.

—¿Sí?

—¿Esta noche también vas a dormir aquí?

Sonreí y asentí lentamente.

—Sí, claro. Pero solo si prometéis protegerme de los monstruos del armario.

—¡Pero si ya los hemos derrotado hace tiempo! —respondió Enrico con orgullo.

Y en aquel instante, quise creer que era cierto.

VITTORIO DEL CASTILLO

Cuando llegué a casa, lo primero que vi fue la sonrisa de mis hijos.

Enrico y Giulia estaban en el jardín, corriendo de un lado a otro como dos pequeños tornados, riendo a carcajadas. Pero lo que realmente me hizo detenerme en mitad del camino, dejándome sin aliento durante un instante, fue ella.

Juliana estaba sentada sobre el césped, todavía con la pierna inmovilizada, aunque eso no impedía que su risa resonase junto a la de ellos.

Sus ojos brillaban, las ondas castañas de su pelo bailaban suavemente con la brisa de la tarde, y su expresión reflejaba una tranquilidad absoluta.

Por primera vez en mucho tiempo, comprendí lo mucho que necesitaba aquello.

Aquella imagen. Aquella paz. A aquella mujer.

Me quedé quieto unos segundos más, contemplando la escena desde la distancia, como si ese instante no me perteneciera. Era como ver una película que ya has visto mil veces y entender solo entonces su verdadero significado.

Juliana no era simplemente alguien que había aparecido en medio del caos.

Era el antídoto. La pausa. El nuevo comienzo que jamás pensé tener el valor suficiente de vivir.

Y allí, siendo espectador de mi propia vida, fui consciente de lo injusto que había sido con ella. Cómo la había relegado a un segundo plano cuando, en realidad, siempre había estado allí, preparada para convertirse en mi prioridad.

Sentí una punzada de culpa. Pero junto a ella llegó la certeza de que eso no volvería a suceder.

Di un paso adelante. Luego otro. Hasta que mis hijos me vieron.

—¡Papá! —gritaron al unísono, corriendo hacia mí.

Me agaché y los abracé con fuerza, intentando guardar aquel instante en un rincón seguro de mi memoria.

—¡Juliana nos ha contado la historia de cuando se cortó el pelo ella sola! —dijo Giulia entre risas.

—¡Y que se comió un brigadeiro del suelo cuando era pequeña! —añadió Enrico con una enorme sonrisa, como si aquello fuera el colmo de la rebeldía.

—¿Ah, sí? —Miré hacia Juliana, que aún seguía sentada, contemplando la escena con una pequeña sonrisa en los labios.

Me acerqué lentamente, mis ojos clavados en los suyos. En ese instante, todo a nuestro alrededor pareció quedar en silencio.

Ella parecía feliz, y aún más hermosa así.

—Estos niños son unos cotillas —murmuró ligeramente avergonzada, pero con aquel tono burlón que tan bien conocía.

Sonreí. Ella todavía tenía esa capacidad de desarmarme con una simple frase.

—Y tú, al parecer, una pésima influencia —respondí con suavidad.

Ella se encogió de hombros fingiendo inocencia, y ambos reímos juntos, como si no existiera el pasado, como si no hubiera heridas ni

resentimientos entre nosotros.

—¿Podemos jugar ahora a la familia? —preguntó Enrico de pronto, interrumpiendo nuestro cruce de miradas.

Juliana abrió los ojos sorprendida, mirándome sin saber qué decir.

—¡Como papá, mamá y dos hijos! —explicó él, como si aquello fuera evidente.

Mi corazón comenzó a latir más rápido. Vi cómo los ojos de Juliana se llenaban de emoción, aunque intentase disimularlo.

Me limité a asentir lentamente, con una leve sonrisa, y ella hizo lo mismo, en silencio.

—¡Entonces yo quiero ser el perro! —exclamó Giulia, saltando a nuestro alrededor.

Reímos juntos y comenzamos a jugar, inventando una historia absurda sobre una familia en una misión de rescate espacial con un perro que hablaba y sabía artes marciales; idea de Enrico, por supuesto.

Durante todo el juego, mi mirada volvía una y otra vez a Juliana.

Incluso herida, incluso después de todo lo que había pasado, estaba allí, entregándose nuevamente, aunque solo fuese por ese instante.

¿Y yo? Yo estaba completamente perdido en ella.

Por primera vez, no tuve miedo de reconocerlo.

Con cada palabra, cada sonrisa, cada carcajada, solo podía pensar en cómo hacerle entender, día tras día, que ella era lo más acertado que había ocurrido en mi vida.

Y que jamás permitiría que volviera a escaparse.



CAPÍTULO 59

«Él no sabía exactamente cuándo empezó, pero en algún momento Juliana dejó de ser simplemente una presencia en la casa y se convirtió en lo que hacía de aquel lugar un hogar».

VITTORIO DEL CASTILLO

Dos semanas después

Hoy era el día en que Juliana se iría de la mansión.

Bueno, era... aunque no significa que vaya a irse.

Observar lo mucho que ella y mis hijos habían conectado estas semanas hizo que algo en mi interior se reorganizase, como si piezas que ni siquiera sabía que estaban fuera de lugar finalmente encajaran.

Salí antes del trabajo, algo poco habitual en mí.

Pero hoy no era un día cualquiera. Era el primer día de Juliana de vuelta en la oficina, y ella aceptó que la llevara en coche con su tono burlón habitual, diciendo que solo aceptaba porque aún no quería abusar de su suerte con el tobillo recién recuperado.

—¿Y bien? —le pregunté, manteniendo los ojos en la carretera, aunque mi atención estaba completamente en ella—. ¿Has sobrevivido al primer día?

—Sobreviví. Pero el café de la empresa sigue siendo un atentado contra la humanidad. —Ella rio y yo también—. Quitando eso, fue genial. Ver a todo el mundo de nuevo, sentir que vuelvo a ser yo... estuvo bien. Muy bien, en realidad.

Su entusiasmo era palpable. Juliana irradiaba una energía distinta: más ligera, más viva. Como si, a pesar de todo, hubiese logrado florecer en medio del caos.

—Me alegro por ti —respondí, incapaz de ocultar el orgullo en mi voz—. Te mereces eso y mucho más.

Ella simplemente sonrió, algo tímida, jugueteando con el borde de su americana mientras miraba por la ventana.

Al llegar a la mansión, los gemelos salieron corriendo en cuanto vieron el coche detenerse delante de la entrada. Era como si tuvieran algún radar especial para detectar la llegada de Juliana.

Giulia fue la primera en abrazarla, seguida de Enrico, que casi se tropezó por las prisas.

—¡Ju! —gritaron los dos al unísono, aferrándose a sus piernas—. ¡Te echamos de menos hoy!

Juliana se echó a reír, agachándose con cuidado para abrazarlos. Sus ojos brillaban, y aunque intentó disimularlo, pude darme cuenta.

La emoción estaba ahí, atrapada en su garganta, intentando escapar.

—¿Qué pasa? —preguntó Enrico, frunciendo el ceño, curioso—. ¿Estás triste?

Juliana respiró hondo, acariciando suavemente el rostro del niño.

—Hoy es el día que tengo que volver a mi casa, cariño.

—¿Qué? —Giulia hizo un puchero—. ¿Pero por qué?

—Porque... —Juliana vaciló, mirándome como si pidiera ayuda con la mirada.

Pero yo ya sabía perfectamente qué hacer.

—¿Y vosotros vais a dejar que eso ocurra? —pregunté a mis hijos, cruzándome de brazos y fingiendo incredulidad.

Ellos se miraron preocupados y respondieron a coro:

—¡No!

Sonreí satisfecho y repetí, en el mismo tono teatral:

—Yo tampoco.

Juliana me miró, arrugando la frente y entrecerrando los ojos de manera desconfiada.

—¿Qué estás tramando, Vittorio?

—¿Yo? Nada. —Alcé las manos fingiendo inocencia, aunque la sonrisa que se formaba en la comisura de mis labios me delataba.

—Vittorio... —entrecerró aún más los ojos—. No me líes.

—Te prometo que no estoy tramando nada.

En ese momento, los pequeños se miraron, sonrieron como si hubiesen tenido la mejor idea del mundo y salieron corriendo por los pasillos, riendo a carcajadas.

Juliana volvió a mirarme, ahora todavía más desconfiada.

—¿Qué estarán tramando esos dos?

—¿Quiénes? ¿Mis hijos? —alcé una ceja—. Unos angelitos. Completamente imprevisibles.

—Vittorio...

—Juliana...

JULIANA ROCHA

Me quedé sin entender qué estaba pasando.

Vittorio solo me dirigió una mirada misteriosa, como quien guarda un secreto demasiado grande como para entregarlo sin más. Crucé los brazos, arqueé una ceja y lo encaré.

—Voy a preguntarlo otra vez: ¿qué estáis tramando? —insistí, desconfiada.

Él no respondió.

Simplemente caminó despacio hacia el sofá del salón y se sentó con una calma sospechosa y una sonrisa casi serena en los labios. Eso, viniendo de él, era demasiado extraño como para ignorarlo.

—Vittorio… —volví a insistir, acercándome, intentando sacarle alguna mínima pista—. Si esto es otro montaje tuyo, que sepas que hoy no tengo la cabeza para sorpresas.

—Ya lo verás —fue lo único que respondió, con ese tono de voz que mezclaba misterio y… ¿ternura?

Antes de que pudiera seguir presionándole, escuché el sonido ligero de unos pasos infantiles acercándose. Enrico y Giulia aparecieron por el pasillo con sonrisas traviesas en el rostro, ocultando algo tras sus espaldas. Intercambiaron miradas cómplices con su padre y, cuando estuvieron justo frente a mí, dijeron al unísono:

—¡Cierra los ojos, Juju!

Juju.

Aquello sonó tan íntimo, tan sincero, que comenzó a derretirme el corazón incluso antes de obedecer. Suspiré, cerré los ojos y crucé los brazos con fingida impaciencia.

—Vale, pero si es alguna guerra de globos de agua, que quede claro que mi venganza será terrible.

Ellos rieron y escuché susurros y movimientos. Algo fue colocado justo delante de mí.

—¡Ya puedes abrir! —exclamó Giulia.

Cuando abrí los ojos, me quedé sin respiración.

Justo delante de mí, en la pared lateral del salón, había un mural. Un mural enorme hecho con fotos nuestras. Fotos tomadas de forma

espontánea, capturando momentos en los que jugaba con ellos, les leía historias, reía con alguno en mi regazo, enseñaba recetas sencillas en la cocina o, simplemente… era yo misma.

En lo alto, escrito con letras recortadas por unas manos pequeñas, decía:

«Gracias por ser parte de nuestra familia, Juju».

Me atraganté. Me llevé una mano a la boca, intentando contener las lágrimas que subían con demasiada fuerza.

Al lado del mural había una pequeña caja de madera clara. Cuando la abrí, encontré decenas de notitas escritas por los niños y, sí, también por Vittorio.

«Haces las mejores tortitas del mundo.»

«Me alegra verte sonreír.»

«Es raro, pero haces que esta casa tenga vida.»

«Gracias por cuidarnos tanto.»

—Fue idea suya —dijo Vittorio en voz baja, levantándose y acercándose lentamente a mí—. Pero les ayudé. No con dinero, ni con poder. Solo con algo que nunca supe dar bien: tiempo y atención. Y quizá… un poco de mí mismo.

No supe qué decir.

Tenía la garganta cerrada, mis manos temblaban ligeramente. Y mi corazón, ese que tanto había intentado proteger a toda costa, estaba… tan cálido que parecía no caber en el pecho.

Los pequeños vinieron hacia mí, uno a cada lado, y tomaron mis manos.

—Juju… ¿puedes quedarte con nosotros un poquito más? —preguntó Enrico, mirándome con esos ojos idénticos a los de su padre.

—Estamos muy felices cuando estás aquí —completó Giulia, apretando mis dedos con fuerza.

Me tembló la barbilla. Mis defensas, esas que había construido con tanto esfuerzo, empezaron a desmoronarse una a una.

No estaban solo pidiéndome algo; me estaban ofreciendo un lugar. Un espacio dentro de esa casa. Dentro de esa familia. Dentro de sus vidas.

—Vosotros… —traté de decir, secándome una lágrima— sois muy especiales.

Finalmente, conseguí respirar hondo y responder:

—Está bien. Me quedaré unos días más.

Los dos gritaron de alegría y me abrazaron al mismo tiempo. Me dejé envolver por ese cariño puro y sincero, mientras mis ojos se encontraban al fondo con los de Vittorio.

Él no dijo nada. Solo me miró.

Sin embargo, por primera vez había algo diferente en esa mirada. Algo más suave. Más humano. Más verdadero.

Y quizás yo ya estuviese lista para darle la última oportunidad que quedaba.
Una última oportunidad para quererme como me merecía.
Y para, finalmente, ser feliz.



CAPÍTULO 60

«A veces, era en los gestos más sencillos donde el amor gritaba con más fuerza».

JULIANA ROCHA

Ya llevaba más de un mes viviendo en la casa de Vittorio, y sinceramente, no era ni la mitad de aterrador de lo que había imaginado al principio.

Al comienzo fue raro, distinto, hasta incómodo.

¿Pero ahora? Ahora sentía que formaba parte de algo. Algo que no sabía que deseaba tanto hasta que lo estaba viviendo.

Era la hora de comer y estaba sentada con Camila en la cafetería cercana a la oficina. Mientras revolvía la ensalada y le robaba patatas fritas de su plato, llegó la pregunta.

—Y bien, ¿cómo van las cosas en casa del CEO más gruñón de la ciudad? —preguntó con una sonrisita sugerente y las cejas levantadas.

—De gruñón nada —repliqué enseguida, riendo y empujando su vaso de zumo con el codo—. Vittorio está más tranquilo, más relajado. Y te juro que no ha sido por ningún hechizo.

—¿Seguro?

—¿Sabes qué? —Suspiré y me recosté en la silla—. Está siendo mejor de lo que me imaginaba. Sus hijos son adorables, Camila. Cada día estoy más encariñada con ellos. Enrico siempre me llama para enseñarme sus dibujos y Giulia me ha nombrado jurado oficial del desfile de muñecas. A veces creo que estoy más involucrada con ellos que con su propio padre.

—Eso no es muy difícil —se burló, y puse los ojos en blanco.

—Pero él está distinto. De verdad. Ya no es tan distante, no se cierra como antes, está más presente. Escucha, conversa, incluso se ríe de mis chistes tontos. Creo que es feliz. Y eso me afecta más de lo que me gustaría admitir.

Camila me observó con los ojos entrecerrados, como analizando cada una de mis reacciones.

—¿Sabes que Fred me dijo exactamente lo mismo? —soltó casualmente, como quien lanza una bomba en medio de la mesa sin previo aviso—. Que Vittorio está diferente, más relajado. Que habla mucho de ti, incluso cuando no debería.

Mi mano se detuvo en el aire, sujetando la pajita. Sentí un calor subir por mi pecho.

—¿En serio?

—Muy en serio —confirmó ella, sonriendo con complicidad—. Y parece... orgulloso. Como si se estuviera permitiendo vivir de nuevo.

Intenté disimular la sonrisa, pero dudo que lo consiguiera. Era imposible ocultar lo mucho que eso significaba para mí.

Después del trabajo, pasé por su despacho, pero estaba vacío. Pregunté por él y me dijeron que había salido temprano a una reunión externa. Me pareció raro, pero supuse que estaría hasta arriba de compromisos. Así que fui a casa —su casa—, como ya era rutina.

Al llegar a la mansión, lo primero que noté fue el silencio. No el típico silencio, sino ese que esconde algún tipo de movimiento. Un silencio conspirador.

Caminé por los pasillos hasta llegar al salón principal, y fue entonces cuando lo vi. Vittorio, de espaldas, organizaba algunos detalles en una mesa. Había cintas, recortes de colores y algo que parecía cartulina. Y por el suelo… ¿purpurina?

PURPURINA.

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué está pasando aquí?

Él se giró lentamente y, por su expresión, parecía frustrado. O lo fingía muy bien.

—Has llegado antes de lo previsto —dijo serio—. Se suponía que tardarías más.

—Perdona, ¿no sabía que había invadido un taller de manualidades? —bromeé, intentando entender el caos que reinaba a nuestro alrededor.

—Era una sorpresa. Ahora ya no lo es —masculló él, mostrando una media sonrisa irritada—. Lo has estropeado todo.

—Vittorio... —reí, confusa— ¿De qué estás hablando?

Él no respondió inmediatamente.

En cambio, dejó los papeles y se acercó. Sus pasos firmes, los ojos fijos en los míos. El corazón se me aceleró con la intensidad de su mirada.

Cuando se detuvo delante de mí, mirándome como si estuviera a punto de revelar un secreto muy antiguo, dijo:

—Nunca debería haberme enamorado de ti, Juliana.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.
El estómago se me encogió, el pecho dolía. Aquellas palabras me hirieron más de lo que esperaba.

Era como si todo el castillo que habíamos intentado construir se derrumbase con una sola frase.

—¿Qué? —susurré, la voz quebrada, el corazón implosionando— ¿Tú...?

—Porque ahora no sé cómo vivir sin ti —añadió, dando un paso más cerca—. No sabemos vivir sin ti.

Antes de que pudiera reaccionar, dos vocecitas familiares resonaron por la sala:

—¡SORPRESA!

Enrico y Giulia salieron corriendo desde detrás del sofá, con las caras pintadas de colores, sujetando un enorme cartel hecho a mano con letras torcidas y coloridas: *«¡Quédate con nosotros para siempre, Juju!».*

Se abalanzaron sobre mí, abrazando mis piernas con fuerza, sonriendo con esa felicidad que solo los niños saben mostrar.

Me llevé una mano a la boca, incapaz de contener el llanto.

Vittorio simplemente me observaba, con un brillo diferente en sus ojos, más vulnerable de lo que jamás había visto en él.

No necesitaba decir nada más. Ese gesto —esa mezcla de pintura, cartulina y emociones— era la declaración más bonita que nadie me

había hecho jamás.

Sin embargo, aquello no había terminado aún...

VITTORIO DEL CASTILLO

Este era el momento en el que ya no podía seguir fingiendo que lo que sentía era solo admiración. O deseo. O culpa.

Juliana estaba frente a mí. Llena de vida, de luz, con esa mirada siempre curiosa y esa forma que tenía de poner patas arriba mi rutina —y mi cabeza— todos los días.

Di un paso hacia ella, y aunque fuera un hombre acostumbrado a reuniones de alto riesgo, negociaciones multimillonarias y decisiones capaces de cambiar mercados enteros… tenía las manos sudorosas.

—Juliana. —Mi voz salió más baja de lo que esperaba—. Tengo que decirte algo.

Ella me miró, sorprendida. Quizá esperando una de mis defensas irónicas o mis frases evasivas habituales.

Pero hoy no iba a huir.

—No he sido justo contigo. Ni con todo lo que representas.

Ella frunció el ceño, sin saber muy bien qué esperar.

—Entraste como un huracán en mi vida. Lo pusiste todo patas arriba. Revolucionaste a mis hijos, mi casa, mi corazón. Y yo perdí demasiado tiempo intentando controlar esa tormenta, tratando de poner etiquetas donde solo había sentimientos. Tú me enseñaste lo que era volver a reír, lo que era llegar a casa y encontrar a alguien que solo deseaba mi compañía. Te ganaste a Enrico y a Giulia sin esfuerzo. Convertiste mi mansión en un hogar.

Ella se llevó la mano al pecho, visiblemente emocionada.

—Y hasta cuando fui el peor tipo de idiota... tú te quedaste. Hasta que no pudiste más.

Me acerqué aún más, tomando sus manos entre las mías.

—Te debo una disculpa. Por haberte hecho sentir pequeña cuando, en realidad, eres todo lo que necesitaba. Por haberte alejado cuando lo único que quería era mantenerte cerca.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y me aproximé todavía más, sin apartar la mirada.

—Ya no necesito pensar más. Ni analizar, ni comparar, ni temer. Eres la mujer de mi vida.

Una lágrima rodó por su rostro, pero yo aún no había terminado.

—Y no, no quiero salir contigo.

Sus ojos se abrieron como platos, y por un segundo pensé que la había perdido otra vez. Hasta que terminé la frase:

—Porque lo que siento va mucho más allá de eso.

Me giré un instante y extendí la mano.

Enrico y Giulia aparecieron con una sonrisa traviesa, escondiendo algo tras sus espaldas.

—Porque cuando digo que convertiste mi casa en un hogar, es porque sin ti nada aquí tiene color.

Ambos se acercaron entregándome una cajita pequeña que tomé con cuidado.

Me arrodillé ahí mismo, frente a ella, sin miedo ni dudas.

—Juliana Rocha… ¿quieres casarte conmigo?

Ella se llevó las manos a la boca, conmocionada, con lágrimas ya deslizándose por su rostro. Yo continué:

—Te quiero en mi vida. Cada día. En las mañanas caóticas con los niños, en los domingos perezosos, incluso en las reuniones que tanto odias. Quiero todo contigo. Porque ya eres mi familia. Tú y mis hijos sois mi presente.

Respiró hondo, intentando asimilarlo todo.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado tan seguro de algo en toda mi vida.

Sonrió entre lágrimas y murmuró un «sí» que resonó en mi interior como un grito de victoria.

Me levanté y, en el segundo siguiente, ella ya estaba en mis brazos. Enrico y Giulia se unieron a nosotros, abrazándonos las piernas, riendo y celebrando a su manera.

—Ahora sí somos una familia —dijo Giulia, emocionada.

—Una familia de verdad —completó Enrico.

Juliana rio entre lágrimas mientras abrazaba fuerte a los niños. Y allí, en ese instante, rodeado por los tres amores de mi vida, lo supe con certeza:

Esta era mi nueva historia.

Y no pensaba escribirle un final pronto.



EPÍLOGO

«Entre el caos de la rutina y los silencios no expresados, el amor encontró la manera de quedarse allí».

VITTORIO DEL CASTILLO

1 año después

Respiré hondo, intentando controlar de alguna forma la emoción que ardía en mi garganta y amenazaba con desbordarse por los ojos.

Mis dedos temblaban ligeramente, no por nervios, sino por todo lo que aquel instante representaba.

Un año.

Doce meses desde que Juliana Rocha había entrado inesperadamente en mi mansión, derribando mis defensas con su risa escandalosa y esa manera tan ligera de ver la vida.

Un año de tropiezos, miedos, nuevos comienzos. De sentimientos que surgieron como chispas y acabaron convertidos en un incendio.

Recordé cada etapa.

Las provocaciones iniciales en el trabajo, la conexión tierna y paciente con mis hijos, el accidente que casi me rompe por completo y me hizo comprender lo mucho que ella significaba.

Recordé la primera vez que vi a Giulia dormida en sus brazos. A Enrico pidiéndole que se quedara. Cada gesto suyo que había convertido mi casa —y mi corazón— en un hogar.

Mi amor por Juliana había crecido lentamente. En silencio, pero con una fuerza que ahora me dejaba completamente expuesto.

Y yo estaba feliz así.

La música llenó el aire. El viento jugaba con las hojas de los árboles alrededor. El campo, decorado con flores en tonos claros, vibraba con la energía de ese día. Los invitados, sentados en bancos de madera adornados con cintas, giraron discretamente la cabeza hacia el camino cubierto de pétalos.

Y entonces la vi.

Juliana caminaba con pasos suaves, como si flotara sobre la hierba. El vestido blanco con encaje se movía al compás de la brisa, y su cabello castaño con reflejos dorados caía en ondas perfectas sobre sus hombros. Sus ojos —esos ojos que me quitaban toda lógica— estaban humedecidos, pero tenían el mismo brillo de siempre: intensidad y verdad.

Ella sonrió. Y en ese preciso instante, supe que había tomado la mejor decisión de mi vida.

Cuando estuvo cerca, me adelanté hacia ella. Tomé sus manos entre las mías, como sellando todo lo que habíamos construido juntos.

—Estás… —comencé, pero la voz se me quebró. Sonreí con timidez— preciosa.

Ella soltó una risita suave.

—Y tú estás pálido, Vittorio.

—Es la emoción —afirmé, apretando suavemente sus manos—. O los nervios de saber que voy a tener que aguantarte el resto de mi vida.

—Te encantará cada segundo —replicó ella, divertida.

Llegaron los votos. Y no me contuve.

—Juliana… cuando entraste en mi vida, todo parecía fuera de lugar. Yo apenas sobrevivía. Ahora, contigo a mi lado, estoy vivo. Gracias a ti aprendí a ser mejor hombre, mejor padre y, sobre todo, a permitirme volver a amar. Prometo amarte, respetarte y reírme de tus malos chistes hasta el último día de mi vida.

Ella lloraba. Pero sonreía.

—Vittorio… contigo aprendí que el amor puede nacer de las diferencias. Que incluso los corazones más cerrados, con paciencia, vuelven a latir por alguien. Prometo apoyarte, provocarte y recordarte cada día que la vida es más ligera —y mucho más divertida— a tu lado.

Nos besamos en medio de aplausos, y por un instante, el mundo se detuvo.

Más tarde, ya en la recepción al aire libre, nos separamos brevemente para atender a los invitados. Recibí abrazos, palmadas en el hombro y felicitaciones sinceras.

—Tiene una energía maravillosa —dijo mi madre, sonriendo con los ojos llenos de orgullo—. Era imposible no quererla.

—Es pura luz, Vittorio —añadió mi padre—. Y ya hace tiempo que la consideramos una hija más.

—Tuve suerte —admití—. Muchísima suerte.

Frederico apareció a mi lado con una copa en la mano y una sonrisa triunfal.

—Al fin tomaste la decisión correcta.

—Hice lo que siempre dijiste: seguí al corazón.

—¿Y ahora? —preguntó—. ¿Preparado para ser aún más feliz?

—Con ella estoy preparado para todo.

—Bueno, disfruta de esta fiesta. Porque luego viene la vida real. La parte buena. —Me guiñó un ojo.

Reí y le agradecí con un fuerte abrazo.

Poco después, sentí dos pequeños brazos alrededor de mi cintura. Enrico y Giulia estaban allí, emocionados, con los ojos brillantes.

—¡Papá! ¡Te casaste de verdad! —exclamó Giulia, dando saltitos.

—¿Ahora Juliana ya es parte de nuestra familia, verdad? —preguntó Enrico, con la sonrisa más grande que había visto nunca.

—Lo es desde hace mucho tiempo, hijo —respondí, agachándome para abrazarlos fuerte—. Pero ahora es oficial.

Y allí, en ese campo, rodeado por las personas que más amaba, con Juliana convertida en mi esposa y mis hijos sonriendo como nunca, comprendí que todo lo que había vivido me había llevado exactamente hasta ese momento.

Y que esto, a partir de ahora, era solo el comienzo.

JULIANA DEL CASTILLO

—¡Adivinad quién está casada! —exclamé con los brazos en alto como si fuera un trofeo humano, mientras me acercaba a Michael y a mi mejor amiga.

—Si no fueras tú, pediría que me devolvieran el dinero de esta fiesta —contestó Michael, tirando de mí para abrazarme fuerte, con su perfume exagerado invadiendo mis fosas nasales, como siempre.

—Vaya, mira quién se ha vuelto una mujer seria —bromeó Camila guiñándome un ojo—. Madre mía, ahora sí que se acaba el mundo.

Los tres rompimos a reír como hacíamos siempre, ajenos al resto del mundo, como si aquel instante fuera únicamente nuestro.

Mis ojos ya ardían por todas las emociones acumuladas desde que amaneció. La ceremonia, las palabras de Vittorio, el abrazo de sus hijos —ahora también míos—, todo me tenía más sensible que nunca.

—Te mereces ser muy feliz, Ju. Muchísimo —Camila tomó mi mano, poniéndose más seria—. Todo saldrá bien, estoy segura.

Michael asintió dramáticamente mientras se secaba los ojos.

—Y si no, ya te buscamos otro millonario viudo.

—¡Michael! —le reprendí intentando contener la risa—. Idiota.

Seguimos charlando algunos minutos más sobre todo y sobre nada al mismo tiempo. Nos reímos hasta de lo que no tenía sentido, porque así era como la vida merecía ser vivida: ligera, incluso en los momentos difíciles.

Fue entonces cuando vi a mis padres acercarse. Mi padre con esa mirada tranquila y las manos firmes en los bolsillos del pantalón; mi madre con los brazos abiertos, preparada para atraparme en su abrazo.

—Mi niña... —susurró mientras me envolvía—. Vas a ser tan feliz…

—Y si depende de él, te tratará como a una reina —añadió mi padre mirándome con firmeza—. Me gusta ese hombre. Se nota que es decente. Que respeta.

—Él es todo eso y mucho más, papá —respondí con los ojos brillantes—. Es mejor de lo que nunca creí merecer.

Nos abrazamos un rato más, hasta que regresaron junto a otros familiares.

Me quedé allí un instante sola, mirando alrededor, absorbiendo aquel momento que siempre había soñado pero que jamás pensé que viviría.

Matrimonio. Familia. Amor verdadero.

Fue entonces cuando los vi.

Vittorio se acercaba entre los invitados con esa presencia imposible de ignorar, sus ojos clavados en mí, con Enrico y Giulia caminando a su lado, saltando y riendo como si llevaran fuegos artificiales de alegría en las manos. Tan solo al verlos, mi pecho se calentó de una forma que ninguna chimenea podría igualar.

Cuando llegaron junto a mí, los niños me abrazaron con tanta fuerza que casi me tiran al suelo.

—¡Mamá! —gritaron al unísono.

El mundo se detuvo.

Las piernas me flaquearon. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Aquella palabra, dicha con tanta naturalidad, tanto amor, me atravesó

como una flecha directa al corazón.

Vittorio me atrajo suavemente hacia su pecho y me abrazó, susurrando:

—Ahora lo eres todo para nosotros.

Nos miramos por un instante largo y silencioso, donde las palabras parecían innecesarias. Pero aun así, sabía que tenía que decirlo.

—Vittorio… tengo que contarte algo.

Frunció el ceño, preocupado.

—¿Qué pasa?

Guardé silencio un momento a propósito, solo para ver cómo la inquietud le invadía.

—Yo… —sonreí, colocando ambas manos sobre mi vientre— estoy embarazada.

Su rostro se transformó, como si el mundo se hubiera detenido. Sus ojos brillaron, y por primera vez, aquel hombre que siempre había contenido sus emociones como un soldado de piedra se permitió llorar.

Se arrodilló frente a mí con las manos temblorosas, besó suavemente mi barriga y levantó la mirada hacia mí.

—Me lo has dado todo, Juliana. Me diste una segunda oportunidad, me diste unos hijos más felices, me diste un hogar. Y ahora, vas a darme un milagro más.

Los niños empezaron a saltar a nuestro alrededor, gritando:

—¡Un hermanito! ¡O una hermanita! ¡Aaaah!

—¿Estás seguro de esto, verdad? —le pregunté, riendo entre lágrimas.

—Nunca he estado tan seguro de algo en mi vida —respondió sujetando mi rostro con ambas manos—. Te amo. Por todo lo que eres, por todo lo que me haces ser. Y te amaré todos los días de mi vida.

—Yo también te amo, Vittorio. Me salvaste de mí misma… y me enseñaste que hasta lo más improbable puede ser eterno.

Y mientras el sol bajaba en el cielo, calentando los campos alrededor de nuestro nuevo comienzo, supe que aquello no era solo el final de una historia.

Era el principio de una familia.

Y a partir de ahora, no importaba lo que viniese, porque juntos seríamos invencibles.



EPÍLOGO 2

«Ella ya no era la misma mujer de antes; ahora sabía exactamente lo que merecía».

VITTORIO DEL CASTILLO

2 años después

Mientras observaba a Juliana correr por el césped con Enrico y Giulia bajo la suave luz del atardecer, sentí algo que, durante mucho tiempo, pensé que jamás volvería a sentir:

Paz.

Rael dormía plácidamente en mis brazos, su pequeño cuerpo cálido descansando contra mi pecho. Un pedacito de mí con la sonrisa de ella.

Y allí, viendo a mi mujer jugar con los gemelos, riendo con aquella alegría contagiosa que me había desarmado desde el primer instante, todo cobró sentido.

Juliana era la pieza que faltaba en mi vida. Pero no solo en la mía, sino en la nuestra: en la de mis hijos, en nuestro hogar, en la historia que estábamos construyendo juntos.

Ella era todo.

Observé cómo Enrico corría hacia mí con los ojos brillantes de ilusión.

—¡Papá! ¿Puedo coger a Rael?

—Con cuidado, campeón —respondí mientras le entregaba lentamente al bebé.

Lo recibió como si sostuviera el mayor tesoro del mundo.

Juliana se acercó justo detrás, con Giulia agarrada a su cadera, riéndose y contando que su madre «casi se cae intentando atraparla».

Juliana se sentó en mi regazo con naturalidad, como si aquel fuera su lugar. Y lo era.

—Me han vuelto a llamar mamá —dijo sonriendo, con los ojos húmedos—. Cada vez me sigue sorprendiendo.

—Porque lo eres —susurré, apretando suavemente su mano—. Para ellos. Para mí.

Me miró fijamente, y en ese instante supe que aún quedaban muchas cosas por decir. Mucho que ella necesitaba escuchar. Mucho que yo tenía que sacar de dentro antes de que mi pecho estallase.

—Amor… déjame decirte algo.

Asintió con curiosidad, con aquella mirada tierna y atenta, la misma que hizo que me enamorara de ella en silencio día tras día.

—Sé que he tardado demasiado en entenderlo. Que te hice esperar, que te herí con mis dudas. Pero cada instante contigo me demostró lo tonto que fui por creer que podía vivir sin esto. Sin ti.

Noté cómo la garganta empezaba a cerrarse.

—Tú me hiciste volver a reír. Me hiciste creer, me hiciste soñar otra vez. Lograste que mis hijos se sintieran queridos, protegidos, felices. Has llenado cada rincón de nuestra vida con esa manera tan especial y alocada que tienes de ser. Y estoy agradecido por eso. Por todo. Pero más que agradecido, estoy completamente enamorado de ti. Te amo.

—¡Y yo a ti! —contestó emocionada.

Juliana parpadeó varias veces, intentando controlar las lágrimas.

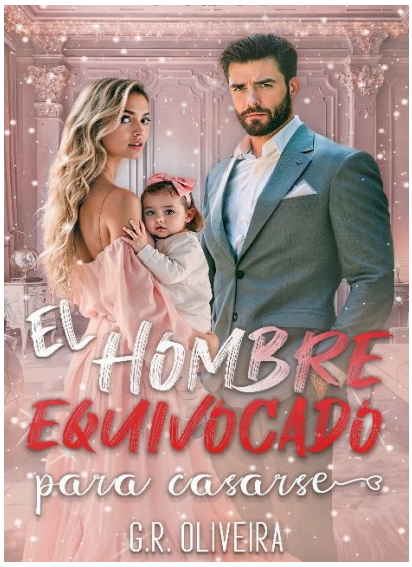
Porque eso es exactamente lo que ella era: mi esposa, la madre de mis hijos, el amor de mi vida. Y por primera vez desde que lo había perdido todo, sentí que ahora tenía aún más de lo que jamás imaginé posible.

Juliana me había salvado.

Y ahora era mi turno de hacer lo mismo por ella, día tras día.

FIN.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear… y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi hija.** Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman… —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que insiste en formar

parte de su vida. Y lo que es aún peor… insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé… al menos decir adiós?

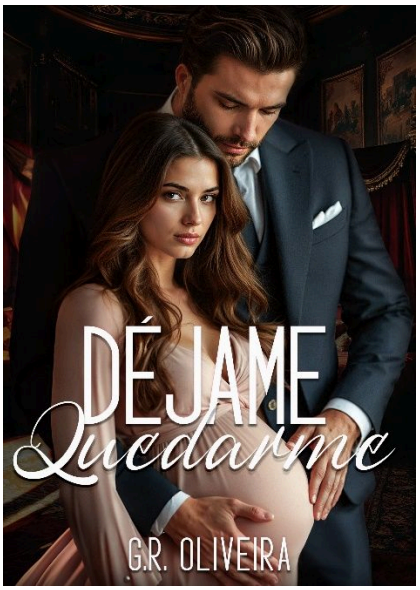
El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Frederico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FBFK758J

DIFERENCIA DE EDAD + PADRE SOLTERO + VIUDO + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA

FERNANDA COSTA

Volver a empezar nunca es fácil, pero a veces es la única opción que nos queda. Florianópolis era mi oportunidad para dejar atrás el pasado, reconstruir mis sueños y, quizás, encontrar un nuevo lugar en el mundo.

Trabajar para Sebastian Blackthorn parecía solo un empleo más, hasta que él se convirtió en la pieza que faltaba en mi vida. Él es reservado, intenso, con unos ojos que ocultan mucho más de lo que las palabras pueden expresar.

A medida que nuestras vidas se entrelazan, **descubro que los muros que levantó para protegerse no son tan impenetrables como parecen**, y quizás sean tan frágiles como los míos...

SEBASTIAN BLACKTHORN

Perder a mi esposa fue como perder una parte de mí mismo. Intentar ser el padre perfecto para Margot es lo único que me mantiene en pie, aunque a veces ni siquiera eso parece suficiente para ella.

El trabajo siempre ha sido mi refugio. Controlar negocios y tomar decisiones importantes es fácil; criar a una hija mientras ignoro mi pasado, no tanto. Entonces apareció Fernanda, salvando a mi hija y trayendo un caos que no sé cómo manejar.

Nunca dejé espacio para distracciones, mucho menos para sentimientos capaces de amenazar el control que construí con tanto esfuerzo. **Pero ¿por qué está ella aquí, poniendo todo patas arriba y, aun así, haciendo que desee más?**

ELLA tiene miedo de confiar;
ÉL tiene miedo de sentir;
ELLA oculta cicatrices detrás de sonrisas;

ÉL controla todo, excepto su propio corazón.

Dos almas rotas. Un vínculo inesperado. Y una lucha por descubrir si, incluso entre los escombros, todavía es posible volver a amar.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las próximas!

INSTAGRAM

GRUPO DO WHATSAPP

FACEBOOK